

OBRAS DE SELGAS

VIII

NOVELAS

III

LA MARIPOSA DE ARCA. — EL NÚMERO 13. — DÍA AGIAGO.
EL DALIADOR. — EL CORAZÓN Y LA CABEZA

R. 17.014

NOVELAS

DE

DON JOSÉ SELGAS

III

LA MARIPOSA BLANCA.
EL NÚMERO 13.—DÍA ACIAGO.—EL SALUDADOR.
EL CORAZÓN Y LA CABEZA



MADRID

IMPRESA DE A. PÉREZ DURILL

Flor Baja, núm. 22

1887

UNIVERSIDAD DE MURCIA



1118596

LA MARIPOSA BLANCA

TOMO VIII.



LA MARIPOSA BLANCA

I.

HAY en el espíritu humano marcada tendencia hacia todo lo maravilloso, en la cual caen lo mismo los espíritus débiles que los *espíritus fuertes*. Los hombres que se envanecen con el título de *despreocupados*, no son, ciertamente, los que menos incurren en supersticiones más risibles que aquellas de que su despreocupación se burla.

Entre los jugadores de profesión, gente por lo común desalmada, que no cree ni en la fortuna, pues confía más el éxito de sus apuestas á las habilidades de la destreza que á los caprichos de la suerte, se encuentra establecida la superstición de los *martingalas*; y no hay tahur, por

distinguido que sea el garito que frecuente , que no dé algún crédito á las maravillosas combinaciones de las cábalas , por medio de las que se pretende sorprender y esclavizar los ocultos designios de la loca fortuna ; y los hay que creen en ellas á puño cerrado.

Positivamente , esas cábalas estupendas fracasan la mayor parte de las veces ó casi todas , y bien puede decirse que no sale ninguna ; pero estas decepciones del prodigio cabalístico tienen siempre una explicación , que pone la credulidad á cubierto de toda duda , y asegura y aun confirma la infalibilidad del procedimiento. Puede dificultar el éxito cualquiera circunstancia imprevista , un accidente con el que no se había contado , y , vamos , no siempre se aprecia bien el valor de ciertos pormenores ; y , sea como quiera , la cábala no se equivoca nunca ; en todo caso , el desacierto consiste en la torpeza del cabalista.

Por lo demás , el jugador , preocupado con su buena ó mala suerte , atribuye su adversa ó su próspera fortuna á una porción de circunstancias de todo punto indiferentes para el resto de los hombres. Si gana , no le interrumpáis , no distraigáis su atención absorta , que sigue con éxito completo las misteriosas combinaciones del juego ; está en la buena *racha* , y un accidente cualquiera puede turbar el curso feliz de los naipes ,

cuyo secreto posee en aquel instante por la virtud inexplicable de una intuición prodigiosa; se halla en el momento lúcido, en que ve la carta que viene mucho antes de que venga. Sí, señor; para los jugadores, los naipes proceden con cierta lógica, hay cierto orden, que, una vez sorprendido, es tener en la mano la fortuna. ¡Con qué fe pone su dinero á un caballo infalible, á una sota inevitable, á un tres victorioso!.... ¡Su dinero!....: eso es poco....; le pondría la vida.... Pero ¡ah! un cambio de *corte*, ó un cambio de baraja, puede quebrar el juego, esto es, disipar el prodigio, desvanecer el encanto, romper el influjo magnético de la suerte, la atracción de la fortuna; porque, ya se sabe, cada baraja tiene su sistema y cada mano su influencia.

Si pierde, lo veréis inquieto mudar de sitio, cambiar de barajas, porque hay sitios adversos, y los naipes tienen también sus enemistades y sus preferencias, sus simpatías y sus aversiones...., y conviene buscar un lugar propicio y una baraja amiga. Después de agotadas todas las tentativas, desvanecidas todas las esperanzas, consumido todo el bolsillo, encuentra en cualquier incidente la causa funesta de su desgracia: la luz, la mesa, el silencio ó el ruido....; una distracción en el momento más solemne....; todo ha sido causa de su ruina, menos él, porque él ha jugado con todas las reglas del arte; pero

una mano invisible, una influencia adversa ha trastornado el orden lógico de los naipes, introduciendo un verdadero trastorno entre ellos. *No se daba juego ni arriba ni abajo, quebraban los lados con una frecuencia desastrosa, y era imposible seguir aquel torbellino de naipes.*

Y este hombre, generalmente descreído, no es, en resumen, más que un abismo de credulidades; su despreocupación, un saco de preocupaciones. Si os gusta observarlo todo, penetrad por un momento en el salón de cualquier garito, y veréis circular alrededor de la mesa de juego las más ridículas supersticiones. El jugador ha inventado un verbo para designar la acción funesta de las influencias adversas: ese hombre me *azara*, esa conversación me *azara*. ¡Ah! Cuando pierde, todo le *azara*.

Tampoco los sabios, que no creen más que en las demostraciones de la ciencia, se libran de esa propensión á lo maravilloso, y entregan muchas veces su credulidad á lo inexplicable. Platón creía sencillamente que Dios era redondo. Sócrates, poco antes de morir, incurre en la debilidad de mandar hacer un sacrificio á Esculapio; toda su filosofía no acertó á impedir ese homenaje supersticioso. Descartes se creyó de buena fe investido, no sabemos por quién, del poder de redactar, para uso de todo el género humano, un cuerpo completo de filosofía. Otro sabio

de nuestros tiempos asegura , bajo la convicción de su palabra , que la ciencia descubrirá al fin el modo de hacer eterna la vida del hombre sobre la tierra. Si bien se mira , la sabiduría moderna es un conjunto de sabias supersticiones.

De esas alturas ha descendido una nube de misterios y de maravillas. No hace mucho tiempo que el mundo culto , lleno de curiosidad y de asombro , se entretenía en hacer girar las mesas bajo la influencia prodigiosa del círculo magnético. En todas partes se veían corros de gente , más ó menos ilustrada , haciendo los más curiosos experimentos acerca de tan raro fenómeno. La preocupación era universal ; las mesas giraban sobre sí mismas. Eso sí , al principio se negaban , crujían sordamente como si opusieran los esfuerzos de la última resistencia ; pero al fin se dejaban manejar por el influjo irresistible de las manos suspendidas sobre ellas. Por algún tiempo fué indudable la realidad del fenómeno , y habría sido hasta de mal gusto no creer en la singularidad del prodigio.

Pasado el primer furor de los experimentos , perdió el caso todo el prestigio de la novedad , y las mesas volvieron á su natural reposo , dejando establecido el misterio de su inexplicable movilidad. Mas al mismo tiempo la corriente de otra preocupación recorría el mundo , poniendo en conmoción los ánimos y en movimiento los es-

íritus. Las mesas se movían por la fuerza desconocida de un fluido incógnito; era un enigma de la naturaleza, que la curiosidad había devorado en unos cuantos días; le faltaba algo para constituir una verdadera maravilla; algo que estuviera fuera de las realidades físicas de la naturaleza y abriera á nuestros ojos atónitos las fantásticas puertas de un mundo insondable.

Las mesas rodaban bajo el simple contacto de nuestros dedos, y, una vez descubierto el sortilegio de esa actividad inexplicable, no habían de detenerse en el primer paso. Tratándose de mesa, claro está que eso era de cajón; y, vamos, no se hizo esperar mucho el nuevo prodigio. De repente comenzó á circular una voz misteriosa que decía: «las mesas hablan», y, dicho y hecho: se extienden por todas partes las supersticiones del *espiritismo*, se establecen asociaciones, se fundan periódicos, se publican libros. No hay más: se ha roto la pared que nos separaba de la eternidad, y estamos en íntima y familiar comunicación con el mundo de los espíritus. La mesa más insignificante puede servir de telégrafo. Llamad, y no faltará un espíritu ocioso que acuda á la cita. La mesa es el intérprete, si no hay á la mano un *medium* que se encargue de transmitirnos las obscuras sentencias del oráculo por medio de un lápiz que escribe, ¡oh maravilla!, á pesar de la mano que lo sujeta.

El prestigio de tan estrambótica superstición es irresistible, y las experiencias se multiplican, y la secta se extiende; apenas hay casa en las grandes ciudades donde no haya una mesa que hable por los codos; al volver de cada esquina se encuentra un *medium*, y donde menos se espera salta un *espiritista*.

¡Quién piensa ya en los prodigios del *somnambulismo*! Nadie. Hacer dormir á cualquiera sin más narcótico que el poder de unos cuantos *pases*; hacerle ver al través de los párpados cerrados y al través de enormes distancias; hacerle hablar lenguas que ignora y descubrir secretos impenetrables de enfermedades ocultas en el misterio del organismo humano, son hechos extraordinarios, dignos de nuestra culta credulidad, y ciertamente el vulgo ilustrado ha visto en ellos los primeros anuncios de una naturaleza fantástica, desconocida hasta ahora, llena de pasmosas maravillas. Mas lo que hoy cautiva nuestra imaginación y recrea nuestra absorta curiosidad, son los fúnebres fenómenos del *espiritismo*. Hasta ahora ese oráculo invisible no se ha explicado con bastante claridad, pues los *espíritus*, forzados á responder por la tenacidad de las evocaciones, eluden las preguntas con artificiosas respuestas, cuando no se burlan de los que los invocan con los más estupendos disparates. Y bien: semejante proceder es disculpable; cuando

menos, puede decirse que no han adquirido aún bastante confianza para entregar á la intemperante locuacidad de los vivos los secretos de los muertos, y entretanto, nada más propio de nuestra sabia despreocupación que estar con la boca abierta esperando las enigmáticas sentencias de la nueva *esfinge*.

Y, en verdad, no es preciso recurrir al mundo misterioso de la naturaleza ni al mundo sepulcral de los difuntos para esparcir nuestro ánimo descreído con el fanatismo de otras variadas preocupaciones, porque la industria proporciona diariamente pasto abundante á nuestra ociosa credulidad.

Siempre que fijo los ojos en la cuarta plana de cualquier periódico, veo una colección creciente de increíbles maravillas, y no acierto á persuadirme cómo hay todavía sobre la tierra seres humanos que se obstinan en envejecer, que insisten en la manía de padecer enfermedades, y, lo que es más inaudito, que tienen el capricho de morirse, porque he aquí uno que ofrece la *belleza eterna* por medio de los más sencillos procedimientos; más allá se encuentra el *Agua de azabara de Sevilla*, cuyos prodigios higiénicos están reconocidos por los médicos más célebres de Europa; más acá aparece el *Café nervino*, arrancado á la sabiduría de *Adam Perath*, médico hebreo, y moro por más señas, ante el que huyen

despavoridas las más tenaces dolencias. «*No más calvos*», grita uno, y atestigua la virtud de su milagroso elixir con innumerables casos. «*No más tisis*», grita otro, y adquiere completa popularidad el portento de su medicina. ¿Se trata simplemente de las puras satisfacciones del paladar? Pues bien: ahí tenemos los *chocolates de Matías López* que han alcanzado, por privilegio sobrenatural, una perfección inimitable. La muerte se detiene espantada ante el hechizo de las *Píldoras de Holloway*, y, en fin, la magia universalmente conocida de la *Revalenta arábiga*, asegura al género humano una salud perpetua, impermeable, indestructible.

Y cada una de estas maravillas es un secreto impenetrable, un misterio que la razón no alcanza, un enigma que la ciencia no descifra, y cuyos prodigiosos efectos están autorizados por medallas honoríficas, alcanzadas en unas y en otras Exposiciones por la recomendación de las más respetables celebridades, y por el testimonio inagotable de millones de cartas de enfermos agradecidos. Moribundos hay que se levantan del fondo mismo del sepulcro á dar testimonio de la autenticidad del portento; y la multitud despreocupada, y la multitud sencilla, arrastradas por lo maravilloso del suceso, acuden con su credulidad, con su entusiasmo y con su dinero, á enaltecer la virtud, digámoslo así, dia-

bólica de tanto prodigio: el éxito mercantil que obtienen asegura la popularidad de la mercancía.

No creo que haya habido en ninguna época, ni más charlatanes, ni más supersticiones. Nunca se ha abusado tanto de la credulidad del vulgo, que constituye la gran mayoría del género humano.

Supersticiones abominables unas veces, y pueriles preocupaciones otras, ellas atestiguan la facilidad con que la imaginación acoge todo lo que la razón no alcanza. Puede decirse que el alma humana necesita el misterio, y le es indispensable el prodigio: lo que es ó le parece sobrenatural, tiene á sus ojos un prestigio indecible. No hay descreimiento ni despreocupación que se resista siempre á esa voz recóndita que nos habla en la soledad de nuestro pensamiento de un poder que está por encima de la ciencia y de la naturaleza, y de un mundo que se escapa á nuestro alcance. Por eso la incredulidad está llena de credulidades y la despreocupación poblada de preocupaciones.

II.

Berta acaba de cumplir diez y siete años. Hermosa edad, en que el amor empieza á confiar al

corazón de las mujeres íntimos secretos; pero, ¡pícaro amor!, por cada confianza que les hace, les arranca un suspiro. Mas he aquí que Berta tiene á mano un espejo, y vuelve á él los ojos, se contempla un instante, y, después de suspirar, se sonríe. Y le sobra razón para sonreirse, porque el espejo le pone delante el rostro más gracioso que puede imaginarse; sea la que quiera la inquietud que el amor haya despertado en su corazón, la imagen que el espejo le ofrece, tiene bastante encanto para disiparla.

¿Por qué no? Vamos á ver.—¿Qué le ha dicho su corazón?—¡Oh! Que está triste.—Triste, ¿por qué?—¡Friolera! Porque se estremece, dominado por un sentimiento nuevo, extraño, original; ¡qué capricho! Le parece que ha cambiado de dueño.—¿Y bien?...—Ese es el caso, que no sabe dónde ha aprendido que los hombres son ingratos, inconstantes, y he ahí por qué Berta suspira.—Ya. ¿Y qué le dice el espejo para consolarla?—Pues el espejo le dice que es hermosa.—¿Sí?—Sí: que sus ojos son negros y brillantes, sus cejas magníficas, sus mejillas frescas y sonrosadas.—¿Y qué?—Es claro: su corazón se llena de esperanzas, y he ahí por qué Berta se sonríe.

Esta es la situación de ánimo en que la encontramos. Hasta ahora ha pasado la vida sin pensar más que en las inocentes locuras de la

infancia; ha sido niña hasta que ha cumplido los diez y siete años; pero niña bulliciosa, alegre, movable, intrépida, diabólica; revolvía la casa, y hubiera sido capaz de revolver el mundo; ni temía ni debía; jugaba como una loca y dormía como una tonta. Ya se ve: su madre había muerto antes que Berta pudiera conocerla, y aunque junto á la cabecera de su cama estaba el retrato de su madre, esta imagen, á la vez dulce y severa, no era bastante á contener las impetuosidades irreflexivas de la niña. Además, era hija única, y su padre, de quien daremos después algunas noticias, se estaba mirando en ella. Había más aún; y es que su nodriza, que hacía en la casa las veces de ama de llaves, era á la vez cómplice y encubridora de todas sus diabluras, porque, ¡vamos!, la quería como á las niñas de sus ojos.

No se necesita tanto para hacer de un ángel un diablillo, y, en verdad, Berta necesitaba mucho menos, porque la viveza natural de su carácter la hacía materia dispuesta para toda clase de travesuras. Las contrariedades la impacientaban hasta el punto de romper en llorar; pero ¡qué llanto!: á lo mejor, en medio de las lágrimas, allá va, soltaba la carcajada, porque su alma era toda alegría, alegría espontánea, comunicativa, la alegría de los pájaros cuando el día amanece.

Pero, ¡qué demonio!, aquella alegría no había de ser eterna, y, quieras que no quieras, alguna vez había de llegar el momento en que Berta sentara la cabeza, porque no era natural que fuese una loca toda su vida; y ese momento llega al fin, y de la noche á la mañana aquella alegría bulliciosa empieza á apaciguarse, á obscurecerse, lo mismo que una tempestad que pasa y lo mismo que un cielo que se nubla.

La nodriza es la primera que echa de ver el cambio de Berta, y aunque las travesuras de la niña le tenían sorbido el seso, al verla callada, reflexiva, meditabunda, es decir, juiciosa, se le vuela el frasco de puro contento. La niña ya es mujer: ¡qué misterio tan grande!: ha dejado el aturdimiento de la infancia para entrar en la formalidad de la juventud. ¡Pobre mujer! No sabe que un joven es mil veces más loco que un niño; pero el caso es que Berta parece otra. Y esto ha sido de pronto, de la noche á la mañana, como quien dice, en un abrir y cerrar de ojos.

Bien, muy bien le sienta la formalidad; parece más alta, más...., más todo: no hay nada que pedirle; pero desde que tiene juicio, la casa está sorda; aquellos cantares, aquella algazara, todo aquel estrépito ha caído en un pozo. La buena nodriza, que está en sus glorias viéndola tan quieta, tan pacífica, tan formal, echa de menos aquella ruidosa alegría que llenaba la

casa, y, si le dieran á elegir, no sabría á qué carta quedarse.

Bueno: así pasan los días serenos y tranquilos. Berta, que madrugaba tanto, ya no se levanta tan temprano. ¿Duerme más? Eso es lo que no se sabe; pero si no duerme más, se ve que come menos, y no es esto sólo, sino que, de vez en cuando, y sin venir á cuento, se le escapan unos suspiros que parten el alma.

La nodriza, que bebe los vientos por ella y que es capaz de contarle los pelos al diablo, lo observa todo y calla. Calla, pero la procesión va por dentro. Es decir, que á cada suspiro que oye, tuerce la boca, se guiña el ojo, y se dice á sí misma:

—¡Hum! Ya la tenemos.

Por supuesto, no calló por mucho tiempo, pues no era mujer que se daba fácilmente un punto en la boca. Además, la formalidad de Berta iba ya picando en historia, y á la nodriza no le llegaba la camisa al cuerpo, porque, como ella decía, al principio se hacen los panes tuertos ó derechos.

Y si pudo callar por algunos días, fué porque esperaba que la misma Berta abriera al fin la boca y cantara de plano; pero Berta no se daba por entendida; era un arca cerrada, que la nodriza se empeñaba en abrir sin conseguir abrirla; y prueba por aquí y prueba por allí, y el arca

firme que firme. Se había perdido la llave, y no le venía ninguna de las que colgaban del llavero del ama de llaves. Iba á ser preciso forzar la cerradura.

Un día se dejó de chiquitas, y se fué derecha al toro. Entró en el cuarto de Berta, y la encontró entretenida en prender á sus cabellos negros un clavel encendido como la grana.

—Así quiero (le dijo al verla). Muy bien. ¡Qué clavel tan hermoso! Parece de fuego, y en tus macetas no se crían esos claveles.

Berta bajó los ojos.

—Pues (siguió diciendo): tú te imaginas que yo estoy en baba, cuando sabes que las cojo al vuelo. ¡Ya, ya! ¡la que á mí se me escape! Y, vamos á ver: ¿te han cosido la boca?

Berta se puso encarnada como una amapola.

—¡Bah! (exclamó la nodriza.) Ese clavel ha venido volando de la terraza que da enfrente de estos balcones. Desde aquí veo la maceta: ayer tenía cuatro, y hoy no tiene más que tres. ¿El vecino, eh? ¡Qué locura! Vamos, eso no tiene pies ni cabeza.

Esta vez Berta se puso pálida, y miró á su nodriza fijamente, como si no entendiera sus palabras.

—No quiero decir (replicó la nodriza) que te metas monja, ni quiero decir tampoco que el vecino sea carga de paja; pero tú te mereces un

rey, y esto no tiene formalidad ninguna. Cuatro señajos de balcón á balcón, cuatro miradas de reajo, y luego, ¿qué? Nada.... Lo mismo el uno que el otro, si te vi no me acuerdo.

Berta movió la cabeza.

—¿Dices que no?—preguntó la nodriza.

—Digo que no,—contestó Berta.

—¿Por qué? Vamos á ver: ¿por qué?....
¿Quién te asegura?....

Berta no la dejó concluir.

---Nuestros juramentos,--- dijo.

---¡Juramentos! (exclamó la nodriza, santi-
guándose.) ¡Esas tenemos!.... ¡Juramentos! (re-
pitió con desdén.) ¡Vaya una cosa!.... Palabras
que se lleva el aire.

Algún recuerdo de la juventud debió acudir á su memoria en aquel momento, porque suspiró, y siguió diciendo:

---¡Y qué! ¿Serán los primeros juramentos que se han roto en el mundo?.... Hoy...., bien....; no hay otra cosa que ver más que el vecino; pero ¿y mañana?

---¡Nunca!---replicó Berta.

---Peor que peor (añadió la nodriza); porque entonces será él el que haga de su capa un sayo, y vaya V. á ponerle puertas al campo. Ahora lo tendrás hecho un almíbar; pero luego será ella. ¿Qué vas á decirme? ¿Que es joven, buen mozo? ¡Tonta, tonta, tonta! ¿Deja por eso de

ser hombre? ¿Quieres saber lo que son los hombres?

Berta se acercó á su nodriza , le puso la mano en la boca , y le contestó al golpe :

—No , no quiero saberlo.

Salió la nodriza del cuarto de Berta con las manos en la cabeza , mascullando estas palabras :

— ¡Loca , loca de remate !

III.

Ya sabemos que Berta tiene padre , y ahora vamos á saber que este padre , sin ser un hombre enteramente extraordinario , no es un hombre cualquiera. Viéndole , parece que ha pasado ya de los sesenta años ; pero no hay que fiarse de las apariencias , porque no ha llegado á cumplir los cuarenta y nueve. En la misma ciudad en que habita , viven algunos que han sido compañeros de su infancia , y todavía son jóvenes ; mas el padre de Berta enviudó muy pronto , y la viudez acabó con su juventud. Desde aquel día liquidó sus cuentas , se retiró de los negocios , recogió algunos bienes de fortuna , y se enterró vivo. Quiero decir , que se dedicó al cuidado de su hija , en la cual veía el retrato de la mujer

:

que había perdido. ¿Para qué quería él ser ya más tiempo joven? Envejeció, pues, mucho antes de haber envejecido.

Berta.... Berta.... En ese nombre se encerraba todo su pensamiento, y este pensamiento tenía mucho de dulce y mucho de amargo, porque no hay en el mundo de las felicidades humanas vaso de miel que no tenga su gota de acíbar.

Al verlo pasearse de un extremo á otro de su cuarto, mirar unas veces al suelo y otras veces al techo, pararse y volver á andar, morderse las uñas y rascarse la frente, se creería que el cielo iba á desplomarse sobre su cabeza, ó que la tierra iba á abrirse debajo de sus pies.

De pronto, se dió una gran palmada en la frente, y se acercó á la puerta de la habitación en que se hallaba, entreabrió la cortina que la cubría, sacó la cabeza, y quiso pronunciar alguna palabra, que no salió de sus labios, quedándose con la boca abierta.

La causa de la sorpresa que experimentaba, era la nodriza, que, sin reparar en el movimiento de la cortina, se acercaba á la puerta gesticulando desaforadamente; algo extraordinario traía entre ceja y ceja.

El padre de Berta retrocedió; la nodriza entró en el cuarto, y los dos se quedaron frente á frente, mirándose uno á otro, como si aquella fuese la primera vez que se veían.

—¿Qué hay, ama Juana? (dijo el padre de Berta.) Trae V. una cara que yo no le he visto nunca.

—Pues la de V. (replicó el ama) no tiene por dónde el diablo la deseche. Si es verdad que los muertos resucitan, es claro que acaba V. de salir de la sepultura; claro como la luz del día.

El padre de Berta arqueó lentamente las cejas, exhaló un gran suspiro, y sentándose como si le agobiara el peso de la vida, volvió á preguntar:

—¿Qué hay?

—Hay (contestó la nodriza), que el demonio se ha metido en esta casa.

—Es posible (añadió él); y si dice V. que aún no hace una hora que acaba de salir de este cuarto, no dirá V. ningún desatino.

—¡Jesús mil veces! (exclamó el ama.) ¡El demonio aquí!

—Sí, ama Juana; el demonio en persona.

—¿Y V. le ha visto?

—Le he visto.

—¡Horrible visita! — exclamó Juana santi-
guándose.

—No (dijo el padre de Berta); no es horrible. Ha tomado el aspecto de un hermoso joven, que tiene todo el aire de un formidable calavera.

—¿Y por dónde ha entrado aquí ese demonio?

—Por la puerta, Juana, por la puerta.

—¡Sin llamar!.... ¡Sin esperar que le abran!

—El demonio es así (replicó el padre de Berta). Se mete por cualquier parte. Yo no lo esperaba: leía ese libro que está abierto encima de la mesa, y al volver una hoja, sentí como un soplo de aire; levanté los ojos, y lo encontré delante de mí. Me quedé atónito. Quise ponerme de pie, pero apoyó su mano en mi hombro, y me obligó á permanecer sentado; y á todo se sonreía, es decir, se me reía en las barbas. Eso sí, me dió mil excusas, tratándome con tanta familiaridad, que antes de que yo le ofreciera una silla, la tomó, y se sentó como si estuviera en su casa.

El ama Juana oía sin pestañear, y habría creído que el padre de Berta se chanceaba, si el terror pintado en su semblante no atestiguara la formalidad de sus palabras. Además, el buen señor no era hombre de chancearse. ¿Se habría vuelto loco? ¡Loco un hombre de tanto juicio! La nodriza se hacía cruces interiormente, sin saber qué pensar de lo que estaba oyendo.

—Y bien (preguntó): ¿á quién buscaba, qué quería?

—Venía á tiro hecho (contestó el padre de Berta). Me buscaba á mí, y ha venido á proponerme un pacto.

—¡Un pacto!—exclamó Juana.

—Sí; eso viene á ser; un pacto. ¿Qué dirá V. que quiere?

—¡Qué!

---¡ Oh!

---Vamos.

---Quiere....

Se detuvo, como si necesitara hacer un grande esfuerzo; y, cruzando las manos, exclamó, diciendo:

---¡ Quiere casarse con Berta!

---¡ Con Berta!---repitió Juana, santiguándose de nuevo.

---Como V. lo oye.... Ha venido muy francamente á pedirme su mano.

---Y V. habrá puesto el grito en el cielo, y el pobre diablo se habrá llevado un *no* como una casa.

---¡ Ay, ama Juana! No se le dice que no al demonio tan fácilmente. No he sabido resistirme, no he podido defenderme, y me ha cogido la palabra. ¡Qué hago yo ahora! Él es joven, hermoso y rico; tiene la voz dulce, pero dice unas cosas que aterran.... ¿Qué va á ser de ella? No, no puedo acostumbrarme á la idea de casarla. He dicho que sí, y ahora le diría que no mil veces. Ahora que no está delante; porque ha de saber V. que su presencia ata las manos y sujeta la lengua.

---¡Qué hombre!--exclamó la nodriza absorta.

El padre de Berta era muy bondadoso, y tenía de los hombres muy buena idea; así es que

movió la cabeza con desaliento, y repitió á su vez:

—¡ Hombre!.... Un hombre no sería tan cruel conmigo. Quitarme á Berta es quitarme la vida, es asesinarme sin que pueda defenderme; y vea V. lo más horrible; se casarán, y Berta se unirá para siempre al asesino de su padre.

El ama de llaves se cruzó de brazos, y hubo un momento de triste silencio.

De pronto dijo:

—¡ Ah!.... Berta dirá que no.

Una sonrisa amarga apareció en los labios de este padre infeliz, y la nodriza añadió:

—¿ No? Ahora lo veremos.

Y fué á salir en busca de Berta; pero al mismo tiempo se abrió la cortina, y Berta apareció en el cuarto.

El clavel rojo llameaba sobre sus rizos profundamente negros, como el fuego en la sombra: sus ojos brillaban con un resplandor extraño, y en la arrogante expresión de su rostro se adivinaba la firmeza de una resolución irrevocable.

Miró alternativamente á su padre y á su nodriza, y, con voz temblorosa, dijo:

—Lo sé todo. Acaso sea la felicidad de toda mi vida, quizás sea mi eterna desventura; pero ese hombre es dueño de mi alma.

Sonrió primero á su padre y después á su no-

driza, y salió de la habitación con el mismo desembarazo con que había entrado.

La nodriza y el padre permanecieron inmóviles, mudos, consternados.

IV.

El demonio, pues, había logrado introducirse en la casa de Berta de la manera que hemos visto, y, no solamente se había introducido, sino que había tomado posesión de ella como si siempre hubiera sido suya. Allí pasaba algunas mañanas, muchas tardes y todas las noches, y no había manera de evadirse de sus asiduas visitas, porque Berta se hallaba siempre dispuesta á recibirlo; y no era tampoco fácil enojarse, porque poseía el encanto de una jovialidad irresistible, y era preciso, no sólo resignarse, sino celebrar la gracia de su continua presencia. Además, ni el padre de Berta ni el ama de llaves se atrevían á ponerle mala cara; y no sabían por qué invencible maleficio se sentían obligados á recibirlo en palmas con la mirada halagüena y la risa en los labios.

Esto sucede cuando están bajo el influjo de su presencia; pues cuando se halla ausente, el padre y la nodriza se despachan á su gusto. Los dos se

juntan, y en secreto y en voz baja se vengan de él, desollándolo vivo. En estas secretas murmuraciones desahogan la aversión que les inspira, y entre la nodriza y el padre lo ponen como nuevo.

Y no les falta motivo para traerlo y llevarlo, porque, desde que ha tomado la casa por asalto, no se hace en ella más que lo que él quiere; él solo es el que manda, él solo es el que dispone; porque á Berta todo le parece bien, y no queda más recurso que bajar la cabeza y darse un punto en la boca.

Mas no se contentan sólo con murmurar, sino que también conspiran.... ¿De qué medio se valdrán para echar abajo el dominio de aquel poder ilegítimo?... Porque á los ojos del ama de llaves es un usurpador, y á los ojos del padre de Berta es un tirano.... Echarlo de la casa.... Este es el pensamiento de la conspiración.... Pero ¿cómo?... He ahí la dificultad que les cierra el paso.

Dos medios se les ocurren enteramente opuestos: huir, ó defenderse. Huir es el proyecto del padre de Berta; es el recurso que más se acomoda á su carácter pacífico. Huir lejos...., muy lejos...., al fin del mundo.

Pero el ama de llaves replica diciendo:

—¡Huir! ¡Qué disparate! ¿Adónde podremos ir que no nos siga? ¿Dónde podremos ocultar-

nos que no nos descubra? ¡Vaya! No hay que pensar en semejante desatino. Lo que debemos hacer es poner pies en pared, y defendernos.

—¡Defenderse!.... (exclamaba el padre de Berta.) ¿Con qué armas? ¿Con qué fuerzas?

—No se necesitan ni fuerzas ni armas (replicaba la nodriza). Un día se cierra la puerta á piedra y lodo...., y que llame.... Á puerta cerrada el diablo se vuelve.

—Ama Juana, eso es insensato (decía el padre de Berta): si no entra por la puerta, entrará por la ventana, ó por la chimenea.

Juana se mordió los labios pensativa, porque precisamente lo que ella no acertaba á explicarse era cómo había podido entrar la primera vez en la casa, porque la puerta estaba siempre cerrada; era preciso llamar para que la abriesen, y no se abría nunca sino bajo la inspección del ama de llaves; quería saber quién entraba y quién salía, y era en esto muy cuidadosa. ¿Cómo, pues, había podido entrar sin ser visto ni oído?

Sus primeras indagaciones acerca de este punto misterioso se dirigieron á Berta...., y Berta le contestó sencillamente que entró sin llamar porque había encontrado la puerta abierta. Esto, para la nodriza, era imposible.

Se quedó, pues, pensativa, porque, en efecto, aquel demonio de hombre podía entrar en

la casa aunque la puerta estuviese cerrada.

La conspiración no pasaba de estos dos medios de ejecución: ó huir, ó defenderse. Huir era inútil, y defenderse era un recurso impracticable. El padre de Berta y el ama de llaves discutían diariamente estos dos puntos, sin que la luz brotara por ninguna parte. ¿Y habían de resignarse á vivir bajo el yugo diabólico de aquel hombre? Ambos se encontraban en una situación difícil de pintar; vivían con el alma en un hilo, y se les podía ahogar con un cabello.

Pero bien: ¿quién es este hombre que los domina con su presencia, que los encadena á su voluntad, y que se ha hecho dueño del corazón de Berta? Se llama Adrián Baker, carece de familia, y posee grandes bienes de fortuna. He ahí todo lo que saben. Por lo demás, es un joven alto, suelto y flexible; rubio como el oro y blanco como la nieve; de palabra viva, apasionada, ardiente, y de mirada firme, escudriñadora y triste. El azul de sus ojos es ese azul obscuro que presenta el agua en las grandes profundidades.

Su trato no puede ser ni más natural, ni más afectuoso, ni más sencillo. Entra en la casa y sube la escalera en cuatro saltos; no hay quien lo detenga; si encuentra al padre de Berta, se arroja á él y lo abraza, y el buen señor se estremece de pies á cabeza bajo la presión de aque-

llos brazos afectuosos. Si es el ama de llaves la que le sale al paso, le pone cariñosamente la mano sobre el hombro, y siempre tiene en la boca una frase feliz, una lisonja diabólica, que causa en la nodriza una emoción extraña. Siente como si toda su sangre recibiera de pronto la savia de la juventud.

No hay manera de eludir el encanto de sus palabras, el influjo de su voz, el hechizo de su presencia. Juana ha advertido que cuando mira á Berta, sus ojos brillan con un resplandor semejante al que despiden los ojos de los gatos al través de la obscuridad; ha observado también que Berta palidece bajo el dominio de aquellas miradas, y que baja la cabeza, como si se sometiera al poder de una voluntad invencible.

Ha observado más todavía, y es que este demonio de hombre, á lo mejor se queda pensativo, con la barba apoyada en la mano, y fruncido el entrecejo como si tuviese delante alguna visión tremenda, y que luego, así como si despertara de un sueño, vuelve á sonreír, á hablar, á moverse.... El padre de Berta ha observado, á su vez, que de todo sabe, que de todo entiende, que todo lo explica, lo comprende y lo adivina, como si poseyese el secreto de todas las cosas. Y estas observaciones se las comunican entre sí, llenos de admiración y de asombro.

Unas veces, sentado junto á Berta, se entre-

tiene en devanar los hilos y las sedas con que ella borda, ó en recortar figuras fantásticas en cualquier pedazo de papel que encuentra á la mano. Entonces parece un niño. Otras veces habla del mundo y de los hombres, de países lejanos y de épocas remotas, con tanta gravedad y tanto juicio, que parece un viejo que se retira de la vida cargado de experiencia.

Pero ¡ah!: cuando se sienta delante del piano, no hay más que entregarse á los caprichos de su voluntad. Las teclas, heridas por sus dedos, producen cantos tan vivos, tan risueños, que el alma se llena de alegría; mas de repente cambia de tono, y el piano gime como una voz que solloza, y el corazón se conmueve, y los ojos se llenan de lágrimas. No para aquí la cosa; porque, cuando menos se espera, resuena por la caja del piano un trueno sordo y profundo, y se oyen, ya más cerca, ya más lejos, notas que estremecen y cantos que aterran; parece que por la voz de las cuerdas estremecidas hablan en lenguaje ignorado todas las almas del otro mundo.

V.

Bueno que para el ama de llaves sea Adrián Baker el diablo en persona, ó bien un hombre

que tiene el demonio en el cuerpo, ó al menos un ser extraordinario que posee el secreto diabólico de algún filtro prodigioso. Bueno que el padre de Berta vea en él un espíritu avasallador, una naturaleza excéntrica.... Y ¿quién sabe?.... Ha oído hablar alguna vez de fluidos misteriosos, de fuerzas sutiles que atraen ó rechazan, de influencias dominadoras, de prodigios magnéticos; y aunque no ha prestado nunca á esas cosas la mayor atención, piensa en ellas desde que se siente dominado por tan extraño personaje, y, cuando menos, Adrián Baker es su idea fija, su idea terrible, su preocupación continua, su monomanía constante. Muy bien: el padre de Berta y el ama de llaves pueden atribuirle las facultades maravillosas que sus imaginaciones acaloradas les sugieran; pero nosotros no hemos de participar de esas alucinaciones, ni por ellas hemos de sacar en limpio que Adrián Baker está fuera de la ley común á que vivimos sujetos los simples mortales.

Esto es claro; mas, no obstante, ¿quién es Adrián Baker?

Reuniremos aquí todas las noticias que se han podido adquirir, y cada uno formará por ellas el juicio que más le acomode.

Todavía no hace dos años que uno de los coches que transportan los pasajeros de la estación del camino de hierro á la ciudad en que nos en-

contramos, corría al gran galope. Volvía de la estación, y la arrogancia con que el cochero hacía galopar á los caballos, dejaba traslucir la urgencia ó la importancia de los viajeros que conducía.

Este coche penetró en la ciudad, y fué á detenerse delante de la fonda más lujosa de la población: allí se apeó el único viajero que llevaba, y el viajero era Adrián Baker. Iba envuelto en un gran abrigo de viaje, forrado de finísimas pieles. La solicitud con que acudieron á recibirlo los mozos de la fonda, significaba que habían descubierto en el nuevo huésped un manantial de propinas. El cochero lo despidió con la gorra en la mano, y al volverle la espalda, miró á los circunstantes, mostrándoles en el ojo izquierdo una moneda de oro.

No fué necesario más para que la maleta de huésped subiera en volandas á la habitación más suntuosa de la fonda. Siete ciudades de Grecia se disputaron el honor de haber servido de cuna á Homero; más de siete mozos se disputaron el honor de cargar con la maleta de Adrián Baker. Parecía un rey que entraba en su palacio.

Durante algunos días se le vió solo y á pie recorrer las calles de la ciudad y visitar los monumentos más notables; después, solo también, pero en coche, se le vió examinar los sitios más agrestes y más pintorescos de las cercanías, con

la atención de un artista, de un filósofo ó de un poeta.

No era inaccesible el trato de las gentes, y pronto tuvo muchos amigos que se hacían lenguas de las excentricidades de su carácter, de sus riquezas y de su talento; de modo que fué por algún tiempo la novedad del día, y, por lo tanto, el platillo de todas las conversaciones. Conquistar su amistad habría sido para los hombres un triunfo, y conquistar su corazón habría sido para la mujer más encopetada mucho más que poner una pica en Flandes; pero Adrián Baker conservaba perfectamente cerradas lo mismo las intimidades de su amistad que las de su amor; de manera que no se sabía de él más que tres cosas: que era joven, que era rico, y que había corrido medio mundo.

Se le supuso inglés, alemán y norte-americano; en primer lugar, porque era rubio, y en segundo lugar, porque, aun cuando hablaba en español como si fuese su lengua nativa, se advertía en su acento cierto sabor extranjero que cada cual interpretaba á su gusto.

Por lo demás, parecía complacido de la belleza del cielo y de la alegría de la naturaleza; y aunque á nadie había dicho si pensaba permanecer allí mucho tiempo, el caso es que no se marchaba. Sin duda alguna debió cansarse de la vida de la fonda, y de la noche á la mañana compró

una gran casa y se instaló en ella como un príncipe. Este edificio, venerable por su antigüedad, tenía el grandioso aspecto de un palacio, y uno de sus ángulos daba frente á la casa de Berta.

Tales son todas las noticias que se tenían acerca de Adrián Baker. Ya sabemos, pues, que el demonio de Adrián Baker no era, ni más ni menos, que el vecino en persona.

Una noche que volvía de hacer su diaria visita á Berta, entró en su casa, atravesó el vestíbulo y se encerró en sus habitaciones. Poco después se cerró la gran puerta de palacio, roncando duramente sobre sus goznes; se fueron apagando las luces, y todo quedó en profundo silencio. Sin embargo, Adrián Baker no dormía.

En el fondo de su habitación, alumbrada por una lámpara de luz pálida, apoyados los codos sobre un velador de caoba, y oculto el semblante entre las manos, parecía sumergido en un mar de reflexiones. Y no debían ser risueñas, porque el entrecejo, duramente fruncido, daba á entender que alguna tempestad pasaba por detrás de aquella frente tersa como la de un niño y pálida como la de un muerto. Y es el caso que la luz de la lámpara, reflejándose sobre sus cabellos ensortijados y rubios, envolvía la cabeza en fantásticas vislumbres.

Después de muchos minutos de inmovilidad y de silencio, dió una violenta palmada sobre la mesa, prorrumpiendo en estas tres exclamaciones:

—¡Malditas riquezas!.... ¡Odiosa sabiduría!....
¡Cruel experiencia!....

Luego se puso de pie, y dando vueltas por la estancia, como un loco, gritaba con voz sorda:

—¡Fe!.... ¡Fe!.... ¡La duda me ahoga!....

Á poco de estas exclamaciones, sacudió su hermosa cabeza, y lanzó una terrible carcajada.

—Bueno (dijo). La prueba es tremenda; pero necesito esa prueba.... Es preciso bajar al sepulcro.... Bien: bajaré. Hay que consultar el oráculo sombrío de la muerte acerca de los misterios de la vida. Muy bien: le consultaremos.

En aquel momento, el tubo de cristal en que se hallaba encerrada la luz de la lámpara, estalló, cayendo roto en mil pedazos; la llama se obscureció, tomando un color rojizo y exhalando un humo negro, que envolvió la estancia en sombras que se deslizaban por las paredes, se confundían en el techo y se cruzaban sobre el pavimento; parecía que los muebles andaban, que el techo se hundía y que las paredes se alejaban.

En medio de esta danza diabólica de luz y de

tinieblas, la llama se apagó, como si obedeciera á un soplo invisible, y en medio de aquella obscuridad, todo fué silencio.

VI.

Algo extraordinario debía ocurrir en la casa de Berta, porque el ama de llaves parecía dominada por un repentino desasosiego, que no le dejaba ni un momento de reposo. Iba y venía, subía y bajaba, entraba y salía con el aturdimiento del que no se da cuenta de su movilidad. Era una especie de ataque de nervios que habia duplicado en un momento la casera actividad del ama de llaves. Á lo mejor se paraba bruscamente, y apoyando el dedo índice en el labio superior, se quedaba suspensa, como si buscara la explicación de algún misterio ó la clave de algún enigma; gesticulaba con expresiva elocuencia, y se puede decir que pensaba por gestos.

Mas la causa de la agitación que le advertimos, no debía ser aterradora, porque, en medio de todo, podía encontrarse en ella algo parecido á la alegría, una alegría reconcentrada, que á pesar suyo se escapaba al través de su movilidad y de sus muecas. En esta pobre naturaleza

humana se confunden muchas veces las alegrías y los pesares en unos mismos síntomas, y se llora de regocijo lo mismo que de pena; una buena noticia nos trastorna lo mismo que una terrible nueva.

Sea lo que quiera, ello es que el ama de llaves parecía agitada por el resorte interior de algún pensamiento que daba incesantemente vueltas en su cabeza, y algo esperaba con impaciencia, pues de vez en cuando prestaba atención, alargaba el cuello y aplicaba el oído.

De pronto sonó el timbre de la puerta con dos golpes lentos, acompasados, reflexivos, que causaron en la nodriza el efecto de una descarga eléctrica. Arrojó lejos de sí unas telas que tenía en las manos, derribó unas sillas que encontró al paso, rasgó una cortina que se le puso delante, y se lanzó á la escalera, dejando en pos de sí, como las tempestades, la desolación y el estrago.

Asió el cordón que servía para abrir la puerta, y tiró con tanta fuerza, que la puerta se abrió de par en par, apareciendo en ella el padre de Berta, que entró despacio, apoyándose en su bastón como hombre á quien empiezan á faltarle las fuerzas para vivir. Al entrar, alzó los ojos al cielo con triste desaliento, y vió al ama de llaves que desde lo alto de la escalera intentaba decirle algo, agitando los brazos y moviéndose

y gesticulando como el aparato de un telégrafo óptico. El buen señor no entendía ni una palabra de aquel lenguaje telegráfico, y se detuvo al pie de la escalera, queriendo descifrar el tumulto de señas que el ama de llaves arrojaba sobre su cabeza. Pero, ya se ve, no era excesivamente diestro en esta clase de averiguaciones, y su imaginación, poco viva, se encontraba en aquel momento paralizada. Al fin se encogió de hombros con cierta desesperación resignada y paciente; era tanto como exclamar: «¡Qué demonios está V. diciendô!» El ama de llaves se cruzó de brazos y movió tres veces la cabeza de un lado á otro; quería decirle: «Torpe...., torpe...., torpe.» El buen hombre se encorvó bajo esta triple acusación, y comenzó á subir la escalera. Al fin de ella lo esperaba el ama Juana, y sin más ceremonia ni cumplimiento, lo cogió de la mano, y como si fuera un niño lo llevó á su cuarto; y allí, después de asegurarse de que nadie podía oirla, se acercó al oído del padre de Berta, y con voz misteriosa y con todo el aire de la más reservada confianza, le dijo:

—¡Se va!

--¡Se va!—replicó el padre de Berta, exhalando un profundo suspiro.

—Sí, señor (añadió ella). Nos vamos á ver libres.

—¡Libres!—exclamó á su vez el buen señor.

moviendo la cabeza con incredulidad. Después preguntó:

—¿Y adónde va?

—¡ Al infierno ! (contestó la nodriza.) Eso es claro. Va muy lejos, no sé á qué tierras que están en el fin del mundo. Es un viaje repentino.

El buen señor volvió á suspirar con triste desaliento, y el ama Juana le miró con asombro, diciéndole:

—Cualquiera creería que acabo de darle á V. una mala noticia. ¿Lo habrá hechizado á V. ese hombre hasta el punto?....

—Sí (contestó él); porque si se va, no se irá solo; se llevará á Berta, y entonces, ¿qué va á ser de nosotros?

—Nada de éso (replicó Juana). Se va solo, solo como un hongo.

—Peor que peor (dijo el padre): porque entonces, ¿qué va á ser de Berta?

—¡ Qué ha de ser ! (exclamó el ama.) La del humo.... Si te vi, no me acuerdo. Al que se va, se le olvida; y al que se muere, lo entierran: ese es el mundo. Berta lo sabe todo; ella misma me lo ha dicho, y está tan fresca, tan tranquila como si tal cosa. ¡Bah!.... No necesitará un cordial para despedirlo.

Al pronunciar la última palabra, volvió la cabeza, y no pudo contener un grito que se escapó de su garganta, viendo á Adrián Baker, que

acababa de entrar. En efecto: era Adrián Baker en persona, más pálido que nunca, vestido con un bello traje de camino. Brillaban sus ojos con un resplandor extraño, y vagaba en sus labios una mirada casi triste y casi burlona.

Pidió mil perdones por la sorpresa que acababa de causar, y dijo que circunstancias imprevistas le obligaban á emprender un viaje repentino á Nueva York, donde asuntos del mayor interés lo llamaban con urgencia; pero que permanecería ausente poco tiempo, dando después la vuelta.

—Me voy (añadió); pero me dejo aquí mi corazón, y volveré á recogerlo.

Dicho esto, abrazó al padre de Berta tan cariñosamente, que el buen señor se sintió enternecido; y el ama Juana, dominada por la voz y la presencia de aquel hombre singular, sintió que algunas lágrimas se agolpaban á sus ojos, y acudió á contenerlas con la punta del delantal.

Adrián Baker le puso una mano sobre el hombro, mano que el ama de llaves sintió temblar, y, estremeciéndose á su vez, oyó que le decía:

—Ése es el mundo.... ¿eh? Bien: veremos.

Después salió de la habitación, y el padre y la nodriza lo siguieron maquinalmente.

Berta les salió al encuentro, y su mano fué á buscar la de Adrián Baker, y ambas manos se

estrecharon, permaneciendo por mucho tiempo unidas.

Berta dijo con voz temblorosa y dulce :

—¿Volverás pronto?

—Pronto,—contestó él.

—¿Cuándo?—volvió á preguntar ella.

—Pronto (replicó Baker). Si me esperas, tu propio corazón te anunciará mi vuelta.

—Te esperaré siempre,—dijo Berta, con voz ahogada, sin que apareciera ni una lágrima en sus ojos.

Aquellas manos unidas se separaron, y Adrián Baker se lanzó á la escalera, bajó precipitadamente, y poco después se oyó el ruido del coche en que se alejaba.

Berta miró á su padre con dulce sonrisa, y huyó á encerrarse en su cuarto.

Cuando el rumor del coche se extinguió á lo lejos, como un trueno que se apaga, el ama de llaves se santiguó, y dijo :

—Se fué.... Respiremos.

VII.

Por lo visto, el ama Juana conocía bien el corazón de las mujeres, ó por lo menos el corazón de Berta, porque hacía ya tres meses que Adrián

Baker había partido para Nueva York, y ni una vez siquiera pudo sorprender una lágrima en los ojos de la huérfana, á quien ella había servido de madre. Berta parecía indiferente al dolor de aquella ausencia.

Es verdad que durante los tres meses de ausencia se había recibido una carta de Nueva York, en la que Adrián Baker decía á Berta todo lo que se dice en esos casos; era una carta sencilla, tierna y apasionada; no parecía que estaba escrita á tres mil leguas de distancia, al otro lado del gran Océano, donde naufragan los amores más ardientes y más profundos. Es verdad que esta carta fué contestada á vuelta de correo, y que cruzó las tempestuosas soledades del mar, llena de promesas y de esperanzas.

También es verdad que la carta de Adrián Baker la guardó Berta cuidadosamente, conservándola como se conserva una reliquia. Es verdad que pasaba las horas muertas delante del piano haciendo correr los dedos por las teclas, modulando los aires favoritos de Adrián Baker, y que él mismo le había enseñado. Pero, fuera de esto, Berta vivía como el resto de las mujeres, conservaba un excelente apetito, y dormía con el tranquilo reposo de los corazones felices. Empleaba sus horas habituales de tocador, y se complacía en embellecerse. Se habían dulcificado algunas asperezas de su carácter: hablaba de

todo con su natural viveza, y, en fin, á Adrián Baker no lo nombraba nunca.

Su padre y su nodriza observaban todo esto, y sacaban por consecuencia que el viajero no había dejado huella ninguna en el corazón de Berta. Sólo un temor los alarmaba: el temor de que volviera.

Así transcurrió otro mes, y el recuerdo de Adrián Baker empezó á desvanecerse; si alguna vez se pronunciaba su nombre, era como el que evoca el recuerdo de un sueño.

Sin embargo, el sueño solía tomar el aspecto de una inminente realidad. Podía volver, y, sin duda alguna, no se había despedido para siempre: su último adiós no había sido un adiós eterno. Si se hallaba al otro lado de los mares, á tres mil leguas de distancia, en Nueva York, esto es, en el fin de la tierra, más aún, en el otro mundo, su casa estaba allí, allí enfrente, abierta, habitada por sus criados, con el mismo lujo y con la misma pompa que antes de su ausencia; aquella casa, que parecía un palacio encantado, esperaba á su dueño, y el orden y el esmero con que todo marchaba en ella, daba á entender que los criados no querían verse sorprendidos por la presencia repentina de Adrián Baker, es decir, que Adrián Baker podía llegar de un momento á otro, ó, lo que es lo mismo, que lo esperaban á cada momento. Las flores de la terraza exten-

dían sus ramos llenos de vida , como si las mismas manos de Adrián Baker las cuidasen.

El padre de Berta y el ama de llaves veían en esta casa una amenaza constante; para ellos venía á ser como la sombra de Adrián Baker; pero, así y todo, el tiempo pasaba, y el viajero no volvía.

Había llegado la primavera , y la naturaleza se rejuvenecía con toda la riqueza de vegetación que suele desplegar en los países meridionales, y precisamente nos encontramos en pleno Mediodía. Todo se engalanaba y sonreía , y el corazón experimentaba el vago placer de una esperanza que empieza á realizarse.

Berta participaba de este bello despertar de la naturaleza , y se puede decir que habían adquirido nuevos encantos las perfecciones de su belleza : sus ojos parecían más rasgados, más negros y más brillantes; sus miradas más dulces, más serenas y más profundas; sus mejillas más frescas, más suaves y más sonrosadas, y sus sonrisas más tiernas, más frescas y más graciosas. Su talle ha adquirido una soltura majestuosa, que da á sus movimientos voluptuosidad y firmeza. Parece que la juventud ha hecho un esfuerzo supremo, y al dar la última mano á su hermosura, ha obtenido una obra maestra. Está en todo el esplendor de la belleza.

En cambio, el palacio de Adrián Baker ama-

neció un día triste como un sepulcro ; las persianas caídas y la gran puerta del vestíbulo cerrada , le daban la apariencia de una casa desierta ; dentro reinaba un silencio profundo , y , no obstante , el palacio de Adrián Baker seguía habitado .

Al penetrar en el vestíbulo , la figura del portero aparecía como una sombra ; todo su vestido era negro , y todos los criados de la casa vestían también de luto , y en sus semblantes se advertían señales de tristeza .

¿Qué ocurría ?

Ocurría sencillamente , que Adrián Baker había muerto en Nueva York , de una pulmonía fulminante . La noticia había corrido por la ciudad , con la rapidez que corren las malas noticias , y había penetrado también en la casa de Berta . Primero pareció increíble que Adrián Baker hubiese muerto , como si la vida de este hombre no estuviese sujeta á las contingencias que experimenta la vida de los demás mortales . Mas la noticia se confirmaba , y era preciso creerla . Además , el aspecto del palacio daba testimonio de la autenticidad del caso . En aquella casa cubierta de duelo , parecía que lloraban hasta las piedras . La noticia había llegado en una carta enlutada , fechada en Nueva York , y firmada por el jefe de la casa Wilson y Compañía , donde Adrián Baker tenía depositados grandes capitales .

El padre de Berta y el ama de llaves se miraban asombrados, y repetían alternativamente:

— ¡Ha muerto!

— ¡Ha muerto!

Berta, pálida como la misma muerte, los sorprendió en esas exclamaciones, y con voz sepulcral les dijo:

— Sí; ha muerto en Nueva York, pero vive en mi alma.

Y volviéndoles la espalda, huyó á su cuarto, y se sentó junto al balcón, desde donde se veía la terraza del palacio. Las flores, agitadas suavemente por las brisas de la primavera, se inclinaban hacia Berta como si le enviasen un triste saludo. Ella las contemplaba sin una lágrima en los ojos; la palidez extrema que bañaba su rostro, y el ligero temblor que agitaba sus labios, descubrían el dolor que afligía á su alma.

De pronto atrajo sus miradas el vuelo de una mariposa blanca que flotaba en el aire. Siguióla con ojos distraídos, y, como si la mariposa se sintiera atraída por la mirada de Berta, trazando caprichosos círculos, abandonó la terraza, voló rápida delante del balcón, y entró en la estancia.

Por un movimiento involuntario, Berta tendió las manos para cogerla, pero la mariposa se escapó de entre sus manos como un soplo, y

comenzó á dar vueltas alrededor de su cabeza, formando un torbellino silencioso é impalpable que envolvía la frente de Berta en una aureola que renacía y se disipaba como una sucesión de relámpagos. Las alas de la mariposa llameaban sobre la cabeza de Berta con una luz semejante á los primeros resplandores de la aurora. Después pasó por delante de sus ojos, la vió flotar sobre las flores de la terraza, y luego se perdió, como si se hubiera desvanecido en el aire. Buscóla con un ansia indecible, pero en vano : ya no volvió á verla.

Entonces cruzó las manos, inclinó la cabeza, y dos grandes lágrimas asomaron á sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Al día siguiente, entró el ama de llaves en el dormitorio de Berta, y vió sobre la cabecera de la cama una sombra que se destacaba sobre la pared. Esta sombra tomó inmediatamente la forma de una cabeza humana, y la nodriza se tuvo.

Era la cabeza de Adrián Baker....., la misma cabeza, con su frente pálida, sus miradas irresistibles y su sonrisa á la vez dulce, triste y burlona.

El ama de llaves no pudo contenerse, se santiguó como si hubiese visto una visión diabólica, y retrocedió espantada.

VIII.

La muerte de Adrián Baker ha causado en Berta terribles estragos. No aflige á las personas que la rodean, con continuos sollozos y llantos interminables; no hace de su lengua el constante pregonero de su tristeza; al contrario, esconde su dolor en el fondo del alma, devora sus lágrimas antes de que asomen á sus ojos, y ahoga sus suspiros y no exhala quejas inútiles: el nombre de Adrián Baker no se oye nunca en sus labios.

Creeríase que se ha consolado fácilmente, si no se advirtiera en sus miradas la sombra de una tristeza inmensa, si la palidez de sus mejillas no extendiera sobre la belleza de su juventud un velo fúnebre, si su voz apagada no descubriera la profunda soledad de su corazón. Alguna vez sonríe á su padre, pero hay en sus sonrisas la más amarga dulzura. Se la ve extinguirse como una luz que se apaga. Avara de su dolor, lo esconde dentro de sí misma como un tesoro que pueden robarle.

Su padre y su nodriza la ven enflaquecer, la ven aniquilarse, la ven morir, sin poder detener

los estragos de aquella pena tenaz, sorda y muda, que va minando lentamente su juventud y su vida, y maldicen el nombre de Adrián Baker, y al mismo tiempo darían su vida por resucitarlo; pero la muerte no devuelve sus presas, y no les queda más que una esperanza...., la última esperanza....: el tiempo.

Pero el tiempo pasa, y la memoria de Adrián Baker, semejante á un veneno lento, va devorando la vida de Berta.

Todo se ha hecho: se la ha rodeado de todos los encantos del mundo, han pretendido su preferencia los partidos más ventajosos, y la juventud, la belleza y la fortuna se han disputado el afecto de su corazón; mas su dolor ha sido inaccesible. Ella se ha sometido á todas las pruebas, y no ha sido posible arrancar de su alma al demonio de Adrián Baker. Se ha apelado á la medicina, y la ciencia ha hecho prodigios inútiles, porque la enfermedad de Berta no tiene cura.

Para la nodriza, Adrián Baker la ha hechizado, ha derramado en su sangre un filtro diabólico. El amor más firme resiste á la ausencia; á la muerte no resiste ninguno. Berta, pues, estaba hechizada.

Su padre no tiene más que un pensamiento, que encierra en estas palabras:

«Se fué, y se la lleva....; al fin se la lleva.»

Mas todavía queda un recurso á que apelar; la soledad, el campo, la naturaleza, ¡quién sabe!, el cielo, el sol y el aire de la campiña pueden reanimarla; la poesía de la naturaleza puede despertar en su corazón nuevos sentimientos y nuevas esperanzas; el murmullo del agua, el canto de los pájaros, la sombra de los árboles.... ¿Por qué no? No hay dolor humano, por grande que sea, que no se empequeñezca ante la grandeza del cielo.

Á poca distancia de la ciudad posee el padre de Berta una pequeña quinta, cuyas paredes blancas y cuyos techos rojos se descubren al través de los árboles que la rodean. No se podía elegir un sitio más pintoresco. Á la derecha la montaña, á la izquierda la llanura, delante el mar, que se extiende á lo lejos hasta confundirse con el horizonte; y para que nada se eche de menos en el conjunto del paisaje, se ven desde la quinta, sobre la falda de la sierra, las ruinas abandonadas de un antiguo monasterio.

Berta no opuso resistencia ninguna, porque le era indiferente vivir en la ciudad ó en la quinta; sólo mostró empeño en llevarse el piano, como si fuera su íntimo amigo, su único confidente; y la familia se trasladó á la quinta, instalándose en ella.

Quiso Berta arreglar por sí misma el cuarto que debía habitar en la quinta, que consistía en

una sola pieza con reja al jardín, y que le servía á la vez de tocador y dormitorio. Sobre la cabecera de su cama colocó una hermosa fotografía, que contenía una cabeza del tamaño natural. Era la cabeza de Adrián Baker, con su frente tersa y pálida, con sus grandes ojos azules, con sus hermosos rizos rubios como el oro: la cabeza de Adrián Baker admirablemente fotografiada, y que ella misma había miniado.

Para el piano no se encontraba colocación á gusto de Berta. No había en la quinta más que una habitación común, que era la sala, que servía á la vez de comedor. Dudaba entre la sala y su dormitorio, cuando le ocurrió la idea de colocarlo en un pequeño pabellón, cubierto de enredaderas y madreselva, que hacía las veces de estufa, en un ángulo del jardín. La idea le pareció felicísima, y se sonrió al concebirla, y el piano fué colocado en el pabellón, como un pájaro en su jaula.

La fatiga del viaje debió cansar á Berta, pues antes de la hora de costumbre se retiró á su cuarto, y la nodriza la dejó acostada. ¿Durmió? No se sabe; pero al amanecer, el canto de las aves que anidaban en el jardín la hizo levantarse. Abrió las maderas de la ventana, y una nube de pájaros voló espantada, yendo á ocultarse en las copas de los árboles, iluminadas por los primeros rayos del sol. Mas pronto los más

atrevidos volvieron á saltar delante de la reja, mirando á Berta con cierto descaro, como si quisieran reconocer en ella á una antigua amiga. Algunos granos de trigo y algunas migas de pan arrojados sobre el alfeizar de la ventana, fueron poco á poco atrayendo á los más tímidos, y llegaron hasta la más íntima familiaridad. Eso sí, el más ligero movimiento los ponía en precipitada fuga; pero pronto recobraban la perdida confianza, y volvían de nuevo á saltar alegres sobre los hierros de la reja.

Berta los miraba y se sonreía viéndolos, y al cabo de algunos días obtuvo de ellos que entraran y salieran con toda franqueza. En sus paseos solitarios por el jardín y por la larga calle de tilos que abría paso á la quinta, la seguían, volando de árbol en árbol. Todos los días pasaba algunas horas de la mañana en el pabellón, y allí acudían también los pájaros, uniendo sus alegres gorjeos á las tristes melodías que exhalaba el piano; pero la loca alegría de los pájaros no bastaba á mitigar la honda tristeza de Berta; su pensamiento era siempre el mismo: Adrián...., Adrián Baker.

Este nombre, que nunca salía de sus labios, se veía escrito en todas partes por la mano de Berta; en las tapias del jardín, en los troncos de los árboles, y hasta la enredadera del pabellón había entrelazado sus ramas de tal ma-

nera, que podía leerse en ellas «Adrián Baker». Este nombre se encontraba en todas partes, como el eco mudo de un recuerdo perpetuo.

Durante las horas de las mañanas, parecía animarse algo el semblante de Berta, y aun solían sonrosarse los pómulos de sus mejillas; pero á la caída de la tarde, desfallecía, como si también llegara al ocaso de la muerte el sol de su vida.

Sentada al pie de la ventana, contemplaba en silencio las nubes que el sol encendía con sus últimos rayos. Allí estaba Juana, que había agotado inútilmente todo el repertorio de sus conversaciones. Una ráfaga repentina flotó un momento sobre la cabeza de Berta, trazó en el aire un círculo rápido como un relámpago, y desapareció sin saber por dónde.

—¡La has visto!—exclamó Berta.

—Sí (contestó la nodriza); es una mariposa blanca que ha querido posarse en tu cabeza.

—¿Y bien?....—preguntó.

—Las mariposas blancas (dijo el ama) son pájaros de buen agüero; traen siempre buenas noticias.

—Eso es (añadió Berta, estrechando convulsivamente la mano de su nodriza). Es mi mariposa blanca, y esta vez no me engaña. Adrián viene...., sí, viene por mí; eso es lo que ha venido á decirme....; yo la esperaba.

El ama de llaves la contempló un instante con ojos desencajados: los reflejos del sol moribundo iluminaban el rostro de Berta de un modo particular, y la pobre mujer, no pudiendo sostener la mirada que ardía en los ojos de la enferma, bajó la cabeza y cruzó las manos, exclamando entre dientes:

—¡Dios mío!.... ¡Se ha vuelto loca!

IX.

La idea de que Berta había perdido el juicio, tenía al ama de llaves medio loca. Se ocultaba en los últimos rincones de la casa, y allí se escurría á llorar. Ella no podía sobrellevar sola la carga de tan terrible secreto....; pero ¿á quién confiarlo? ¡Cómo asestar al corazón de su padre tan terrible puñalada! Decirle que Berta había perdido el juicio, era lo mismo que asesinarlo. El buen señor la espiaba con los ojos de su cariño; pero su mismo cariño le había puesto una venda en los ojos, y no advertía la locura de su hija.

Y el caso es que el ama de llaves se confirmaba cada vez más en la realidad de tan tremenda desgracia. Durante la noche, se acercaba muchas veces á su cama, y la oía dormir tranquila. Ninguna alteración extraordinaria, ni en sus costum-

bres, ni en sus acciones, ni en sus palabras, atestiguaba el extravío de su razón. Cierto; pero esperaba á Adrián Baker, y juraba que vendría. En vano intentaba persuadirla de semejante desatino, porque Berta se irritaba y la imponía silencio, ó se reía con incredulidad compasiva de las razones de su nodriza. ¿No era esto una locura?

El ama de llaves había perdido de la noche á la mañana el apetito y el sueño, y huía del padre de Berta, porque no estaba segura de guardar el secreto que llevaba en el alma. Siempre el mismo pensamiento, dando vueltas en su cabeza como un remolino. Vamos; la locura de Berta iba á costarle el juicio á la nodriza.

Una noche se agitaba sin poder dormirse: su imaginación se hallaba llena de sombras pavorosas. En medio de la obscuridad, veía semblantes que se le acercaban y huían, riendo y llorando, que se desvanecían para volver á reproducirse, y todas estas cabezas, que danzaban ante sus ojos, tenían, á pesar de sus grotescas facciones, una semejanza diabólica con la cabeza de Adrián Baker. La nodriza, aterrada, cerraba los ojos por no verlas, y, sin embargo, continuaba viéndolas.

Se creía bajo el imperio de una pesadilla, y, haciendo un esfuerzo, se sentó en la cama. Entonces oyó un sonido lejano, un acento dulce,

una música misteriosa, cuyas notas se perdían en el silencio.

Redobló la atención de sus oídos, y pronto comprendió que aquellas notas se escapaban del piano, y saltó de la cama, exclamando:

—¡Berta! ¡Berta!

Comenzó á vestirse apresuradamente y á tientas, diciendo con voz atribulada:

—¡Sola, en el pabellón...., á estas horas!
¡Hija de mis entrañas; está loca!

Todas las visiones de sus ojos se habían disipado; no veía nada: sólo oía los acordes del piano, que resonaban á lo lejos en medio del silencio.

Salió de la habitación en que se hallaba, y palpando los muebles que encontraba al paso, se dirigió al cuarto de Berta. Empujó suavemente la puerta, que cedió al primer impulso, abriéndose silenciosamente, y una vaga claridad, semejante al último resplandor del crepúsculo, iluminó sus ojos: era la luz de la lamparilla, que ardía dulcemente, encerrada en su vaso de porcelana.

Su primera mirada fué á la cama, y al pronto no vió más que un objeto informe; mas luego descubrió que la cama estaba desierta.

Pensó coger la lamparilla que ardía en un ángulo de la estancia, para alumbrarse y dirigirse al pabellón; mas en aquel momento sintió sobre

su rostro una bocanada suave de viento húmedo y frío.

Volvió los ojos hacia al lado en que había recibido la impresión del aire, y reparó que la ventana se hallaba de par en par abierta, á la que, por la parte exterior, se agolpaba la profunda obscuridad de la noche.

Y poseída de un estupor indecible, sin querer dar crédito al testimonio de sus propios ojos, vió como una figura humana inmóvil delante de la reja, con las manos cruzadas y la frente apoyada sobre el quicio de la ventana.

Un sudor frío, el sudor de la muerte, inundó su cuerpo; quiso temblar, y no pudo; quiso gritar, y la voz se le ahogó en la garganta; quiso huir, y sus pies, pegados á la tierra, se negaron á seguirla.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, prontos á saltar de las órbitas, con la boca desencajada y el espanto pintado en todo su semblante, permaneció como petrificada, sin fuerza para sostenerse, sin voluntad para desplomarse.

Y, en verdad, no le faltaba razón para sentirse aterrada.

Tenía delante á Berta, inmóvil, apoyada sobre la ventana, recogiendo con atención absorta las notas que, como un torrente, se escapaban en aquel momento del piano.

No era, pues, Berta la que rompía el silen-

cio de la noche con aquella música increíble.

¿Qué mano desconocida, qué mano invisible hacía sonar las cuerdas del piano, en medio de aquella soledad y de aquel silencio? ¿Era verdad lo que sus ojos veían? ¿Era verdad lo que sus oídos estaban oyendo? ¡Era todo ello la visión espantosa de un sueño terrible!

Y no es esto sólo, sino que la memoria atribulada de la nodriza recuerda con íntimo estremecimiento de su alma aquellas misteriosas melodías que se clavan en sus oídos. Sí; por la caja del piano resuena como un trueno sordo y profundo, y se oyen, ya más cerca, ya más lejos, notas que estremecen y cantos que aterran; parece que por la voz de las cuerdas estremecidas hablan un lenguaje ignorado todas las almas del otro mundo.

Yo no sé el tiempo que el ama de llaves habría permanecido muda é inmóvil bajo la impresión del terror que la dominaba, si Berta no hubiera reparado en ella.

No le causó ni asombro ni sorpresa ver allí á su nodriza, y, acercándose, la cogió una mano, y sacudiéndola dulcemente, le dijo:

—¿Lo ves?... ¿Lo oyes?... Es Adrián.... Adrián que viene á buscarme: la mariposa blanca no me ha engañado.

El ama de llaves tuvo valor para pasarse la mano por la frente y restregarse los ojos.

—Yo sabía que había de venir (siguió diciendo Berta), y lo esperaba todos los días.

La nodriza respiró con ansia, como quien hace un supremo esfuerzo.

—¿Oyes (dijo Berta) esos suspiros que se escapan del piano? Es él, él, que me llama, y puesto que has venido, vamos á encontrarlo.

Y diciendo y haciendo, cogió la lamparilla, y añadió:

—Sígueme.

El ama Juana la siguió como una sombra.

Entraron en el jardín, y se dirigieron al pabellón. La pálida luz de la lamparilla iluminaba el semblante de Berta, esparciendo á su alrededor una claridad fantástica, que hacía más espesas las tinieblas que la rodeaban.

La nodriza se sentía arrastrada por Berta; andaba sin el consentimiento de su voluntad: una fuerza más poderosa que su terror la empujaba.

De esta manera cruzaron el jardín y llegaron á la puerta del pabellón. Allí Berta se detuvo, y con voz dulce llamó, diciendo:

—¡Adrián!

Pero su voz no obtuvo respuesta.

Entonces entró.

Juana se agarró á Berta, para no caer desfallecida, y cerró los ojos.

La luz de la lamparilla iluminó el pabellón,

cuya soledad parecía asombrada de aquella visita inesperada : el piano se hallaba abierto y mudo.

—¡ Nadie!....—exclamó Berta suspirando.

—¡ Nadie!....—repitió Juana abriendo los ojos.

Y era la verdad: el pabellón estaba desierto.

X.

No hay duda: el piano de Berta tiene la cualidad maravillosa de hacer sonar sus cuerdas sin que mano humana intervenga en ello. Y en tal caso, es preciso convenir que tan prodigioso instrumento es, además, un músico consumado, porque ejecuta con la maestría que sólo consiguen los grandes profesores.

Mas como al ama Juana no le cabe en la cabeza que un piano pueda sonar por sí solo, sin que una mano por lo menos mueva las teclas, ha decidido que anda en este asunto diabólico la mano invisible, la mano cadavérica de algún espíritu del otro mundo.

No es ésta una suposición absolutamente admisible, porque parece bastante confirmada la averiguación de que los espíritus no tienen manos. Mas la nodriza no se detiene en esas me-

ticulósidades, y cree á pie juntillas que el espíritu de Adrián Baker anda suelto por la quinta. Condenado tal vez á un tormento eterno, se complace en atormentar á los vivos aun después de muerto.

Y es una diablura, porque la serenata se repite todas las noches; la familia se pone en movimiento; acuden al pabellón, y el piano enmudece; llegan, y no encuentran á nadie. Se ha observado que las melodías que Berta toca por las mañanas, las repite el piano por las noches.

Juana se siente asaltada de terrores continuos; en la casa no hay sosiego. El padre de Berta no sabe qué pensar de semejante prodigio, y su razón está llena de confusiones y su corazón de sobresaltos. La luz del día disipa la agitación de sus espíritus; les parece que son víctimas de vanas alucinaciones, y, armándose de un valor heroico, hacían proyectos para penetrar hasta el fondo de tan tenebroso misterio.

Era preciso que el más valiente se escondiera en el pabellón, y allí, oculto, esperara la hora del prodigio; de esta manera se sabría qué dedos eran los que hacían sonar las cuerdas del piano.

Firmes en este propósito, esperaban las primeras obscuridades de la noche; pero entonces flaqueaba el valor de los más fuertes, el aire se llenaba de sombras pavorosas, el silencio de ruidos misteriosos, y nadie se atrevía á salir de la

casa. Las noches se pasaban en vela, y el pavor de que todos estaban poseídos, las hacía interminables.

Y he aquí lo que son las cosas: para Berta los días eran eternos, y esperaba las noches con ansiosa impaciencia.

Por matar el tiempo, quiso una tarde visitar las ruinas del monasterio, y mostró un empeño tan vivo, que no hubo más remedio que acceder á su deseo. Su padre y su nodriza decidieron acompañarla, y los tres se pusieron en camino.

No era grande la distancia que separaba á la quinta del monasterio; pero la comitiva caminaba despacio. Las ruinas desaparecían de pronto detrás de una colina, como si la tierra se las hubiese tragado; mas á los pocos pasos aparecían de repente delante de los ojos, y los escombros del atrio, completamente arruinado, detenían el paso del viajero.

Desde allí la mirada podía contemplar los muros destrozados, las paredes derruidas, los techos hundidos, y entre las piedras descarnadas las flores solitarias de las ruinas. Sólo habían resistido hasta entonces á las inclemencias del tiempo los arcos que sostuvieron la bóveda de la capilla.

La nodriza se hubiera vuelto á la quinta de buena gana, y el padre de Berta no hubiera pasado de allí; pero Berta se adelantó por los

escombros del atrio, y fué preciso seguirla.

Penetró en la capilla, pasando por debajo de aquellos arcos desnudos que amenazaban desplomarse, y fué á salir á lo que debió ser el centro del monasterio, pues los restos del muro y algunas pilastras despedazadas y mal sostenidas sobre su base, descubrían cuatro calles que, uniéndose por los extremos, formaban un cuadro: aquello debió ser el claustro; en el centro había vestigios de una cisterna cegada.

Allí se sentó Berta sobre un trozo de cornisa que se hallaba empotrada en los escombros. Parecía complacida en medio de aquella desolación. Su padre y su nodriza llegaron con el terror pintado en los semblantes; habían oído ruido de pasos en la capilla; más aún: Juana había visto una sombra deslizarse, no sabía cómo ni dónde, pero estaba segura de que la había visto.

Berta se sonrió, diciendo:

—Ruido de pasos, y una sombra.... Bien. ¿Qué daño pueden hacernos esos pasos y esa sombra?.... Serán los pasos de Adrián Baker que nos sigue; será su sombra que nos acompaña: ¿qué tiene eso de extraordinario? ¿No sabéis que lo llevo en mi corazón?.... ¿No sabéis que lo espero, que siempre lo estoy esperando?....

El nombre de Adrián Baker hizo estremecer al padre y á la nodriza.

—Bien, hija mía (dijo el primero); pero es-

tamos lejos de la quinta...., el sol se está poniendo...., ya es tarde.

—Sí, sí (añadió Juana); volvámonos.

Berta atrajo hacia sí cariñosamente á su padre, y le dijo:

—Padre mío, no estoy loca. Juana, no estoy loca. Adrián me prometió volver, y volverá. Yo lo espero. ¿Por qué ha de ser esto una locura? Sé que os aflijo, y yo no quiero afligiros. He pedido á Dios mil veces de rodillas que arranque de mi corazón su imagen y aparte de mi memoria su pensamiento; pero Dios, que ve todas las cosas, que todo lo penetra y todo lo puede, no ha querido. ¿Por qué? Él solo lo sabe.

Los ojos del padre se cubrieron de lágrimas, y la nodriza ocultó el rostro entre las manos para contener los sollozos que hervían en su garganta.

Berta añadió:

—Sí, ya es tarde....; mas me siento muy cansada....; esperemos un momento.

Nada tuvieron que replicar, y nada hubieran podido replicarle, porque la voz les faltaba.

Los tres guardaron silencio.

De repente los tres se miraron con ansiedad indecible, porque los tres habían oído un suspiro, un suspiro humano, que parecía exhalado por las ruinas que los rodeaban.

¿Sería una ráfaga de viento que había gemido

al rasgarse entre los picos agudos de las rotas paredes?

Berta se puso en pie, y, alzando la voz, exclamó por dos veces:

—¡Adrián!.... ¡Adrián!....

Su acento se extendió por el aire, perdiéndose á lo lejos; pero antes de que acabara de extinguirse, otra voz resonó entre las ruinas, diciendo:

—¡Berta!.... ¡Berta!....

El sol acababa de ponerse, y las obscuridades del crepúsculo, como si brotaran de entre las ruinas, comenzaron á cubrir los muros desmoronados y las paredes desgajadas.

En uno de los ángulos del claustro apareció una sombra que se movía. Esta sombra se adelantó lentamente hasta llegar al centro, en que se veían los vestigios de la cisterna cegada. Allí se detuvo, y con voz clara y dulce pronunció estas palabras:

--Yo soy, Berta; yo soy.

—¡Él!—exclamó ella, tendiendo los brazos en el aire.

Juana lanzó un grito de terror, y se agarró á Berta con toda la fuerza de sus manos; el padre quiso levantarse, y, no pudiendo sostenerse, cayó de rodillas junto á su hija....

XI.

No era posible evadirse del testimonio de la evidencia. Cualquiera que fuese la causa oculta del misterio ó la tenebrosa clave del prodigio, la sombra que acababa de aparecer en el ángulo del claustro era claramente la imagen auténtica, la vera efigie, la persona misma de Adrián Baker. Los ojos atónitos de Berta, de su padre y de la nodriza, no podían desconocerla.

Sus cabellos rubios, su frente pálida, el contorno de su figura, su aire, su mirada, su voz...., todo estaba allí delante de los ojos asombrados de Berta, de su padre y de su nodriza.

Ahora bien: ¿era aquello una creación fantástica de sus sentidos turbados? ¿Era un fantasma imaginario, ó una realidad? ¿Padecían los tres al mismo tiempo la misma alucinación? El pensamiento fijo de los tres, era Adrián Baker...., y los sentidos suelen muchas veces fingirnos la realidad de nuestras vanas imaginaciones. El estado en que se hallaban sus ánimos, el lugar, la hora.... ¡Ya se ve! El aire produce sonidos que engañan; la luz y la obscuridad que se mezclan y confunden en la hora misteriosa del crepúsculo, pueblan la soledad de las más raras

visiones. Y en medio de aquellas ruinas que empezaban á tomar formas caprichosas, y, digámoslo así, á moverse bajo las primeras obscuridades de la noche, Berta, su padre y la nodriza bien podían creerse en presencia de un espectro evocado allí por su presencia.

Mas es el caso que la sombra, en vez de desvanecerse, en vez de transformarse, como acontece en esas quiméricas apariciones, adquiría ante ellos líneas más precisas; contornos más seguros, conforme se iba acercando al grupo que formaban.

Llegó á él, y asió suavemente la mano que Berta le tendía. Resplandecía su mirada con el fulgor de un triunfo supremo.

—Soy yo (dijo, con acento conmovido). Yo, Adrián Baker.... No soy un espectro que sale del sepulcro....

Berta se sintió desfallecida, y tuvo que sentarse, y Adrián Baker siguió diciendo:

—Perdóname. He puesto tu corazón á una prueba terrible; pero todavía eran más terribles las dudas de mi alma. El mundo había llenado mi espíritu de horrorosa desconfianza...., y he querido penetrar hasta la última profundidad de tu amor. Has resistido á la ausencia, y has resistido á la muerte. Tu amor no ha sido para mí un desvanecimiento fugitivo; no te engañabas al jurarme un cariño eterno. Me alejé de ti para

espiarte, y quise morir para comprenderte.... Te he seguido por todas partes: no me he separado de ti ni un momento. ¡Dulce Berta mía! Me esperabas vivo, y me has esperado muerto. «Si me esperas, te dije, tu propio corazón te anunciará mi vuelta», y, ya lo ves, he vuelto. Sentía hacia ti una ternura inmensa, y devoraba mi corazón una duda espantosa. ¿Te habían deslumbrado mis riquezas?... Perdóname, Berta. Una sabiduría tenebrosa había helado la fe en mi alma: dudaba de todo, y dudé también de tu corazón...., de ti misma.

Berta cruzó las manos, y, levantando los ojos al cielo, exclamó tristemente:

—¡Dios mío! ¡Qué cruel injusticia!

—¡Sí! (prorrumpió Adrián Baker). ¡Cruel injusticia! Pero tú has resucitado mi corazón; por ti ha vuelto mi alma á la vida.

—¡Ah! (dijo Berta, apoyando las manos sobre su pecho.) ¡Si fuera tarde!....

Luego se dirigió á su padre y á su nodriza, diciéndoles:

—Siento mucho frío: volvamos á la quinta.

Y apoyándose en el brazo de Adrián Baker, se puso en marcha.

Su padre y su nodriza la siguieron silenciosos. El buen señor lo había comprendido todo; pero la pobre mujer no comprendía nada.

Lo que pasó aquella noche en la quinta no hay

para qué referirlo: fué una noche de dolor, de agitación y de angustia. Fué preciso ir á la ciudad y traer un médico, ¿por qué?, porque Berta se moría. Adrián Baker parecía desesperado; el infeliz padre se ahogaba en sollozos y la nodriza se escurría á llorar, sin que nada bastara á contener sus lágrimas.

Á la madrugada hubo que volver á la ciudad, porque el médico del cuerpo había agotado los recursos de la ciencia, y era preciso acudir al médico del alma.

Amanecía apenas, cuando un sacerdote se apeó en la puerta de la quinta. La enferma lo recibió, si es posible decirlo así, con triste alegría, y poco después todo había concluido.

El cadáver, colocado sobre un lecho fúnebre, se hallaba en medio de la habitación, alumbrado por seis blandones, que llenaban la estancia de tristes resplandores: la ventana, abierta, dejaba entrar la luz de la mañana, y el viento del otoño, arrancando las hojas secas de los árboles del jardín, las arrojaba sobre el cuerpo inanimado de Berta, como si la muerte rindiera homenaje á la muerte.

Atraída por el resplandor de los blandones, una mariposa blanca se deslizó silenciosa, y voló formando círculos alrededor de la cabeza de la difunta.

Velaban el cadáver, el padre, inclinado sobre

el lecho mortuario, bajo el peso de un dolor enorme; la nodriza, deshecha en lágrimas; Adrián, con los ojos secos y brillantes, pálido, inmóvil, mudo, terrible, y el sacerdote, cruzado de brazos, con la cabeza caída sobre el pecho, murmurando piadosas oraciones.

Tal era el cuadro que el sol de aquella mañana sorprendió en el cuarto de Berta. Los pájaros del jardín llegaban hasta pararse en los hierros de la reja, pero no se atrevían á entrar; miraban inquietos, y huían despavoridos; piaban sobre las ramas de los árboles, y sus tristes gorjeos parecían gemidos.

Exhalando un suspiro, arrancado de lo más profundo del alma, Adrián Baker dijo con voz sorda:

—¡Infeliz de mí!.... ¡Yo la he muerto!

—¡Ah! Sí (exclamó el sacerdote, moviendo lentamente la cabeza). ¡Justicia divina!.... La duda mata.



EL NUMERO 13



EL NÚMERO 13.

I.

CONFESÉMOSLO ingenuamente: las glorias humanas no son muy duraderas; el tiempo implacable acaba al fin por disiparlas. Es cierto que todavía se pronuncia el nombre de Homero, el nombre de Alejandro, el nombre de Fidias; pero el recuerdo de estos nombres es el último reflejo de una luz que se apaga, de una gloria que se extingue.

La gran multitud del mundo ilustrado los pronuncia sin conocerlos, y me atrevo á decir que el nombre ha sobrevivido á la gloria. El literato, encerrado en su gabinete, podrá admirar el genio de Homero, leyendo los cantos de la *Ilíada*, si, por un raro privilegio de sabiduría, posee

los secretos que encerraba la lengua griega en aquellos tiempos en que Homero cantaba la guerra de Troya. Algún guerrero de nuestros tiempos, empeñado en someter el mundo al imperio de su espada, podrá mirar con admiración envidiosa las rápidas campañas con que Alejandro conquistó el Asia, y, en fin, un artista instruido en la historia del arte, podrá buscar los rasgos del cincel de Fidias en los restos inmemoriales de alguna estatua mutilada.

Fuera de estas tres admiraciones, Fidias, Alejandro y Homero no son más que tres nombres. Si se refleja en ellos todavía algún resplandor de gloria, es una gloria aislada, una gloria, digámoslo así, privada, gloria sin popularidad, reducida á la admiración del literato, del conquistador y del artista.

Fidias, Homero, Alejandro..... Sí, señor, ¡qué grandes hombres! ; pero la gran multitud que hoy llena la culta Europa y la civilizada América, no los conoce, no los comprende, no los admira; todo lo que hace es pronunciar sus nombres; y estos tres nombres, repetidos, vienen á ser como los ecos de tres glorias que se acaban.

En verdad, no vale la pena de maravillarse al mundo con prodigios de genio y de fortuna, para sobrevivir en la memoria de los hombres unos cuantos siglos; y es el caso que hasta ahora el

mundo no ha podido ofrecernos una inmortalidad más duradera.

Pero hay glorias no menos justas, y que son, sin embargo, mucho más fugitivas; glorias que pasan con la brevedad de la vida, que no dejan en pos de sí testimonio auténtico que las perpetúe.

Dentro de algunos años, ¿quién podrá decir que admira á Mario, que su voz lo conmueve, que su escuela de canto le entusiasma? El siglo que se nos viene encima, ¿podrá romperse las manos en los grandes teatros aplaudiendo á la Patti? La generación que está naciendo tendrá que tomar estas glorias bajo la simple autoridad de nuestra palabra.

La famosa Rachel, la gran trágica del Teatro Francés, tuvo la ocurrencia de morirse, y todo acabó con ella. Durante su vida, la gloria que obtuvo no pudo ser más ruidosa; pero después, nada. Si nos ha quedado el recuerdo de su fama, no nos ha sido posible conseguir la admiración de los que pudieron verla y admirarla.

Alguna circunstancia particular de su muerte ha traído su nombre á mi memoria, y su nombre, ya casi olvidado, ha venido á recordarme la brevedad de las glorias humanas.

He aquí ahora cómo cuentan que ocurrió la muerte de esta actriz famosa.

Parece que se hallaba buena y sana, sin que

ningún síntoma de enfermedad anunciara alteración alguna en el estado de su salud ; mas su espíritu no debía hallarse del mismo modo, pues aunque los espíritus no mueren, se sabe que enferman, y es el caso que el espíritu de la Rachel padecía la dolencia de una preocupación que se había apoderado de su pensamiento.

Su médico la visitaba con frecuencia, porque la salud de la gran actriz que hacía las delicias del público, no debía ser cosa indiferente al cuidado de la ciencia. Además, un médico no está dispensado de admirar la gloria del arte, y bien podía inspirarle interés aquella preciosa vida, en la cual resplandecía el genio.

Por otra parte, la Rachel y su médico eran antiguos amigos.

Ello es que al visitarla un día, la encontró algo distraída.

—¿En qué pensáis?—le preguntó, creyendo que iba á sorprenderla en un momento de inspiración trágica.

—Pienso (contestó ella tranquilamente) en una cosa muy triste.

—¡Muy triste!—exclamó el médico.

—¡Oh! Sí (replicó la reina de la tragedia); muy triste.

—No creo (observó el médico) que os podáis quejar de la ingratitud del público.

—No, ciertamente (dijo la Rachel). El públi-

co no me abandona todavía: aún puedo contar con su entusiasmo; soy yo la que voy á abandonarlo.

—¿Cómo, señora! ¿Pensáis abandonar la escena? ¡Oh! Eso es imposible.

—No es imposible, amigo mío; decid más bien que es necesario...., que es inevitable.

El médico se encogió de hombros con manifiesta incredulidad, y ella, como si quisiera cambiar de conversación, le preguntó sencillamente:

—¿Os acordáis de la comida á que asistimos en casa de Víctor Hugo para celebrar el éxito del *Ángelo*?

—Sí, me acuerdo.

—Recordadlo bien; éramos trece.

—¡Trece! (exclamó el médico.) Bien; es posible.

—Contad.

—Veamos.

—Víctor Hugo y su mujer.

—Dos.

—Vos y la vuestra.

—Cuatro.

—Mi hermana Rebeca y yo.

—Seis.

—Girandin y su mujer.

—Ocho.

—Pradier el escultor.

—Nueve.

—Alfredo de Musset.

—Diez.

—Un redactor de *El Siglo*.

—Once.

—Gerardo de Nerval.

—Doce.

—Y el conde Orsay.

—Sí; los recuerdo á todos perfectamente.

—Ya lo veis (añadió la Rachel); éramos trece.

—¿Y bien?—preguntó el médico.

—¡Oh! (exclamó ella). El número 13 es un número fatal.

—¡Fatal decís!

—Sí; y vais á verlo. Víctor Hugo está desterrado de Francia.

—Es verdad.

—Vuestra mujer ha muerto.

El médico hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Mi hermana Rebeca (siguió diciendo la Rachel) también ha muerto.

—No pudimos salvarla,—dijo el médico.

—Mad. Girandin (añadió ella) ha muerto también.

—Es cierto.

—Aún hay más.

—¿Más?

—Sí: Gerardo Nerval se ha suicidado.

— ¿Queréis decir que aquella comida fué un banquete fúnebre?

— ¿Por qué no?

— Hay que morir alguna vez.

— Sin duda; por eso yo....

— ¡Qué!....

— Mañana lo veréis. Éramos trece.

Ahora bien: la famosa Rachel murió al día siguiente.

II.

No hay nada más agradable que la amistad franca y cordial con una mujer de talento, cuando ya ha renunciado á imponer el yugo de los encantos que han sido el patrimonio de su juventud. Entonces, sin perder la viveza, la espontaneidad de sus impresiones, la ligereza y la movilidad de sus pensamientos, adquiere la madurez de los años, que da á sus juicios la seguridad de la experiencia, y á sus palabras esa mezcla de acíbar y miel de que suelen servirse las personas que, desengañadas de las fatuidades del mundo, no se creen, sin embargo, con derecho á ser inexorables. Parece un sabio que habla por la boca de un niño, y posee, sin

saberlo, los tres encantos de la conversación: discreción, amenidad y gracia.

La amistad con un sabio debe ser muy instructiva; pero ha de fatigarse mucho el entendimiento que se vea obligado en sus horas de ocio á pasearse, digámoslo así, por las arideces de la ciencia. No ha de ser divertido eso de encontrarse á cada paso un problema, á la vuelta de cada esquina un fenómeno, y á cada palabra un término técnico de los innumerables que forman el lenguaje científico; esto es, ese lenguaje rígido, sin color y sin perfume, que todo lo diseca, lo despoetiza y lo desflora. Si, á mayor abundamiento, el sabio pica en filósofo, entonces decididamente su amistad es insoportable. Á mí los filósofos me revientan.

Pues si buscáis la intimidad de un hombre político, es seguro que os será útil, pero en cambio tendréis que sujetaros á un régimen inalterable de cábalas, de intrigas, de manejos y conciliábulos, capaces de dar al traste con la paciencia de un mártir y la virtud de un santo. Eso de almorzar crisis, comer consejos de ministros y cenar últimas horas, por pura amistad, más que un recreo, es un suplicio; son tres platos demasiado fuertes para un estómago modestamente satisfecho.

Pero bien, fuera de la ciencia y de la política, podemos encontrar un amigo que nos tienda su

mano y nos abra los tesoros de su conversación. —Aquí está: es activo, locuaz, movible; ¡friolera! Es un hombre de negocios. Vais á saber lo que hay de más importante en el mundo: lo que hubo en la subasta del tabaco, lo que puede haber en el arrendamiento de la sal; por qué han subido las Bolsas de Europa, por qué baja el oro en América; qué especulación es la que está más en boga, qué jugada de Bolsa es la más segura. Os contará, como si los tuviese en la mano, los millones que forman el *activo* de unos, y los millones que forman el *pasivo* de otros; os anunciará empresas, ganancias, quiebras y liquidaciones, y os hablará de todo esto como un libro. Muy bien; pero ¿tenéis fuerza para resistir el peso de tan monstruoso balance? No sabe hablar de otra cosa, y he ahí un amigo que se os hará irresistible. Sí, os meterá sus ganancias por los ojos, pero sin soltarlas de las manos.

Y no le demos vueltas; en el mundo moderno no hay más que tres clases de hombres: filósofos, políticos y banqueros. Hay, pues, que buscar los encantos de la amistad y los agrados de la conversación en una mujer con talento y sin pretensiones de juventud, sabia sin saberlo.

Amigas así, son un feliz hallazgo, porque no se encuentran fácilmente; es verdad que tampoco se buscan. Yo puedo asegurar que en el curso de mi vida, que ya no es corta, sólo he

encontrado una. Señora excelente, que unía á las bellas prendas de su corazón, un talento que bien pudieran envidiar muchos hombres que pasan entre nosotros por inteligencias superiores.

Llevaba el título de condesa con sencilla naturalidad, porque la nobleza de sus pensamientos le era tan propia, que puede decirse que todo era en ella verdaderamente aristocrático: el fondo de su carácter era la benevolencia; el fondo de sus sentimientos, la generosidad. Sabía apartar de su trato esa frialdad ceremoniosa que hiela la sangre en la vida del gran mundo, y á su alrededor se respiraba franqueza, cordialidad, confianza. No temo que el lector descubra el original del retrato que bosquejo, porque en el mundo lo bueno se conoce muy poco.

Recibía esta señora en su casa á sus más íntimos amigos, esto es, á los amigos de su particular preferencia, con aquella jovialidad y aquel agrado que hace tan amable el trato de las personas realmente distinguidas. La conversación era siempre viva, animada, algunas veces erudita, y no pocas profunda. Se hablaba de todo con espontaneidad, con abandono, con originalidad y con ingenio, pero siempre con juicio.

Su mesa, delicada, rica y sana, era casi tan agradable como su trato.

Al sentarnos una vez á la mesa, se observó

que sobraba un cubierto; esto dió ocasión á que nos contáramos, y éramos trece. Debíamos ser catorce; pero faltaba uno.

—¡Trece!.... (exclamaron algunas voces.)
¡Número fatal!

—¡Fatalísimo! (añadió una señorita, contando de nuevo el número de los circunstantes.) Y, no hay duda: somos trece. ¡Esto es terrible!

—Señora (le replicaron los incrédulos): estamos al borde de una catástrofe.

—No se burlen Vds. (dijo); hay casos, casos desastrosos. Hablo formalmente, y puedo citar desgracias ocasionadas por la fatalidad de ese número. En el colegio comimos una vez trece, y antes de cumplirse el año, murió una de mis compañeras, que estaba ya para salir de él.

—Cualquiera (advertí yo) puede morirse después de comer, y mucho más si tiene un año delante para coger una pulmonía, un tifus, ó cualquiera de las enfermedades que matan.

—Se equivoca V. (me contestó). Los médicos no supieron decir claramente de qué enfermedad murió mi compañera de colegio. Desde entonces le tengo horror al número trece. En París, no se ponen nunca trece cubiertos en la mesa.

Nada había que replicar á estas razones, y, sobre todo, á la sinceridad de su terror.

Unos se sentaron y otros permanecieron de pie, temerosos de dar ocasión á una catástrofe,

y, sea como quiera, empezaba á sentirse la influencia cabalística del número trece. El miedo es contagioso; y aunque la mayor parte de los convidados se sonreían, burlándose de la preocupación, allá en el fondo de su pensamiento experimentaban algo de ella.

Hubo un momento de vacilación: éramos trece, y no había medio de suprimir ninguno; si el que faltaba hubiera aparecido, todo estaba salvado; pero sentarse á la mesa los trece, digámoslo así, solos, era provocar la fatalidad de ese número funesto.

No quiero decir que nos halláramos aterrados, pero sí nos sentíamos indecisos.

La Condesa dejó ver su habitual sonrisa, diciendo:

—No debemos jugar con estas cosas, ni tampoco me parece justo que dejemos de comer porque al número trece se le antoje ejercer una influencia tan funesta. Tomemos un partido que allane las dos dificultades que se nos presentan. Uno de Vds. es preciso que se resigne á comer en una mesa aparte, y así comeremos todos tranquilamente.

En efecto: se colocó una mesa pequeña en un ángulo del comedor, y uno de los convidados comió en ella.

Disipado el terror del caso, la comida fué, como todas, alegre, animada y risueña, y el número

trece fué el asunto continuo de la conversación.

El sencillo recurso de la Condesa había afejado la posibilidad de toda catástrofe, y, como ella misma decía, nos había asegurado la vida un año por lo menos.

III.

Claro está que yo era uno de los incrédulos, y que habría desafiado las iras del número trece, con la mayor tranquilidad del mundo; mas me pareció que la Condesa participaba algo de aquella preocupación, y quise saberlo.

Busqué una ocasión, y le pregunté:

—¿Cree V., señora, que el número trece sea un número funesto?

—Sin duda (me contestó), puesto que ha visto V. el terror que ha suscitado.

—Es decir (insistí), que no se determinaría V. á comer en una mesa donde, contando con V., hubiese trece.

—Teniendo buen apetito, puedo asegurar que comería perfectamente.

La contradicción que notaba en sus respuestas, me hizo presumir que se burlaba de mis preguntas, y parecía complacerse en aumentar mis dudas. Estaba yo acostumbrado á los capri-

chos de su talento, y no me sorprendía que quisiera mortificar mi curiosidad, y me incliné, diciéndole:

—Si lo que V. piensa acerca del influjo aritmético de ese número, es un misterio, no haré más esfuerzos por penetrarlo.

Con la mayor naturalidad me contestó, diciendo:

—Bien pudiera yo creer que el número trece fuera un número fantástico, un número cabalístico, que anunciara catástrofes. Soy generosa, y le perdono á V. esa suposición. Pero creer que esa mortal influencia ha de ejercerla precisamente cuando se come, cuando se reúnen trece alrededor de una mesa para hacer por la vida, me parece bastante ridículo. ¿Qué misterio puede haber en esto?

—¿Es decir, que V. se ríe de esa preocupación?

—No me río, añadió; pero no participo de ella, porque, en fin, ¿qué es preocupación? Lo que no es razonable; y nada me parece tan ciego, tan absurdo ni tan monstruoso, como la fatalidad. V. sabe que yo creo sencillamente en la Providencia.

—Entonces (le repliqué), ha incurrido V. en una debilidad haciendo separar á un convidado de la mesa, para detener el rigor implacable de ese número tenebroso....; parecía que rendía V.

un homenaje de respeto al sombrío numen del número trece.

—Y bien (me dijo con sonrisa burlona): ¿cómo se explica V. eso?

—No acierto á explicármelo, —le contesté.

—Vamos; esta noche no es V. un prodigio de perspicacia. Yo, vuelvo á repetirlo, no creo en semejante tontería, por más que esté muy admitida entre la gente culta; pero eso no me autoriza á martirizar á las personas que tienen la bondad de venir á acompañarme. Herminia se veía muy contrariada; no es ella sola la que hubiera abrigado temores y sobresaltos, y la comida habría sido triste, desanimada, macilenta, y entonces sí que podíamos decir que el número trece había ejercido sobre nosotros su influencia desastrosa, cuando era tan fácil inutilizar el influjo de ese número diabólico.

—Es verdad, señora; pero al fin resulta que hemos convenido en que, en efecto, el número trece es una verdadera diablura, y esta vez hemos sido sus cómplices.

—Así parece (me dijo); mas de otro modo nos exponíamos á correr el peligro de una grave contingencia.

—¿Cuál?—pregunté.

—Una muy posible.

—Posible....

—Más aún; muy probable.

—No veo esa probable contingencia.

—Probable es poco; debo añadir casi segura.

—Perdone V., Condesa; pero.... esta noche estoy ciego.

—No es extraño (me contestó con afectuosa indulgencia). Cuando somos felices, no vemos las desgracias; y cuando nos encontramos llenos de vida, no tenemos ojos para mirar la muerte.

—¡Me asusta V., señora! (exclamé.) ¡Qué desgracia nos amenaza! ¡Qué muerte se nos anuncia!

—No lo sé (se apresuró á decirme); mas convendrá V. conmigo que, sea el que quiera el trabajo que nos cueste vivir, nos morimos muy fácilmente, y no me negará V. que las desgracias y los desastres son las cosas más naturales del mundo, sobre todo en nuestro siglo.

—Ciertamente.

—Pues bien: somos trece....., tenemos un año delante, y ¡quién sabe los que de nosotros podremos reunirnos el año que viene! ¡Cuántas desgracias pueden ocurrirnos en el transcurso de un año! Yo no me atrevo á señalar una víctima entre los que aquí nos hemos reunido esta noche; mas si hubiera una, yo, por ejemplo, Herminia diría: «¡Éramos trece! Los trece comimos alrededor de la misma mesa! Y he aquí

otro caso auténtico, incontestable....» Y vea V. qué injusticia: á mí misma se me culparía de mi muerte; á mí, que no pienso morirme hasta que me sea indispensable dejar esta triste vida. ¿No le parece á V. grave el caso que le presento?

—Sin duda, y nada tengo que replicarle. Y en verdad que no hubiera adivinado que abrigaba V. tan tristes pensamientos.

—Tristes, no (me dijo, con bondadosa sonrisa); la tristeza es una enfermedad del espíritu y la alegría es la salud del alma. Ea: no hablemos más del número trece.

Esta conversación me dejó pensativo, porque ese número fatal se había apoderado de mi imaginación, y no me dejaba un momento de reposo. Tomé parte en las diversas conversaciones que se suscitaron, y no sé por qué raros caminos venía mi pensamiento á parar siempre en el número trece.

Por una terquedad, de que yo mismo me reía, estaba empeñado en explicarme por qué tantas gentes cultas, sensatas é ilustradas, rinden culto á una preocupación tan ridícula; y queriendo penetrar en este misterio de la naturaleza humana, no advertía que la fatalidad del número trece empezaba á ser en mí una preocupación más risible todavía.

Á la hora de costumbre empezamos á despe-

dirnos: yo me adelanté; y, tomando mi abrigo, me eché á la calle. Quería estar solo.

Antes de llegar á la primera esquina, oí detrás de mí pasos precipitados y una voz que pronunciaba mi nombre: era una voz amiga, y me detuve.

Al llegar á mí, el que me llamaba se quejó amargamente, diciendo:

—¡Demonio! Lleva V. una prisa inaudita; siempre nos vamos juntos, porque llevamos el mismo camino, y esta noche me iba V. á dejar solo como un hongo.

—Salí distraído (le contesté); y no había reparado....

Esto no era precisamente una excusa: era también la realidad de lo que me sucedía.

Mi amigo se dió por satisfecho, y, movido por su habitual locuacidad, varió la conversación, exclamando:

—¡Se pasa muy agradablemente el rato en esta casa! La Condesa posee el privilegio de animarlo todo. Y esta noche ha sido una de las noches más agradables. Y ya vió V.; la cosa empezó bajo malos auspicios. ¡Friolera!.... ¡Éramos trece! Pero, ¡ya se ve!; la Condesa tiene recursos para los casos más difíciles, y resolvió la dificultad con la mayor sencillez del mundo.

—Cierto,—añadí yo.

—¿Y sabe V. (dijo, parándose), que eso del

número trece es una cosa que no se debe tomar enteramente á risa?

—¿Lo cree V. así?—le pregunté.

—¡Psch! (me contestó): no lo sé de cierto todavía, porque pienso poco en ello; pero yo le contaré á V. una historia bastante original, que merece contarse.

Y sin dejarme meter baza, me contó una historia que acabó de embargar mi ánimo, y que me tuvo sin dormir toda la noche.

IV.

La historia que me contó es la siguiente, y al relatarla yo, sólo me permito una ligera variación: la de los nombres.

Simón Campollano nació el 13 de Diciembre de 1813. Tuvo doce hermanos, y Simón, que fué el último, vino al mundo á completar el número trece; y uno hoy y otro mañana, fueron sucesivamente muriendo todos, combinándose la cosa de modo que, al cumplir Simón los trece años, perdió á su último hermano.

Cuando tuvo edad para darse cuenta de estos pormenores aritméticos de su vida y de su familia, concibió hacia el número trece un horror invencible; pero las impresiones de la primera

juventud son pasajeras, y luego á luego olvidó el influjo numérico que parecía presidir á su destino.

Dejéronle sus padres pocos bienes de fortuna, y decidió abandonar el pueblo en que había nacido, para buscar en Madrid mayor espacio á sus esperanzas, porque sentía cierto vago deseo de ser algo en el mundo. Su educación había sido bastante mediana; sabía lo absolutamente indispensable para no ignorarlo todo, lo cual no impedía que poseyese una persona bastante agradable; pues, sin ser enteramente un buen mozo, no le faltaban encantos para hacer camino en la corte, animada á la sazón por el último matrimonio de Fernando VII, que, dicho sea de paso, abrió para España la dichosa era que vamos atravesando.

Contaba, además del mérito de la persona, con la viveza de su carácter, con cierto aturdimiento natural, que lo hacía decidor y comunicativo, y, sobre todo, con esa audacia á que suele ayudar la fortuna; y contaba, en fin, con su propósito de hacerse hombre importante, cosa que le parecía tan fácil como llegar y besarla durmiendo, porque su imaginación, demasiado complaciente, todo se lo facilitaba. ¡Ya se ve! ¡tenía veintiseis años!

Llenos los ojos de la más risueña perspectiva, le volvió la espalda al pueblo en que había nacido, y tomó el camino de la corte, dejándose

detrás un cementerio de hermanos, con el aire triunfante del que va á tiro hecho.

Una vez en Madrid, y con algún dinero á mano, pronto adquirió amigos y comenzó la nueva vida, encontrándose en ella como el pez en el agua. Nada le causó admiración ni sorpresa; antes bien Madrid le pareció pequeño, mezquino, pobre, insignificante: tal era el vuelo que habían tomado sus ilusiones.

No tardó mucho tiempo en adquirir esa instrucción superficial que se adquiere en las grandes poblaciones, sin más estudio que el trabajo de hacer la vida de los teatros, de los cafés y de los sitios públicos más concurridos; y como no le faltaba cierta discreción, hacía del caudal de sus conocimientos un uso muy ventajoso, y llegó á pasar por joven de esperanzas.

Tres caminos le abría la fortuna para que fuese en busca de sus favores: las letras, la política y el comercio. Para las letras le pareció algo tarde; se sentía más apto para la política que empezaba á removerse, y, digámoslo así, á desperezarse; y en cuanto al comercio, por una parte carecía de capital, y por otra no se acomodaban ni su impaciencia ni su importancia á comenzar de simple *hortera*.

De todas sus observaciones acerca de lo que más le convenía, sacó en globo esta consecuencia:

«No hay nada en el mundo como ser rico.»
Y decidió serlo.

Ideó muchos planes, y cuando ya creía vencidas las dificultades de más bulto, adiós proyecto; todo fracasaba, y el edificio se venía abajo como un castillo de naipes. Á un plan desechado sucedía otro plan concebido, y, uno tras otro, fué agotando el repertorio de sus recursos.

—No es posible (decía) que mi buena estrella se haya eclipsado antes de empezar á lucir.

Y volvía de nuevo á probar fortuna; pero la fortuna se resistía á sus tentativas, y estos desaires de la suerte lo traían triste, meditabundo y sombrío. Algún hado adverso parecía complacerse en burlar sus mejores proyectos. ¿Qué mano infausta era la que se entretenía en destruir todos sus planes? He ahí lo que se preguntaba, lleno de mortales angustias.

Dando vueltas á este pensamiento, surgió de improviso en su cabeza una idea repentina, y, como el que ha dado en el *quid* de la dificultad, se plantó una soberbia palmada en la frente, y en el acto dispuso mudarse de casa.

Hasta entonces no había caído en la cuenta de que la casa en que vivía, estaba marcada con el número trece, y sintió resucitar en su alma todo el horror que esa cifra funesta le había inspirado antes. Aquel número era su enemigo

implacable, su hado adverso, la fatalidad de su vida, y, trémulo á la vez de ira y de espanto, se propuso luchar con esta sombra lúgubre de su destino.

Esta vez, el número trece se grabó más profundamente en su memoria, y, para hacerlo más odioso á sus propios ojos, lo declaró causa única de todos los desastres de la tierra; no habia calamidad en la cual no viera, ya de un modo, ya de otro, la mano invisible, la influencia maléfica del número trece.

Abandonó, pues, la casa en que vivía, y se instaló en otra más favorable á sus proyectos; pero quiso probar si este recurso era bastante para ponerse á cubierto de su fatal influjo, y tratándose de un número, quiso apelar al oráculo de los números; y, como el que arroja el guante á su más mortal enemigo, jugó á la lotería, combinando un número en el que no entraba ni el tres ni el uno.

Guardó el billete en el fondo de su cartera, y esperó el día del sorteo con la misma ansiedad que si hubiera sido el momento tremendo en que iba á decidirse su vida ó su muerte.

Llegó por fin ese instante supremo, y las palpitations de su corazón y los estremecimientos de sus nervios descubrían la horrorosa inquietud que lo devoraba. Mas la suerte le fué esta vez favorable, y, trémulo como un azogado y pálido

como un muerto, vió que el número de su billete había obtenido un premio.

No era un premio capaz de llenar su gaveta, ya demasiado vacía; pero el número trece estaba vencido, y Simón Campollano respiró con aire triunfante, como si de una sola bocanada hubiera querido agitar todo el aire de la atmósfera. Contaba y recontaba aquel dinero precioso, y, semejante al vencedor de un terrible adversario, hacía sonar los pesos duros sobre la mesa, ni más ni menos que si quisiera estremecer al mundo con el estrépito de las armas conquistadas.

Pero bien; aquella prueba vencedora no le pareció suficiente; debía remachar el clavo de su fortuna, aprovechando los favores de la victoria. Urgía anonadar al enemigo sobre el campo de batalla, sin dejarle tiempo para rehacerse.

No vaciló ni un instante, y volvió á jugar á la lotería. Tomó el billete que le dieron, y sin ver el número que contenía, lo guardó en su cartera y esperó el sorteo, diciendo, como el romano de la antigüedad:

—La suerte está echada.

Habló por fin el oráculo de la suerte, y, sin poder contener el temblor de sus manos, consultó los designios de la fortuna.

Fijó primero la mirada ansiosa en el número.

de su billete, y clavóla después con doble ansia en el número premiado, y su rostro se cubrió de mortal palidez: una nube pasó por delante de sus ojos.

Había jugado el número doce, y había obtenido el premio mayor de aquella jugada el número trece.

Temblaba de pies á cabeza: el número fatal surgía del fondo de su imaginación turbada, repitiendo siempre por todos los rincones de su pensamiento la tremenda palabra:

«Trece, trece, trece.»

V.

El cruel desengaño que acababa de experimentar, aniquiló las fuerzas de su voluntad; bajó la cabeza ante la dura ley de su destino, y se cruzó de brazos, cayendo en un profundo desaliento. No se atrevía á hacer nuevas tentativas, porque el número trece con saña rencorosa se le aparecía por todas partes como un espectro, burlándose de sus esperanzas y cerrándole el paso; lo perseguía dormido y despierto, y aquella visión horrenda había llegado á ser la sombra de su pensamiento: el horizonte se le presentaba desierto y obscuro.

Sus amigos le veían taciturno y triste¹, reservado y distraído, y observaban que algunas veces hablaba solo, sin atinar qué mala hierba sería la que habría pisado.

Mas, por lo visto, no era tan fiero el león como él mismo se lo pintaba. Por densa que fuera la nube que obscurecía su frente, ¿no había de haber un rayo de sol que viniera á iluminar sus ojos? El número trece no había de tener perpetuamente nublado el cielo de su vida. En la juventud siempre hay alguna claridad más ó menos lejana, que disipe las sombras fantásticas con que la imaginación suele sorprendernos y aterrarnos.

Y algo de esto debía verificarse en el ánimo de nuestro héroe; algo había visto que empezaba á colorear las obscuridades de su pensamiento, como los primeros albores de un día que amanece, porque se iba suavizando la dureza de su entrecejo y del fruncimiento de su boca, y la sonrisa solía aparecer en sus labios, de la misma manera que aparece el arco iris después de las tempestades.

¿Qué había visto?

Poca cosa: unos ojos negros, llenos de vida, atrevidos y burlones, capaces de alegrar á la tristeza misma; una boca fresca y risueña, llena de carcajadas, muy capaz de reirse hasta de un entierro; dos mejillas como dos rosas, y un talle suelto y ligero como un junco.

Había visto á la alegría en persona.

Y el caso es que la había visto ya muchas veces, y hasta entonces no había reparado en ella. Era una amiga á quien visitaba con frecuencia, y cuyas agudezas solía celebrar muchas veces. ¡Ya se ve! Esta muchacha, fresca como una primavera y alegre como unas castañuelas, tenía el diablo en el cuerpo.

Simón Campollano, en medio de su tristeza, se hizo observador y reflexivo, y no se escapó á su penetración que aquellos ojos revoltosos lo miraban con dulzura, y que aquella boca subversiva le sonreía de la manera más pícara del mundo, y, quieras que no quieras, se fué aficionando á la dulzura de aquellas miradas y á la picardía de aquellas sonrisas.

Así es que empezó á animarse como una luz moribunda á la cual se le echa aceite. La imagen de una bella realidad consiguió arrinconar por segunda vez en su memoria la imagen fantástica del número trece.

Ya era otro hombre; vislumbraba algún horizonte, y, poco á poco, se iban abriendo ante sus ojos halagüeñas perspectivas. Echaba sus cuentas, y decía:

«Sí, señor; mírese como se quiera, Mariana es un tesoro: juventud, talento, belleza y alegría; familia casi ilustre, y un tío en América; tío solterón, millonario, que, cansado de las

delicias del Nuevo Mundo, está realizando su capital, duro sobre duro, para venir á morir en su patria y en los brazos de su familia. Mariana está llamada á ser una rica heredera; miel sobre hojuelas.»

Y sumando todas estas felices circunstancias, se restregaba las manos con la satisfacción del hombre que ha encontrado el camino, y que sabe muy bien dónde le aprieta el zapato.

«Perfectamente, añadía guiñándose el ojo: buena casa, buena mesa, coche, viajes de recreo, y una mujer, cerca de la cual no hay penas, no es un prodigio de la fortuna, ni un escándalo de la suerte; pero, vamos, se puede ir viviendo; y, al fin, yo no soy ambicioso; me contento con poco.»

Hecha así la cuenta, empezó resueltamente á suspirar por Mariana, con tanta suerte, que á Mariana se le reían los huesos cada vez que Simón suspiraba, y á sus solas se desternillaba de risa pensando que Simón se derretía por ella.

Ellos eran felices.

Ningún obstáculo se oponía al afecto que mutuamente se profesaban, y dejaban pasar los días, saboreando las dulzuras de sus tiernas intimidades. Estando tan cerca la llegada del tío millonario, que volvía de América, Simón se consideraba obligado á esperar su arribo, obtener su consentimiento y tratar formalmente la boda,

porque al fin aquel tío millonario era el jefe de la familia.

Mariana, como de todo, se reía también de la formalidad con que Simón exponía la conveniencia de guardar tan justos miramientos, porque nada despierta tanto la hilaridad de los caracteres alegres como la escrupulosa gravedad de los caracteres que quieren pasar por serios.

—Muy bien (le decía). Eso es muy atento y muy diplomático; pero mi tío va á sorprenderse de que le pidas una mano que no es suya.

—Tú eres una loca (le replicaba Simón), que te casarías tan fresca sin contar con tu tío; mas yo no tengo con él bastante confianza para tratarlo con esa familiaridad. Tú, al fin, ya eres su sobrina, y por eso no dejarías de serlo; pero yo no puedo...., no debo meterme así, de buenas á primeras, á ser su sobrino, sin contar antes con su consentimiento.

—Bueno (advertía Mariana, con la boca llena de risa): no tengo nada que oponer á eso, y sólo quiero hacerte una pregunta: ¿si mi tío te negara su consentimiento, renunciarías por eso á ser su sobrino?

La primera vez que Mariana le hizo esta observación, Simón se quedó perplejo, arrugó ligeramente el entrecejo, y se mordió los labios.

—¿Temes (le preguntó á su vez) que se oponga á nuestra dicha?

—No (le contestó); no lo temo.

La vuelta del tío millonario era el plazo señalado y convenido, y, en honor de la verdad, los dos lo esperaban con la misma impaciencia. Y no podía tardar, porque el buque que lo conducía hacía ya más de un mes que debió salir de la Isla de Cuba.

La víspera del día en que, según todos sus cálculos, debía llegar, fué Simón á casa de Mariana, y desde que entró, advirtió cierto movimiento en la familia, y un vago temor se apoderó de su ánimo; pero las carcajadas de Mariana le dieron á entender que nada había turbado la habitual alegría de la casa.

— ¡Carta! ¡carta! —dijo Mariana al verlo.

Y, levantándose, le puso una carta en la mano.

Simón la abrió, y leyó lo siguiente:

«Mi querida hermana: Me apresuro á escribirte, porque las malas noticias corren mucho, y deseo tranquilizarte. Hemos naufragado delante del Pico de Tenerife, y nuestro barco se lo ha tragado la mar con todo el cargamento. Milagrosamente nos hemos salvado, no todos, pues algunos han perecido entre las olas. Todo mi capital, que venía conmigo, ha desaparecido en el naufragio. No lo siento por mí; lo siento por tu hija, pues eran unos cuantos millones que tenía

destinados á su dote. Paciencia: Dios da los bienes, y los quita. Sé que os consolará de esta pérdida, el gozo de saber que se ha salvado mi vida. Con lo poco que me queda, podremos vivir. Ahora sólo desea abrazaros pronto....., tu hermano....»

Simón leyó el contenido de esta carta, con voz cada vez más trémula; mas al encontrar al pie, y debajo de la firma, la fecha en que estaba escrita, se cubrió su rostro de una palidez horrosa; no pudo ocultar que temblaba, y tuvo que sentarse.

Mariana estuvo á punto de echarse á reir; pero la risa se heló en sus labios, porque Simón parecía un cadáver.

La fecha de la carta era ésta:

«Santander 13 de Noviembre.»

VI.

Otra vez el número trece se presentaba á sus ojos con rencor implacable. Salía de las profundidades del abismo, en el momento más inesperado, para arrancarle de las manos el bienestar que le ofrecía la dote de Mariana y la felicidad que le ofrecía Mariana misma.

¡Unos cuantos millones á punto de caer por

la chimenea, duro á duro, desvanecidos de repente, disipados como un sueño, perdidos sin remedio en el fondo tempestuoso del Océano! ¡Adiós, buena casa, buena mesa, coches, viajes de recreo....; adiós, en fin, esperanza de una vida tranquila, cómoda, desahogada y dichosa! El número trece se levantaba formidable, lanzándole al rostro el escarnio de aquella catástrofe.

¡Y Mariana! Sí; los ojos de la rica heredera conservaban todavía el encanto de sus miradas; sus mejillas continuaban frescas y sonrosadas por la belleza de la juventud; en sus labios púrpúreos y movibles permanecía inalterable la alegría de su corazón, y su talle se erguía gracioso, indiferente á las contrariedades de su fortuna. Al perder la pingüe herencia de los millones que el mar se había tragado, no perdió ni su belleza ni su alegría. Era la misma; las carcajadas estallaban en sus labios con la misma espontaneidad que si nada hubiese sucedido; seguía comiendo con el apetito de una salud perfecta, y dormía con el reposo de un corazón satisfecho.

Muy bien; pero, ¿podía Simón seguir pensando en ella? El desastre del naufragio, ¿no era un terrible auspicio? El amor puede forjarse las más risueñas ilusiones; todo puede verlo de color de rosa; pero la vida tiene una realidad inevitable, y Simón era pobre y Mariana era

ya pobre también. ¿Qué felicidades podía ofrecerle su bolsillo, cada vez más mermado? Él solo, conseguiría vivir algún tiempo más rodeado de ciertas comodidades, y aun de cierto lujo....: los dos, tendrían al fin y al cabo que resignarse á la pobreza, y últimamente á la miseria.

El número trece, que acababa de robarle tanta riqueza, le hacía también renunciar al amor de Mariana.

Tales eran los pensamientos que agitaban su espíritu.

«Es bella, se decía, y puede encontrar un hombre que la haga rica. Hay que huir de ella; su mano ya no me pertenece. Era un tesoro...., sí, un tesoro.»

Poco á poco se fué alejando de Mariana. Siempre encontraba alguna excusa para disculpar la poca frecuencia con que iba á visitarla; eludía toda conversación peligrosa, y no encontraba nunca motivo que le diese pretexto para un rompimiento, porque Mariana, siempre alegre, no tenía para él más que sonrisas. Alguna vez se burlaba de su aspecto sombrío y taciturno, y, llamándole el caballero de la Triste Figura, se reía á carcajadas de su silencio y de su tristeza. Pretendía, por lo visto, con sus halagos y con sus burlas, infundirle el perpetuo regocijo de su alma; tarea inútil, porque ni sus burlas ni

sus halagos le conmovían: parecía que su corazón se había petrificado.

Cada vez le costaba más trabajo ir á la casa de la que había estado tan cerca de ser una rica heredera, porque en ninguna parte se encontraba más desasosegado ni más inquieto. Allí se le había aparecido la última vez el número fatal, y nada le parecía más sombrío que aquella casa.

Le urgía, pues, salir de una situación que se hacía por momentos más insostenible y más embarazosa. Otra mujer habría provocado una explicación; se hubieran cruzado quejas, recriminaciones, y como las palabras se enredan fácilmente, nada más natural que venir á parar á un rompimiento. Á lo menos, si ella, pagándole en la misma moneda, se hubiese mostrado retraída, reservada, ofendida de su conducta, él habría redoblado su indiferencia, y al cabo de poco tiempo el amor hubiera acabado por sí mismo.

Mas ella, ni se mostraba resentida, ni pedía explicaciones, ni salía de sus labios palabra alguna que descubriera enojo ó recelo: siempre lo recibía con la misma confianza y con la misma dulzura.

Simón pensaba todo esto, y dándole vueltas y más vueltas en su imaginación, buscaba en vano una salida que pusiera término al compromiso en que se hallaba. Y, vivamente

contrariado, se cruzaba de brazos, diciendo :
«¡Oh!.... Parece que esta mujer no sabe más que reirse.»

Al fin resolvió dar el paso definitivo ; preparó papel , y tomó la pluma.

Escribió la primera línea , y no siguió adelante. Rasgó el papel , y tomó otro.

Por lo visto , no era tan fácil desatar aquel nudo que él mismo había formado.

La pluma empezó á correr rápidamente , dejando en pos de sí los rastros de la tinta , y á los tres renglones se detuvo.

Leyó Simón lo que había escrito , y , estrujando el papel entre sus manos , lo arrojó á la chimenea. Tampoco había acertado á expresar su pensamiento , y por tercera vez intentó coordinar sus ideas , y después de algunos momentos de reflexión profunda , se puso á escribir de nuevo , y esta vez la pluma corrió hasta el fin sin detenerse.

He aquí lo que había escrito :

«Mariana : Hay misterios impenetrables ; cada uno tiene su sino , y yo soy un hombre funesto. Me persigue una suerte infausta. Llevo conmigo las desgracias y los desastres. Olvidémonos. Ya no es posible otra cosa. Toda explicación sería inútil.»

Al pie de estos renglones estampó su firma , cerró la carta , y la envió á su destino.

Al día siguiente recibió la respuesta, concebida en los términos siguientes :

«He leído tu carta, y he tenido tentaciones de llorar; más aún: muchas lágrimas se me han venido á los ojos. Después, loca de mí, he reflexionado mucho, mucho, mucho. Tu carta me parecía un enigma, y yo, tonta rematada, me empeñaba en descifrarlo. Mira tú qué torpeza: la cosa es bien clara: que debemos olvidarnos, que nos olvidemos, que ya no es posible otra cosa. Entonces me he enjugado los ojos, y he soltado la carcajada. Te había comprendido.

»Bueno, olvidémonos: ¿á qué más explicaciones?... Muy bien; nuestro amor ha naufragado, como los tesoros de mi buen tío. ¡Paciencia! Hoy mismo he sabido que el buen señor me traía de América una dote fabulosa. ¿Cuánto dirás? ¡La friolera de trece millones!»

Aquí terminaba la respuesta de Mariana, y Simón acabó de leerla, y, fuera de sí, la arrojó lejos de sus manos, repitiendo:

«¡Trece millones! ¡Trece millones!»

Y dominado por una agitación invencible, comenzó á andar de un extremo á otro de la habitación. La carta, que había caído en el suelo, se le enredó entre los pies, y, cogiéndola, la arrojó al fuego: la llama la devoró rápidamente, y en la ceniza negra del papel creyó distin-

guir, fantásticamente dibujado, el número trece. Retrocedió, y sus ojos alucinados le hicieron ver en la alfombra, en el techo y en las paredes la misma imagen. El número fatal se repetía á su alrededor, como si por todas partes le gritara:

«¡Trece, trece, trece!»

Cerró los ojos, y cayó desvanecido sobre una butaca, exclamando con voz sorda:

—¡Trece! ¡Siempre el número trece!

IV.

Ya sabemos que en el año de 1833 estábamos en los primeros albores de la regeneración política en que hoy vivimos, pues para nosotros empezaba entonces á brillar el siglo de las luces, ó, lo que es igual, empezábamos á salir de las tinieblas del *obscurantismo*. El sol que comenzaba á iluminar nuestro horizonte, por un prodigio de claridad, había de llegar hasta el punto de hacernos ver las estrellas.

Realmente, entonces estábamos ciegos; mas poco á poco hemos ido abriendo los ojos, y hemos visto mucho, lo hemos visto casi todo, y nos encontramos en vísperas de presenciar lo último que nos queda que ver, que es, en resumen, lo que ya estamos viendo.

Perfectamente; pero es el caso que entonces la prensa periodística no había adquirido aún toda la fuerza necesaria al desarrollo civilizador de su naturaleza expansiva; y el pensamiento libre se mostraba todavía tímido, y la publicidad se detenía y tropezaba á cada paso, como el niño que aún no sabe andar solo.

Así es que la novedad de ciertos sucesos permanecía ignorada, oculta en el rincón de la casa ó en el seno de la familia, sin obtener el privilegio de darle la vuelta al mundo en las columnas de los periódicos. Las gentes podían nacer, casarse y morir, ir y venir, comer ó pasear, visitarse, y, en fin, vivir, sin que las letras de molde sorprendieran al público con lo raro del caso ó la originalidad del suceso.

Por esta circunstancia, no pasó entonces del círculo de los amigos y de los parientes la boda de una preciosa joven, que unía á la singularidad de su belleza la pluralidad de sus bienes de fortuna. Y es claro: su magnífico *trousseau* no pudo exponerse á la admiración universal en los escaparates de los periódicos.

En una palabra: Ernestina de Albamonte iba á casarse sin que lo entendiese la tierra.

Y no dejaba de ser curioso el caso de esta boda, y no dejaba de hablarse de ella entre las gentes que estaban enteradas del caso, porque Ernestina, alta, blanca, pálida, de fisonomía

triste, de ojos azules y sonrisa melancólica, coronada la frente de largos rizos rubios, era el bello ideal de aquella poesía romántica, casi sepulcral, que, como un paño fúnebre, empezaba ya á entristecer el genio rico, desenfadado y profundo de las musas castellanas. ¡Y qué contrastes ofrecen algunas veces las cosas! En medio de la viva algazara que producían los primeros pasos de nuestra regeneración política, la poesía lúgubre, enlutada, parecía que sólo acertaba á inspirarse en los sepulcros. Podría creerse que á los primeros soplos de la libertad se había despertado más sombría y más aterradora que nunca la musa de la muerte. El genio poético de aquellos días no vislumbraba en sus tenebrosas inspiraciones más que tumbas y cementerios.

Ernestina era la creación viva del romanticismo, y tal vez ella misma se creía encargada de realizar en el mundo las visiones de aquella literatura casi patibularia. Su aire desmayado, su mirada indiferente, y su voz dulce y apagada, hacían presumir que andaba sobre la tierra por pura condescendencia.

Detrás de la triste idealidad de su melancólica belleza había una realidad bastante alegre: el señor de Albamonte poseía cuantiosos bienes de fortuna, y Ernestina era su hija única. Muchos aspiraron á conquistar el corazón de tan bella criatura; unos con versos llorones, verdadera-

mente lamentables, porque en aquella época *hacían furor* los versos del género aflictivo; otros, con simples suspiros; y no faltaría alguno que pensara en una pistola ejecutiva, ó en un veneno lento, para poner término á sus días en venganza de tanta ingratitud. Mas el corazón de Ernestina no se ablandaba. Todos sus pretendientes le parecían vulgares, prosaicos, y ninguno correspondía al modelo que su romántica imaginación había forjado.

No le pesaba al señor de Albamonte que no estuviese tan á la mano el hombre capaz de conquistar su preferencia; pues, no teniendo prisa en casarla, la dejaba pensar á sus anchas en el ser fantástico con quien soñaba, ya fuese Tirante el Blanco ó Amadís de Gaula, seguro de que ningún príncipe enamorado había de venir á robársela.

En este punto se equivocaba el señor de Albamonte, porque la bella Ernestina empezaba á creer en la realidad de su modelo; á lo menos, sus ojos le hacían ver que andaba por este valle de lágrimas la imagen del ser venido al mundo sin más misión que la de adorarla; ser todo espíritu, sombra melancólica llena de pasión y de suspiros.

Un joven sumamente pálido y tétrico, de ojos tristes y brillantes, de larga melena, misterioso en sus palabras y lúgubre en su acento,

tenía que ser por fuerza el héroe de la novela que ella tejía á sus solas y que siempre llevaba en su pensamiento.

Y este joven, tal y como pudo imaginarlo, no era una visión de su melancolía; existía realmente; ella lo había visto, había sentido en sus ojos el resplandor fúnebre de su mirada cadavérica, y desde aquel momento se consideró amada hasta el delirio y amó hasta la locura.

Primero se cruzaron tiernas miradas, después hablaron los suspiros, más tarde las lenguas pronunciaron eternas promesas, y fueron y vinieron billetes enamorados, llenos de admiraciones, de juramentos, de frases estupendas, y en los que el amor y la muerte se mezclaban sin ton ni son, formando un ruido de palabras sublimes que constituye lo más acabado del género.

Hubo citas misteriosas, ya á través de la reja de un jardín y á la luz de la luna, ya en las solitarias calles de una alameda, bajo el murmullo de las hojas y entre las primeras sombras de la noche; y la pasión que á entrambos dominaba, los llevó á encontrarse algunas tardes en la soledad de un cementerio.

El coche de Ernestina se esperaba en la puerta, y ella, delante de su aya, que la seguía haciéndose cruces, penetraba en el asilo de los difuntos, y á lo mejor, apoyado en el tronco del

sauce, ó saliendo de entre los sepulcros, como un muerto que resucita, aparecía la sombra del joven meditabundo, y.... aquello era lo supremo del arte.

El señor de Albamonte ignoraba que había en campaña esa especie de trovador sin cítara, que, si no era dueño del corazón de su hija, había logrado por lo menos sorberla el seso; mas los pretendientes desairados por Ernestina se comieron la partida, y cada uno de por sí le juró guerra á muerte al dichoso rival que los había vencido.

¿Quién era aquel hombre? Un ser obscuro, insignificante; nadie; Simón Campollano, ni más ni menos.

Á todos les ocurrió la misma idea para alejar de Ernestina aquella sombra importuna. El medio era muy sencillo; estaba reducido á proponerle un duelo, un duelo interminable, pues debía durar mientras quedara uno de los desairados.

Dos de ellos se presentaron en casa de Simón, y le dijeron sencillamente:

—Venimos á que V. elija: ó renunciar á sus locas pretensiones acerca de Ernestina de Albamonte, ó batirse con todos.

—¡Todos!.... (exclamó Campollano). ¿Y quiénes son todos?

—Somos (le contestaron) trece.

—¡ Trece! (gritó lleno de espanto.) ¡ Trece...., siempre trece!

Y volviéndose á ellos con furor mal contenido, les dijo :

—Bien, estoy dispuesto ; me batiré con los trece : uno á uno, ó todos juntos...., es lo mismo.

Los dos emisarios comprendieron que la cosa iba de veras ; pero ya no era tiempo de retroceder, y un duelo por lo menos era inevitable.

El más valiente de los trece se encargó de cumplir por todos, y aquel mismo día Simón Campollano, acompañado de dos antiguos amigos, fué conducido á su casa en un coche. Traía un brazo atravesado de una estocada, y no hacía más que repetir :

«¡ Trece! ¡ Trece! ¡ Trece!»

VIII.

No necesitaba el romántico corazón de Ernestina más que el lance provocado por sus pretendientes, para que su amor llegara á los últimos grados de la pasión novelesca que le tenía trastornado el seso. La herida de Campollano, la sentía en el alma de sus imaginaciones, y aumentaba á sus ojos el prestigio de su persona.

El primer pensamiento que le ocurrió, fué acudir á la casa del herido, curarle ella con sus propias manos, jurarle á cada momento un amor eterno, y, si sucumbía al rigor de la herida, morir ella también allí mismo, junto á sus restos inanimados. Esto debía ser durante la noche, para que la luz del día siguiente descubriera los dos cadáveres unidos por la muerte.

Pero, ¡ya se ve!, las conveniencias sociales hacían irrealizable semejante propósito. La sociedad en que vivía era demasiado vulgar, demasiado prosaica para comprender todo el valor de aquel rasgo sublime, y tuvo que renunciar á su pensamiento, después de darle muchas vueltas en su cabeza; y Dios sabe si al fin lo habría llevado á cabo; mas la herida presentó desde un principio síntomas favorables, y el enfermo entró al fin en rápida convalecencia.

Sin embargo, detrás de aquel peligro vencido había otro peligro, y después otro; había hasta trece peligros, y en la imposibilidad de morir con él, era preciso á toda costa salvarle la vida, y vengarle al mismo tiempo de sus cobardes enemigos, uniéndose á Campollano para siempre.

El matrimonio no era á sus ojos una solución verdaderamente romántica; mas en este caso las circunstancias no dejaban de hacerlo novelesco, y ella estaba resuelta á dar un paso decisivo.

Se hizo vestir con todo el rigor del caso, dió á los rizos rubios que coronaban su frente el aire del más artificioso abandono, y con paso dramático y majestad trágica, se dirigió á las habitaciones de su padre.

El señor de Albamonte no esperaba la visita de su hija, y tuvo que recibirla en bata; traje que le daba cierto aspecto teatral, pues la bata era amplia y magnífica, sembrada de vivos y hermosos colores.

—No creo (dijo Ernestina) que seáis un padre tirano.

—¿Por qué? (le preguntó admirado.) Desde que murió tu madre, no hay en esta casa más voluntad que la tuya. Eres rica, y puedes satisfacer tus caprichos. No me opongo á ello. Vamos á ver: ¿qué deseas? ¿qué quieres? ¿Estás descontenta de la modista? ¿No te sirve bien la doncella? ¿Te falta algo en el tocador ó en el joyero? ¿Te has enamorado de alguna berlina encantadora? ¿Se portan mal tus caballos?

—¡Oh! (exclamó ella; levantando los ojos al cielo.) Prosa, pura prosa...., que puede satisfacer á los corazones vulgares. ¡Caprichos! No se trata de eso.

—Muy bien (dijo el señor de Albamonte, hundiendo las manos en los bolsillos de la bata). ¿De qué se trata, pues? Expílicate.

—Adivinadlo, —contestó Ernestina.

—No es fácil, hija mía (le advirtió su padre), adivinar los caprichos de una niña mimada. ¡Ah! No te enfades; no serán caprichos. ¿Cómo quieres que los llamemos?

Al pronto no supo qué nombre darle; pero al fin, exhalando un gran suspiro, dijo:

—Debe llamarse una pasión.

—¡Pasión! (repitió el señor de Albamonte, mirándola atentamente.) ¿Y qué quiere decir una pasión?

Alzó los ojos asombrada, porque no comprendía cómo podía ignorarse lo que era una pasión. Además, era la primera vez que se le hacía semejante pregunta, y, ¡vamos!, no acertaba á dar la respuesta que se le pedía.

—Pasión (dijo) es una cosa que se siente y no se explica; son dos pensamientos en un pensamiento; es la vida del alma. No, no; amar es morir.

—¡Magnífico! (exclamó el señor de Albamonte.) Pero yo entiendo poco de esas filosofías, y me quedo tan á oscuras como antes.

—¡Ah! (prorrumpió ella.) ¿No habéis amado nunca?

—Sí, por cierto (le contestó su padre). Quise á tu madre como á las niñas de mis ojos, y nos hemos llevado como dos hermanos; mas, ¡demonio!, su pensamiento y el mío nunca fueron

uno, rara vez pensamos de la misma manera; si yo decía *baches*, ella decía *erres*. He aquí por qué yo no te entiendo.

Ernestina se encogió de hombros, mostrando cierto desdén. ¡Su padre mismo no la comprendía!

—Vamos (le dijo); explícate si he de entenderte, porque supongo que querrás que te entienda.

—Pues bien (exclamó ella con resolución): yo amo.

—¿Estás segura de ello? — le preguntó su padre.

—¡Oh! Sí...., separadme de él, y me veréis morir.

Aquí el señor de Albamonte se rascó la frente, echando atrás el gorro de terciopelo que cubría su cabeza.

—Bien....; tú amas....; perfectamente....; y, ¿eres amada?

—Con delirio, —contestó.

—¿Desde cuándo, hija mía?

—Hace mucho...., mucho tiempo.

—¡Hola! —exclamó el señor de Albamonte.

—Sí (añadió ella); nos amábamos antes de habernos visto.

—Bueno: y, ¿de quién se trata?

—De un joven.

—Ya supongo que no habías de ir á enamo-

rarte de un viejo. Lo que yo te pregunto es su nombre.

—¿Qué importa el nombre? (exclamó Ernestina.) Nos amamos, y sólo la muerte podrá separarnos. Encerradme en un convento, sepultadme en el último rincón de la tierra, y desde allí seguiré amándole; mi pensamiento volará en su busca, y el aire me traerá sus suspiros, la luz del día sus miradas, y en las estrellas de la noche leeré sus juramentos; pero jamás seré de otro. Sois mi padre, mas no debéis ser mi tirano.

—No, señorita (replicó el señor de Albamonte); no hay necesidad de tanto ruido para decirme que quieres casarte y que has elegido ya al que ha de ser dueño de tu mano. Bien. Esto debía suceder más tarde ó más temprano, y ¡qué demonio! ¿Por qué te has de encerrar en un convento, ni has de sepultarte en el último rincón de la tierra? Siempre he pensado casarte á tu gusto. Mas estas cosas tienen sus formalidades. Que venga ese mortal afortunado, que me pida tu mano, y hablaremos.

—Juradme (dijo Ernestina) que no opondréis una cruel negativa: él moriría, y yo no tardaría mucho tiempo en seguirlo á la tumba; los dos iríamos en un mismo entierro. Si lo rechazáis, mandad abrir dos sepulturas.

—Bien (contestó su padre); te lo juro.

Pocos días después se presentó en la casa Simón Campollano. El señor de Albamonte lo recibió con fina cortesía, lo hizo pasar á un gabinete reservado, y allí hablaron largamente.

Terminada esta larga conferencia, Simón salió de la casa con semblante animado, andando con paso firme y la cabeza erguida.

Por su parte, el señor de Albamonte no parecía descontento, y paseándose por su habitación, reflexionaba de esta manera:

—¡Phs!.... En verdad, es un hombre obscuro, y no debe ser un Creso; pero me parece bastante juicioso, mide y pesa bien las cosas, y puede ser un buen marido. ¡Qué diablo! Yo tampoco era un príncipe; y en cuanto á caudal, no ataba ciertamente los perros con longaniza; y, sin embargo, mi pobre Cecilia era rica; se prendó de mi bella persona, nos casamos, y hemos sido felices. Este muchacho tiene el aire algo triste. Bueno: ¡qué importa! Quiere decir que es un hombre serio. Mejor que mejor.... Así conseguirá desvanecer toda esa novelería que Ernestina tiene metida en la cabeza. Cierro los ojos, y que se casen. Se han puesto en ello, y serían capaces de dar un escándalo. Nada; lo dicho: que se casen.

El señor de Albamonte no hizo más reflexiones acerca del particular, y quedó concertada la boda.

IX.

Como hemos visto, Simón había parado el último golpe del número trece. Es verdad que le costaba un lance y una herida; pero, en cambio, el lance y la herida le aseguraban la pingüe mano de la bella Ernestina.

¿Y qué importaba aquel rasguño del primer encuentro ante el éxito total del lance? Sus trece adversarios quedaban á la vez fuera de combate por la fuerza de una estocada tremenda, que á todos los atravesaba de parte á parte: la estocada triunfante de su boda.

Sin duda el amor de Ernestina era una influencia favorable que venía, como llovida del cielo, á contrarrestar el maléfico influjo que el número trece ejercía sobre su destino desde el mismo día de su nacimiento. Aquella boda repentina, y casi inesperada, podía ser muy bien anuncio de próspera fortuna, y la mano de Ernestina, blanca como la nieve y suave como la seda, semejante al escudo de Marte, lo pondría bajo su poderoso amparo, y lo tendría á cubierto de las asechanzas del fantástico poder que lo perseguía. ¿Por qué no? ¡Oh, qué risueña esperanza!

Al fin iba á ser rico. La herencia de Ernestina era considerable y estaba asegurada; consistía en fincas saneadas, en metálico y en alhajas; se hallaba, pues, libre de las quiebras del comercio, de las ruinas de la industria, de las oscilaciones de la Bolsa y de los desastres de un naufragio. Por de pronto, la bella Ernestina tomaría á toca teja la cuantiosa herencia de su madre, y después recogería los bienes de su padre, porque el señor de Albamonte no había de ser eterno, y Ernestina era su hija única, y, por consiguiente, su única heredera.

Campollano estaba perfectamente enterado de todo esto, y bien puede decirse que tenía en el bolsillo la mano de aquella criatura, á la vez tan enamorada, tan bella y tan rica. Sin embargo, allá en el fondo de su pensamiento asomaba de vez en cuando la cifra fatal del número trece, que obscurecía con sombras fantásticas la claridad de sus risueñas esperanzas. Su alegría venía á ser como el sol de otoño, que alternativamente brilla y se nubla.

La boda estaba concertada, y aunque lentamente para los dos futuros esposos, se acercaba la noche en que habían de tomarse los dichos.

Simón y Ernestina convinieron en que es una vulgaridad casarse con estrépito y hacer de la boda una fiesta pública, una fiesta insoportable. El salón de un castillo, el sacerdote, los testigos

y una capilla gótica, ¿qué más necesitaban ellos? ¿Hay nada más prosaico que una boda ruidosa? El genio romántico de Ernestina se avino fácilmente á ello, porque, después de todo, tiempo tenía delante para deslumbrar al mundo con las magníficas galas de su *trousseau*. En cuanto á Campollano, nada más de su gusto que aquel matrimonio á puerta cerrada, porque no se determinaba á hacer mucho ruido con su boda; parecía que se asustaba de su propia dicha y que le tenía miedo á su fortuna.

En el gran salón de la casa, sin más concurrencia que la de los testigos, la del sacerdote y la del notario, los dichosos novios firmaron el contrato, por medio del que se comprometían á unirse para siempre. Ernestina firmó lánguidamente, y dejando la pluma, lanzó un suspiro. Después le tocó su vez á Campollano, que se acercó á la mesa con paso acompasado, firmó con mano trémula, soltó la pluma, y respiró, como quien despierta, como quien renace, mejor dicho, como quien resucita.

Firmado el contrato, quedaba aún por legitimar la voluntad de los cónyuges; faltaba la sanción suprema que había de hacer la unión perpetua; faltaba ratificar el convenio celebrado entre los hombres; era preciso que Dios mismo fuese testigo de la sinceridad de sus votos, y que el sacerdote les echara su bendición; falta-

ba el matrimonio, puesto que faltaba el sacramento.

No se tenía á mano una capilla gótica, pero el gabinete predilecto de Ernestina, forrado de raso blanco y vestido de guirnaldas de flores, sirvió de capilla, donde el aya había dispuesto un altar rico y sencillo. Allí, ante Dios, Simón Campollano y Ernestina de Albamonte se juraron un amor eterno.

Ella se presentó en el momento crítico, apoyada en el brazo de su padre, pálida y triste, cubierta con un vestido blanco, cuya seda relampagueaba al reflejo de las luces, y ceñía á su frente una corona de flores tan blancas como la seda del vestido. Más que una desposada, parecía una muerta; pero, justo es decirlo, una bella muerta.

Consumado el matrimonio, el señor de Albamonte quiso dar á conocer á su yerno, por lo menos á las personas más íntimas; y como era amigo de la buena mesa, de la conversación animada y viva, dispuso una comida de doce cubiertos para el día siguiente.

En efecto: á la hora convenida se fueron presentando los convidados, y el salón, donde el señor de Albamonte los esperaba, comenzó á animarse con toda clase de conversaciones. Las miradas de los que se iban reuniendo buscaban á Ernestina y á Campollano; pero ella estaba

todavía en el tocador, y el afortunado yerno brillaba aún por su ausencia.

Mas no tardó en presentarse, y su persona atrajo las miradas de los concurrentes, y comprendió que no causaba mal efecto. Había en su fisonomía gravedad, expresión y gracia, y cierta nobleza en su porte, que lo hacía agradable á primera vista.

El suegro, al verlo entrar, exclamó diciendo:
—¡Eh, señores: he aquí el héroe!

Y por su orden lo fué presentando á los convidados que aún no le conocían.

Las señoras lo recibieron con amables sonrisas, reconociéndole el mérito de haber conquistado el corazón de Ernestina, y los hombres lo acogieron como á un ser afortunado que iba á poseer las cuantiosas riquezas de aquella casa.

Á su vez llegó Ernestina, doblemente encantadora por su belleza y por su lujo, y obtuvo una ovación completa.

Algo impaciente de estómago, el señor de Albamonte sólo esperaba la presencia de su hija para pedir la comida. Así es que, al verla, con toda la voz de su franco y cordial apetito, dijo:

—Señores, al comedor. La sopa nos espera.

Simón Campollano se apresuró á ofrecer su brazo á una generala viuda, y Ernestina aceptó el que le ofrecía un joven diplomático, recientemente agregado á no sé qué embajada. Púsose

la comitiva en movimiento, y ocupando sus respectivos puestos en la mesa, empezóse á servir la sopa. Sopa exquisita, según el voto unánime de los convidados.

Todavía saboreaba Ernestina la primera cucharada, cuando su doncella entró en el comedor, y, acercándose á su oído, le dijo secretamente algunas palabras.

—¡Oh, sí! (contestó la desposada en voz alta.)
Que pase, que pase.

Y volviéndose á uno de los que servían la mesa, añadió:

—Vamos, un cubierto más.

—¡Bravo! (exclamó el señor de Albamonte.)
Llega á tiempo. ¡Vamos! Otro cubierto; aquí...
Casualmente la mesa es espaciosa.

Salió la doncella, y á poco resonó en la habitación inmediata al comedor una soberbia carcajada.

—¡Magnífico! (dijo el señor de Albamonte.)
Conozco esa risa, y estamos de enhorabuena.
Viene á sorprendernos la alegría misma. ¡Demonio! Se nos ha olvidado invitarla, y viene á pedirnos cuenta de nuestro olvido con la risa en los labios.

En aquel momento Ernestina se puso de pie, y recibió en sus brazos á Mariana, que acababa de entrar en el comedor conducida por la doncella.

X.

Mariana abrazó á Ernestina, y después de besarse mutuamente en una y otra mejilla, dijo la primera con su voz brillante y su eterna risa:

—Esto no es regular. Casarse una amiga de toda la vida y tener que venir á pedirle un cubierto en su mesa el primer día de su boda, es inaudito. Es verdad que no congeniamos, porque tú siempre andas por los espacios imaginarios, y yo, ¿qué quieres?, no salgo de mi paso.

Ernestina tuvo la bondad de sonreirse, y ella continuó diciendo:

—Señores, suplico á Vds. que se sienten. Yo voy á hacer lo mismo, puesto que allí veo mi cubierto.

—Aquí está (dijo el señor de Albamonte). Á mi lado va á comer la alegría del mundo. ¡Bah! Hemos cometido un delito imperdonable.

—Imperdonable, señor de Albamonte (repitió Mariana); pero ya ve V. que está perdonado.

Diciendo esto, reparó en Campollano, y pareció detenerse en sus labios la expresión alegre que siempre se encontraba en ellos. Bajó los ojos, y siguió diciendo:

—Ernestina, he querido sorprenderte con mi

presencia; y, á falta de tu invitación, me he convidado yo misma. Discúlpame á los ojos de estos señores, que estarán admirados de mi franqueza.

—¡Deliciosa criatura! (exclamó Albamonte.) Pide disculpas, cuando nosotros somos los culpables.

La conversación se hizo general, resonando con frecuencia entre el murmullo de las palabras las carcajadas de Mariana.

Simón ignoraba la amistad de su antigua amiga y de su reciente esposa, y la aparición de la sobrina del tío millonario heló su sangre, cayendo sobre el calor de su dicha como un jarro de agua fría. Sin embargo, hizo frente á su situación, y tomó parte en las conversaciones, huyendo siempre de que sus palabras se encontraran con las palabras de Mariana.

De pronto el señor de Albamonte, después de paladear un sorbo de Burdeos, dijo:

—Mi querido Simón, me anticipo á presentarte á esta señorita como á una persona de la familia.

Simón tembló de pies á cabeza; se le escapó el tenedor que tenía en la mano, y se inclinó ceremoniosamente, mientras su suegro, volviéndose á Mariana, le decía:

—Le presento á V. al futuro padre de mis nietos: ese caballero es mi yerno.

Mariana se inclinó á su vez con cierta solem-

nidad; pero no pudo contener una carcajada, que resonó en el corazón de Campollano de un modo muy desagradable.

Siguió la comida animada y risueña, y la alegría y el apetito, que son compañeros inseparables, daban vueltas alrededor de la mesa, trayendo y llevando el hilo caprichoso con que se tejen las conversaciones más inútiles y más entretenidas.

Una de las señoras se acercó al oído de su compañero, y le dijo algunas palabras en voz baja; él recorrió con la vista la circunferencia de la mesa, y le contestó también secretamente.

—;Hola! (exclamó el señor de Albamonte.) No se consienten conversaciones privadas. Aquí todo debe ser público. Reclamo, pues, mi parte en ese secreto. ¿De qué se trata?

—Se trata (contestó la señora) de una superstición.

—;Magnífico, señora! (dijo Albamonte.) Una superstición viene como de molde. Sepamos qué superstición es la que traen Vds. entre manos.

—;Preocupación! (exclamó el que estaba al lado de la señora.) Yo por tal la tengo. Sí; hay quien rinde tributo á esa y á otras preocupaciones; pero creo que no debe turbar ni nuestro apetito ni nuestra alegría.

Esta observación despertó la curiosidad de los convidados, y todos volvieron los ojos hacia el

que acababa de hablar. Cada mirada era una pregunta.

—El caso (siguió diciendo) no merece tanta expectación, por más que esta señora mueva la cabeza en señal de duda. Imagínense Vds. que ha tenido la ocurrencia de contarnos.

—¿Y bien?—preguntaron algunos.

—Pues (contestó) la cosa más natural del mundo. Nos ha contado, y, es claro, ha sacado por consecuencia....

—¿Qué?—volvieron á preguntarle.

—¿Que? (dijo.) Que somos trece.

Estas palabras fueron acogidas con risas y murmullos, manifestándose que había sobre el particular diversas opiniones; pero Ernestina se levantó, porque ya estaba el café servido en el salón, y los convidados abandonaron la mesa.

Simón tuvo que hacer un esfuerzo supremo para levantarse; le pesaba el cuerpo como una montaña; las luces danzaban delante de sus ojos formando rasgos fantásticos, y un frío mortal circulaba por sus venas.

Se apoyó en la mesa, y se puso de pie. El número trece llenaba su pensamiento de espantosos terrores.

Fué al salón, mudo y sombrío.

Pasó aquella noche, y pasaron después muchos días, porque al tiempo, acostumbrado á los sucesos de la vida humana, nada, por extraor-

dinario que sea, consigue sorprenderlo, y pasa con la indiferencia del que todo lo ha visto, y nunca se admira ni jamás se detiene.

Pasó, pues, el tiempo, y la boda de Ernestina dejó de ser una novedad para los curiosos, y cayó en el olvido de las gentes.

La vida que hacían los nuevos casados no ofrecía tampoco ningún incidente digno de comentarse en las tertulias de los salones, en los cafés ó en los liceos. Ernestina hacía su vida de siempre: entre el tocador, el teatro, el salón y la cama, pasaba el tiempo. Eso sí, siempre pálida, lánguida, triste; en una palabra, romántica; porque el romanticismo, cuya boga estaba entonces en todo su apogeo, era, si puedo decirlo así, la *toilette* de su alma, la elegancia de su espíritu. Un aspecto más ó menos sepulcral, era indispensable para estar á la altura de la moda.

Simón en esta parte había defraudado las esperanzas del señor de Albamonte, porque, en vez de disipar la novelería que Ernestina tenía metida en la cabeza, parecía, por el contrario, que participaba de ella. Hablaba poco, buscaba la soledad, y vivía, como si dijéramos, abismado dentro de sí mismo. Sus amigos decían:

—¡Bah!.... Es rico, y á todos nos mira por encima del hombro. ¡Ya se ve! No tenía una peseta, se encuentra millonario de la noche á la

mañana, y se da todos los aires de un ser del otro mundo.

Aquel invierno fué muy crudo; hubo muchas pulmonías, y una de ellas acometió á Ernestina al salir del teatro.

La ciencia hizo prodigios; pero la enfermedad se resistió á todos los tratamientos, y la hija del señor de Albamonte bajó al sepulcro en la flor de su juventud, de su belleza y de su boda.

—¡Una pulmonía! (exclamaba Simón, con semblante desencajado.) No...., la ciencia sabe poco. La mata una mano implacable...., la mata un número infausto. ¡Éramos trece!

Los que le oían hablar así, creían que el dolor trastornaba su juicio.

El señor de Albamonte estaba inconsolable; no esperó él nunca ser el heredero de su hija. Simón quedó á la vez viudo y pobre, y huyó de la casa, y desapareció del mundo.

—¿Murió?—le pregunté al que me contaba esta historia.

—No,—me dijo.

—¿Vive aún?—volví á preguntarle.

—Tampoco (me contestó). Hace muchos años que está en una casa de locos.

—¡Infeliz! (exclamé.) Pero, vamos á cuentas: si nació el año 13, ¿cómo podía tener veintiseis años en 1830?

—¿He dicho eso?

—Sí,—le contesté.

—Pues he dicho mal; debió nacer en 1803.

—¡Es una triste historia!—añadí.

—Pues aún (me dijo) queda el último detalle: en la casa de locos en que se encuentra, ¡espántese V.!, él es el número trece.



DÍA ACIAGO



DÍA ACIAGO

I.

POR corta que sea la experiencia que saquemos de la vida, siempre vendremos á parar á una averiguación poco lisonjera; á saber: que aunque sean muy pocos los años de nuestra vida, encontramos en ellos muchos días desventurados.

Esto no quiere decir que, alligados por el rigor de la suerte que nos persigue desde la cuna, pasemos la vida con las lágrimas en los ojos esperando la muerte, única salida de tantas angustias como nos cercan en nuestro tránsito por la tierra.

Nada de eso. Hoy por hoy, y en virtud probablemente de los adelantos del siglo, las desdichas que nos cercan, los desastres que nos atro-

pellan, y las catástrofes que nos amenazan, se convierten á nuestros ojos, quieras que no quieras, en ruidosa algazara y en universal alegría.

Bueno que cada uno de por sí lllore á sus solas los reveses de la fortuna; que cada familia, de puertas adentro de la casa, sea un caso particular de inquietudes, de pesares, de desolación y de miseria. Bueno, en fin, que al volver de cada esquina nos encontremos, ya con una liquidación desastrosa; ya con un drama de infidelidad conyugal; ya con el espectáculo patibulario de un crimen más ó menos alevoso; ya con un rapto, digámoslo así, en que la criatura más espiritual, más preciosa y más tierna, arroja sobre su familia con la mayor frescura la vergüenza del escándalo; ya, por último, con un cuadro de disensiones domésticas por las particiones de una herencia ó por la cláusula de un testamento: los vicios sombríos, la estrechez desesperada, el hambre aterradora. Todo eso, sí, se encuentra á cada paso. Pero el conjunto, la reunión pública de tantos seres, más ó menos infelices, es una explosión continua de alegría, es la algazara de una fiesta permanente, el tumulto ruidoso de un regocijo interminable. ¡Santo Dios, qué júbilo!

Sean los que quieran nuestros dolores, nuestros pesares, nuestras angustias, nuestras miserias, nos hemos propuesto ser felices, y lo somos.

Cada uno que guarde sus desdichas en el último rincón de su casa, que oculte su desesperación ó sus lágrimas en el fondo de su alma, y venga aquí alegre y risueño á tomar parte en este universal contento. La Convención francesa, en medio de los horrores de aquel espantoso desbordamiento, decretaba la victoria como un impuesto. Pues bien: nosotros, en medio de tantas desolaciones, hemos decretado la felicidad como una fiesta pública. Nos hemos impuesto esta contribución de alegría, que se recauda en todos los lugares donde nos reunimos, lo mismo en los teatros que en los cementerios.

Sí, hemos emancipado la vida de los dolores á que parecía condenada en este mundo, y, dejando á cada cual el capricho de afligirse á solas, ó desesperarse á puerta cerrada por sus penas particulares, hemos convenido tácitamente en esta alegría en comandita que llena todos los sitios públicos con la algazara de nuestras dichas.

Y he aquí una sociedad blindada contra los más rudos ataques de la adversa suerte. Se equivoca el pavoroso destino de nuestros días si cree que va á sorprendernos con el horror de nuevos desastres. Sus atroces designios se estrellarán siempre en el júbilo impermeable que rebosan nuestros corazones. Siempre nos encontrará con el vestido de fiesta, coronados de flo-

res, con la copa en la mano y la risa en los labios.

Id de casa en casa, de familia en familia, de individuo en individuo, y no recogeréis más que zozobras, recelos, inquietudes, ruinas y tribulaciones; pero reunid todas esas desdichas parciales en el conjunto de la vida pública, y no recogeréis más que fiestas, ruido, bullicio, lujo, saraos y banquetes, animación y regocijo, alegría y prosperidades. ¡ Oh, esto es pasmoso!

Proscritas las tristezas, desterradas las aflicciones, condenadas á obscuridad perpetua las desgracias, ¿qué inquietud pueden causarnos las adversidades de nuestro destino? Lleve cada uno la cuenta corriente de sus desventuras, pero no las traiga á desentonar el concierto armónico de nuestra felicidad. ¿Ó somos ó no somos dichosos?

Semejantes á los actores, que se despojan de sus vestidos ordinarios para cubrirse con el traje propio del papel que representan, nosotros aparecemos en el gran teatro vestidos con todas las galas propias del espectáculo, con el colorete de la prosperidad y los afeites de la dicha, á representar el papel que nos corresponde en la comedia de la universal alegría. ¿Qué nos importa, pues, lo que pasa entre bastidores?

¿No nos aplaudimos nosotros mismos? Pues entonces, ¿qué más queremos?

Como el abrigo que se deja en las antesalas de los salones, dejémonos en el rincón de nuestra casa recelos, zozobras, inquietudes, ruinas y tribulaciones, para entrar en el bullicio de la vida con todas las apariencias de hombres contentos, satisfechos, dichosos. Tiempo hay de llorar, de afligirse, de aterrarse; pero, por de pronto, es preciso juramentarse en esta conspiración secreta, en este complot de alegría, en el que todos somos cómplices. La alternativa que se nos presenta no es dudosa: ó ser felices, ó morir; ó echar el óbolo de nuestro contento en el platillo de la felicidad común, ó sepultarse en las obscuridades de la desgracia; alegrarse, ó desaparecer del bullicio del mundo.

No es posible vacilar en la elección, y he ahí por qué las grandes ciudades revientan de alegría, y en los teatros y en los banquetes, en los cafés y en los casinos, en todas partes donde hay alguna concurrencia, no se ven más que rostros satisfechos, lujo, prosperidad y algazara.

Un viajero curioso que viniera de países lejanos buscando la región más dichosa de la tierra, y de la noche á la mañana se viera en Madrid, instalado en el *Hotel de Paris*, en el *Hotel Inglés* ó en la *Fonda Europea*, abriría los ojos lleno de admiración, y en presencia del espectáculo incesante de nuestra animación, de nuestro fausto y

de nuestro regocijo, se golpearía la frente, exclamando:

—¡ He aquí el Paraíso!

Y abandonándose á las delicias de una vida llena de felicidades, de fiesta en fiesta, de goce en goce, de placer en placer, de gloria en gloria, se creería transportado á un mundo desconocido en el resto de la tierra.

Mas si le ocurriera penetrar un poco en el fondo de las cosas; si la brillantez de las apariencias y el brillo de las exterioridades le dejaban ver la realidad oculta, doblaría la cabeza con tristeza, y, angustiado de tanta dicha, haría su maleta de viaje, y saldría en busca de un país menos afortunado.

Y, apuntando en su cartera la originalidad de sus impresiones, escribiría:

«Gente dichosa. Posee una aritmética particular, reparte desventuras y suma felicidades. Serie admirablemente de sus desdichas. Yo no he visto jamás una alegría más triste.»

II.

Muy bien; pero eso no quita que en el orden de los días que atravesamos, venga, por sucesión inmemorial y en períodos inalterables, un día siempre aciago.

Lo veréis amanecer sonrosado, derramando por el mundo los rayos de oro con que el sol ilumina los días serenos. Ved su faz risueña, su aire tranquilo; el cielo le sonríe con su azul más puro; los pájaros cantan locos de contento al sentir sus primeras claridades, y saltan de los nidos, y se puede decir que salen á recibirlo gorjeando, ni más ni menos que si quisieran decir:

—¡Hola! Ya está aquí nuestro amigo.

Los árboles no quieren ser menos que los pájaros, y tienden sus ramas, y parece que se empujan sobre sus troncos para verlo antes, y las hojas cuchichean entre sí como muchachas habladoras que no saben callarse el pico. La que está más alta se levanta sobre la punta de la rama; es la primera que siente su resplandor lejano; y como si dijera «aquí está», corre la voz y se extiende por todos los vástagos, y la copa del árbol se va iluminando poco á poco, presentándole el fruto que empieza á coronarla, con la franqueza del que dice:

—¿V. gusta?

Por su parte, el agua corre apresurada por el cauce para llegar la primera, ó se detiene á respirar en el remanso, porque viene de muy lejos, ó se precipita, hablando sola, por los peñascos de la vertiente, porque desde la cima del monte donde nace, lo ha visto con su manto de grana

y su corona de oro, y ella quiere ser la que lleve la noticia. Y en el cauce donde corre y en el remanso donde descansa, y en los peñascos por donde se precipita, azulea como en un espejo, y en sus ondas impacientes centellea la luz, empeñada en bordarlas con sus hilos de fuego; y punto aquí y punto allí, al fin se le escapa, diciéndole:

—¡Ea!.... Tengo mucha prisa.

Pues lo que es el aire, no hay quien lo detenga. Va y viene, sube y baja, entra y sale; aquí suspira, más allá gime, más lejos murmura; parece que vuela con cien alas y que respira con cien bocas, y lleva un aire, que parece que todo el mundo es suyo. Por aquí se mete, por allí se escurre; más acá se pierde, y más allá aparece de nuevo. Todo lo escudriña, todo lo agita; por donde él va, todo se pone en movimiento; hasta el polvo de la tierra se levanta á su paso. No hay manos que lo sujeten ni ojos que lo sigan; en un instante lo corre todo: parece un loco. Él es el que va por todas partes diciendo:

—Arriba, muchachos, que ya amanece.

Más graves los montes, miran desde sus altas cimas, y, sacudiendo las últimas sombras de la noche, las arrojan en las profundidades de los valles, y empiezan á vestirse sus ropajes azules con franjas verdes. Quieren decir:

--Ya viene el día.

El llano espera con su vega tendida como una alfombra de colores, y la mies ondea como un mar de espigas, y la vid aparta los pámpanos para que vean también los racimos, y las granadas suspensas de los vástagos, ceñidas sus coronas como unas duquesas, se abren pura y simplemente para enseñar sus granos de color de rosa ó de color de púrpura. Y todo dice:

—Vamos, que el día asoma.

Y, en verdad, es un día brillante, hermoso, tranquilo y risueño: la naturaleza lo recibe con todos sus esplendores, con todas sus galas; no hay ni una nube en el cielo, ni una sombra en la tierra. Pues bien: no os fieis de su alegre pompa, porque ese día puede ser martes, y martes quiere decir día aciago; sus horas son infaustas.

¿Por qué? He ahí una cosa que nadie sabe; pero está, por lo visto, condenado á un horror perpetuo, y eso basta.

No aplacéis para ese día tenebroso la ejecución de vuestros planes; no le confiéis el ansiado plazo de vuestras esperanzas; no lo pongáis por término á vuestros deseos, porque en ese día fracasan los planes, peligran las esperanzas y se nublan los deseos: es el azar de todos los proyectos.

Y eso sucede una vez á la semana.... ¡Dios mío! Como si no tuviéramos bastante con los

demás días. ¡Y cuatro veces al mes, y cincuenta y dos veces al año hemos de pasar por la terrible influencia de esas veinticuatro horas!

No hay más remedio: así está decretado, no sabemos en qué ley de qué misterioso destino.

Cada uno toma esta fatalidad á su manera, de cuyos diferentes juicios resultan tres interjecciones.

Algunos dicen....—¡Bah!

No pocos....—¡Psch!

Muchos exclaman....—¡Oh!

Es decir:

Unos se burlan

No pocos dudan.

Muchos creen.

Infunde, pues, ese día nefasto:

Burla en unos.

Vacilación en otros.

Terror en muchos.

Hablad del influjo que ejercen sus horas en los destinos de los hombres; abrid una discusión amplia, luminosa, y después de charlar toda una mañana, toda una tarde ó toda una noche, descubriréis la antigüedad de su origen, lo veréis aparecer entre las supersticiones del paganismo, lo explicaréis de mil maneras más ó menos sabias, más ó menos eruditas, y al fin vendréis á parar á estas tres conclusiones diferentes:

Preocupación.

Misterio.

Fatalidad.

La sabiduría de las naciones no se ha desdeñado de tomarlo en cuenta, é, incluyéndolo en el catálogo interminable de sus sentencias, ha dicho :

«En martes, ni te cases ni te embarques.»

Esta sabiduría anónima no es siempre austera; suele descender de la tripode desde donde habla magistralmente, y entonces el oráculo, dejando la majestad de su ministerio, se permite algunas ligerezas, algunas contradicciones, algunas burlas; porque no siempre toma en serio al vulgo á quien instruye en los secretos de la experiencia.

Pues bien : ¿sus palabras en esta ocasión, encierran el sentido de una sentencia grave? ¿Son una ironía ó un sarcasmo? Es decir, ¿se burla en ellas de la fatalidad del martes ó la confirma? Échele V. un galgo.

Todo es obscuridad acerca de la influencia fantástica de ese día aciago; y no es solamente la sencillez de la ignorancia la que le rinde el culto de sus vagos terrores; en el mundo culto encontraréis seres ilustrados que le rinden también el tributo de su credulidad. Espíritus despreocupados que se sonreirán bondadosamente de vuestra candidez, si aseguráis, con el testi-

monio de la Santa Escritura, que las aguas del mar Rojo se abrieron delante de la vara de Moisés para que los israelitas se salvaran de la furia de Faraón, y os mirarán con afectuosa lástima si insistís en afirmar que Josué detuvo el sol en el horizonte.

Semejantes prodigios no caben dentro de su credulidad. Han convenido con unos cuantos amigos de café en que tan estupendas maravillas son imposibles, y no necesita más el buen corazón de un *espíritu fuerte* para compadecer á los que las creemos. Pero habladle del martes, de la influencia de ese día aciago, y se encogerá de hombros, fruncirá la boca y os dirá sencillamente:

—¡Quién sabe! Es posible. ¡Hay tantos misterios en la naturaleza! Y, sea como quiera, el acaso ha de tener algún método, alguna regla á que sujetarse....: la fatalidad tiene también su lógica...., y mientras la ciencia no acabe de sorprender los secretos de la vida, bueno es ponerla á cubierto de esas misteriosas contrariedades.

Así habla, y se queda tan fresco.

¿No conocéis á ninguno de estos seres? Pues bien: hay muchos.

III.

Después que se anda algún tiempo por el mundo, se encuentran esos seres raros, cuya locura ó cuya imbecilidad no se advierte á primera vista, en razón á que no desafinan demasiado en el concierto general que todos formamos; se confunden con la mayoría entre la cual viven, y pasan sin formar casilla aparte en la generación en que han nacido.

La sociedad presente ofrece numerosos casos de criminales que no llevan más cadena que la del reloj, de locos que viven tranquilamente en sus casas sin temor de verse encerrados en un manicomio, y de imbéciles que se codean con las personas sensatas como uno de tantos; porque hay crímenes legales, lícitos, admitidos y aun premiados, locuras juiciosas é imbecilidades razonables.

Yo he conocido varios ejemplares de estas tres especies, y en este momento recuerdo uno que me viene de molde. Hombre que, como los elefantes, según Plinio, sentía crecer la hierba, y que, gran conocedor del mundo, vivía siempre en guardia contra los engaños de la vida.

No era posible sorprender ni su credulidad ni

su confianza, pues andaba siempre receloso como los gatos; no se fiaba ni de la camisa que llevaba puesta, y de continuo se guiñaba interiormente el ojo, como diciendo:

—¡ Oh! ¡ Soy yo muy largo!

Esta cautela incansable de su perspicacia lo tenía siempre alerta, y por todas partes vislumbraba engaños, traiciones, infidelidades, ingratitudes. Pensaba de los hombres deplorablemente, y en cuanto á las mujeres, su opinión era todavía más deplorable.

Encastillado así en la ciudadela inexpugnable de su previsión astuta, se restregaba las manos satisfecho de sí mismo, y exclamaba:

—Ahora que me entren moscas.

No se puede decir que fuese un sabio; pues, en rigor, se había quemado poco las cejas indagando los secretos de las ciencias, y si en su juventud pasó por alguna universidad, fué por puro cumplimiento, por mera fórmula; pero, vamos, su vida de hombre de mundo lo tenía á la altura de los conocimientos más puestos en moda. Se penetraba de los últimos adelantos de la filosofía en las conversaciones del Ateneo, aprendía historia en las tertulias del Casino, matemáticas en las cotizaciones de la Bolsa, química é historia natural en los aparadores de las tiendas, Geografía en las *vistas* de los periódicos ilustrados, literatura en el teatro de los Bufos y

política en *La Correspondencia de España*. Recogía las noticias más seguras acerca de los grandes acontecimientos del mundo en la Carrera de San Jerónimo ó en los pasillos de cualquier teatro.

No era un sabio, pero poseía esa generalidad de conocimientos que nos autorizan á resolver de plano las cuestiones más arduas en los postres de una comida ó sobre la mesa de un café. Sabio no; pero, ¡qué demonio!, no hemos de ser todos Sénecas, y, sea como quiera, venía á ser un hombre, digámoslo así, instruído, y, sobre todo, un hombre despreocupado.

Sabía algún latín, pues pronunciaba con frecuencia voces latinas; decía: *ad libitum*, *deficit*, *ex cathedra* y *casus belli*. Tampoco le era absolutamente desconocida la lengua griega, y solía pronunciar con bastante soltura las palabras *filantropía*, *hidrofobia*, *antropófago* y *cureka*. Oía referir con gusto las impiedades de Voltaire, y las aprendía de memoria. Cavour fué por algún tiempo su encanto; mas se murió, y le volvió la espalda para hacer de Bismarck su ojo derecho.

Por supuesto, el diluvio universal era para él una paparrucha, el maná del Desierto una inocentada, y la resurrección de Lázaro un cuento de viejas. Se mofaba de todas las creencias, sin tener empeño en destruirlas; pues, como él mismo decía, dejaba á cada loco con su tema.

No obstante, en las soledades de su razón, ó, mejor dicho, en el sepulcro de su conciencia, se levantaba un fantasma, una sombra, un espectro que turbaba de vez en cuando los felices días de su vida: le inspiraba horror el *martes*; ese día aciago se le representaba con los más sombríos colores. Llevaba una apuntación curiosa de las desgracias que ocurrían en el transcurso de sus infaustas horas. Terribles efemérides, que crecían espantosamente en sus anotaciones, porque no pasaba un martes sin traer al catálogo una nueva catástrofe, ya particular, ya pública, ocurrida en Madrid ó en Filadelfia, en Pekín ó en Marruecos; pero siempre en martes: las que resultaban en los demás días del año, esas no entraban en cuenta.

Por qué especie de razonamiento llegó su incredulidad á caer bajo el dominio de semejante preocupación, es cosa que no se sabe, ni además nos importa; el fenómeno no es tan raro que pueda tenerse por increíble. El que cierra los ojos á la luz, ve sombras. La incredulidad, lo mismo empírica que científica, cae en las más vanas ó en las más pueriles credulidades. La sabiduría de la impiedad tiene sus delirios como la fiebre, sus supersticiones como la ignorancia. La razón, abandonada á sí misma, se cansa de la impotencia y apela al misterio.

Ello es que el héroe de la presente historia

creía en la fatalidad del martes, y los datos que adquiría para seguir la estadística de ese día aciago, le confirmaban cada vez más en la funesta influencia que ejercía sobre los destinos humanos.

Pasaba, pues, cada semana un día de inquietud, de zozobra, y no emprendía cosa alguna, temeroso, más aún, seguro de que tendría un éxito fatal; pasaba, pues, por ese día con el alma en un hilo, como se pasa por un peligro, por el borde de un abismo, por un puente que cruje bajo los pies que lo pisan.

Fuera de esta superstición que se anidaba en las lobregueces de su entendimiento, era un hombre que se burlaba de todo lo que forma la vida del espíritu: no creía en nada, ni en la amistad, ni en la virtud, ni en el amor; no precisamente porque negara la posibilidad de una amistad sincera, de una virtud firme, de un amor duradero, pues él no se metía en estas honduras, sino por pura precaución, porque, en fin, en el mundo veía muchas amistades engañosas, muchas falsas virtudes, muchos amores fugitivos, y su genio poco indagador se contentaba con estos datos para decidir que lo mejor de los dados es no jugarlos.

—¡Amistad! (exclamaba á sus solas.) Para quien te crea: cada uno va á su negocio.... ni más ni menos.

—¡Virtud!

Aquí, recordando su erudición dos versos de *Los Amantes de Teruel*, puestos por Hartzensbusch en boca de Diego Marsilla, prorrumplía con énfasis dramático:

«Maldito el hombre que virtudes siembra,
Para coger cosecha de desgracias.»

Y seguía diciendo:

—¡Amor!

La sola pronunciación de este nombre despertaba su hilaridad, y, soltando la carcajada, añadía:

—¡Amor!.... Sí, para las novelas.

También aquí su memoria le recordaba otra frase decisiva que había oído algunas veces, y atribuyéndola indistintamente, ya á Shakespeare, ya á Byron, la repetía, exclamando:

—«¡Fragilidad! Tú tienes nombre de mujer.»

Y sin más averiguaciones, se reía tranquilamente de la amistad, de la virtud y del amor. Además, se sentía bien en medio de aquella soledad de su alma. ¡Ya se ve! Gozaba de buena salud, poseía algunos bienes de fortuna, y su vida se deslizaba agradablemente entre los placeres del mundo. Realmente, no tenía motivo para quejarse de su suerte.

Es de creer que habría sido el mortal más dichoso de la tierra, si la sombra del martes,

apareciendo en su imaginación de vez en cuando, no le hiciera sentir cierto temor lúgubre, que llenaba su pensamiento de extraños fantasmas. Y estos terrores se aumentaban siempre que abría el fatal cuaderno para anotar nuevos y pavorosos desastres. En él veía muertes, ruinas, batallas sangrientas, desastrosas inundaciones, asesinatos, suicidios, incendios, todos los estragos de las tempestades humanas y de las tempestades de la naturaleza, y siempre en martes. Entonces ese día aciago se le presentaba como un numen implacable, y cerraba los ojos para no verlo, y lo veía á través de los párpados.

Ésta era la gota de acíbar que amargaba la dulce copa de la vida, que bebía sorbo á sorbo.

IV.

Ese hombre cuyas interioridades acabo de descubrir, tenía su nombre de pila, y llevaba su correspondiente apellido, como cualquier hijo de vecino. Su nombre era Martín, y su apellido casi no estaba en uso, en razón á que en el círculo de sus relaciones no se le conocía más que por Martín, como si se tratara de un ser solitario, único, que no hubiese tenido nunca familia.

Martín poseía un exterior á primera vista agradable, y poseía además el secreto de todas las exterioridades; venía á ser un sepulcro bien blanqueado, y hacía en la sociedad el papel de un hombre de mundo, de un hombre corrido.

No le faltaron ocasiones en que estuvo expuesto á grandes peligros; pues, como él decía, lo habían empujado al borde del matrimonio; mas supo emprender á tiempo las retiradas, y el enemigo se quedó con la boca abierta. Podía hacer un matrimonio ventajoso, y tan lisonjera perspectiva halagaba su vanidad; pero, ¡ah!, el mundo en que vivía le presentaba tantos ejemplos de infidelidades, sus propias aventuras le hablaban con tanta elocuencia, que se veía obligado á renunciar á aquellos favores de la fortuna que hacían las delicias de su amor propio.

La idea de una boda ruidosa le encantaba; mas el temor de verse después señalado con el dedo le helaba la sangre, y, por un cruel capricho de la suerte, todas sus victorias se levantaban á la vez para mofarse de su fortuna. El matrimonio se le representaba como un lazo; y, como lobo experimentado, huía del cebo por no caer en la trampa. El miedo del ridículo desvanecía sus más risueñas ilusiones.

—No, no (se decía); los maridos no están en boga; es papel que se cotiza muy bajo, y no he de ir yo á formar parte de la colección de que

tantas veces me he burlado. Si alguna vez me muero, que me entierren con palma.

Así es que á los cuarenta y cinco años bien cumplidos, que es la edad en que lo encontramos, se hallaba sin más vínculos que lo sujetaran, que los de su voluntad ó los de sus caprichos. Había sabido evadir todas las asechanzas, y se tenía á sí mismo por el hombre más libre que pisaba la tierra. Claro está: se había apropiado todos los derechos, renunciando generosamente á todos los deberes.

Entre las mujeres que lo conocían, pasaba ya como cosa perdida, y al verlo se guiñaban el ojo, diciendo:

—¡Ca!... Este camastrón es incasable.

Entretanto, él se reía del mundo; y de teatro en teatro, de paseo en paseo, de tertulia en tertulia, iba alargando los días de una juventud que en realidad ya lo había abandonado, y no faltaba alguna intriguilla con que ir alimentando el fuego de la vida.

El teatro era su gran campo de batalla; allí los gemelos indiscretos, escudriñando el fondo de los palcos y los rincones de las galerías, lanzaban, ya á una parte, ya á otra, misteriosas miradas. Cualquiera que fuese la trascendencia de estos ojeos, se complacía en ellos, y eran los momentos más amenos de su deliciosa existencia.

Á la derecha de su butaca se abría una platea que ninguna noche merecía los honores de su atención, porque siempre aparecía ocupada por personas insignificantes, bajo el punto de vista de la belleza, de la juventud y de la elegancia, y Martín le tenía vuelta la espalda á aquel rincón del gran mundo, en que nada tenía que ver. Una jamona gruesa y morena, una niña recién salida del colegio, endeble y enfermiza, un señor canoso, de aspecto desabrido: he ahí, poco más ó menos, lo más notable que contenía la platea.

Medio sumergido en su butaca, veía, leyendo *La Correspondencia* con aire indolente, la fastuosa representación de *La Africana*. Acababa de alzarse el telón, y los acordes de la orquesta llenaban el aire de sonidos entre el murmullo del público que se acomodaba en los asientos. Martín sintió en la oreja derecha un soplo de aire frío, y comprendió que en la platea de la jamona, hasta entonces vacía, entraban las tres figuras de todas las noches; y, sin volver los ojos, hizo un gesto de desdén, y siguió leyendo.

Pronto recorrió las columnas del periódico; y dándose por enterado de las últimas novedades del día, tomó los gemelos para recoger las novedades de la noche. Entonces observó que muchas miradas, partiendo de diferentes puntos del teatro, se dirigían á la platea que tenía á su derecha; Estas miradas se iban multiplicando, y

los semblantes del público, semejantes á las coronas de los girasoles, se volvían hacia la platea, como si hubiera aparecido en ella el sol de la mañana.

¿Qué ocurría, pues, allí para ejercer tan poderosa atracción sobre las miradas del público? Martín, con desdeñosa sonrisa, volvió también sus ojos hacia la platea, y la risa se apagó en sus labios, y se quedó absorto, porque, si no era el sol el que brillaba sobre el fondo encarnado de la platea, era la aurora, la aurora en persona.

Los ojos de Martín se inundaron de luz, de una luz suave, que él sentía penetrar en su cerebro y correr por sus venas. El foco de esta claridad era un rostro humano, el rostro de una mujer, cuya cabeza, coronada de rizos castaños, se movía graciosamente sobre unos hombros soberanos. Aquella era una aparición que Martín devoraba con ansia, temeroso de que se desvaneciera.

Le era imposible apartar de ella los ojos; una atracción irresistible retenía sus miradas, como si estuvieran bajo la influencia de un imán desconocido. Á fuerza de mirar, empezó á perder la conciencia de lo que veía; experimentaba una especie de atolondramiento, parecido á los primeros desvanecimientos de la embriaguez. La platea se transformaba á sus ojos en una nube de púrpura, sobre la que se destacaba

aquella imagen blanca como el mármol de Paros, y sonrosada como la rosa de Chipre, que le sonreía y se alejaba, tendiéndole sus brazos de Venus. «Si esto es un sueño (se decía con el pensamiento), que no despierte nunca.»

Hasta entonces sólo había podido apreciar, digámoslo así, el color y el dibujo, la pureza de la tez, la pureza de las líneas y la pureza de los contornos. Pero la aparición debía tener una voz, una mirada, y Martín todo era oídos, y nada oía, y todo era ojos, y no veía más que el conjunto armonioso de su figura.

Mas no estaba ella sola en la platea; la acompañaban una señora de aspecto insignificante, que ocupaba el lugar de preferencia en el palco, y una especie de gigante, de rostro airado y de tremendas cejas, que de vez en cuando le dirigía la palabra. Algo debió decirle que la desagradaba, pues ella volvió la cabeza hacia la escena, diciendo claramente:

—No.

Este *no* llevó á los oídos de Martín el timbre de su voz, y se estremeció como si hubiera experimentado el efecto de una descarga eléctrica. Jamás había oído una voz semejante: la sentía vibrar en su oído y extenderse por todo su cuerpo, ni más ni menos que si sus huesos y sus músculos, su sangre y sus nervios, tuvieran en aquel momento la facultad de oír. Estaba

bajo la acción mágica de un encanto inexplicable. Aquella mujer ejercía sobre sus sentidos una influencia avasalladora.

Martín buscaba sus ojos como el ciego busca la luz y el sediento el agua; pero las miradas de la aparición iban de una á otra parte sin fijarse en ninguna. Al fin, sus ojos indiferentes vinieron á detenerse en Martín, que sintió al mismo tiempo frío y calor. Si es posible decirlo así, una nube de luz inundó su ser, y le pareció que se veía sumergido en un mar de delicias. La mirada que lo tenía subyugado lo abandonó, después de dejar en su pensamiento todo el fuego de un incendio y llena su loca imaginación de las más ardientes visiones.

Cerró los ojos para saborear el placer de aquella mirada, y para conservar la imagen fantástica que relampagueaba en ellos. Creía que soñaba. El estrépito de un aplauso lo volvió á la realidad de la vida, y miró despavorido en torno suyo; el teatro le pareció obscuro, lleno de sombras surcadas por reflejos fugitivos; las cabezas que á su alrededor se agitaban las veía pálidas, desencajadas, como cabezas de espectros que se movían dentro de sus nichos; en el escenario distinguía una masa informe, sobre la cual corrían de una parte á otra figuras humanas negras, de ojos brillantes, armadas de aceros que resplandecían en la obscuridad como los

rayos en las nubes ; la orquesta gemía á la vez y tronaba, aullaba y rugía al mismo tiempo.

Volvió los ojos hacia la platea, y la luz que la iluminaba había desaparecido ; la aparición se había disipado : la platea estaba desierta como un sepulcro vacío.

Con mano trémula buscó su reloj, y miró la esfera ; eran las doce de la noche ; acababa de entrar en los dominios del día aciago. Era martes.

V.

¡Martes!.... Esa fué la sombra que acabó de cubrir de espanto la imaginación de Martín. En el umbral tenebroso del día de los desastres se le había aparecido aquella mujer imprevista, que con la magia de su presencia, y con el hechizo de su voz, y con el magnetismo de su mirada, en un instante, como deslumbra el relámpago y hiere el rayo, había encendido su sangre, subyugado sus sentidos y esclavizado su pensamiento.

Detrás de la visión luminosa que llenaba sus ojos, ofreciéndole todas las delicias de la tierra, aparecía como un fantasma el día de las catástrofes, el portador lúgubre de las horas acia-

gas.... ¡el martes! Era la muerte detrás de la vida.

Martín se revolvía en su cama, cambiando á cada instante de postura en busca del sueño, que huía de sus párpados. Tenía delante la imagen de la mujer que había conmovido sus entrañas con el resplandor misterioso de una mirada lenta, profunda, inmensa. La veía flotar delante de sus ojos, dejando descubrir al través de los pliegues de su fantástico ropaje las vagas líneas de sus espléndidos contornos: la veía risueña, vaporosa, sumergida en la indolencia del más voluptuoso abandono. La sentía acercarse, oía los latidos de su corazón, percibía el calor de su aliento y respiraba el ambiente perfumado de sus rizos. Pero de pronto huía, y se alejaba hasta perderse en las profundidades de la obscuridad. Entonces la sombra del martes lo rodeaba de tinieblas, y veía manos descarnadas, rostros cadavéricos que le arrojaban al pasar mudas carcajadas; veía esqueletos humanos que se abrazaban, danzando al compás de una música sin sonidos; distinguía cuencas sin ojos, ojos sin mirada que lo cercaban, dando vueltas á su alrededor en torbellino silencioso; sentía en su frente el aire frío de aquella danza fúnebre, y sentía el crujir de los huesos de aquel cementerio animado.

Apretaba los párpados para huir del espec-

táculo que le perseguía, y dentro de sus propios ojos se encendían luces siniéstras, llamas sin calor que cruzaban las tinieblas sin iluminarlas, vagando en el aire con la inquietud con que los fuegos fatuos vuelan sobre las sepulturas.

¡Pobre Martín! Alargaba, si se me permite decirlo así, la mano de su deseo para asir la mano que le tendía la imagen de su bella aparición, y al cogerla se disipaba la perspectiva, y se helaban sus dedos al tocar el espectro de su destino.

Y volvía la imagen con el fuego en los ojos y la sonrisa en los labios, y se disipaban sus terrores, tendía los brazos para estrecharla, y otra vez el espectro se interponía: siempre la imagen y siempre el espectro. Mil veces más horrible que el suplicio de Tántalo, el tormento de Martín era propio del infierno. Se le ofrecía el néctar del deleite en copa de oro, y al acercar los labios, la copa de oro se convertía en vaso fúnebre y el néctar resultaba amargo como la muerte.

Así pasó la noche, revolviéndose en la cama con la angustia del que después de un letargo se despertara dentro del sepulcro. La luz de la mañana asomó tímidamente por las junturas de las maderas que cubrían los balcones de su dormitorio, y empezaron los objetos á tomar sus formas naturales: todo estaba en su sitio; ningún

desorden anunciaba las escenas que allí habían pasado. Martín lanzó un gran suspiro, entornó los párpados, y al fin se quedó dormido.

Durmió hasta muy tarde, y al despertarse miró á su alrededor con ojos extraviados, como si desconociese el lugar en que se hallaba. Sentóse sobre la cama, y apoyando el codo en la rodilla y la barba en el hueco de la mano, permaneció algunos minutos pensativo. No acertaba á darse cuenta de lo que había presenciado durante la noche. Sus recuerdos le presentaban las cosas con cierta confusión; no querían darle cuenta exacta de lo que había presenciado en el transcurso de unas cuantas horas.

Sacudiendo la cabeza para despertar á su memoria, decía:

—Sí, yo la he visto, la estoy viendo ahora mismo. No es un ser fantástico que yo he imaginado. Tengo sus ojos clavados en los míos. Todo mi pensamiento está lleno de su belleza; el timbre de su voz resuena todavía en mis oídos.

Su mirada errante fué á fijarse en el calendario que pendía de la pared junto á su cama; el número de la fecha asomaba por la abertura recortada en blanco sobre el fondo negro del cuadro, y parecía un ojo que miraba. Más abajo, otra abertura mayor, semejante á una boca que se ríe, dejaba ver en gruesos caracteres las letras

que formaban el nombre del día de la semana.

—Bueno (dijo asiendo el cordón de seda que caía sobre la cabecera de la cama). Ya lo sé. Hoy es martes.

Y tiró del cordón con tanta violencia, que la campanilla repiqueteó á lo lejos toda atribulada.

Su criado de confianza apareció á los pocos momentos, y, sin detenerse, se dirigió al balcón y lo abrió de par en par, dejando que al través de los cristales y de las cortinas entrara la luz de golpe, como entra en todas partes, franca y alegre. Martín no pudo soportar la intensidad de aquella claridad repentina, y tuvo que cerrar los ojos. Cuando pudo abrirlos, vió al criado que, delante de la cama, lo miraba de hito en hito.

—¿Qué miras?—le preguntó.

El criado se encogió de hombros por toda respuesta, y su señor le dijo:

—Ea, á vestirme.

Envuelto en su gran bata, dejó el dormitorio y pasó al tocador. Allí acudió á un espejo, sin duda á preguntarse á sí mismo qué tal había pasado la noche; el espejo no vaciló, y al punto le presentó su imagen....; pero una imagen pálida, descompuesta, con la boca algo fruncida y los ojos un tanto encendidos. Dejó el espejo con el gesto desabrido con que se deja á un amigo demasiado ingenuo, y pasó á un gabinete con-

tiguo. Se acercó resueltamente á la mesa en que solía escribir, y sacando el cuaderno terrible en que anotaba las catástrofes de los martes, tomó la pluma, y al pie de las últimas apuntes escribió lo siguiente:

«Martes 15 de.... de.... Anoche la vi por primera vez, y, después de las doce, desapareció. Aún puede sucederme otra desgracia: no volver á verla.»

Hecha esta anotación, cerró el cuaderno y lo guardó en el cajón de la mesa, y como hombre á quien las ocupaciones no le asedian, dando vueltas entre los dedos á los cordones de la bata, comenzó á pasearse de un extremo á otro del gabinete.

Este gabinete era un pequeño museo, y no era el arte el que había escogido las obras que allí se ofrecían á la vista, porque, en honor de la verdad, no podían tenerse por obras maestras; pero, en cambio, lo mismo los cuadros que las esculturas, ostentaban tal desnudez de formas y de actitudes, que era preciso hacer un grande esfuerzo para mirarlas frente á frente. Si había en aquellas obras algún arte, debía ser el arte verdaderamente libre.

La mujer se veía repetida muchas veces.

Martín se detuvo delante de una de ellas, la contempló un instante, y dijo:

—No; esta no vale tanto.

Pasó á otra, y le volvió la espalda, diciendo:
—¡Bah!... No tiene ni su mirada ni su perfil.
En la tercera se fijó más atentamente, exclamando:

—¡Oh! Estos son sus hombros; esa es la expresión de su boca.

Paróse delante de otro cuadro, y se dijo á sí mismo:

—Esas son sus formas. Estoy seguro de ello. Esos ojos son los suyos, pardos, velados; pero les falta á éstos aquella sombra que los hace inmensos.

Dió media vuelta, y siguió diciendo:

—¿Quién es esa mujer? Nadie la ha visto hasta ahora. ¿Cómo se llama? No se sabe. ¿Y qué me importa ni su nombre ni su familia? Es bella como una Venus; es una aventura deliciosa: he ahí todo. Aquel gigante horroroso, ¿será su marido? ¡Buena fuera! Entonces sí que podré decir: *Eureka*. Hasta ahora no me he reído más que de hombres como los demás, y debe ser una delicia reirse de un gigante. Sí; esta noche volverá al teatro. ¡Demonio! (exclamó, rascándose la cabeza.) ¡Hoy es martes! Bien (añadió, reflexionando); yo iré..., y veremos.

Cuando el criado le sirvió el almuerzo, le encontró más animado, de mejor color y con buen apetito.

VI.

Era martes, y este día aciago no ofrecía los mejores auspicios para el éxito feliz de la aventura que á Martín se le venía á las manos. Haberla visto por primera vez como se ve la luz de un relámpago, y desaparecer ni más ni menos que desaparece la decoración de un teatro al sonar la primera hora del día terrible, significaba que el numen fatal que presidía las funestas horas del martes, se hallaba dispuesto á robarle la gloria de tan brillante conquista.

Así discurría Martín, engalanando su persona por los diversos medios con que la moda embellece á los que ocultan los desperfectos del tiempo bajo el amparo de sus favores. Y, vamos, el espejo no se le mostraba tan severo como otras veces, y lo presentaba á sus ojos con veinte años menos; y Martín, al verse, se creía realmente rejuvenecido y más bello que en los días primaverales de su verdadera juventud, que ya pasaron, so pretexto de que todo pasa en el mundo.

Se acicalaba con escrupuloso esmero, sin olvidar ningún detalle que pudiera realzar el atractivo, algo trasnochado ya, de su persona, porque iba al teatro en busca de la aparición que

la noche antes despertó en su alma un mundo de deseos, y cuyo solo recuerdo lo inundaba de delicias. Como digo, iba al teatro, y quería á toda costa causar con su presencia un efecto decididamente favorable. Mas le acometía el temor de no encontrarla; y, dando al lazo de su corbata toda la gracia posible, murmuraba entre dientes :

—No irá....; es muy posible que no vaya. En martes no sucede cosa buena. No irá, y no la veré, y acaso no la vuelva á ver más en mi vida.

Acabó de vestirse, y se fué al teatro con el aire decidido del que va á jugar el todo por el todo. Entró, y sus ojos buscaron la platea; pero, ¡oh fatalidad de su destino!, la platea estaba ocupada por las tres figuras de retablo que ya conocemos: la jamona gruesa y morena, la niña enfermiza y el señor canoso. Martín se instaló en su butaca, desesperado; y, hundiéndose en ella, decía por lo bajo :

—¡Martes maldito! ¡Día siempre aciago!

Consolóse, sin embargo, con la idea de una empresa digna de su vida ociosa, y se juró á sí mismo buscarla hasta en el centro de la tierra. Todos los días no son martes. Tan oportuna consideración reanimó su espíritu, y comenzó á hojear aquel álbum de cabezas humanas que el teatro le presentaba por todas partes.

Sus miradas iban de un punto á otro como

mariposas que no encuentran donde detenerse, cuando advirtió unos gemelos tenazmente asettados hacia el lugar que él ocupaba, desde el fondo de un palco principal que tenía á su espalda. Sin duda él era el objeto en que se hallaban fijos los gemelos; tomó los suyos, los puso á la altura de los ojos, y, digámoslo así, los lanzó al palco. Y, ¡oh prodigio inaudito de su fortuna! Detrás de los gemelos del palco estaba *ella*, ella misma, la aparición, rodeada de todos los esplendores de su belleza. Martín experimentó la locura del contento. La veía, y no era esc sólo, sino que ella también lo miraba.

Los actos de la ópera le parecían interminables, y los entreactos demasiado breves, porque en los intermedios se ponía de pie para dejarle ver toda la gallardía de su persona, al mismo tiempo que al través de los gemelos se deshacía contemplándola. Ella hacía también frecuente uso de los suyos, y siempre iban á detenerse en Martín, de manera que unos y otros gemelos se apuntaban mutuamente, como dos baterías que se hacen fuego.

[Qué noche]... Para Martín fué la más deliciosa de su vida. Alguna vez tropezaban sus ojos con la monstruosa cabeza del gigante, y entonces cambiaba cautelosamente la dirección de sus miradas. Antes que el telón cayera en el último acto, abandonó la butaca y fué á tomar

posiciones al pie de la escalera por donde debía bajar la bella mujer que decididamente se había hecho dueña de su pensamiento.

Allí la esperaba, y después de un siglo de impaciencia, la vió aparecer en la última meseta de la escalera. Bajaba envuelta en un abrigo de pieles, casi oculto el semblante; pero Martín devoró con los ojos su frente tersa y brillante, donde se reflejaba la luz del gas que alumbraba la escalera. Sobre la blancura de la frente se erguían, si es posible decirlo así, dos cejas aterciopeladas, rigurosamente dibujadas; debajo resplandecían sus ojos pardos velados por una sombra extensa que llenaba de ardientes misterios sus miradas: la estatura era majestuosa, el aire era espléndido; bajo la amplitud del abrigo se adivinaba un talle soberano, y bajo las ondas del vestido asomaba, en el movimiento de los pasos, la punta de un pie que debía ser un prodigio.

Martín recogió todos estos detalles con la avidez con que un ejército victorioso recoge el botín de la batalla.

Pasó junto á él, y le hizo respirar el perfume de su ropaje, le dirigió una mirada fugitiva, le dejó ver una sonrisa, y se perdió entre la multitud que salía del teatro con el mismo afán con que había entrado.

Trastornado Martín con la embriaguez de su

triunfo, quiso seguirla; pero una oleada de gente se interpuso, y luchó inútilmente por abrirse paso. Al perderla de vista, la voz del gigante, más dura que el bronce, pronunció estas palabras:

—Aurora, mañana iremos á la Zarzuela.

Maldiciendo Martín al género humano, que le impedía seguirla, exclamaba:

—¡Ah, se llama Aurora! ¡Qué nombre!

Cuando salió á la calle, la aparición se había desvanecido. Bueno; pero á la noche siguiente volverían á verse en la Zarzuela. El gigante, con su voz estentórea, le había dado la consigna, y esta feliz circunstancia le hizo creer que aquel salvaje era el marido de Aurora.

Ya sabía cómo se llamaba; sus ojos se habían puesto en mutua inteligencia; ¿qué más podía apetecer su deseo?

De esta manera transcurrieron algunos días, viéndose todas las noches, ya en un teatro, ya en otro, porque siempre había un medio indirecto, casual, de darse la cita para la noche siguiente.

¿Dónde vivía? Martín lo ignoraba. Pero bien; era preciso contener los ímpetus de su impaciencia, porque el gigante debía ser celoso como un turco, y convenía mucho andar con pies de plomo. Hasta entonces no se había pasado de

miradas y de sonrisas. Esto era poco. Un billete, diestramente puesto en sus manos, completaba el éxito de la aventura.

En los vestíbulos de los teatros se venden ramilletes de flores, y hay muchachas frescas y sonrosadas, muy diestras en este comercio. En un ramillete que pagó el gigante, fué á manos de Aurora el billete de Martín, que sólo contenía estas palabras:

«Te adoro.»

La respuesta se hizo esperar dos días eternos, al cabo de los que la florista, agradecida á las propinas de Martín, le regaló una rosa magnífica. Dentro de ella encontró un papel mil veces doblado, y dentro del papel unas letras diminutas, que decían:

«¡Y yo! ¡Dios mío!»

Martín leía y releía esas dos exclamaciones, y, semejante á un chiquillo que ha encontrado el juguete que buscaba, daba saltos de alegría dentro de su cuarto. ¡Las flores eran sus mutuas mensajeras! Todo, ¡qué poético!

A las miradas y á las sonrisas se habían añadido los billetes; faltaba, pues, una entrevista, una cita en que los dos pudieran decirse lo que callaban.

El plan que se urdía en su cabeza, no exigía grandes combinaciones: estaba reducido al recurso más elemental del arte. ¿No podría Auro-

ra disponer libremente de una hora? Pues entonces, negocio concluido.

Sin más reflexiones, sentóse delante de la mesa, cogió un pliegucillo de papel fino como la seda y azulado como el agua, y empezó á escribir lentamente, como el que piensa mucho lo que escribe.

VII.

En esa delicada tarea fué interrumpido por la presencia de su criado, que, entrando silenciosamente, le puso una tarjeta delante de los ojos. Miróla, y leyó en ella:

«León Goliat.»

Este nombre le era enteramente desconocido, y en vano registró el archivo de su memoria, porque jamás había oído pronunciarlo.

—Bien (dijo); que pase.

Y arrojando la tarjeta sobre el mármol de la chimenea, se adelantó hacia la puerta, con ánimo resuelto de despachar pronto aquella visita impertinente.

No esperó mucho tiempo, pues á los pocos momentos el cortinaje que cubría la puerta se

agitó de manera que parecía que iba á venirse abajo, y en el instante mismo asomó una cabeza enorme y luego un cuerpo formidable, cuyos brazos hereúleos podían muy bien tocar con la mano en el techo.

Martín retrocedió espantado: tenía ante sus ojos al gigante de la platea, al monstruo del palco. ¡Demonio! Al marido descomunal de Aurora, que se inclinó cortésmente como una montaña que va á desplomarse, sonriendo del mismo modo que enseñan los perros los dientes un momento antes de clavarlos.

—Caballero....—balbuceó Martín, inclinándose á su vez con profunda cortesia.

Abrió el gigante la tremenda boca, y con voz semejante al trueno que retumba en una caverna, le dijo:

—Perdone V., amigo mío, que me presente en su casa con tanta franqueza; pero hay circunstancias que obligan á prescindir de ciertas formalidades. Y, ¡qué diablo!, dos hombres de honor se entienden fácilmente, y pronto despachan sus asuntos.

No había duda de que el marido venía á suscitar una conversación siempre enojosa, y, en aquel caso, terrible. Sin embargo, Martín dominó el temblor que bullía por todo su cuerpo; fingió cierta serenidad de que no era dueño, y se inclinó por segunda vez, diciendo:

—Sea el que quiera el asunto que me proporciona el honor de esta visita, me creo obligado á suplicarle que tome asiento.

—¡Ajajá! (exclamó el gigante, haciendo crujir una butaca bajo su peso.) Sí; es una excelente idea la que á V. le ha ocurrido, y aprovecho con mi habitual franqueza su oportuno ofrecimiento.

Martín acercó otra butaca á la chimenea, avivó el fuego, porque sentía un frío mortal, y con bastante aplomo se sentó frente á frente á su terrible enemigo.

Cualquiera que los hubiese visto, habría comprendido que el gigante era el juez y Martín el reo.

Tosió el primero con cavernosa violencia, y queriendo inútilmente dulcificar la aspereza de su acento, se dirigió á Martín, diciéndole:

—No nos engañemos. Usted es un hombre de mundo; conoce V. perfectamente los resortes que ponen en movimiento el corazón de las mujeres. Es un privilegio que no todos alcanzan. ¡Sí, privilegio que debe hacer la vida muy agradable! Mas, ¡qué diablura!, eso suele tener también sus quiebras. ¿Me comprende V.?

Demasiado lo comprendía Martín, pero no estaba en el caso de darse por entendido. Si aquel hombre era la fuerza brutal que aplasta, él sería la astucia que huye el cuerpo.

Contra las bárbaras pretensiones de su adversario opondría siempre una negativa terminante. No era cosa de dejarse aniquilar por aquel monstruo, sin más razón de su parte que la de tener celos.

Así es que frunció la boca, se encogió de hombros, arqueó las cejas, y le contestó sencillamente:

—No comprendo.

—Echó atrás el gigante la cabeza, como el león pronto á lanzarse sobre su presa. Este movimiento hizo que la melena que la cubría apartara sus ásperos rizos de color de cobre, descubriendo una frente llena de tempestades; sus ojos, redondos como los de los gatos, se clavaron en el rostro de Martín como dos saetas, ante cuya mirada el seductor, aterrado, creyó que no se hallaba en presencia de un ser humano.

La tempestad que se le venía encima estalló en una carcajada que hizo temblar el pavimento.

—Bueno (rugió el monstruo); es lo mismo. Creí que mi aspecto afable inspiraría á V. más confianza, y que nos entenderíamos á media palabra. No es así. Se niega V. á reconocer el mérito que lo adorna.... Modestia, pura modestia, que no vacilo en reconocer. Sin embargo, será preciso que prescindamos de ella. Vamos á cuentas: V. ha conseguido un gran triunfo.

—¡Triunfo!—exclamó Martín.

—¡Rayos del infierno! (añadió el gigante.)
Un triunfo completo.

—Lo ignoro,—replicó Martín, atribulado.

—¿Sí?—le preguntó el monstruo.

—Sí,—le contestó.

Dando una tremenda puñada sobre el brazo de la butaca, la voz del gigante tronó, diciendo:

—¡Que los demonios me lleven en cuerpo y alma, si no lo veo yo á V. todas las noches en el teatro!

—Es posible (se apresuró á replicar Martín). Yo frecuento los teatros, y si V. también los frecuenta, nada más natural que me haya visto algunas veces.

Con esta observación creyó que había parado el golpe; mas su adversario insistió, exclamando:

—¡Algunas! No, muchas; todas. Convengo en que nada tiene de particular que se vean las personas que se reúnen en los teatros, si no son ciegos; por eso lo he visto yo á V., porque yo lo veo todo, las miradas que se cruzan, las sonrisas que se cambian, los gemelos que se buscan, los encuentros que se vienen á la mano al salir del palco, al pie de la escalera, en la puerta, al subir al coche. ¿Me va V. ya comprendiendo?

—Esos datos (dijo Martín) pueden ser imaginarios; pueden ser sospechosos á ojos demasiado suspicaces; pero que bien medidos y bien

pesados, nada positivo atestiguan, nada dicen, nada prueban.

—¡Nada! (repitió Goliat, apretando los puños.) ¡Nada! ¡y hay una mujer que enloquece, un alma encendida por el fuego de una pasión incurable, que suspira, que sueña, que se muere, porque lleva grabada en su corazón la imagen del hombre que tengo delante!

Martín lo oyó sin pestañear, y pidiendo permiso al terror que lo dominaba, paladeó por un momento el placer de su triunfo. Aurora era suya, suyas sus miradas, suyas sus sonrisas, suyos sus suspiros, y suyo su pensamiento. En aquel instante la veía más bella, más deslumbradora que nunca. Pero de la misma manera que el vidrio se quiebra al chocar con el bronce, la perspectiva de aquella satisfacción deliciosa se rompía en su imaginación al encontrarse en presencia de Goliat. Se mordió los labios, y le dijo:

—Todo eso es algo fantástico: en las novelas sentimentales se suelen ver esas pasiones quiméricas, que en el mundo no existen. De todos modos, yo me atrevo á preguntar, ¿cuál es mi culpa?

Pronunció estas palabras encogiéndose dentro de la butaca, como si sintiera ya silbar el rayo sobre su cabeza. Pero no; la fiera, en vez de rugir, entreabrió los labios para sonreirse.

—Juro (exclamó) que para V. los golpes con bastante destreza, y voy á dirigirle el último: es una estocada maestra que no tiene quite. Ea, en guardia: Aurora posee un medallón de oro; anoche la sorprendí besándolo; poco después se quedó dormida junto á la chimenea, me acerqué, abrí el medallón, que colgaba de su garganta, y encontré un papel fino y azulado.... Éste (añadió presentándoselo.) Véalo V, y téngase por muerto.

Tomó Martín el papel, que el gigante le metía por los ojos, y pronto lo reconoció: era su primer billete, aquel en que le decía: «Yo te amo».

El miedo tiene también su audacia y el terror su heroísmo. Martín hizo un esfuerzo supremo, y devolvió el papel, después de haberlo examinado, diciendo:

—Éste documento es enteramente anónimo; no prueba nada; carece de fecha y de firma.

Goliat se puso de pie y dió una vuelta sobre sí mismo, como si él hubiese recibido el golpe que acababa de asestar á su adversario. Se rascó la frente de tal modo, que habría hecho saltar la sangre en otra cabeza menos dura que la suya. Sus ojos, iluminados por un resplandor siniestro, lanzaron la mirada sobre la mesa. Allí estaba el papel fino y azulado en que pocos momentos antes había trazado Martín algunos

renglones, y, arrojándose sobre la mesa, cogió el papel y leyó lo escrito, exclamando:

— ¡Soberbio! Aquí se propone una cita.... ¿A quién?... No lo dice. Pero.... ¿qué importa?... Es el mismo papel, la misma tinta, la misma letra. ¡Ah! Mi estocada ha sido segura.

Y tan segura. Martín la sintió hundirse en su corazón y helar su sangre. No tenía salida; estaba perdido; más aún: estaba muerto; y el espectro del martes se levantó del fondo de su memoria como una visión horrenda.

VIII.

En buena se había metido el héroe de tantas aventuras afortunadas. Se hallaba en la boca del león, y era evidente que la fiera no soltaría la presa. Creía oír el crujido de sus propios huesos al romperse entre los dientes del monstruo.

Goliat, de pie, con los brazos tendidos, le ponía delante de los ojos los billetes acusadores; Martín, sepultado en la butaca, pálido y trémulo, guardaba el silencio de la muerte. Ya no eran el juez y el reo, sino más bien el verdugo y la víctima, la mosca cogida en la tela de la araña, el ratón entre las uñas del gato.

La solución del terrible trance se presentaba

con claridad espantosa. Goliat exigiría una satisfacción completa, proponiendo un duelo horroroso: quedaba el recurso de no admitirlo; recurso inútil, porque el gigante levantaría el brazo, y el infeliz Martín moriría aplastado bajo el peso de una sola puñada. La muerte se le presentaba fría, descarnada, implacable.

Hubo algunos momentos de silencio, que hacían más pavorosa la situación de la víctima. Eran esos instantes de calma y de silencio que preceden á las grandes catástrofes; ese mudo horror en que cae la naturaleza antes de estallar el furor de las tempestades.

Goliat guardó en su bolsillo los billetes que tenía en la mano, y tomando el silencio de Martín por una confesión terminante, volvió á sentarse, diciendo:

—¡Demonio! Al fin nos hemos entendido.

Articuló estas palabras dando á su semblante la serenidad que permitía el conjunto borrascoso de sus facciones, y respiró con ímpetu, dejando sentir la primera ráfaga del huracán que se agitaba en su pecho. Después dijo tranquilamente:

—Por mi parte, no me opongo á que conserve V. hacia Aurora toda la pasión que ha sabido inspirarle, ni veo inconveniente ninguno en que ella le dedique á V. todos sus deseos y todos sus pensamientos.

Martín abrió los ojos, ni más ni menos que

si quisiera ver lo que oía; y el gigante añadió:

—Pero se trata del honor de una mujer que lleva el nombre de mi familia, y juro por todo el fuego del infierno, que en ese punto no cedo un paso, ni un dedo, ni una línea. ¡Demonio! Los curiosos están ya en el secreto de esa amorosa inteligencia, y el honor de Aurora va y viene de lengua en lengua. Tratándose de un seductor tan afortunado como V., ¿cómo hacer creer á los maliciosos que la cosa no ha pasado de miradas, de sonrisas, de suspiros? ¡Ah! No.... Mil veces no. Si Aurora fuese mi mujer, que el infierno me trague diez veces seguidas, si no estaba ya diez veces estrangulada.

Aquí no fueron los ojos solamente, sino también la boca, la que Martín abrió de par en par, presentando al gigante su fisonomía completamente estúpida. Éste hizo una mueca horrible, y siguió diciendo:

—Á la mujer propia que se le vuela el frasco con el primer pisaverde que se le viene á los ojos, se la estrangula, sin más consideración que la de cogerla bien por la garganta, para que acabe pronto; pero tratándose de una hermana, ya es otra cosa.

¡Qué diablos decía esta montaña humana! ¿No era marido de Aurora? ¿Era su hermano? Eso acababa de decir claramente. Martín se atrevió á respirar, porque, al fin y al cabo, un

hermano no es tan temible como un marido.

—Con una hermana (prosiguió Goliat), hay que proceder de otra manera. Ante todo, se busca al seductor, aunque sea en el fondo de la tierra, y se le mata como se mata á una mosca impertinente ó á una araña venenosa. En cuanto á ella, se la encierra por toda su vida, dejándola en libertad de que dirija sus ardientes miradas y sus tiernos suspiros á las cuatro partes del mundo por conducto de las cuatro paredes de su encierro.

La naturalidad con que exponía su plan daba claros indicios de que lo tenía por sumamente sencillo, al mismo tiempo que la energía brutal de su rostro y la dureza de sus puños atestiguaban cuán fácil le sería ejecutarlo en todas sus partes.

Sin embargo, Martín debió sentir algún aliento, porque, incorporándose como el que vuelve en sí, quiso pronunciar algunas palabras, que no llegaron á salir de sus labios, en razón á que el gigante lo contuvo, diciéndole:

—Poco á poco; que aún no he concluido. Pudiera suceder que los dos amantes convinieran en unirse para siempre, y, en tal caso, libre de toda sospecha el honor de mi nombre, me resignaría á lavarme las manos.

Dicho esto, se arrellanó en la butaca, y se puso á mirar al techo con la indiferencia del que lo mismo le da á cuestras que al hombro.

Por su parte, Martín vió algo semejante á un rayo de luz; algo como una tabla en medio del horror del naufragio. Su situación tomaba un aspecto menos terrible. Eso sí, se le presentaba un matrimonio en perspectiva; mas por lo menos ganaría tiempo, y ganar tiempo podía ser ganarlo todo. Por lo demás, Aurora era el encanto de sus sentidos. Sentía que el alma le volvía al cuerpo. Aquello era ya otra cosa; equivalía á nacer de nuevo, á resucitar, á salir del sepulcro. Respiró, pues, con toda la amplitud de sus pulmones, animó la desconcertada expresión de su rostro, y dijo:

—Siempre es respetable el honor de una mujer. Confieso que esa bella criatura ha cautivado mi pensamiento, y no puedo negar que la he mirado muchas veces. Nos trataremos, y si consigo fijar su corazón, nos uniremos para siempre y seremos felices.

Goliat no pudo contenerse, y soltó la careajada, careajada que hizo crujir los cristales de la habitación. Luego, serenando el ímpetu de su hilaridad, replicó, diciendo:

—No, no es posible aventurar á la inconstancia de los afectos humanos el honor de una familia, y, sobre todo, el honor de mi nombre. Ella está perdidamente enamorada. Perfectamente; pero, ¿quién me responde de V.? ¿Quién me asegura de la volubilidad de un hom-

bre corrido en las aventuras del mundo? Hoy bien; pero, ¿y mañana? La belleza que se nos mete por los ojos, al fin nos cansa. No hay nada más insoportable que una mujer enamorada. V. acabará por aburrirse, por desesperarse, y yo habré perdido un tiempo precioso. No admito dilación ninguna; aquí es preciso que dejemos terminado este asunto.

—¡Cómo!—exclamó Martín, asombrado.

—Es muy sencillo (contestó al golpe). Yo soy un hombre muy razonable. En materias de honor preveo todas las contingencias, y no doy más que pasos en firme. Vamos á acabar de entendernos.

Y diciendo y haciendo, sacó del fondo del gabán en que iba envuelto, un pliego que desdobló, poniéndoselo á Martín delante de los ojos.

—¿Qué contiene ese papel?—preguntó éste, mirando al gigante con ojos atónitos.

—Nada (le dijo): una simple escritura de esponsales, un contrato matrimonial; ni más, ni menos.

Y volviéndose hacia la mesa, colocó sobre ella la escritura, y, puesto de pie, con solemnidad salvaje, pronunció estas palabras:

—Ahora, no hay más que elegir: la pluma, ó la espada; una firma, ó un duelo.

El terror de una muerte segura y la bella imagen de Aurora se apoderaron inmediatamente

de la imaginación de Martín. Sintió como un vértigo que trastornaba sus ideas. Veía á sus pies la profundidad de un abismo insondable, y sobre su cabeza la mano blanca, fina y suave que Aurora le tendía. Se levantó, impelido por una fuerza desconocida que invadía su ser; se acercó á la mesa, cogió la pluma, y firmó al pie del contrato. Al alzar la mirada, se encontró con los ojos del monstruo, que chispeaban como una fragua, la boca se retorció sobre sí misma en una mueca espantosa, y sus miembros descomunales crecían como una sombra gigantesca, que, extendiéndose por toda la estancia, la iba cubriendo de tinieblas. Los ojos de Martín vacilaron, perdieron la mirada; no veían más que obscuridades.

La voz de Goliath retumbaba en sus oídos como el rumor de la tempestad que se aleja; le oía decir:

—Bueno....; el matrimonio; yo habría preferido el duelo; pero es lo mismo. ¿Qué más da? Entre la muerte y el sepulcro no hay gran diferencia.

Y el aire temblaba, agitado por la risa del gigante.

Después, todo quedó en silencio.

Poco á poco se fueron disipando aquellas tinieblas que habían embargado sus pupilas, y como si abriera los ojos, empezó á sentir pri-

mero los reflejos de la luz, luego la luz misma.

Tendió maquinalmente las manos para recoger el contrato que acababa de firmar, y el contrato ya no estaba sobre la mesa.

Miró á su alrededor, y se encontró solo.

También el gigante había desaparecido.

IX.

Sobre el cuaderno de las apuntes tenebrosas tenía Martín inclinada la cabeza, leyendo atentamente estos renglones :

«Martes 15 de.... de.... Anoche la vi por primera vez, y después de las doce desapareció.... Aún puede sucederme otra desgracia : no volver á verla.»

Después de leer muchas veces esas líneas trazadas por su mano, cogió una pluma, y al pie de ellas añadió lo siguiente :

«La volví á ver....; la he visto muchas veces, siempre en el teatro y siempre hermosa. Nos entendíamos con miradas, nos hablábamos con sonrisas, y las flores eran las mensajeras de nuestros billetes.... ¡Qué delirio! Pero, ¡ah!, esta belleza encantadora, como las doncellas encantadas de los cuentos, vive bajo el poder de un gigante que la guarda,—y el bárbaro me

ha puesto en la atroz alternativa de morir ó casarme.—¡ Yo marido! listo va á ser increíble; yo mismo no lo creo, y, sin embargo, nada más cierto. El monstruo no tardará en venir á buscarme para llevarme al sacrificio, porque esta noche me caso.—¡ Esta noche...., y hoy es martes!....—Si Aurora no fuese tan bella, tendría valor para huir, me escondería en el último rincón de la tierra, llegaría hasta el suicidio; mas arde mi sangre en el fuego de sus encantos; mis sentidos están llenos de su ardiente belleza. Tengo la copa en los labios, y quiero apurarla hasta el fondo. Mi reloj me dice que son las diez de la noche: á las once vendrá á buscarme el monstruo; iré. Aurora me espera, y hasta después de las doce no nos casaremos. Aquí se halla todo dispuesto para recibirla; el tálamo nupcial es digno de ella. Bien; seré marido; es la catástrofe que me reservaba el martes.»

Al llegar aquí se detuvo, porque el estrépito de un coche que se acercaba hizo temblar las paredes de su cuarto y crujir los cristales de los balcones. El estrépito cesó de repente, porque el coche se había detenido delante de la casa.

—¡ Diablos! (exclamó Martín.) ¡ Tan pronto no es posible!.... Acaban de dar las diez....

En esto el criado entró á decirle que un coche lo esperaba á la puerta.

Miró el reloj, y dijo:

—¡Las once ya!.... ¡Hace un instante eran las diez! ¡Oh! ¡cómo vuela el tiempo!.... ¡Qué puntual es ese salvaje!

Se envolvió en un abrigo, y poniéndose los guantes dió algunas órdenes al criado, y bajó la escalera.

En la puerta encontró una berlina inmensa, cuya portezuela, al verle, se abrió sola. Entró, y en ella estaba Goliat; se saludaron, y partió el coche como una centella.

Al través del vidrio, empañado por el frío de la noche, veía Martín desaparecer por las aceras á los transeuntes, que se desvanecían como sombras, y huir las luces que alumbraban las calles, como relámpagos que pasaban empujándose unos á otros; al mismo tiempo que las ruedas de la berlina, retumbando sobre el empedrado, formaban un estrépito infernal parecido al de muchos truenos que estallan á la vez; los muelles crujían, los vidrios rechinaban, la caja del coche saltaba sobre sí misma, bamboleándose ni más ni menos que si se viera á un mismo tiempo sacudida por dos fuerzas contrarias, y los caballos volaban como un torbellino, cruzando calles, doblando esquinas en laberinto interminable.

Pronto perdió Martín el itinerario, y llegó á no saber en dónde se hallaba, creyendo que co-

rría por las calles fantásticas de una ciudad desconocida. Era la primera vez que iba á la casa de su bella Aurora; algunos minutos más, y penetraría en el misterioso asilo en que habitaba. Y ¡quién sabe!; acaso viviría en un castillo encantado, construido sobre las nubes ó abierto en el seno de las rocas. Martín no creía en el mundo sobrenatural; pero, tratándose de Aurora, todo se le presentaba con caracteres extraordinarios.

Entretanto los caballos corrían como locos que han perdido el camino, y, según la cuenta de Martín, había tiempo ya para haber llegado al fin del mundo.

La voz del gigante, dominando el estrépito del coche, lo sacó de sus reflexiones con estas palabras:

—He dispuesto la boda como conviene á un hombre de mundo. Los tontos hacen estas cosas con demasiado estrépito; pero el hombre que ha recorrido con mano maestra todo el diapasón de las aventuras amorosas, debe casarse modestamente. Bueno que el sol brille cuando sale; pero debe obscurecerse cuando se pone. Las bodas escandalosas siempre llevan en pos de sí algún escándalo. Por otra parte, al mundo, que todo quiere saberlo, que parece el tercero de todas las bodas, es un gusto decirle: me caso y no lo sabes. Será un placer para mí oír mañana

las murmuraciones de los desocupados: dirá uno: «¡Oh! Martín mira mucho á Aurora», y entonces yo le taparé la boca con el revés de la mano, replicándole: «Caballero, es su marido». Es una excelente manera de dar parte de un matrimonio.

Al terminar la última palabra de este discurso, el coche hizo alto delante de una puerta que se abrió rechinando. Se apeó el gigante, y Martín le siguió: se hallaban en el extremo de una calle obscura y silenciosa. Martín estaba seguro de no haberla pisado nunca; parecía la calle de una ciudad desierta.

Detras de la puerta se hallaba el vestíbulo tristemente iluminado por la luz que se escapaba del hueco de la escalera. Penetraron en la casa y subieron algunos escalones, mientras Goliat decía:

—Nadie creerá que aquí se enciende esta noche la antorcha de Himeneo, y que el amor más puro y más tierno va á unir para siempre dos corazones llenos de esperanzas.

Acentuó sus palabras con una sonrisa que á Martín le pareció diabólica, porque más que sonrisa era una mueca.

La primera puerta que se encontraba en la escalera era la que buscaban. Se abrió sin necesidad de que llamaran, y entraron en un pasillo sombrío. En él dejó Martín su abrigo, y á los

pocos pasos se halló en un salón algo desmantelado; la desnudez de las paredes y la claridad de los muebles indicaban que no era aquella pieza del uso habitual de la familia: sin duda se habría elegido para dar más solemnidad á la ceremonia. Una sola lámpara dejaba caer su luz mortecina, y la sombra del platillo que la sostenía se proyectaba sobre el pavimento, semejante á una araña enorme que oscilaba y se extendía hasta tocar las paredes.

Tres personas distinguió Martín al entrar en el salón, que conversaban paseándose de un extremo á otro. Iban rigurosamente vestidas de negro, y las tres parecían cortadas por una misma tijera: las tres eran estrechas de hombros y largas de piernas. Al ver al novio, se detuvieron, y al mismo tiempo las tres, como movidas por un resorte, se inclinaron en ceremoniosa cortesía. Martín creyó que al encorvarse las tres, se habían guiñado los ojos.

Sintió el frío del salón en los huesos, y se dirigió á la chimenea que ardía en uno de los extremos. Allí, al amor de la lumbre, encontró al sacerdote que había de casarlos. Leía tan atentamente en su Breviario, que no reparó en Martín, cuyo semblante no expresaba por cierto ni satisfacción ni regocijo. Al contrario, estaba pálido y triste.

Una nube de extraños pensamientos flotaba

en su imaginación, llenándola de sombras. Aquellas paredes desiertas, aquel salón helado, aquella luz moribunda, aquellas tres figuras grotescas, no formaban por cierto la más risueña perspectiva. Hasta el fuego de la chimenea le quemaba sin calentarlo. Todo parecía que se burlaba de su dicha en el momento en que iba á cogerla.

Miró el reloj que llevaba en el bolsillo, creyendo que debía ser muy tarde. Por su cuenta, debía de estar ya allí un siglo. Pero no pudo saberlo, porque su reloj estaba parado.

Esperó, devorado su espíritu por sordas inquietudes, y estuvo á punto de maldecir la boda que iba á consumir.

De pronto doce campanadas que sonaron en una habitación contigua, le anunciaron las doce de la noche, y respiró. Al mismo tiempo se abrió una puerta que debía conducir al interior de la casa, y por ella entró el gigante; detrás apareció la señora que había visto siempre con la que iba á ser la inseparable compañera de su vida, y, apoyada en su brazo, vió en fin á Aurora.

Al través del velo que la cubría, distinguió con toda la claridad de su deseo la frente tersa, los rizos castaños, las cejas admirables, la púrpura de sus labios, la dulce palidez de sus mejillas y la sombra misteriosa de aquellos ojos

cuyas miradas le hacían estremecerse. A pesar del velo, la vió como la había visto siempre, bella, ideal, irresistible.

Asió su mano, y las dos manos temblaron al encontrarse.

Terminada la ceremonia, empezaron los plácemes. El sacerdote fué el primero que se despidió, saludando con grave tristeza. Después los testigos estrecharon la mano del novio, y desaparecieron; luego el gigante lo abrazó, y se fué. Martín se quedó solo.

Aurora había ido á despojarse del velo nupcial, y, envuelta en un abrigo de pieles y echado sobre el rostro el velo del sombrero, entró en el salón, diciendo:

—Martín...., soy tuya.

—¡Mía para siempre! (exclamó, recibéndola en sus brazos.) Pero salgamos de aquí; hace un frío horroroso.

En la puerta los esperaba el coche; los caballos humeaban como dos antorchas recién apagadas. Entraron en el coche, y partieron los caballos.

Al pasar por la Puerta del Sol, miró Martín la esfera del reloj, y vió con espanto que entonces daban las doce.

X.

Una de dos: ó el gran reloj de la Puerta del Sol, con sus tres esferas y con toda la perfección de su máquina, estaba loco, como puede estarlo cualquier simple mortal, ó el dichoso Martín se encontraba al cabo con la desventura de haberse casado en martes. Semejante duda cayó como un jarro de agua fría sobre los primeros hervores de su dicha.

Así es que, apenas entró en su casa, condujo á la preciosa mitad de su vida á las habitaciones que de antemano le tenían preparadas, y con la otra mitad se dirigió á su cuarto, á consultar acerca de los futuros destinos de su nueva existencia con el oráculo de su reloj favorito.

Este reloj descansaba sobre el mármol de la chimenea, graciosamente sostenido por dos *Amores* de bronce, detrás de los que se levantaba la figura del *Tiempo*, descarnada y decrepita. La máquina latía con su *tic tac* acompasado, que parecía querer decir: «Yo tengo tranquila la conciencia». Por su parte, las agujas, casi juntas, señalaban en la esfera las doce y cinco minutos en punto. ¡Ah! ¡las esferas de la Puerta

del Sol no habían perdido el juicio! ¿Cómo era aquello?

Sin acordarse de que su reloj de bolsillo estaba parado, acudió á él, y encontró que andaba, sintiendo entre sus dedos las palpitaciones del volante: la *manecilla* de oro apuntaba muy tranquilamente las doce y cuatro minutos.

¡No era posible! Salió de su casa á las once, oyó las doce en la casa del gigante, antes de unirse á Aurora para siempre. Por el tiempo transcurrido, que le parecía un siglo, debía ser ya lo menos la una y media. ¿Cómo, pues, eran las doce? Tan juiciosas reflexiones no tenían bastante fuerza para convencer la terquedad de los relojes, pues ambos, igualmente imperturbables, seguían marcando la misma hora, con la sola diferencia de un minuto. ¡Qué diabólico trastorno había hecho retroceder al tiempo! ¡Qué burla cruel era aquella que obscurecía con fatídicos augurios los primeros instantes de su boda! Pero bien: ¡qué desastre se le anunciaba! ¡Oh! Sí; tendría que defender la belleza de Aurora contra todas las seducciones de los hombres. Bueno: la encerraría en el más oculto rincón de la tierra, para que nadie pudiese robarle el deleite de poseerla.

Entretanto Aurora lo esperaba probablemente en el tocador, donde los espejos codiciosos repetirían su imagen, ávidos de contenerla: la

luz suave y brillante de la lámpara y el reflejo de los candelabros la iluminarían, haciendo resplandecer todos los detalles. Los rizos sueltos, la mirada medio oculta bajo la sombra de los párpados, los labios húmedos y encendidos; una bata mal ceñida, dejando al capricho dibujar bajo las ondulaciones de los pliegues las correctas formas de su figura. Allí estaría esperándole, con el pecho hinchado por los suspiros y la boca llena de dulces palabras. Martín la descubriría antes de verla, negligentemente reclinada sobre los cojines del diván, pronunciando su nombre con tierna impaciencia.

Esta visión deslumbradora invadió su pensamiento de la misma manera que la luz repentina del relámpago invade los ojos, y, volviendo la espalda al reloj obstinado en marcar las doce de la noche, salió en busca de la Aurora que en aquel momento iluminaba, mejor dicho, encendía los horizontes de sus deseos.

Halló entornada la puerta del tocador, y se detuvo; el resplandor que se escapaba por las maderas misteriosamente entreabiertas, anunciaba una claridad tímida y macilenta, como si la lámpara estuviese á media luz y las bombas de los candelabros se hubiesen extinguido. Tocó suavemente á la puerta, y la voz de Aurora exclamó:

—¡ Ah! Entra.

Penetró Martín en el tocador, y encontró á Aurora, entretenida en apurar una taza de te.

—Es mi costumbre (le dijo ella). Hace muchos años que el te es mi bebida favorita. Ahora (añadió, sacudiendo los rizos que coronaban su cabeza), sin te y sin tí me sería la vida insoportable.

—Sin embargo (replicó Martín, sentándose indolentemente en el taburete en que ella apoyaba sus pies), eres muy cruel conmigo.

—¡Cruel! ¿Por qué?—le preguntó.

—¿No lo adivinas? ¡Oh! (exclamó); eso es más cruel todavía.

—No adivino....—dijo Aurora, encogiéndose de hombros.

Los ojos de entrambos se encontraron, y Martín tuvo que bajar los suyos, al mismo tiempo que decía:

—Esta luz es demasiado oscura; no te veo bien. ¿Por qué te escondes á mis miradas? Yo quiero verte en toda la plenitud de tu belleza.

—¡Loco! ¡Loco! (exclamó Aurora.) El misterio todo lo embellece. No pretendas romper la perspectiva que te encanta. Si disfrutas el placer de un sueño delicioso, sigue soñando; no te despiertes, porque la realidad puede ser dura, puede ser horrible.

El acento con que pronunció estas palabras vibró en los oídos de Martín de un modo par-

ticular. Sin perder toda la dulzura de su timbre, dejaba percibir notas ásperas, modulaciones desapacibles; no parecía la voz de Aurora la que hablaba.

—Luz (dijo Martín); quiero más luz; luz que te ilumine como el sol ilumina la tierra.

Y diciendo y haciendo, se puso de pie, y llevó la mano á la llave de bronce que sujetaba el gas dentro de la lámpara.

—¡Insensato!—gritó Aurora, lanzándose á contenerlo.

Esfuerzo inútil, porque la llave de la lámpara dió media vuelta entre los dedos de Martín, y la llama brotó, alumbrando la estancia con una intensidad sólo comparable á la claridad del día.

Retrocedió Aurora, buscando un rincón donde refugiarse; pero la luz, cada vez más resplandeciente, cada vez más intensa, la perseguía y la inundaba.

Martín estaba absorto, con la boca entreabierta y los ojos casi fuera de las órbitas; parecía dominado por un horror indecible. Sus miradas, llenas de espanto, veían los rizos castaños de Aurora brillar esparcidos sobre la alfombra. La frente tersa de tan bella criatura se había convertido en una frente surcada de arrugas; los ojos se perdían en el fondo de las órbitas, y los párpados, rasgados por líneas negras, daban á sus miradas un resplandor siniestro.

—Es inútil (dijo adelantándose) huir de esta luz infernal que todo lo descubre. Ya lo ves; el encanto se ha desvanecido, el misterio se ha disipado. ¡Oh, enamorado esposo mío! ¡Cuán inconstante eres! Ya no te agrado. ¿Y por qué? Porque esos hermosos rizos no han nacido en la piel de mi cabeza; porque estas cejas que adorabas hace un momento, yo misma las extiendo sobre mi frente; porque el sonrosado de mis mejillas y la blancura de mi tez, y el carmín de mis labios, es el barniz con que ocultaba á tus ojos los estragos del tiempo.

Martín se pasó la mano por la frente, como si quisiera arrancar de sus ojos la visión espantosa de aquella realidad fantástica. Ella irguió la cabeza, cruzó los brazos, y lanzando una terrible carcajada, siguió diciendo:

—Contéplame sin miedo y sin asombro. Yo soy Aurora, tu bella Aurora. Mira mis brazos descarnados, mis mejillas hundidas, mi garganta plegada. Yo soy la misma que te embriagaba hace un instante con las miradas de mis ojos yertos, con el fuego de mis labios helados. ¡Ah, cruel! ¡Ya no me adoras! Ven, mis brazos te esperan. ¿Por qué vacilas? Estamos en los primeros instantes de nuestra boda. Yo soy la juventud y la belleza que apetecías, el delirio que soñabas.... ¿Qué más quieres? Ven; soy tu esposa, y te juro fidelidad eterna. Nadie po-

drá ya separarnos. ¿Qué ves en mí? Ruinas de una juventud pasada, escombros de una belleza disipada. Me creías joven y hermosa; pues bien: lo he sido. ¿Qué más quieres?...

Martín veía y oía todo esto como al través de un velo espantoso. La luz de la lámpara estampaba en sus pupilas todos los detalles del horrible fantasma. Lo que oía retumbaba en sus oídos, lo que veía espantaba sus ojos. Creía que le hablaba un sepulcro, y que era la muerte la que tenía en su presencia.

Aurora tendió los brazos para estrecharlo contra su corazón, y él dió un salto, retrocedió, y huyendo despavorido, fué á refugiarse en su cuarto.

Sobre la mesa encontró un pliego; lo abrió sin saber lo que hacía, y encontró dentro del sobre la partida de su matrimonio. Apretó los puños, rechinó los dientes, y llenó el aire de maldiciones.

Estaba casado. ¡Oh, burla del infierno! ¡Con quién! ¡Ah! Con un abismo de astucia, irrisión de la juventud, escarnio de la belleza.

El cuaderno de las apuntaciones desastrosas se hallaba abierto sobre la mesa; se arrojó á él, y escribió con furia:

«Martes, día maldito, día horroroso, día aciago.»



EL SALUDADOR



EL SALUDADOR

I.

No podemos negar que la ciencia consagrada á combatir las dolencias que afligen al género humano, hace prodigios; porque, sea como quiera, de un siglo á esta parte se han multiplicado los medios de contener esa propensión antigua del hombre á las enfermedades y á la muerte.

Sí; es indudable que se han arrancado á la naturaleza sus más ocultos secretos, que hemos invadido el laboratorio donde prepara las sustancias privilegiadas, apoderándonos de la misteriosa virtud de los específicos. La química ha llevado sus indagadores análisis á las más recónditas combinaciones de los cuerpos, y componiendo y descomponiendo, ha adquirido tal re-

pectorio de medicamentos, que la suma total de ellos excede en gran cantidad al número de enfermedades que cabe en nuestra frágil naturaleza.

En medio de este cúmulo de medicinas, se advierte cierto movimiento hacia la simplicidad de los recursos médicos, y he aquí un sabio que condensa en el alcanfor la substancia, digámoslo así, de todas las virtudes medicinales conocidas en el recetario de la naturaleza; otros, no menos sabios, fundan el sistema hidropático, en razón á que han encontrado en el agua el secreto maravilloso de la salud perpetua.

¿Por qué la simple combinación de los elementos químicos que forman el alcanfor ó que componen el agua, há de obtener el privilegio exclusivo de curar todas las dolencias? No es justo; y en nombre de la justicia, que proscribire los monopolios, unos por aquí, otros por allí, escudriñan los rincones del mundo físico, buscando en las singularidades de la materia, ya en líquido, ya en polvo, ya en pasta, el medicamento exclusivo, único, que asegure la completa salud del hombre sobre la tierra.

Y entretanto la homeopatía, anunciada ya en las fábulas mitológicas por la lanza de Aquiles, que poseía el don de curar las mismas heridas que causaba, ilumina los horizontes de la ciencia médica, con la luz de un sistema cuyo prin-

cipio fundamental, traducido al lenguaje común que todos hablamos, está reducido á estos términos: un clavo saca otro clavo.

Aquí no se trata ya solamente de la virtud de las substancias, sino de la eficacia de las cantidades: un grano de polvo del medicamento diluido en medio vaso de agua, contiene el remedio de las más tercas enfermedades. Es el poder medicinal del átomo penetrando en los secretos de la dolencia y destruyendo sus alevosos planes. Ante semejante prodigio, atestiguado por numerosos éxitos, el enfermo se encuentra dispensado por un favor especialísimo de la molestia de medicarse, porque, mírese bien el caso, y se verá que la aplicación de esas cantidades, digámoslo así, abstractas, constituye el método más ideal de la ciencia, y viene á ser lo que me atrevo á llamar la ilusión del medicamento.

El punto matemático, permítaseme explicarme de este modo, es completamente imaginario; pero el punto engendra la línea, que es también ilusoria, y la línea engendra á su vez las figuras geométricas; á ella le debemos el círculo, el cuadrado y el triángulo; suprimid ese punto que no existe, y adiós geometría, y aun puedo añadir adiós universo, porque le faltaría á la tierra el eje sobre que gira, los cuerpos celestes no tendrían con qué trazar el curso de sus órbitas, y la astronomía, que sondea los

cielos y espía el movimiento de los planetas, se encontraría de la noche á la mañana sin la red de círculos en que tiene cogido al espacio.

Pues bien : lo que el punto matemático es en la geometría, el glóbulo homeopático lo es en la medicina. Suprimid ese soplo de medicamento, esa idea de arsénico, de quina, de acónito, y adiós curaciones maravillosas, convalecencias estupendas, adiós salud del género humano.

Es, pues, evidente que se multiplican á nuestro alrededor las substancias medicinales, los métodos y los sistemas. Se puede asegurar que llevamos la salud en el bolsillo.

Por lo que hace á la contingencia de romperse una pierna ó quebrarse un brazo á que con tanta frecuencia nos vemos expuestos, la perfección de los instrumentos y la destreza de los profesores nos restituyen bien pronto en el pleno ejercicio de los miembros que consideramos perdidos.

Se dirá que son dolorosas las operaciones. Y bien : ¿para qué hemos inventado el clorofor-
mo? Ante semejante consuelo no hay dolor posible. Basta respirarlo un momento para reirse de la misma muerte. Llega, penetra en el arcano de la vida, recoge con mano invisible toda la sensibilidad que encuentra al paso, y la guarda, no se sabe dónde, pero la guarda, mientras dura la operación; el dolor se embota, y todo pasa como un sueño. El enfermo despierta y

mira á las personas que le rodean, y como si viniera de la calle, pregunta á los circunstantes por el éxito de la cura. ¿Ha sido en su carne, ha sido en sus huesos donde ha penetrado el filo de los instrumentos? ¿Sí? Pues lo ignora.

¿Y qué puede suceder? ¿Que sea preciso separarse para siempre de un brazo que nos abandona, ó enviar á la sepultura una pierna que se muere? Nada importa; la ortopedia hace maravillas de hierro, de cuero y de goma. Construye manos que escriben y pies que andan; manos y pies sin nervios, sin sangre, sin músculos; es decir, manos que no duelen y pies que no se cansan.

¡Oh! ¡Con cuánto abandono podemos entregarnos á las contingencias de la vida, porque, sean las que quieran, no nos ha de faltar un medicamento que nos sane ó un aparato que nos complete!

Es verdad que la muerte no se para ante el poder de tantos adelantos, y, como siempre, sigue eligiendo sus víctimas, como si tal cosa; pero entretanto no hay dolencia que no encuentre al paso diversas medicinas, todas dispuestas á combatirla, y métodos y sistemas distintos que se disputan el honor de salvar al enfermo; y ello es que, sea como quiera, vamos viviendo.

Yo empiezo á persuadirme de que ya no hay enfermedades mortales; quiero decir, que no hay

enfermedad contra la que no se halle remedio eficaz, casi infalible, en las vastas combinaciones de la farmacopea moderna. Los enfermos no dejan por eso de morir como se morían antes, como siempre han muerto; pero hay que contar con el descuido, con el abandono, con una complicación sobrevenida en el momento crítico, con haberse equivocado la enfermedad ó la medicina, la intensidad del mal ó la cantidad del medicamento; con la irregularidad de los síntomas; en fin, con que el remedio puede llegar tarde.

Cualquiera de estos accidentes destruye la eficacia de los remedios heroicos; mas semejantes contingencias no les quitan el valor de la virtud medicinal que contienen. Es al mismo tiempo el triunfo de la ciencia y el triunfo de la muerte.

Hay, sin embargo, un trastorno en el organismo animal, acerca del que no tengo noticia de que la ciencia haya encontrado específico que lo paralice, bálsamo que lo calme, ni tratamiento que lo mitigue.

Es una enfermedad que nos acomete y nos hiere al volver una esquina, al cruzar una calle, al salir de nuestra casa ó al entrar en ella; en nuestro aposento, dormidos ó despiertos, lo mismo en el invierno que en el verano, bajo todos los climas y en todas las latitudes.

Es una enfermedad viva, muda, centelleante, que se lanza, muerde y huye, que infiltra en la sangre, en los músculos y en los huesos el veneno mortal que la anima, y desaparece. Apenas deja un ligero rastro de su paso; la huella con que señala á la víctima se extingue pronto; ninguna señal la determina; ningún síntoma la denuncia. ¡Bah! Todo ello no ha sido nada. Pasa un mes, dos meses, seis meses, y la enfermedad, traidoramente oculta en los escondrijos de la vida, permanece muda, inmóvil, muerta. Mas llega un día en que ya nadie se acuerda de ella, y entonces, cuando no se espera, cuando no se teme, estalla como un incendio, como una borrasca, y ya no hay remedio.

La ciencia la llama *hidrofobia*; el vulgo, *rabia*.

Fuera del cauterio en el momento de la invasión, del cauterio inmediato, pronto, ejecutivo como el rayo, la sabiduría de los hombres no conoce ni medicina que la destruya, ni preservativo que la impida.

No es frecuente, pero es terrible, y hay ocasiones en que se propaga como una epidemia.

¿Y qué importa? Hay un ser fantástico que posee la facultad extraordinaria de encadenarla á su voluntad; este ser maravilloso es el *Saludador*; el don de que dispone es irresistible y la fuerza de su poder incontrastable; es un prodigio.

II.

El mundo culto, que no deja por eso de ser más ó menos frívolo, está enterado de los prodigios que obró en el último siglo el personaje fantástico de *Cagliostro*, que Alejandro Dumas nos cuenta en las *Memorias de un Médico*. El mundo sabio conoce los diabólicos experimentos de *Mesmer*, las visiones de *Du-Polet* y los muebles golpeantes de *Fox*. Piensen lo que quieran de estas maravillas, ello es que la *cubeta* del primero, el *espejo* del segundo, las *mesas* del tercero y los fenómenos inexplicables del árbol de *Phységur*, aparecen ante sus ojos envueltos en un velo que la ciencia humana no acierta á descerrar. Por lo que hace al vulgo de las ciudades, sabe que hay mesas que hablan, plumas que escriben solas, y muy alejado debe estar de las corrientes de la vida moderna el que no haya oído hablar de *Horne*, y no tenga conocimiento de algún *medium* más ó menos portentoso, por cuyo conducto se comunique el mundo visible con el mundo invisible, los vivos con los muertos, los hombres con los espíritus.

La magia del *espiritismo* no es ciertamente una novedad ni entre la gente culta, ni entre la gente

sabia, ni entre el vulgo que llena las grandes poblaciones. Superstición abominable sin duda, que hace sonreír á ciertos entendimientos ilustrados, que ha llenado de confusiones á la ciencia de la razón independiente, y que, extendiéndose más de lo que se cree y de lo que se advierte, tiene turbada la conciencia del vulgo.

Cagliostro, Mesmer, Fox, Du-Potet....: he ahí cuatro seres extraordinarios que han adquirido, no se sabe cómo, el don de trastornar el orden de la naturaleza. Mas no es en esas altas regiones de la nebulosa sabiduría en que respira la nigromancia contemporánea, donde voy á buscar los pasmosos sortilegios de los *Saludadores*.

Hay que huir de las ciudades, donde los sucesores de *Cagliostro*, de *Mesmer*, de *Fox* y de *Horne* ejercen sus prestigios, celebran sus conciliábulos y extienden la red de sus evocaciones. El *Saludador* habita en las campiñas, vive al pie de las montañas, en los valles ó en los bosques; su casa es una choza. No lleva en la mano la varilla mágica de los conjuros, sino un soberbio garrote, arrancado de una encina ó de un almendro.

Su vestido no anuncia el poder maravilloso de que dispone; viste como cualquiera de los mortales que habitan en su comarca; sus palabras no son sibilíticas, ni tiene su voz el acento sepulcral de los oráculos.

Su aspecto es rudo, sus manos toscas, su sonrisa es sencilla y sus miradas son indiferentes. No busquéis entre sus cejas la línea profunda de las hondas reflexiones, ni esperéis sorprender en su frente las huellas de los pensamientos extraordinarios. Carece de todo rasgo que descubra en él la intuición sibilítica del adivino ni la presciencia diabólica del mago.

Es un hombre, simplemente un hombre, como se crían en los campos sobre la dureza de la tierra y bajo las inclemencias del cielo, tostado por el sol, curtido por el aire, endurecido á la vez por la naturaleza y por el trabajo.

¿Qué sabe? Nada. Abrir en la tierra el surco que ha de fecundar la simiente; guiar un rebaño por las laderas del monte; sentir el día antes que amanezca, la lluvia antes que el cielo se nuble y la tempestad antes que estalle. He ahí toda su ciencia. Jamás el don de los prodigios se ha ocultado más tenazmente á la admiración de los hombres; porque nada hay en este ser, ignorado por la fama, que lo anuncie ó lo descubra.

Pues bien; este ser que todo lo ignora, que nada pretende, que no distingue más tierra que la tierra que le rodea, ni más cielo que el cielo que lo alumbra; este ser cuyo nombre no traspasa los límites de la comarca en que vive, ignorado en el mundo culto, desconocido de los sabios, y risible á los ojos del vulgo que hor-

miguea en las grandes ciudades, es un *Cagliostro* sin potencia magnética, un *Mesmer* sin cubeta diabólica, un *Du-Polet* sin espejo mágico, un *Fox* sin mesas danzantes, un *Home* sin *medium*.

Aquí la maravilla se nos presenta en una desnudez verdaderamente infantil; ningún aparato teatral la decora, ningún prestigio científico la ennoblece, ningún conjuro sombrío esparce á su alrededor el misterio pavoroso de las cosas sobrenaturales.

El semblante del mago no hace gestos evocadores, ni frunce las cejas, ni arruga la frente, ni tuerce la boca; sus labios no tiemblan, ni sus ojos llamean. Sus manos no trazan en el aire figuras cabalísticas que rompan la resistencia del prodigio y hagan brillar la luz del portentoso.

Su lengua no tiene palabras misteriosas para los oídos invisibles del numen que ha de producir el sortilegio, porque sin duda, familiarizado con él hasta la intimidad más estrecha, se considera dispensado de toda ceremonia.

Su sola presencia basta; parece que el espíritu que se asocia á sus encantos no lo abandona nunca; está donde está él, y va donde él va. Semejante al relámpago, le basta aparecer para iluminar las nubes.

Y no le preguntéis, porque se encogerá de hombros: el secreto de su poder es para él mismo un arcano impenetrable. Ignora en qué con-

siste la fuerza que posee, y no sabe por qué puede disponer de ella. No lo sabe, ni pretende saberlo.

—¿Para qué? Se contenta con el fenómeno que él mismo produce, y no se mete en más honduras.

—¿Cómo se llama ese don extraordinario?— me preguntaréis.

—Casi no tiene nombre, —os contestaré.

—¿Es magia?

—No.

—¿Nigromancia?

—Tampoco.

—¿Magnetismo?

—¡Ca!

—¿Espiritismo?

—Menos.

En realidad, todos esos nombres encierran una misma abominación.

El poder del *Saludador* no presenta apariencia alguna de ser un poder diabólico.

Entre las gentes sencillas con quienes vive en continua comunicación, no causa espanto su presencia, ni terror sus miradas, ni pavor sus palabras.

—¿Quién es ese hombre?—les preguntaréis.

Y os contestarán sencillamente:

—¡Bah! Ese es el *Saludador*.

—¿*Saludador!* (replicaréis.) Bueno; pero ¿qué quiere decir *Saludador*?

Vuestra ignorancia les causará asombro, y exclamarán al punto:

—¡Toma! *Saludador* quiere decir.... que *tiene gracia*.

La gracia de este hombre es verdaderamente extraordinaria. Mesmer hacía retorcerse á sus enfermos en deliciosas contorsiones encadenados alrededor de la *cubeta*. Du-Potet hacía ver en su espejo mágico diabólicas visiones. Fox hacía danzar los muebles al capricho de su voluntad, y Home ha hecho que los espíritus hablen por el lápiz del *medium*. El éxtasis magnético hace ver al somnábulo á largas distancias, al través de cuerpos opacos. Esta nigromancia medio científica, medio mística, medio terrible y burlesca á la vez, ha realizado las más espantosas diabluras. Pues bien: el *Saludador* hace más todavía. Imaginaos que detiene el rayo en medio de las nubes y el trueno en medio de los aires, que suspende el torrente que se precipita, y apaga el incendio que ruge, con sola su presencia.

Eso hace, porque eso es lo mismo que detener el furor convulsivo de un animal ó de un hombre herido por el puñal de la hidrofobia. Hace más: desvanece el veneno de la rabia, si el enfermo acude á él antes que estallen los horrores de la enfermedad.

Tal es el *Saludador*; tal es su *gracia*.

III.

Todavía conserva la sierra de España, en la provincia de Murcia, algunos pinares que las devastaciones por que vamos pasando, han tenido el capricho de respetar hasta ahora, y se encuentran en ella anchas fajas de monte, donde se alberga alguna caza, si no abundante, á lo menos la necesaria para pasar algunos días entre aquellas breñas, so pretexto de los conejos, de las liebres ó de las perdices, cuyo único delito consiste en lo sabroso de sus carnes: crimen imperdonable á los ojos de los hombres.

Hace pocos años formé parte de una partida de caza, y calzado con polainas de cuero, pendiente del hombro el morral indispensable y á la mano la escopeta de dos cañones, no sé de qué sistema, tomé con mis compañeros el camino de la sierra, con el aire triunfante del que va á tiro hecho, ni más ni menos que iría Alejandro á la conquista del Asia y Napoleón á Egipto.

Nosotros íbamos contra las perdices, decididos á no dejar una con vida. Estaban ya elegidos por ojos experimentados los sitios donde debían hacerse *los puestos*, porque era la ocasión oportuna de la traidora caza del reclamo. Con-

tábamos las víctimas como si las tuviéramos ya en la mano, y cada cual se apropiaba un número considerable de pájaros muertos. Si en vez de perdices hubiesen sido bueyes, podría yo decir aquí que íbamos dispuestos á una verdadera hecatombe.

Ya se ve: la precisión de las armas, la seguridad de la puntería, la emboscada del *puesto* y la traición del reclamo, nos aseguraban un éxito superior á nuestras esperanzas; no había más que esconderse y esperar; la víctima, atraída por el canto traidor, vendría á colocarse en la boca de la escopeta, y entonces todo quedaba reducido á doblar el dedo, y los perdigones se encargarian de acabar con las perdices. ¡Oh, qué gloria!

Muy bien; pero es el caso que estos escarbadores de medias rojas y tocas negras suelen tener también su Providencia, y he aquí que nos hizo un tiempo horroroso: nevó y llovió; hubo truenos que se entretenían en rodar por los derrumbaderos de la sierra, y relámpagos que iban y venían, divirtiéndose en tejer sobre las nubes una red de fuego. Era una locura pretender sacar las narices más allá de las cuatro paredes del cortijo; en una palabra: se nos aguó la fiesta.

Mis compañeros se daban á todos los diablos, desesperados de aquella barbaridad del tiempo, y pasaban el día buscando en el horizonte un

rayo de esperanza, y la noche durmiendo como unos descosidos, confiando en que á la mañana siguiente sería otro día; y así era, pero otro día encapotado, ceñudo, lo mismo que los anteriores.

Yo, por mi parte, miraba las cosas con más filosofía, y me resignaba buenamente á dejar vivas todas las perdices que antes me había adjudicado muertas. No me irritaba aquel furor de matar perdices de que se hallaban poseídos mis compañeros, sobre todo cuando las oían cantar á lo lejos entre la espesura del monte y bajo la sombra del nublado.

¡Pobres pájaros! Parecía que celebraban su fortuna, y yo me unía también á sus cantos, burlándome de la desesperación de mis compañeros. Esto no quiere decir que no me gusten las perdices; al contrario, las prefiero al faisán, y, una vez muertas, las como indistintamente escabechadas ó en *salmy*: me da lo mismo.

Mientras mis compañeros dormían, yo pasaba las primeras horas de la noche junto al hogar. Allí, alrededor del fuego, se reunían algunas gentes de los cortijos vecinos, que hablaban de muchas cosas, mejor dicho, de todo menos de lo que se habla en los cafés, en los casinos, en los clubs y en los Parlamentos, que es donde más se charla. Me parecía que me encontraba en otro mundo, ó á lo menos en otro pueblo, y respiraba á mis anchas. Me creía muy lejos de

la España en que actualmente vivimos, y la miraba con dolor y con lástima desde el ahumado rincón de aquella cocina.

He aquí ahora lo que oí contar una noche debajo de la campana de la chimenea, al amor de la lumbre, mientras el viento silbaba y la lluvia caía.

Tratándose de mozas garridas, la hija del tío Blas, el de la Casa-honda, era la que rayaba más alto. Aunque á regañadientes, las otras mozas de aquellos contornos tenían que confesarlo: eso sí, cada una la ponía su pero; mas ella resultaba siempre fresca y apetitosa como una manzana. Su cara de risa daba á entender que estaba muy en el secreto de su hermosura, y cierto entornar de los ojos, que eran negros como la noche, daban á entender que ella no se peinaba para cualquiera. Por lo demás, su talle se cimbreaba como una palma, y había en su aire algo de contoneo, algo que quería decir: «Aquí no hay quien me tosa».

Fuera de esto, bien disculpable á los diez y nueve años, no tenía desperdicio; nunca ponía en boca los defectos de las otras; se contentaba con ser ella la primera, y no se metía en averiguar cuál era la última. En cuanto á hacendosa, se las apostaba con la más pintada; y limpia, ¡quite V. allá!: se podían comer sopas en sus manos, porque era más limpia que los

chorros del agua. Pues cantar...., cantaba como una calandria, y bailando, no había ojos para verla.

Y no paraba aquí la cosa, porque de lo alto de un cerro bajaba dando tumbos un arroyo, dejándose caer, como quien no quiere la cosa, en las mismas barbas de la Casa-honda, y allí el tío Blas, que las cogía al vuelo, tira de aquí y tira de allí, hizo un molino, que, aunque no tenía más que una piedra, en buenas manos estaba el pandero.

Dígase ahora si los mozos de la comarca no beberían los vientos por la maquila de la molinera; pero daban en piedra, porque ella no entregaba la carta, y uno hoy, y otro mañana, todos salían con las manos en la cabeza. ¡Tomal Como que plantaba cada calabaza que cantaba el credo.

El tío Blas se reía que se las pelaba, viendo á los mozos como almas en pena, y siempre que les echaba la vista encima, les decía:

—¡Ea, muchachos; á ella!

Pero á la tía Martina se la llevaba Barrabás con las cosas de su marido, y le reconvenía, diciéndole:

—Blas, no te metas tú en eso.

—Así quiere (refunfuñaba el tío Blas). La piedra que no se pica, no muele.

—Eso es harina de otro costal (le replicaba la

mujer). Deja que la nieve se haga agua, y andará el molino; que no nos corren moros, ni la muchacha está de más en la casa.

Entre los mozos que más asediaban á la hija del molinero, uno se mostraba más empeñado que los demás en salirse con la suya.

Encontróla una tarde bajo el emparrado del molino, y acercándose á ella, le dijo:

—Lucía, ¿se pueden comer esas uvas?

—No, Cristóbal, —le contestó ella.

—¿Por qué?

—Porque están muy verdes.

Cristóbal empezó á escarbar la tierra con el extremo de su garrote; luego se apoyó en él con las dos manos, y mirando á la molinera con cara de pocos amigos, se alejó, diciéndola:

—Adiós, Lucía.

—Adiós, Cristóbal, — le contestó la hija del molinero.

De un salto se puso en la orilla opuesta del cauce por donde huía el agua del molino, y se fué, descendiendo por las sinuosidades del barranco. Lucía lo siguió con los ojos sin saber por qué, y le vió disminuirse poco á poco, como si poco á poco se lo fuese tragando la tierra, hasta que al fin le perdió de vista. Levantó los ojos distraídos, y, de pronto, iluminado por los rayos del sol que se ponía, lo vió aparecer sobre el vago perfil de la colina, como una som-

bra gigantesca que iba creciendo hasta confundirse con las nubes del horizonte, y cuyos brazos inmensos se tendían hacia ella terribles y amenazadores, que se levantaban como si quisieran confundirla.

Esta visión fantástica duró un momento, porque una nube apagó los últimos rayos del sol, y el paisaje se desvaneció en la obscuridad de la noche, que se venía encima.

Lucía se entró en su casa cabizbaja y pensativa.

IV.

A Lucía no le pasaba Cristóbal de los dientes adentro; la pesadez con que la perseguía se le había puesto por montera. ¡Qué posma! ¡Siempre lo mismo! Vamos, era un hombre que lo tenía montado en las narices. ¿No le había dicho mil veces que no? Pues entonces, ¿á qué tanto dale que dale? Los otros pobres al fin echaron sus cuentas, y dieron en buscarse la vida por otra parte, repartiéndose las mozas de la comarca como pan bendito, que, quieras que no quieras, los recibieron con los brazos abiertos. Pero Cristóbal, sí, ni por esas; no dejaba la ida por la venida, siempre la sogá tras del cal-

dero; era la sombra de la molinera. ¿Y para qué? Para nada; porque lo que es á ella, se le representaba el demonio cuantas veces lo veía, y si no se daba por entendida, ello es que la procesión iba por dentro.

Lo mismo era ver á Cristóbal, que se le caían los palos del sombrero y el mundo se le venía encima, porque el mozo ponía una cara que daba miedo, y miraba con unos ojos que ni los de un basilisco, y á Lucía se le helaba la risa en los labios y se le hacía la masa vinagre. La presencia de Cristóbal apagaba la alegría de la molinera, lo mismo que el agua apaga el fuego y la noche apaga al día.

¿Era algún monstruo? ¿Era tuerto ó manco, cojo ó jorobado? Ni pensarlo; pasaba por un guapo mozo, y la menos puesta en casarse se daría con un canto en el pecho por llevarlo á la iglesia. Entonces, ¿por qué Lucía le daba con la puerta en las narices? Pues... porque decía que no le entraba por el ojo derecho, y vaya V. á quitarle á una mujer de la cabeza lo que una vez se le pone en el moño.

Las lenguas andaban sueltas y las palabras se enredaban como cerezas, siendo los desdenes de la molinera el platillo de las conversaciones, en las que cada uno soltaba su chilindrina.

—Sí; ahora no le peta ninguno, y luego tendrá que cargar con lo que quede.

—No; es que va para la Iglesia.

—Tampoco; la cosa es que espera la venida de los Reyes Magos, para quedarse con uno.

Así se explicaban ellos; ellas se daban de ojo para clavar los dientes en Cristóbal, y lo ponían de ropa de Pascua.

—¡Mire V. qué alma de cántaro!

—¡Vamos! Tiene la cabeza más dura que un novillo.

—Pues, ¡como si no hubiese en el mundo más mujer que Lucía!

Ello es que se hacían cruces, sin saber á qué santo colgarle el milagro. ¿Estaba Lucía de non en el mundo? ¿Qué mujer á los diez y nueve años no ha encontrado ya alguna media naranja?

Había un mozo que vivía lejos, en lo alto de la sierra, en medio de los pinares del monte, gran cazador, que se pasaba los días siguiendo el rastro de los lobos que acechan los descuidos de los pastores y arrebatan las reses de los rebaños; no se hallaba perro que lo siguiera ni lobo que lo esperara; trepaba mejor que una cabra, y metía una bala por el ojo de una aguja. Con el ala del sombrero echada sobre la frente, con sus polainas de vaqueta, apoyado en el cañón de la carabina, su compañera inseparable, bien pudiera guiñarle el ojo á la más arisca, sin que ella saliera por los cerros de Úbeda. Pero gastaba pocas palabras, no pensaba más que en los

acechos, las trampas y los lazos, y rara vez bajaba á la cortijada de la Casa-honda. Se llamaba Salvador el de la Casa-alta.

Bajaba alguna vez á llevar trigo al molino, trigo que la piedra convertía en harina en menos que se dice, y hecho esto se volvía á sus pinares por el mismo camino que había traído. En la comarca todo el mundo lo conocía por su escopeta y por su padre: su padre era *Saludador* que hacía maravillas.

Al hijo no le gustaba gastar la pólvora en salvas, y nunca le había dicho á Lucía buenos ojos tienes. Se creía que ni siquiera había reparado en ella. Mas á ella le hacía muchas cosquillas que aquel mozo como un roble, más derecho que un pino, estuviera ciego para verla y mudo para hablarla. No se le cocía el pan, y siempre que el cazador bajaba á la Casa-honda, la lengua de la molinera parecía una tarabilla y su cuerpo daba más vueltas que la piedra del molino. Al fin el cazador, espanto de los lobos, tuvo que caer en la cuenta de que Lucía no era carga de paja, y como el hombre tenía también su alma en su almarío, se le fué el santo al cielo, se le encandilaron los ojos, y ardió Troya, porque para estos casos tenía ella en la cara dos soles que hablaban solos.

Esto no lo entendía la tierra; el cazador bajaba de vez en cuando con su costal de trigo; el

agua corría, la piedra rodaba, y á medias palabras y á medias miradas, se iban entendiendo, metiéndose cada vez más en harina, sin que nadie pudiera decir que había moros en la costa.

¿Cómo sospechar que el hijo del *Saludador* era el ojo derecho de la molinera? ¡Bah! Ni al demonio le hubiera ocurrido semejante cosa: pero donde menos se piensa salta la liebre, y mientras la gente de la cortijada dormía á puer-na suelta, sólo Dios sabe lo que pasaba por los alrededores del molino en las noches sin luna, cuando la obscuridad se extiende por la tierra como una mortaja. Entonces solía vagar por los contornos del molino un fantasma más negro que la noche, que se escurría por las paredes sin poner los pies en el suelo; y unas veces parecía que se lo tragaba la tierra, y otras veces que se perdía en el aire.

Un oído, abierto de par en par, habría distinguido entre el murmullo del agua que caía en el cubo, cierto cuchicheo, ni más ni menos que si el aire estuviera de conversación con los álamos que daban sombra á la casa.

Una noche abrió Lucía la ventana de su cuarto que daba á espaldas del molino. Al pronto se quedó á obscuras, como si le hubieran puesto una venda en los ojos; después se le fué aclarando la vista, y entre si quiero ó no quiero, vió blanquear la pared, detrás de la que zumba-

ba la piedra lo mismo que un terremoto. Luego vió más; vió el fantasma, que se fué acercando hasta llegar á la ventana, y, en vez de huir, se quedó. El fantasma, con voz de muerto, murmuró:

— ¡Lucía!

Ella contestó:

— ¡Qué!

— ¿Me esperabas?—le preguntó la sombra.

— Sí (dijo Lucía): pero vete.

— ¿Ya?

— Ya.

— ¿Qué tienes?

— Miedo.

— ¿Por qué?

— Por ti.

La sombra se desprendió de la ventana, y el aire se la fué llevando poco á poco, lo mismo que se lleva el humo.

Á los pocos instantes vió Lucía aparecer otro fantasma que se deslizaba á lo largo de la pared del molino, y tuvo que llevarse las manos á la boca y apretarse los labios para no dar un grito. El corazón se le salía del pecho y le temblaban las piernas como si fueran de azogue. Pasó el fantasma á tres pasos de la ventana, siguiendo las huellas del otro fantasma. Se deslizaba encorvado; no se le distinguía figura humana: ya parecía que se arrastraba como una culebra, ya

que se levantaba en el aire como una nube; sacudía los brazos, lo mismo que las águilas sacuden las alas, y Lucía vió relumbrar sus ojos como dos brasas.

Todo esto fué un abrir y cerrar de ojos; la sombra pasó; pero Lucía aún seguía viéndola, sin atreverse á respirar ni á moverse.

De pronto se oyó un grito lejano, semejante al aullido de un lobo, y casi al mismo tiempo sonó un tiro.

Lucía cruzó las manos, las apretó contra los labios, y cayó de rodillas delante de la ventana, medio muerta.

V.

El emparrado que se extendía de la Casa-honda al molino del tío Blas, venía á ser para aquella pequeña aldea lo que es la Puerta del Sol para Madrid, porque el molinero, que cortaba un pelo en el aire, había puesto bajo la sombra del emparrado una mesa de pino, sobre la que brillaba un *porrón* de aguardiente capaz de resucitar á un muerto; y los golosos acudían allí como á la miel las moscas, de manera que la *Puerta del Sol* de la cortijada tenía también su café Imperial. No era esto sólo, sino que, además,

los días de fiesta se colgaba el *porrón* de un vástago de la parra, lo mismo que se cuelga el hijo al cuello de su madre; se tendía una manta sobre la mesa, que cojeaba por más señas, y el tío Blas y tres amigotes se pasaban la tarde jugando al *truco*. Alrededor de la mesa se juntaban los aficionados, y se le contaban los pelos al diablo: el café se convertía en casino.

Todo lo que ocurría en dos leguas á la redonda se sabía allí antes que en ninguna parte; y por un *quítame* allá esas pajas, se le cortaba un sayo al lucero del alba.

Lucía se pasó la noche sin pegar los ojos, teniendo siempre delante el fantasma que vió deslizarse como una araña enorme por la pared del molino. Al clarear el día, aún tenía en los oídos el aullido del lobo y el estampido que sonó al mismo tiempo. Abrió la ventana, y la luz que coloreaba el cielo no ahuyentó las visiones que daban vueltas en su cabeza; al contrario: se las ponía más presentes.

Esperó que acabara de amanecer, y cuando oyó hablar bajo el emparrado del molino, se hizo toda oídos para no perder palabra: con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos más tristes que la noche, parecía una *Dolorosa*.

Los que hablaban debajo del emparrado eran los más madrugadores que iban á sus tareas; y, atraídos por el *porrón* del aguardiente, se habían

acercado á *tomar la mañana*; se daban los buenos días, se relamían los labios, y se iban respirando fuerte.

Lucía salió á la calle; y mira por aquí, mira por allí, echó á correr barranco arriba, más amarilla que la cera. Ya estaba el sol bien alto cuando volvió al molino.

—¿De dónde vienes?—le preguntó su padre.

—De allá arriba,—le contestó.

—Pues, mira (dijo el tío Blas), por acá abajo estamos todavía en ayunas.

Se le había olvidado que su padre tenía la costumbre de almorzar por las mañanas.

Calló Lucía, y preparó el almuerzo; pero ¡qué almuerzo! No había cristiano que pudiera hincarle el diente, y el tío Blas lo tenía bueno.

—Se te olvidó la sal,—refunfuñó la tía Martina.

—¡La sal! (exclamó su marido). Lo que me parece á mí que se dejó en el tintero, fué la lumbré. Esto está crudo. Pero bien: echa vino.

Lucía inclinó el cuello de la bota sobre un vaso de vidrio; pero el vino, en vez de caer en el vaso, caía en el suelo.

—¡Muchacha!—le gritó el molinero.

Entonces el cuello de la bota le dió al vaso, y el vaso, que estaba en el borde de la mesa, cayó sobre una piedra.

—Hoy (le dijo su padre) tienes el demonio en

el cuerpo. ¿Qué mala hierba has pisado esta mañana?

—Blas (le replicó su mujer), no te metas tú en eso.

El tío Blas se calló el pico, porque tenía la bota en los labios y los ojos en el techo.

Á Lucía se le subió toda la sangre á la cara, se levantó de la mesa, y se fué á la puerta, limpiándose los ojos con la punta del delantal. En esto vió que Cristóbal se encaminaba hacia el molino, y respiró con toda su fuerza; cualquiera habría creído que acababa de ver el cielo abierto; pero cuando tuvo cerca la cara de Cristóbal, apretó los dientes por no dar un grito, y cerró los ojos por no verlo.

Cristóbal se acercó á ella, y le dijo:

—Lucía, ¡qué cosas ven los que no duermen!

—¿Qué ven?—exclamó Lucía sin abrir los ojos.

—Ven lo que baja de noche de la Casa-alta á la Casa-honda.

—¿Y qué?—preguntó.

—¿Qué?... Que di con el rastro. El lobo olfateó la presa; y cuando los lobos aullan, es que tienen hambre.

La hija del molinero clavó en Cristóbal los ojos, repitiendo:

—¡Hambre!

—Sí (añadió él). Hambre que devora hasta las entrañas.

Era cosa de ver la cara que puso al decir esas palabras; parecía que el mismo Lucifer hacía visajes en ella; ¡qué ojos! ¡qué boca! No se sabía á ciencia cierta si aquello era cara de hombre ó cara de infierno.

Lucía no había visto nunca al demonio, y se santiguó, creyendo que le tenía delante. Sin poder sacar la voz del cuerpo, le dijo:

—¡Qué has hecho!

—Conocerte (le contestó Cristóbal). Y voy á pagarte en la misma moneda; amor con amor se paga; tú también vas á conocerme.

—¡Qué dices!—exclamó ella.

—Digo que te aborrezco, y que quiero que me aborrezcas.

La molinera, con cara de muerta, cruzó las manos como si quisiera ahuyentar al demonio que la perseguía con aquel puñado de cruces; pero el demonio no hizo más que rechinar los dientes, y echar llamas por los ojos, y decirle:

—Ven; á la espalda del molino te espero.

Y dió media vuelta, y se perdió detrás de la esquina.

Lucía creyó que la empujaban por la espalda, y siguió á Cristóbal, sin saber lo que se hacía.

Llevaba él la chaqueta sobre el hombro izquierdo, y descubriendo el brazo que ocultaba, se lo puso delante, diciéndole:

—Mira.

La manga de la camisa estaba manchada de sangre.

—¡ Lo has muerto !—gritó Lucía.

—No; aún no (contestó Cristóbal). Esta sangre no es suya.

Y levantando la manga de la camisa hasta el hombro, le enseñó el brazo desnudo, sujeto con un pañuelo por encima del codo, añadiendo:

—Esta es mi sangre. Aulló el lobo, y al oírlo soltó el tiro, y la bala me rozó el brazo. Eso esperaba yo. Antes que pudiera cargar otra vez su escopeta, podía lanzarme sobre él y hñdirle el cuchillo hasta el puño. Pero no quise, porque lo que quiero es que tú lo asesines.

—¡ Yo !—exclamó Lucía.

—Tú; tú has de matarlo; mío será el brazo que le arranque la vida, pero tuya será la sentencia de muerte. Con que le hables, con que le mires, muere; han de asesinarle tus ojos, le ha de clavar el puñal tu lengua. Ahora dile que yo espío tus palabras y acecho tus miradas. Díselo, y me buscará, y lo mataré como el lobo mata á su presa. Mía, jamás; suya, nunca. El perro que rabia, muerde, y el perro rabioso que muerde, mata.

Lucía se tapó la cara con las manos. Lo que acababa de oír no tenía vuelta de hoja. La vida de Salvador estaba en sus manos, porque Cristóbal lo mataría como á un perro. No hay de-

fensa contra el puñal del asesino que aguarda en la sombra y hiere lo mismo en el pecho que en la espalda. Le quedaba un recurso, el recurso de las mujeres, llorar; llorar sin consuelo hasta enternecer el corazón de aquella fiera. Mas ella no sabía llorar sin lágrimas, y sus ojos estaban secos. Tenía además un nudo en la garganta que trababa su lengua: sólo le quedaba una esperanza....; Dios: la divina Justicia y la divina Misericordia. Levantó al cielo la mirada, lo vió sobre su cabeza azul y sereno, y dirigiéndose á la que es el amparo de los hombres, exclamó con todo el fervor de su alma:

— ¡Madre mía!

Y cayó de rodillas.

Cristóbal ya no estaba allí.

VI.

Cuando al tío Blas se le metía una cosa en la cabeza, ya podían predicarle frailes descalzos, pues por un oído le entraba y por otro le salía; era lo mismo que machacar en hierro frío. ¿Dar él su brazo á torcer? ¡Bah! Primero moro. Su mujer, que le conocía el flaco, no solía llevarle el aire; y por si han de ser blancas ó han de ser negras, armaban á lo mejor la de Dios es Cristo.

No digamos por eso que el matrimonio se llevaba como perros y gatos; tenían, sí, sus reyertas, pues los dos se empeñaban en llevar su gato al agua; ninguno cedía; mas nunca llegaba la sangre al río. Después de disputar media hora, el uno dale que dale, y la otra erre que erre, los dos se quedaban en sus trece, y.... nada; nubes de verano. La Casa-honda habría sido una balsa de aceite sin las atasquerías del tío Blas, ó, á lo menos, sin las atasquerías de la tía Martina.

Marido y mujer se hallaban un día solos en el molino y andaban á la greña, diciéndose las verdades del barquero de este modo:

—Te digo, Martina, que el diablo está en Cantillana; algo le hace cosquillas á la muchacha.

—Lo dijo Blas, punto redondo. No hay tales carneros; la muchacha está como la propia rosa, y no tiene nada que le haga cosquillas ni en cien leguas.

—Mujer, dirás que no hay Dios. Lucía no es ni su sombra: yo no tengo telarañas en los ojos, y la veo, con éstos que se ha de comer la tierra, más amarilla que un difunto: ni habla ni parla; parece un alma en pena. Martina, aquí hay duende.

—Blas, no sabes lo que te pescas, porque hablas por boca de ganso. ¿Quieres que tu hija esté siempre como unas castañuelas? ¡Amarilla! ¡Eso es! Tú, con esa cara de remolacha que se

te ha puesto, todo lo ves entre dos luces.... ¡Ay!
¡Si hablara la bota!

—Te sales del tiesto. Deja la bota en paz, y no la lloves en lenguas. ¿Se mete ella contigo? Y escucha, Martina; para que la piedra ande, tires por donde quieras, es preciso que corra el agua.

—¿Y qué tiene que ver el agua con el vino?

—Y dime tú, mujer de mis pecados, ¿qué tiene que ver Lucía con la bota? Lo que yo digo es que anda por aquí alguna mano oculta: lo digo, y firma el rey.

—Como si no firmara nadie.

—Cuando te emperras en una cosa, ni un par de bueyes puede contigo: tijeretas han de ser, aunque te aspen.

—¡Miren quién habló! El hijo de su madre.... ¡Más terco! Sí, sí; cuando él se atasca, no le menca ni un terremoto.

—Te voy á confundir. Mira, mira quién asoma. El tío Blas, desde la puerta del molino, señalaba algo que él veía á lo lejos, añadiendo:

—¡El ruin de Roma! Viene como llovido del cielo.

Sacó la cabeza la tía Martina, y miró hacia donde señalaba el brazo de su marido.

—¡Otra te pego! (dijo.) Yo no veo á nadie más que á Salvador el de la Casa-alta.

—Ese es, ese es el que te va á poner las peras á cuarto.

—¡A mí!—exclamó la molinera, torciendo la boca.

—Á ti; deja que llegue, y verás lo que tarda tu hija en caer por la chimenea; y, si tienes ojos en la cara, tendrás que morderte la lengua, porque, ya te lo he dicho, hay duende.

Púsose la tía Martina las manos en la cintura, preguntándole:

—Mira: Blas, ¿es ese el duende?

—Ese, Martina. No te hagas cruces, que es un mozo como un trinquete; á la muchacha le entró por el ojo derecho, y tendrás que tragarlo, como á mí tuvo que tragarme tu madre, que en paz descanse.

Bastaba que al tío Blas le pareciera Salvador un novio de perlas, para que la tía Martina lo mirara por encima del hombro; y ya iba á cortarle un sayo que ni pintado, cuando Salvador se presentó en la puerta del molino. Entonces se mordió los labios, y empezó á darle á la cabeza, rezando entre dientes; porque, eso sí, la última había de ser siempre la suya.

Salvador fué recibido por el tío Blas con los brazos abiertos, mientras la tía Martina lo quería confundir con los ojos.

—¡Aquí, muchacho! (exclamó el molinero.) Arrima aquí ese costal, que ya lo moleremos. Ahora echa un trago, sin cumplimientos; haz cuenta de que estás en tu casa.

Estas palabras iban á clavarse en los oídos de la tía Martina lo mismo que saetas , y se la llevaban los demonios de oírlas , y estaba á punto de estallar como una bomba.

El tío Blas no hacía más que asomarse á la puerta , y los ojos de Salvador no sabían mirar á otra parte ; pero á Lucía se la había tragado la tierra.

Pasó una hora , y el tío Blas no podía disimular su impaciencia. Su mujer le dijo con muchísima sorna :

— Blas , no mires tanto al techo , que no cae nada por la chimenea.

Ahora fué el tío Blas el que se mordió los labios ; y , en vez de contestar á su mujer , sacó la cabeza fuera de la puerta , y soltó un silbido agudo como la punta de un cuchillo. Era la manera que tenía de llamar á su hija.

Dicho y hecho : el silbido llevó á Lucía como de la mano , y entre el tío Blas y la tía Martina se cruzaron dos gestos , que el uno quería decir : « Toma » , y el otro decía claramente : « Nones » .

Entró Lucía en el molino , y vió á Salvador sin mirarlo ; pero á él se le fueron los ojos detrás de Lucía.

— Muchacha , ¿ dónde te metes ? — le preguntó su padre.

— Estaba en la casa , — dijo ella.

Salvador , que se había recostado sobre unos

costales de trigo que esperaban su vez, se levantó, diciendo:

—El cielo barrunta nubes.

Estas palabras iban dirigidas á Lucía, porque el tiempo no podía ser más sereno. Así lo entendió el tío Blas, y se guiñó el ojo, esperando la respuesta de su hija; pero Lucía no despegó los labios.

Entonces anudó la conversación, exclamando:

—¡Nubes, y está el día más claro que un espejo!

—Sí (replicó Salvador); pero el tiempo, tío Blas, da muchas vueltas.

Todas las tentativas eran inútiles: Lucía tenía la lengua pegada al paladar, y los ojos clavados en el suelo: estaba muda y ciega. Á Salvador parecía que le había caído una montaña encima; el tío Blas botaba allá en sus adentros como una pelota, y la tía Martina se bañaba en agua rosada.

Junto al techo, y detrás de la piedra, había un agujero redondo, de más de un palmo de diámetro, que servía de respiradero al molino. Por aquel agujero asomaba una cabeza de frente estrecha, cejas borrascosas y ojos saltones, que miraban como si quisieran tragarse al mundo. La boca, entreabierta, descubría unos dientes blancos y agudos como los dientes de las fieras. La nariz se alargaba como el hocico del lobo que

olfatea la presa, y los cabellos, revueltos sobre las sienes, parecían serpientes enroscadas. Aquella cabeza sin cuerpo, si no era la cabeza de Caín, no era cabeza humana: la rodeaba un resplandor rojo, de color de sangre.

Para subir al agujero en que aparecía, tuvo que trepar por las asperezas de la pared. Y, ¡quién sabe! Acaso tenía alas de murciélago: era una cabeza horrorosa.

Nadie había reparado en ella, ó tal vez por arte del demonio sabía hacerse invisible. Sólo Lucía la vió, y sintió el frío de la muerte, y se anudó su lengua y se obscurecieron sus ojos: la estaba viendo al través de los párpados, y no tenía ni voz para gritar ni acción para moverse.

Salvador se volvió á la Casa-alta sin alcanzar de Lucía ni una palabra ni una mirada. El cielo resplandecía con toda la luz del sol; pero el cazador de lobos llevaba en su pensamiento una nube, y no veía más que sombras.

Cuando la tía Martina se encontró á solas con el tío Blas, se acercó á él, y le puso la mano en el hombro, preguntándole:

—Blas, ¿hay duende?

—Sí, Martina (le contestó). Hay duende; lo he dicho, y primero faltará el sol á su carrera.

Diciendo esto, descolgó la bota, se echó un trago, y le volvió la espalda á su mujer. Estaba furioso.

VII.

Cerca de la cortijada se conservaba una ermita desde tiempos muy antiguos, que, oculta entre las asperezas de la tierra, se había salvado hasta entonces de la furia desencadenada en 1834 contra todo lo que olía á templo. Tal vez le habría servido de escudo su pobreza, porque todos los bienes de este humilde santuario estaban reducidos á las cuatro paredes de la iglesia, á una casa que se apoyaba en la ermita para no caerse, y á cuatro varas de terreno, que componían á la vez la huerta y el jardín de la casa.

No era este capital para echar muchas roncacas, y, claro está, el culto se mantenía de limosna; de pura limosna. No se encerraban en la ermita cuadros preciosos, ni ricos ornamentos, ni vasos sagrados de oro ó de plata, ni piedras labradas, ni maderas abundantes, ni siquiera el bronce de las campanas, pues sólo había una, sostenida por dos postes sobre la pobre fachada de la iglesia, y era tan pequeña, que su voz resonaba en aquellas soledades como la voz de un niño. La codicia, pues, no tenía nada que sacar de allí, y la impiedad pasó de largo sin mirarla.

En la época de los sucesos que voy contando, se hallaba servida la ermita por un sacerdote anciano, fraile de la Orden de San Francisco, que pudo escapar al degüello de 1834, año dos veces memorable, en que conocimos por primera vez la revolución y el cólera: las dos grandes epidemias de nuestro siglo.

El P. Ambrosio se salvó de la matanza de que fué en Madrid principal teatro San Francisco el Grande. Aquel sangriento crimen le valió al Estado todos los bienes que poseían las comunidades religiosas. Las primeras manos se empaparon en sangre; las que iban detrás se llenaron de oro. El orden fué éste: primero, el asesinato; después, el saqueo; saqueo y asesinato que aun continúan.

Huyendo de los asesinos, á pie, hambriento y descalzo, llegó el P. Ambrosio á la cortijada de la Casa-honda, y encontró albergue en la ermita. Era venerable, y pronto fué venerado.

Lucía salió de su casa una mañana en que apenas clareaba el alba, con el manto echado sobre la cara. Llevaba en las manos un rosario traído de Jerusalén, cuyas cuentas eran huesos de aceitunas del Huerto de las Olivas, donde el divino Maestro sudó sangre.

Iba sola, con los ojos fijos en la tierra que sus pies pisaban, y la parte del rostro que dejaba ver el manto descubría la palidez de la muerte;

parecía una difunta que la muerte había embe-
llecido.

Dejó á su espalda el molino, y tomó una senda que, serpenteando por la falda de la colina, se escondía bajo la sombra de unos nogales tan viejos como la tierra en que hundían sus raíces. Más allá de los nogales se distinguía otro grupo de árboles, sobre los que asomaba una cruz, debajo de la que reposaba una campana. Este camino tomó Lucía, y detrás de ella, como la sombra que sigue al cuerpo, ocultándose bajo los matorrales, perdiéndose en las desigualdades del terreno, iba una ráfaga de obscuridad, que, ya se detenía, como si se enredara en el ramaje de las higueras silvestres que encontraba al paso, ya se adelantaba hasta colocarse detrás de Lucía, confundándose con su sombra. Otras veces, y aprovechando las curvas del camino, dejaba el sendero y se perdía entre las malezas.

La molinera, absorta en sus pensamientos, continuaba su marcha hacia la ermita, sin advertir que en las encrucijadas de la senda, por detrás de los lentiscos, le salían al encuentro dos ojos que brillaban en la obscuridad con esa luz amarilla con que miran los ojos de los tigres. Ella pasaba envuelta en su manto, con el paso menudo y precipitado de las mujeres que llevan prisa. Luego que se alejaba, la sombra que la

perseguía dejaba su escondrijo, y volvía de nuevo á seguirla.

Llegó al fin á la ermita, y no tuvo que llamar, porque el P. Ambrosio la tenía ya abierta, y entró. Delante del único altar que adornaba la capilla, ardían dos lámparas de cobre, que el esmero del P. Ambrosio las hacía relucir como si fuesen de oro. Todo el retablo del altar consistía en un lienzo que representaba á la Virgen de las Angustias, sentada al pie de la Cruz, teniendo en sus brazos el cuerpo inanimado de su Divino Hijo. Este lienzo debía contar una antigüedad respetable, y no era, ni por el colorido ni por el dibujo, una obra de arte; pero hacía recordar el candor, la dulzura del Angélico. El dolor de la Virgen se comunicaba á los ojos que la miraban, y la cabeza de Jesús, medio velada en el regazo de su Madre, añadía dolor al dolor, misterio al misterio.

El P. Ambrosio encontró este lienzo en el mayor abandono, sucio y manchado. Lo limpió él mismo, y se atrevió á restaurarlo, si no con mano maestra, con mano piadosa, porque la piedad vale más que el arte, porque ella es el verdadero *quid divinum*, el genio que ha inspirado las obras más grandes.

La capilla no tenía otro adorno; sus paredes desnudas atestiguaban su pobreza, pero, en cambio, resplandecían con la blancura del asco,

y bien podía decirse que brillaban como un taza de plata. Toda su arquitectura consistía en cuatro arcos que se unían describiendo un cuadrado, sobre los que se levantaba el techo en forma de bóveda. No sé qué anticuario que pasó por allí, aseguró que en su origen fué una mezquita; mas el P. Ambrosio, que entendía algo de antigüedades, no encontraba en ella vestigio alguno de construcción árabe.

Á los pies del altar se hincó Lucía, doblando la cabeza hasta besar el suelo, y los ojos afligidos de la Reina de los Ángeles se encontraron con los ojos angustiados de la pobre molinera; el dolor divino de la Madre Inmaculada hizo olvidar á Lucía su dolor humano. ¿Qué era su pena ante aquella pena? ¿Qué era su soledad ante la soledad de la Virgen? Iba á pedir consuelo, y lo recibía antes de pedirlo.

Las luces de las lámparas que oscilaban dentro de sus vasos de vidrio, daban movimiento al cuadro; Lucía veía animarse el rostro de la Virgen, sentía en su alma el calor de aquellas miradas celestiales, y vió bajar dos lágrimas por las mejillas de la que nació destinada á ser la Reina de los cielos. La imagen movía los labios; hablaba. ¿Qué le decía? ¿Cómo penetrar el misterio de aquellas palabras sin sonidos?

La capilla se hallaba desierta, la claridad de la mañana entraba dulcemente por una clara-

boya abierta en la bóveda del techo, y un rayo de color de oro iba á caer sobre el rostro de la Virgen, rodeando su cabeza de la aureola de los santos. Lucía se hallaba bajo el influjo de un deslumbramiento que la suspendía en el aire, porque sus rodillas no sentían la dureza de las baldosas en que las tenía clavadas: se creía arrojada sobre una nube que el cuadro atraía hacia sí. El lienzo no era ya á sus ojos la obra de un pincel humano, sino la realidad misteriosa y divina del momento más augusto de la redención del hombre. El fondo del cuadro se alejaba, abriendo debajo de los brazos de la Cruz la profundidad de un horizonte sin término. Asomaban, sumergidas en la obscuridad, las torres de Jerusalén, y vagos resplandores iluminaban la inmensidad del cielo y las crestas de los montes lejanos.

Juntas las manos en la actitud del que ora, se creía transportada á otro mundo, oía armonioso: acordes de instrumentos nunca oídos, y voces de ángeles que cantaban, ocultos á sus ojos en las nubes del horizonte; respiraba una atmósfera suave y perfumada, el aire resplandecía iluminado por una lluvia de oro, y percibía la mística dulzura que exhala el humo del incienso. Más aún: el rostro de la Virgen, en medio de su expresión dolorosa, le sonreía.

Llenos los ojos de esta visión consoladora, se

acercó al único confesonario que había en la capilla: en él estaba el P. Ambrosio.

Entretanto, la sombra que la había seguido daba vueltas alrededor de la ermita, sin atreverse á penetrar en ella; llegaba hasta la puerta, y retrocedía. Era una figura humana que no encontraba reposo en ninguna parte. Quería sentarse, y las piedras donde buscaba asiento lo despedían; se apoyaba en la pared, y la pared lo rechazaba; fué á esconderse bajo las ramas de la encina que daba sombra á la ermita, y el tronco crujió como si fuera á desgajarse. Se alejaba como el que huye, y volvía de nuevo como el que acomete.

Parecía arrastrado por una mano invisible. Iba y venía, dando vueltas como un torbellino.

VIII.

La casa del P. Ambrosio no es más que una celda contigua á la pequeña sacristía de la ermita. Una mesa de pino, un sillón de vaqueta y una cama de tablas, es todo su mueblaje. En la pared se ve un clavo, donde cuelga su sombrero y su manteo: sobre la mesa algunos libros y un crucifijo: no hay otra cosa.

Lucía se hallaba sentada sobre la tarima que

servía de cama, y el P. Ambrosio, de pie, se rascaba la cabeza muy pensativo.

Después de reflexionar mucho tiempo, dijo:

—El demonio anda muy listo, muy listo, y enreda las cosas de un modo que se necesitan estopas y pez para desenredarlas.— ¡Ya se ve! Como que es el demonio, el eterno enemigo del género humano. Pero bien: Dios no se está con los brazos cruzados; aprieta, pero no ahoga. Vamos: es preciso que el demonio no se salga con la suya.

—¿Y qué haremos?—preguntó Lucía.

Volvió á rascarse la cabeza el P. Ambrosio, y repitió la pregunta, exclamando:

—¡Qué haremos! No lo sé; y ello es que hay que hacer algo. ¡Si pudiéramos sacarle á ese loco la idea que el diablo le ha metido en la cabeza! Eso es lo derecho; ¡qué digo!; eso es lo primero.—Sí, lo primero es arrancarlo de las garras del demonio que lo tiene cogido.

—¿Y cómo?—volvió á preguntar Lucía.

—¡Cómo! Esa es la madre del cordero. Vamos á ver; yo puedo....

—¡Qué!

—Sondearlo....

—¡Ay, P. Ambrosio!

—¡Quién sabe, hija mía! Con la ayuda de Dios, otros más descarriados han vuelto al buen camino.

— ¡ Ah! (exclamó.) La vida de Salvador está en nuestras manos. Si llega á sospechar que yo he descubierto su intento, ¿quién podrá detener la furia de su enojo? Y lo sospechará. Me ha seguido hasta aquí, porque me sigue á todas partes. Yo no lo he visto, pero estoy segura de que ha venido. No puedo alzar los ojos sin encontrarme con los suyos.

Y, bajando la voz, añadió:

— Temo que en este instante nos esté oyendo.

Miró el P. Ambrosio por la ventana de su celda que daba al huerto de la casa, registró después la sacristía, y volvió diciendo:

— No, nadie nos oye.

Después siguió, hablando en voz baja:

— Delicadillo es el asunto. ¡ Ya se ve! La fiera está suelta, y hay que ver cómo se coge sin que haga daño. Mas, paciencia; no hemos de matar al sastre en una hora. Ya nos valdremos de nuestras mañas. Dios nos iluminará; pongamos nuestras aflicciones en sus manos, porque nadie como Él sabe consolarlas.

— Yo (añadió Lucía, enjugándose los ojos) estoy resignada.

— Eso es, hija mía (dijo el P. Ambrosio). Tú es preciso que continúes muda y ciega, y deja que Salvador piense de ti lo que se le antoje; déjalo que se martirice á sus solas poniéndote de vuelta y media. ¡ Qué se le ha de hacer!

Juicios humanos. Paciencia; hay que salvar una vida y un alma; la vida de uno y el alma del otro. ¿Cómo? Allá veremos. La Providencia, que vela por todos, no nos ha de dejar á la cuarta pregunta. Fe, hija mía, que allana los montes; Esperanza, que nos alienta en los trabajos, y Caridad, que nos hace amar y compadecer á nuestros enemigos. ¿No sientes en tu corazón la alegría del sacrificio que Dios te impone?

—Sí, P. Ambrosio, sí,—contestó Lucía.

—Pues bien, ánimo: que el Señor bendiga tus palabras y tus pensamientos; que oiga tus oraciones y que acoja tus lágrimas su misericordia. Ahora, á la casa, á esperar lo que nos envíe su justicia en prueba de nuestra constancia ó en castigo de nuestras culpas.

Lucía se puso de pie y besó humildemente la mano del sacerdote que acababa de fortificar su espíritu con tan sencillas palabras. Después salió por la puerta que daba al huerto, tomando el camino de la Casa-honda.

El P. Ambrosio la seguía con los ojos, diciendo:

—Es un corazón hermoso y un alma pura. Esta es la obra de Dios. Yo la he enseñado á rezar, á leer y á amar.

Diciendo esto la vió perderse bajo la sombra de los nogales. Luego se puso la mano sobre los ojos para evitar el deslumbramiento que los rayos del sol producían en ellos, y exclamó de pronto:

— ¡Hola! ¡Ah, pícaro! ¡Es él! Sí, señor; él mismo: no se me despinta desde aquí. Ha salido de los matorrales como un animal dañino. ¡Dios mío! ¡compadeccos de ese alma presa del demonio, desatad la venda que ciega sus ojos, iluminadlo con un rayo de vuestra misericordia!

Al pronunciar esta súplica, se reflejaba en su semblante, dos veces venerable por la virtud y por la edad, la fervorosa tristeza de las almas justas.

Volvióse á su celda, y se sentó en el sillón, y allí meditó mucho tiempo. Después se dijo á sí mismo:

— Esperemos. Los designios de la Providencia son impenetrables y sus medios siempre misteriosos. Se vale de un niño para destruir á un gigante. De la muerte hace brotar la vida. Esperemos.

Tomó el Breviario que tenía encima de la mesa, y empezó el rezo del día. Á poco se vió interrumpido por una voz sonora que gritaba, diciendo:

— ¡P. Ambrosio!... ¡P. Ambrosio!

Dejó el Breviario, y salió en busca de la persona que lo llamaba, y se encontró con un hombre de cincuenta años, duro y firme como una encina, que, apeándose de un salto del mulo en que venía, se acercó, le besó la mano, y le dijo:

— Buenos días, padre Cura; aquí me tiene V.

en cuerpo y alma. ¿No me conoce V.? ¡Voto al chápuro! Yo soy Juan el de la Casa-alta.

—¿El padre de Salvador?—preguntó el Padre Ambrosio.

—¡Ajajá! (contestó el hombre.) El mismo. Aquí vengo á traerle á V. esta cesta de madroños que dicen comedme, porque están las madroñeras que crujen.

Diciendo así, puso en manos del P. Ambrosio la cesta de los madroños. Éste la tomó, diciendo:

—Dios te lo pague.

—Son los primeros que se cogen, señor Cura, y este año es una bendición de madroños la que hay por aquellos montes.

El señor Cura le preguntó:

—¿Conque tú eres el *Salvador*?

—Eso que V. dice, padre Cura. Conmigo no pueden ni los perros rabiosos. *Tengo gracia.*

—¡Válgame Dios! (exclamó el P. Ambrosio.) Bien venido seas. ¿Pero este viaje es sólo á traerme los madroños?

—¡Ca! No, señor; vengo á otra cosa, á otras dos cosas.... Por eso me ha traído el mulo. Hágame V. cuenta que allí, lindero de la casa, á la parte allá del pino grande, tenemos una enferma que se nos va de entre las manos, y, como V. sabe de todo cuanto Dios crió, he dicho: allá me voy por el P. Cura, y si es de

vida la sanará , y si es de muerte , le encomendará el alma, y en un *santiamén* aquí estamos yo y el mulo.

—Bien pensado (dijo el P. Ambrosio). Ahora no debemos perder tiempo.

Dicho y hecho: entró en la celda, tomó el manto , el sombrero y el Breviario , se encaramó en el mulo , y paso entre paso se pusieron en camino.

—Creo (le preguntó el P. Ambrosio) que venías también á otra cosa.

—Sí, señor (contestó el hombre); á otra cosa, y esa es la más negra. Hágase V. cuenta que mi Salvador es una alhaja, más bueno que el pan y más valiente que un león; tiene unos puños que ni de bronce, y donde pone el ojo pone la bala. Pues bien: de la noche á la mañana, sin comérselo ni bebérselo, cátese V. á Periquillo hecho fraile: le han hecho *mal de ojo*.

El P. Ambrosio le interrumpió, exclamando:

—¡Qué dices, hombre! Esas cosas no deben creerse.

—¡Ay, padre Capellán! El demonio es siempre el demonio, y mi hijo está de lo vivo á lo pintado: mira con unos ojos tan tristes, que da lástima; se le escapan unos suspiros que parten el alma, y vaya V. á preguntarle: su boca es una piedra; come por no morirse, y huye de la gente, y se va quedando sin ver de persona.

¿Qué quiere decir cristiano? A mí me tiene sin vida, y á su madre la pueden ahogar con un cabello.

—Eso (le dijo el P. Ambrosio) no es mal de ojo; más bien pudiera llamarse mal de ojos. Si tú fueras un hombre completo, capaz de coserte la boca, con la ayuda de Dios, que todo lo puede, haríamos algo.

—Dígame V. (prorrumpió el de la Casa-alta) que me tire de este barranco abajo, y me verá V. caer de cabeza en menos que canta un gallo.

Guardó silencio el P. Ambrosio, y callados los dos y pensativos, se fueron perdiendo poco á poco en la verde profundidad de los pinares.

IX.

El agua que bajaba despeñada de la cumbre y que hacía rodar la piedra del molino, no se precipitaba furiosa en el cubo, sino que, lamien- do silenciosamente el tablacho que le cerraba el paso, se deslizaba con todo el sosiego del que se pasa la vida mano sobre mano. La piedra, por consiguiente, descansaba inmóvil sobre su asiento, ni más ni menos que una reina en su trono; y, está claro, la taravilla, asombrada de tanto reposo, no acertaba á decir esta boca es

mía. A su vez los costales, repletos unos de trigo y otros de harina, recostados en los rincones, callaban como muertos: ¡ya se ve! Como que tenían las bocas atadas.

Dentro del molino no se oía ni el vuelo de una mosca; todo era en él quietud y silencio: parecía un sepulcro. La vida, el movimiento y el ruido estaban fuera, debajo del emparrado, y allí era ella.

El tío Blas delante de la mesa cubierta con la manta, mano á mano con sus compañeros de *truco*, se hallaba en todo el esplendor de su gloria: le daba el naipe, y hacía cada *flor* que temblaba la tierra. ¡Qué modo de ligar las cartas! Alrededor de la partida se agrupaban los hombres más notables de la cortijada; la aristocracia de la comarca: el tío Merino, que sirvió en caballería y tenía su licencia de soldado raso, un *chirlo* en la cabeza y una cruz de plata en el chaleco; el tío Bocaza, personaje de pocas palabras, que se echaba áuestas un costal de trigo, levantándolo con los dientes; el tío Zurdo, tirador de barra; el tío Roncas, que se las echaba al lucero del alba; el tío Marcos, siempre encogido de hombros; el tío Burdo, saco de chilindrinas; en fin, la flor y nata de aquellos contornos.

El porrón del aguardiente iba y venía como una lanzadera, tejiendo palabras y bordando conversaciones.

Más allá, entre la casa y el molino, se había establecido el salón de baile. Allí, al son de la guitarra y al repiqueteo de las *postizas*, copla va y copla viene, se zarandeaba un ramillete de mozas capaz de resucitar á un muerto. Ginesa, con sus trenzas largas y negras como una noche de invierno; Verónica, con su aire de princesa y su voz de monja; la Paca, que pisa como las pájaras de las nieves y se dobla como un junco; la bizca, que mira de reajo y tuerce también la boca y se ríe de un entierro; Marta, la coja, que canta en la mano; las tres hijas de la tía Changa, que hablan por los codos. Esto es, lo más florido, lo más *comm' il faut* de la cortijada.

Lucían guardapiés listados, en que se mezclaban los vivos colores del arco iris, y pañuelos, ya azules, ya amarillos, de rosa ó de color de púrpura, rameados, con grandes flores, como si cada uno de ellos contuviera toda una primavera.

¿Qué ocurría? ¿Por qué el molino tan mudo y la gente tan alegre? Sucedió pura y simplemente que era domingo.

En Madrid, en que no es el trabajo la pasión dominante, los días de fiesta vienen á ser el fastidio de los que pasan la vida en la vagancia de la opulencia. ¿Qué han de hacer en esas veinticuatro horas mortales? ¡Oh! Aburrirse. Es el día del vulgo que pasa la semana en el taller,

en el escritorio, en las faenas del trabajo; hay que dejarle los paseos, los teatros y hasta las calles. La pereza, tan activa durante la semana, bosteza. ¡Un domingo! ¡Dios mío, qué día de tan mal gusto! Pero allí donde el trabajo es la vida, el descanso es la alegría. Se esperan los domingos como amigos que se ven de tarde en tarde, y se les recibe echando la casa por la ventana.

Las manos que manejaban la guitarra tenían los diablos en los dedos, porque les hacían hablar á las cuerdas; las coplas salían echando chispas, algunas levantaban ampolla, y al repiqueteo de las *postizas* saltaban los pies, ni más ni menos que si la sangre les hiciera cosquillas.

¿Y dónde estaba Lucía? Lucía estaba allí. Pero entendámonos; estaban allí sus ojos magníficos, que no sabían dónde fijarse, su boca llena de gracia, que quería sonreír; allí estaban su cabeza, su talle, toda ella, menos su pensamiento, menos su corazón, que Dios sabe dónde estarían.

En el momento en que el baile era más vivo, la guitarra calló, como si á la vez se le hubieran roto todas las cuerdas; las *postizas* enmudecieron, y las parejas se quedaron sin movimiento. Se habían oído dos detonaciones próximas al lugar de la fiesta, y se oían voces confusas de niños, de mujeres y de hombres que se acerca-

ban. Algunos chicos corrían hacia el molino, gritando:

—¡ Rabia ! ¡ Rabia !

Estas voces sembraron el espanto; las mujeres se ocultaron detrás de los hombres. Antes que pasara la impresión de la sorpresa, apareció, subiendo del valle, un perro enorme, cuyos ojos trémulos chispeaban, lanzando miradas feroces; sus fauces entreabiertas babeaban y descubrían agudos colmillos; temblaba, se estremecía mostrando el lomo erizado; pero de su boca, encendida como el fuego, no se escapaba ni un solo aullido.

—¡ Rabia !—repitieron todos los circunstantes al verlo; y cada cual se preparó á defenderse como pudiera de tan terrible enemigo.

—¡ Una escopeta !—gritaron algunos; pero la escopeta no parecía por ninguna parte.

El perro se detuvo, y paseó la ardiente mirada, buscando la víctima en que había de clavar los dientes envenenados.

Pronto eligió una, y lanzándose á ella con ímpetu furioso, sin que fuera posible impedirlo, le clavó con feroz encono los cuatro colmillos.

Un grito resonó entre los espectadores de esta rápida escena, y el perro retrocedió, dispuesto á defenderse.

En aquel momento se oyó una voz que decía:

—*El Salvador, el Salvador.*

Y así era la verdad, porque el tío Juan el de la Casa-alta bajaba á todo correr por la pendiente del barranco, y sin detenerse arrojó lejos de sí el palo de fresno que llevaba en la mano, y se dirigió á la fiera, tranquilo é indefenso.

La presencia del *Saludador* reanimó los semblantes, como si el peligro hubiese pasado; al terror sucedió la curiosidad, y las mujeres, creyéndose ya seguras, se empeñaron entonces en ocupar la primera fila.

Cruzóse de brazos el *Saludador* delante del perro, á dos pasos de sus ojos inflamados y de sus fauces ensangrentadas, y la fiera se erizó de nuevo, replegándose para hacer más violenta la acometida; pero no se movió: con la mirada fija en el hombre que venía á provocar su rabiosa ira y la cola caída é inmóvil, permaneció como clavada en la tierra; no se advertía en ella más movimiento que el de su respiración abrasada.

Entonces el *Saludador* dió otro paso, inclinándolo su cabeza sobre la cabeza del perro.

Era el momento decisivo: ó la fiera, ó el hombre: se habían acortado las distancias, de manera que no había más remedio que matar ó morir. El golpe debía ser seguro, rápido y mortal, porque el perro mordería mientras le quedara un aliento de vida. Era preciso destruirlo de un solo golpe, golpe semejante al rayo.

La fiera enseñaba sus dientes, prontos á cla-

varse; pero el *Saludador* no tenía en sus manos arma alguna con que deshacerse de su enemigo.

Éra una lucha desigual, en que todas las probabilidades estaban por el perro. Un inglés no habría tenido inconveniente en jugarse un millón de libras esterlinas en favor de la fiera; pero aquellas gentes, que no perdían detalle del espectáculo, parecían seguras del triunfo del hombre, y poco á poco iban estrechando el círculo con que rodeaban á los dos combatientes.

Amenazaba el perro, pero no acometía. De pronto corrió un estremecimiento convulsivo bajo su piel erizada, y cayó sobre sus pies, que ya se negaban á sostenerle; intentó huir, y no pudo, y enseñó los colmillos con feroz amenaza. Parecía decidido á defenderse hasta el último momento.

Llegó el instante supremo: el *Saludador* acercó más su cabeza á la cabeza de la fiera, y como si quisiera provocar toda su furia con el último ultraje, le escupió en el hocico. Tembló la fiera; sus ojos inflamados se obscurecieron, buscó apoyo en sus manos vacilantes, no lo encontró, y cayó desplomada.

Irguióse el vencedor, se echó el ala del sombrero sobre los ojos, y dando media vuelta, le volvió la espalda al enemigo vencido.

El perro estaba muerto; pero se le veía el lomo erizado; aún brillaban sus ojos encendidos,

y todavía sus fauces entreabiertas dejaban ver los colmillos afilados.

Había muerto bajo el furor de la rabia y había muerto mordiendo; más aún: mordía después de muerto.

X.

Muerto el perro, se acaba la rabia. Eso se dice siempre, pero no siempre sucede, y en el presente caso no sucedía, porque había una persona mordida, y en su sangre dejaba el perro muerto el veneno de la rabia.

La tarea del *Saludador* no se hallaba terminada, y se le pedía á su *gracia* un nuevo prodigio. Era preciso detener el veneno inoculado ya en las venas, ó, lo que es lo mismo, apagar el relámpago, ahogar el trueno y detener el rayo.

En el molino estaban curando al herido, y allí fué el tío Juan el de la Casa-alta, á realizar el portento, con la misma naturalidad que si fuera á beberse un vaso de agua.

Entró, y se encontró que los cuatro colmillos del perro se habían clavado en el brazo derecho de Cristóbal. Las cuatro heridas formaban cuatro puntos marcados por cuatro gotas de sangre que se desprendían para renovarse; alrededor

de ella se extendía un círculo amoratado que iba subiendo de color, y la piel relucía y se estiraba empujada por la hinchazón, que empezaba á aumentar el volumen del brazo.

Lo que pasó por el *Salvador* al ver á Cristóbal, él solo lo supo; pero es el caso que sus cejas se contrajeron y que sus dientes rechinaron sordamente. ¿Quería decir con esto que su poder no alcanzaba á detener la acción del veneno en la sangre del herido?

Acercóse á Cristóbal, lo miró atentamente, y le dijo:

— Muchacho, ¡ por vida de mi padre!; tú hablarás antes de tres horas: el perro estaba en su punto, y tu sangre no necesitaba tanto fuego para arder como una yesca. Va á ser preciso atarte.

— ¿Y no hay remedio?— preguntó uno de los presentes.

— ¡Remedio! (exclamó el *Salvador*.) Dios lo puede todo, y Dios dirá. Ahora que vaya uno en busca del P. Ambrosio, y que esté aquí en menos que se dice. Vosotros salid fuera.

Quedáronse solos dentro del molino Cristóbal y el tío Juan. Este último pronunció lentamente, y en voz baja, las siguientes palabras:

— Muchacho, tú tienes el diablo en el cuerpo, y no puedo curarte si no lo echas. El padre Capellán es un santo; abócale el costal de tus culpas,

que no será flojo; ponte bien con Dios, y luego hablaremos.

Cristóbal miraba al *Saludador* con ojos desencajados; sentía el escozor punzante de las heridas, y estaba pálido como la muerte.

—Bueno (siguió diciendo el tío Juan). Piensa bien lo que tienes encima, y no te dejes nada en el saco, porque si te dejas algo, aunque sea como la punta de una uña, no tendré yo *gracia* para curarte, y morirás rabiando como un perro.

Dicho esto, examinó las heridas, añadiendo:

—El brazo se hincha, y el padre Cura tarda.

—No tarda,—dijo el P. Ambrosio entrando.

Llegaba el buen sacerdote echando el alma por la boca; había corrido, y sus piernas no se prestaban ya á tan activo servicio; los achaques de los años las tenían jubiladas.

—¡Ajajál (exclamó el *Saludador*.) Esto es venir por los aires. ¡Ea! Ahora, á vaciar la carga. Tienes la vida en tus manos.

El P. Ambrosio se sentó en un costal junto á Cristóbal, y el tío Juan salió del molino, cerrando la puerta.

Antes que le preguntaran los que se agolparon al verle, dijo:

—¡Chist!... Silencio; está confesando.

—¡Se muere!—exclamaron.

—Puede que no se muera (les contestó); pero

si se empeña en rabiar, reventará como una bomba. ¡Tío Blas! (añadió, dirigiéndose al molinero): ¿y la tía Martina?

—Por ahí anda (contestó el tío Blas), hablando más que una cotorra.

—Así quiere.... ¡Canastos! Ha sido la mejor moza que ha pisado la tierra. ¿Se acuerda V., tío Blas, cuando andaba V. detrás de sus pedazos? ¡Por vida del demonio, qué tiempos aquellos, en que la corríamos juntos! Pues Lucía no le va en zaga á su madre. Si yo tuviera veinte, otro gallo me cantara. Tío Blas, ese grano de oro pide boda á voz en grito.

El tío Blas arqueó las cejas y se puso el dedo en la frente, diciendo:

—Eso ya lo tengo yo aquí, y estoy esperando al novio como llovido del cielo.

—¿Lo espera V. de arriba?—le preguntó el *Saludador*.

—De arriba lo espero (contestó), como el agua de Mayo.

Lo que iba á decir el *Saludador* se le quedó dentro del buche, porque al pronunciar la primera palabra abrió el P. Ambrosio la puerta del molino, dejando ver el rostro lleno de alegría: en sus ojos leyó el tío Juan todo lo que deseaba saber. Al mismo tiempo vió acercarse al corro á la tía Martina, y le dijo:

—Viene V. de molde; parece que la han lla-

mado á V. con una campanilla. Entren Vds., porque el novio va á caer por la chimenea.

El tío Blas y la tía Martina siguieron al *Saludador*, que entró en el molino. Se dirigió á Cristóbal, que esperaba con la cabeza caída sobre el pecho; le levantó la frente, y le vió los ojos húmedos.

—¡Ánimo! (exclamó.) Esta cara ya es harina de otro costal: se ha salvado tu alma, y ahora vamos á salvar tu vida. ¡Voto al chápiro! Vamos á salvar dos vidas. ¡P. Ambrosio! Un alma y dos vidas.... Me parece que hemos echado el día.

Diciendo así, cogió el brazo de Cristóbal, preguntándole:

—Vamos á ver: ¿tú quieres ser testigo?

Cristóbal miró fijamente al *Saludador*, sin despegar los labios, y éste siguió diciendo:

—Has de saber, muchacho, que yo he llegado á tiempo, porque venía en busca del tío Blas, ni más ni menos que para proponerle una boda; si no me ocurre esta idea, no vengo, el perro te muerde, y rabías, rabías sin remedio.

—Pero ¿qué boda es esa?—preguntó el tío Blas.

—La de Lucía (contestó el *Saludador*). La cosa es clara.

La tía Martina hizo un gesto de asombro, exclamando:

—¡De Lucía! ¿Y con quién?

—Allá va todo lo que hay dentro (contestó el tío Juan). Con Salvador, con mi hijo. No haga V. visajes, tía Martina: los muchachos se quieren más que á las niñas de sus ojos. Salvador cantó de plano, y ya está dicho. Cristóbal, habla tú; á ti te toca el primero.

Cristóbal tendió la mano izquierda al P. Ambrosio, que la estrechó en las suyas, y haciendo un esfuerzo, contestó:

—Yo digo que Dios lo quiere.

Bajó los ojos, y se le cayeron dos lágrimas.

—Tío Blas (dijo el *Salvador*). Ahora á V. le toca, y asunto concluido.

El molinero puso la mano sobre la boca de su mujer, para que no saliera por los cerros de Úbeda, y en voz alta, para que todos lo oyeran, se apresuró á decir:

—Yo también quiero, y no me vuelvo atrás si me ahorcan.

Las últimas palabras iban derechas á cerrar la boca de la tía Martina.

Entonces el *Salvador* aplicó los labios al brazo de Cristóbal, chupando la sangre de las cuatro heridas, y escupió cuatro veces consecutivas. Luego se humedeció en la boca el dedo índice y lo aplicó á una herida, haciendo lo mismo con las tres restantes. Por último, mascó miga de pan, cubrió con ella las heridas, y vendó el brazo, diciendo:

—Ya puedes dormir á pierna suelta.

El prodigio se había consumado.

Á Cristóbal se lo llevó el P. Ambrosio, y el *Saludador* se volvió á la Casa-alta, trepando por aquellos riscos lo mismo que una cabra.

Aquí terminó el relato, y yo pregunté al que acababa de hablar:

—Y bien: ¿vivió Cristóbal?

—Vive,—me contestó.

—No rabiaría el perro,—le advertí.

Me miró con asombro, y me replicó muy formalmente:

—Sí, señor; el perro rabiaba.

Era ya media noche, saludé á los que estaban en la cocina, y fui á acostarme, sin saber qué pensar de lo que había oído.



EL CORAZÓN Y LA CABEZA

TOMO VIII.

18



EL CORAZÓN Y LA CABEZA

I.

LA vida del hombre tiene también su centro de gravedad.

Este centro, que ejerce sobre nosotros una atracción poderosa, es la mujer, y su fórmula precisa es el matrimonio.

El hombre cae en él por su propio peso.

Después de dar muchas vueltas alrededor de felicidades imaginarias, de placeres fugitivos, de dichas pasajeras; después de correr de un punto á otro con la agitada inquietud de los deseos nunca satisfechos; después de andar sin descanso por todas partes, no encontrando en ninguna satisfacción ni reposo, se detiene fatigado, medita profundamente, se da una gran palmada

en la frente, y se sienta; es decir, se entrega; más claro; se casa.

Hay un día en que tiramos una raya por debajo de nuestros veintinueve ó treinta años, para sumar las diversas cantidades de locuras, pasatiempos y extravíos que la juventud arroja casi siempre á nuestros ojos cuando se decide á separarse de nosotros para siempre.

Esta operación nos da, por lo común, una triste suma de ceros, una cantidad de tiempo perdido.

Después de tanta agitación, de tanta inquietud, de tanta ansiedad.... ¡Bah! Buscamos algo, y no encontramos nada. ¡Cuántas ilusiones desvanecidas! ¡Cuántos descos disipados! ¡Cuántas esperanzas perdidas!....

Parece que despertamos de un sueño delicioso, en el que todo ha sido imaginario, ó que salimos de un espléndido teatro, en el cual todo ha sido mentira.

Nuestra sorpresa es igual á la que experimentaría un avaro al convencerse de que el tesoro guardado cuidadosamente en el fondo de su gaveta sólo se componía de monedas falsas.

El hombre es una planta, y hasta entonces no ha hecho más que cubrirse de hojas fugitivas que el viento se lleva, y de flores que el sol abrasa; de hojas que se caen y de flores que se agostan.

Entonces es cuando se detiene y piensa, lo que probablemente pensará el viajero extraviado al descubrir que el camino que lleva no conduce á ninguna parte.

Detrás de esta averiguación está el matrimonio; el que dobla la esquina de esa observación, inclina la cabeza ante la realidad de las cosas, tiende la mano para asirse á la última felicidad que la vida le ofrece, y, claro está, se casa.

Ahí nos esperan todas las mujeres; es el punto en que verdaderamente se unen las dos mitades del género humano.

Dicho esto, entremos en nuestro relato.

Rafael había cumplido ya veinticinco años, y Esteban se acercaba á los treinta.

Ambos se hallaban unidos por el lazo estrecho de una amistad íntima, que había nacido en la adolescencia, y había seguido inalterable en la juventud.

Se habían educado juntos, y la costumbre los había hecho inseparables.

Nada, sin embargo, más opuesto entre sí que estas dos naturalezas.

Se encontraban estrechamente unidos; pero, entiéndase bien, estrechamente unidos por el vínculo que une al anverso y al reverso de una medalla.

Habían llegado á ser como las dos partes de un todo, y, como los *Gemelos de Siam*, iban siempre

juntos, aunque, como ya hemos dicho, no estaban unidos por el pecho, sino por la espalda.

Esteban todo lo calculaba, mientras que Rafael todo lo sentía.

Los extravíos del primero eran, digámoslo así, correctos, alineados; se notaba cierto orden severo en sus locuras; eran sus vicios razonables, y llevaba perfectamente reglamentadas sus malas costumbres. Era un calavera lleno de juicio.

En el juego procedía siempre con solemne formalidad, con admirable aplomo, con la seriedad de un geómetra que resuelve un problema.

Antes de poner su dinero á una carta, estudiaba atentamente los incidentes del juego, pensando con escrupulosa frialdad todas las probabilidades favorables ó adversas; calculaba los desvíos y las inclinaciones de la suerte. Antes de jugar, veía jugar mucho tiempo; parecía que esperaba la fortuna para sorprenderla, empeñado en darle reglas al azar y leyes fijas á la suerte. Siempre tenía su *marlingala*.

Este hombre se reía, claro es, de la casualidad, y no hacía gran caso de la Providencia. El cálculo era la ley absoluta de su entendimiento y la regla constante de sus pensamientos.

No era muy diestro en el manejo de las armas, pero tampoco era impetuoso; y, en todo caso, poseía el secreto de estocadas que él llamaba *infalibles*.

En toda mujer veía un enigma, que inmediatamente se obstinaba en descifrar; las estudiaba mucho más que las quería, prefiriendo siempre las mujeres ricas á las mujeres hermosas.

Ya sabemos que Rafael era todo lo contrario: jugaba con delirio, se batía con arrogancia y amaba con locura. De la primera mujer que llenaba sus ojos hacía en el acto su felicidad presente, su felicidad futura y hasta su felicidad pasada; en la primera carta que se le ponía delante veía claramente su fortuna; en los lances que llaman de honor, no pensaba nunca ni en herir ni en matar: pensaba únicamente en batirse.

Todo lo que Esteban tenía de juicioso y ordenado, tenía Rafael de informal y de loco.

Esteban daba vueltas, muchas vueltas, antes de llegar al fin que apetecía, mientras Rafael se lanzaba como un rayo sobre el objeto de sus impacientes deseos.

Si se me permite, diré que había en el primero algo del astuto recelo del gato, y en el segundo mucho de la impetuosa ingenuidad del perro.

Ana Bolena, colocada entre estos dos hombres, hubiera encontrado colocación para ambos: á Esteban lo habría elegido para ministro, y á Rafael para favorito.

Quando al primero le salía mal la cuenta de sus cálculos, fruncía el entrecejo, se atusaba muy suavemente su hermosa barba negra, y decía:

—¡Bah!.... He sido muy torpe.

Cuando el segundo conocía la injusticia de alguna de sus continuas ligerezas, se retorció impaciente las suaves guías de su rubio bigote, exclamando :

—¡Dios mío! ¡Soy un miserable!

Ambos gozaban de los favores de la buena sociedad, que los acogía y los mimaba : á Esteban, porque era temible ; á Rafael, porque era adorable.

Aquí tiene el lector los rasgos más salientes de nuestros dos principales personajes.

Á Rafael, como Dios lo ha hecho ; á Esteban, como Dios ha querido que lo haga la sociedad en que vive.

II.

Estos dos hombres se encontraron un día en la calle, á hora en que no tenían costumbre de verse ni de encontrarse, y, no obstante, por la dirección de uno y otro parecía que mutuamente se buscaban, pues ambos se reconocieron con expresión de agradable sorpresa.

Iban encontrados, como siempre, y, como siempre, cada uno se opuso al camino del otro. Los dos se detuvieron.

No era Rafael de los hombres que tienen el pensamiento pronto; pero en cambio su lengua se anticipaba á su pensamiento: hablaba sin pensar. Por eso, cuando incurría en lo que Esteban llamaba una inconveniencia, se excusaba diciendo:

—Tienes razón; lo hice sin pensarlo.

Se encontraron, pues, y Rafael, poniendo las manos sobre los hombros de su amigo, le preguntó:

—¿Dónde vas por aquí? ¡Ah! (prosiguió diciendo.) Ibas á buscarme: sin duda me necesitas....: por lo menos, algo tienes que decirme.

Esteban se valió de un gesto para evadir la pregunta, porque no entraba en su sistema mentir más que lo absolutamente necesario, y sin duda alguna no quería descubrir su pensamiento.

Tomó Rafael el gesto por respuesta, y añadió:

—Pues, mira, me alegro de encontrarte.... Imagínate que iba á tu casa....; porque.... tengo que hablarte de un asunto que me interesa mucho.

—Lo que tienes (dijo Esteban, mirándole fijamente) es cara de haber hecho algún desatino.

—No (le contestó); hasta ahora no he hecho más que pensarlo.

—¡Me asombras! (exclamó Esteban.) ¡Pensarlo! ¿Desde cuándo has caído tú en la manía de pensar?

—Hace muchos días que me suelo sorprender con una idea fija. Como lo oyes, fija, sin que me sea posible desecharla. ¿Te parece esto extraordinario?

—Veamos qué es lo que piensas.

—Prepárate como si fuese á estallar una bomba en tus oídos; agárrate á mí para no caer de espaldas; vas á oír una cosa inaudita. ¿Estás dispuesto?

—Habla (contestó Esteban); me tienes muy acostumbrado á tus desatinos.

—Este es el disparate del siglo.

—Lo creo.

—Oye.... Pienso....

—¿Qué?

—Pienso.... casarme.

—¡Casarte! (exclamó Esteban, verdaderamente sorprendido.) ¿Cómo diablos se te ha ocurrido semejante idea?

—En honor de la verdad (replicó Rafael), no se me ha ocurrido.

—¡Ya! Eso es otra cosa.

—La he soñado.

—¡Vamos! Entonces, es que estás durmiendo todavía.

Y sacudiéndolo con violencia, añadió:

—Despiértate, y hablaremos formalmente.

Rafael sufrió con paciencia el sacudimiento, y después, con una formalidad increíble, dijo:

—La he soñado. Verás : he debido soñar que la soledad es triste. ¿Me entiendes?

—Sigue.

—Que el mundo es un bello paisaje; pero en el que yo soy un pájaro solitario que vuela de una parte á otra, sin poder estarme quieto en ninguna: un pájaro sin nido. ¿Comprendes?... Ahora bien: cansado de dar vueltas en la cama, me desperté; me dolía todo el cuerpo, y comencé á recordar todas las angustiosas particularidades de mi sueño; y dando vueltas en la cama con la misma inquietud con que antes las había dado por las imaginarias soledades de mi sueño, de repente, sin saber cómo, así, de golpe, me encontré súbitamente sorprendido por la idea con que acabo de asombrarte, sin que yo pueda adivinar quién me la ha metido en la cabeza.

—Quiere decir (añadió Esteban), que será una idea como todas las tuyas: una idea pasajera, fugitiva, volátil.

—No, te aseguro que no; es cosa resuelta: me caso, aunque el mundo se hunda; porque yo no puedo vivir así más tiempo.

—¡Casarte! ¡Casarte! (repitió Esteban, con burlona sonrisa.) ¡Vamos! Tú no sabes lo que dices.

—Sin duda; porque eso mismo hago yo desde que se me ocurrió esta maldita idea, que llena

mi alma de las más dulces esperanzas. Como tú, levanto los ojos, abro la boca, me encojo de hombros, y exclamo: «¡Casarme! ¡Casarme!»

Frunció Esteban el entrecejo, como hombre que medita, y elevando el labio inferior sobre el superior, y moviendo la cabeza de un lado á otro con la lentitud reflexiva de la balanza que pesa el *pro* y el *contra*, dijo:

—¡Phs! Bien mirado, no está el mal en casarse, porque, al fin y al cabo, ese es el mundo.

—Pues entonces, ¿en qué está el mal?—preguntó Rafael con ingenua curiosidad.

—El mal está (le contestó su amigo) en que seas tú el que te cases.

—¿De forma (replicó Rafael, cruzándose de brazos), que si me empeño en ello, me veré en la necesidad de buscar á otro que se case por mí?....

—No debes empeñarte en semejante cosa.

—¿Por qué?

—Porque tú no debes casarte nunca. Sería una insigne locura.

—¡Oh! (exclamó Rafael.) Tú eres un hombre muy razonable; todo lo pesas y todo lo mides, y no creo que en esta ocasión me ocultes el *por qué* de tan estupendo juicio.

—La razón es muy sencilla (replicó Esteban). No debes casarte, porque te falta....

—¡Acaba!—gritó Rafael.

—Juicio.

—¡Magnífico! (exclamó.) ¡Yo soy un loco que no debe pensar en casarse, porque... sería una locura! Ve tú aquí una cosa que no entiendo.

—El matrimonio (advirtió Esteban, arqueando las cejas), es un asunto muy serio.

—¡Demonio! Entonces, ¿cómo es una locura casarse?

—La locura consiste en que tú no sirves para el caso. Convéncete de ello.

—¿Estoy yo acaso de non en el mundo?

—Debes estarlo.

—¿Por qué razón?

—Porque tú no sabes elegir.

—¡Elegir!.... ¡Vaya una salida!.... Si la mujer con quien hemos de unirnos para toda la vida se eligiera, como se elige una tela, una joya ó un diputado, te aseguro que me encontraría á estas horas unido por los lazos indisolubles del matrimonio á la mitad por lo menos del género humano; porque, hablando formalmente, una con otra, todas las mujeres me gustan; pero ten entendido, calculador insensato, que la mujer que ha de cautivar nuestra voluntad y ha de llenar nuestra alma con las delicias de un amor perpetuo, no se elige, se encuentra.

Esteban echó las manos atrás, y soltó una carcajada, exclamando:

—¡Infeliz!.... Entreveo tu destino.... Y, des-

pués de todo, es lo más natural del mundo. Vas á seguir la suerte de todos los seductores. Por lo visto, no quieres perder la celebridad que te han proporcionado tus empresas amorosas, y vas á hacer un matrimonio ruidoso.... Vamos á ver: ¿qué has encontrado? Cuéntame esa novela.

—Maldito el efecto que me hacen tus palabras, porque ya sabes que mis disparates no ceden ante tus burlas. Tu alma es un cartabón, y tu pensamiento un compás. Hombre de hielo....: si tú la vieras, te derretirías como la nieve cuando el sol la ilumina.

—No necesito verla para imaginarla, y te aseguro que no me derrito. Una cara fresca, unos ojos hermosos, una voz dulce, un cuerpo lleno de gracia: juventud, belleza, pasión...., cuanto le es indispensable á una mujer como ella para atrapar á un hombre como tú. ¡Lástima fuera que la heroína de tu novela tuviera los ojos torcidos y la boca grande, ó la nariz larga! Claro está que ha de ser la misma Venus de Medicis. Fidias no la haría más perfecta. Convengo en ello; mas convengo también en que todas esas perfecciones se encuentran al volver de cada esquina. Esa es la suma en bruto, de la que el tiempo, las enfermedades y los disgustos se encargan de ir restando uno á uno, ó dos á dos, todos sus encantos.

Rafael movió la cabeza con aire de resuelta

incredulidad, y su amigo continuó diciendo:

—¿No? ¿No te acomoda eso? Pues bien: supongamos que esa mujer que ha cautivado tu voluntad obtiene el singular privilegio de una juventud perpetua. Tú no querrás morir demasiado pronto, y tendrás que envejecer como cada hijo de vecino. Calcula, pues, cuál será tu suerte, si al cabo de unos cuantos años te ves marido sexagenario de una mujer joven y hermosa.

—Tus razonamientos (dijo Rafael) son concluyentes, pero no me convencen; y, no hay que darle vueltas: me caso.

—Pero ante todo sepamos qué mujer es esa que se te ha puesto entre ceja y ceja, á no ser que tu idea de matrimonio sea una idea abstracta.

—No, querido mío (replicó Rafael); es una idea concreta.

—¿Qué mujer es esa?

—No es mujer.

—¿Diablo! (exclamó Esteban.) Entonces, ¿con quién pretendes casarte?

—Con un ángel.

—¡Ya! Caído del cielo; eso es de cajón. Y dime: ¿ese ángel es por casualidad millonario?

—No; pero es un tesoro.

—Un tesoro sin un cuarto. Sigue, sigue.

—El tesoro es su alma.

—Esa clase de tesoros, inocente criatura, no tiene valor en la plaza. Yo supongo que será

capaz de las más nobles acciones ; pero , ¿ qué quieres ? , el mundo es así , y esas acciones no se cotizan. Además , ¡ su alma !... ¿ Acaso tú la has visto ?

—Sí.

—¿Cómo ?

—Viéndola á ella.

—Sin duda (añadió Esteban sonriéndose) crees en la vulgaridad de que la cara es el espejo del alma. Mas , dime , si no es una mujer que has soñado , ¿ dónde la has visto la primera vez ? Supongo desde luego que este amor será de golpe y porrazo , caso repentino , como el de una apoplejía.

—La primera vez la vi de un modo muy particular.

—¡Hola !

—Y aun me parece que le sentí antes de verla.

—¡Ya lo creo ! Tú vives viendo visiones. Además , ese es el orden en los amores de esta especie. La amabas antes de verla. ¡Vaya ! Más que un encuentro , es una intuición , un golpe de genio.... ¡Ay , Rafael ! Eres famoso.

—Hace tres meses me levanté una mañana con un humor de todos los demonios. Imagínate : la noche antes había perdido sesenta mil duros.

—¡Sesenta mil duros ! (exclamó Esteban asombrado.) ¡Tú no has tenido nunca esa suma !

—Es verdad ; pero he podido tenerla.

—¿Jugaste sobre tu palabra?

—No.

—¿Entonces?

—Tú dices que cuando se juegan diez mil reales y se pierden, no se pierden solamente diez mil reales, sino todo lo que con ellos hubiera podido ganarse. Calcula tú si con esos quinientos duros no habría podido ganar sesenta mil.

—Exacto.

—Salí de mi casa agobiado por el peso de la cantidad que había perdido. Y, entre paréntesis, explícame tú cómo pesa tanto en el alma el dinero que no se lleva en el bolsillo. Crucé una calle, y luego otra, y luego otra, y, sin saber cómo, me encontré en la *Plaza de Oriente*. Fíjate bien en estos pormenores. Una vez allí, tuve intención de huir de Madrid, yendo á perderme en los solitarios paseos del *Campo del Moro*. De todas maneras, estaba perdido. Mas no sé por qué varié de propósito: quizá porque me era indiferente acabar de perderme. Ello es que le volví la espalda á la *Cuesta de la Vega*: la *calle Mayor* se me puso delante, y entré en ella....

Esteban le interrumpió, diciendo:

—No sé dónde vas á parar con tanto rodeo, pues presumo que cuanto acabas de referirme es completamente inútil. Para encontrarse en Madrid con una mujer hermosa, esto es, con un ángel caído, no se necesita dar tanta vuelta.

—Se necesita (contestó Rafael). Sin esa vuelta, probablemente no la hubiera encontrado. Entré en la *calle Mayor*, y maquinalmente me detuve delante de la puerta de Nuestra Señora de la Almudena.

—¡Soberbio! (exclamó Esteban.) Aún no habías tropezado con tu futura, y ya estabas en la puerta de la iglesia.

—Justo.

—Vamos: continúa, continúa.

—Me detuve delante de la puerta de Nuestra Señora de la Almudena, porque vi en el primer escalón de piedra que hay que subir para entrar en el templo, una niña de siete á ocho años, llorando amargamente, cubriéndose el rostro con las manos, como si quisiera detener el diluvio de lágrimas que salía de sus ojos. Me acerqué á aquella criatura, y quise enterarme del motivo de su pena, y, entre amargos sollozos que entrecortaban su voz, me contó que había perdido la friolera de siete pesetas, que era el jornal de la semana que la pobre niña ganaba no sé en qué taller, y que las había cobrado ella porque su madre estaba enferma. Algunos curiosos se habían acercado, y cada uno pensaba del caso lo que tenía por conveniente. Unos culpaban á la madre, sin duda porque estaba enferma; otros culpaban á la niña, tal vez porque no tenía veinte años, como si siete pesetas no pudiera

perderlas cualquiera al volver de una esquina. Figúrate: había yo perdido quinientos duros la noche anterior al volver una carta. No faltó, en fin, quien, murmurando á mi espalda, dijo: « ¡Farsa, pura farsa! »

—Ése estaba en lo cierto,—añadió Esteban.

—Pues, mira; al oírlo tuve intenciones de taparle la boca con la mano; pero detuve el bofetón que me bullía en los dedos, y eché mano al bolsillo, y como quien aboca un cántaro, lo vacié en la falda del vestido de la niña, que se deshacía en lágrimas. Era una provocación á la que nadie contestó, y el hombre de la *farsa* tomó el prudente partido de coserse la boca. En este momento fué cuando vi aparecer ante mis ojos la figura más bella que he visto en mi vida.

— ¡Ya pareció aquello! —exclamó Esteban.

—Imagínate (siguió diciendo Rafael) una falda negra y un manto con velo, falda encantadora y velo delicioso....

—Espérate (añadió Estéban, interrumpiéndole, como quien se siente acometido por una idea repentina). Entreveo una aventura famosa; pero estoy en ayunas. Tú, héroe de la presente novela, no creo que hayas tenido el mal gusto de almorzar, teniendo el alma llena de deliciosas ilusiones; de manera que te convidó á que presencias cómo este hombre de hielo almuerza en el primer café que topemos al paso. Mientras yo

engullo, tú hablas. ¿Qué te parece?... Sospecho que me vas á dar un sentimiento, y los duelos con pan son menos.

—Acepto,—contestó Rafael.

Y cogiéndose del brazo los dos amigos, se dirigieron al primer café que les saliera al encuentro.

III.

Se había engañado Esteban esta vez, como solía engañarse muchas veces, porque instalados en el primer café que encontraron al paso, el enamorado Rafael tomó una parte bastante activa en el almuerzo.

—Veo (dijo su amigo) que eres un enamorado vulgar, que sueña con una basquiña negra y un manto con velo, y sin embargo almuerza con excelente apetito solomillo de vaca...., ¡qué vulgaridad!, con patatas.

Rafael no pudo contestar, porque tenía la boca llena; y para desembarazarse del obstáculo que le impedía el uso expedito de la lengua, tuvo que apelar á un prolongado sorbo de Valdepeñas. Entonces se apresuró á decir:

—Sea lo que tú quieras; pero detrás del velo de ese manto de que tú te burlas, brillaron para

mí, primero una mirada, y después una sonrisa que no olvidaré nunca, pues estoy seguro de que las recordaré hasta después de muerto.

— ¡Una mirada y una sonrisa! (exclamó Esteban.) ¿Eso es todo lo que has visto?

— Eso.

— No es mucho, y, sin embargo, es bastante.

— ¡Ya lo creo! — añadió Rafael, saboreando á la vez el solomillo de vaca y el recuerdo de la mirada y de la sonrisa.

— Una mirada y una sonrisa que te dirían á quemarropa: «Yo te adoro».

— No.

— ¿Pues qué te dijeron?

— Aquellos ojos me miraron con tierno agradecimiento, y aquella boca me ofreció en una muda sonrisa las más expresivas gracias.

— ¡Gracias! ¿Por qué?

— Por lo que había hecho con la niña.

— ¡Ya!

— ¿Te vas enterando?

— ¿Acaso la niña era su hija?

— Para los corazones nobles (dijo Rafael con cierto énfasis), todos los desvalidos son hijos.

— ¿Y bien?

— Alzó el velo que cubría su rostro, bajó la escalinata de piedra, pues salía de la iglesia, se acercó á la niña, enjugó sus lágrimas, y asién-

dola de la mano, se la llevó, llevándose también mi alma.

—Pero ¿qué demonios tenía ella que ver con esa chiquilla?

—Ya te lo he dicho; tenía que ver mucho: la unía á ella el vínculo estrecho que une á la generosidad con la desgracia.

—¡Oh, qué sensible!

—Mucho. Ahí tienes un perfil de su alma.

—Muy bien; pero, mira, Rafael; las mujeres sensibles son las que suelen dar más sentimientos.

Rafael hizo un gesto de desdén á las palabras de su amigo, y siguió diciendo:

—Yo las seguí á una discreta distancia, hasta que las vi entrar en una casa de modesta apariencia. Esperé algunos minutos, y después la portera me enteró de todo lo que yo quería saber. La niña vive con su madre en una buhardilla, y *ella* en el cuarto cuarto con su abuela, anciana imposibilitada, á quien la nieta cuida con cariñoso esmero.

—¿Y sale sola?

—Sí: no sale más que á misa.

—¡Ay, Rafael! ¿Te has enamorado de una beata? En ese caso, tendrás que hacer confesión general, y tendrás que echarle flores con el rosario en la mano.... ¡Harás un sacristán admirable!

--Bueno: tus burlas me entran por un oído y me salen por otro.... Tú no crees en nada más que en tus cálculos, y yo creo en todo....

—Tú eres un niño (contestó Esteban), y yo soy un hombre; por consiguiente, todo eso que me estás contando no es más que una niñería.

—Será; pero hace tres meses que me son indiferentes todas las mujeres, insulsas todas las conversaciones; me fastidia jugar, me canso en el teatro, el gran mundo me marea. Ayer vi á Enriqueta, é hice como que no la veía. Matilde me invitó á comer en su espléndida mesa, y enfermo siempre que me invita. ¿Qué es esto?

---Nada, —contestó Esteban.

—Nada (replicó Rafael); y al día siguiente fui á Santa María de la Almudena á la misma hora, y la vi; y al día siguiente hice lo mismo, y todos los días lo hago desde entonces. Nada; y la devoción y el recogimiento con que la veo en la iglesia me infunden un respeto tal, que oigo la misa de rodillas y rezo sin poder contenerme. Nada; y su tristeza me llena el corazón de luto. ¡Oh! Detesto á las mujeres alegres. ¿Te ríes? Pues escucha: no la veo solamente en la iglesia; he conseguido penetrar en su casa...., la visito, y.... me ama.

—¡Me asombras! (exclamó Esteban.) ¡Te ama!.... Eso es formidable. Y ¿cómo has conseguido llegar al colmo de tan estupenda dicha?

—La madre de la niña á quien yo socorrí en la puerta de Santa María de la Almudena, se puso de mi parte.

—¿Sí, eh?

—Mira tú qué combinación tan providencial.

—¡Providencial!... (dijo Esteban, golpeando una con otra las palmas de las manos para llamar al mozo del café que servía el almuerzo.) Eso es estupendo.

—Providencial (repitió Rafael): providencial; pues, por más que te mofes de la Providencia, no por eso deja de existir.

—Corriente. Cree en la Providencia; pero veamos la combinación.

—Imagínate (siguió diciendo Rafael) que soy individuo de la Sociedad de San Vicente de Paul.

Al oír estas palabras, dió Esteban un salto sobre su asiento, y juntando las manos, exclamó con acento desolado:

—¡Desgraciado!... ¿También á ti te han metido en eso?

—También; y bendigo la hora en que tuve tan feliz pensamiento. Hacía un mes que no sabía más camino que el de Santa María de la Almudena, cuando me hice *Paul*, y entre los pobres que debía visitar y socorrer con los *bonos* de la Sociedad, estaba la madre, aún enferma, de la niña que yo había socorrido. ¿Te enteras?

—Sí; me entero. Sospecho que eres víctima de alguna intriga tenebrosa. Esa mujer te ha servido de medio de comunicación entre la buhardilla y el cuarto cuarto: lo demás se alcanza fácilmente, y creo que no habrás tenido que forzar ninguna puerta ni violentar ninguna cerradura. Eres un libertino muy temible. ¡Tomar por asalto las buhardillas, y entrar á sangre y fuego en los cuartos cuartos!

—Ni más, ni menos.

—¡Café y cigarros!—gritó Esteban al mozo que se acercaba.

Rafaél dijo:

—En vista de todo esto, he resuelto casarme.

—Pero, ¿sabes tú quién es esa mujer?

—Sí; un ángel.

—Lo mismo te pareció Enriqueta.

—¡Bah!

—Lo mismo decías de Matilde.

—¡Oh!

—Lo mismo pensabas de Julia.

—Imposible.

—Hablemos formalmente: si queda en tu cabeza un resto de juicio, reflexiona un momento; y si reflexionas, si eres capaz de semejante esfuerzo, te reirás de tí mismo, le volverás la espalda á Santa María de la Almudena, para no acordarte más de su nombre, y te apartarás del borde del precipicio en que te encuentras. Entre-

tanto, voy á darte un consejo. Guarda el secreto de tu aventura bajo siete estados de tierra; que no lo trasluzcan los amigos; que no corra por Madrid, porque, si se extiende el caso, te silbarán sin remedio. Tus locuras se han hecho célebres, y nadie te perdonará una tontería. Eres *Paul*, oyes misa todos los días, y estás enamorado: esto basta para ser la fábula de las gentes; pero añade que el objeto de tu enamoramiento es una falda negra y un manto con velo: no se puede pedir más. ¿Con qué cara te vas á presentar en público?... Éso puede hacerlo una persona insignificante, de esas que pasan por el mundo como sombras, que no tienen, en resumen, nada que perder, porque nadie repara en ellas; pero tú te expones á perderlo todo, á sufrir la rechilla del siglo. ¡Ya se ve! : han creído que debes casarte por lo menos con una princesa, y ¡pobre de ti si llega á atraparte ese ángel con falda negra y manto con velo que habita en las altas regiones de un cuarto piso!

—Por frías que sean tus palabras (replicó Rafael, enfriando el café que humeaba en la taza), no conseguirás helar mi propósito; antes por el contrario, mi sangre se enardece ante la perspectiva de una lucha con el mundo, y me envanece la idea de encontrarme frente á frente de tan formidable enemigo. Te aseguro que, después de oírte, mi resolución es más irrevocable.

— ¡Ven acá, infeliz! ¿Sabes tú qué mujer es esa? ¿Estás seguro de que te ama? Y, sobre todo, ¿has de ser tan mentecato que creas que eres tú el primero que recoge las primicias de su corazón, y que vas á ser el único? No hagas gestos, ni me mires con ojos de Júpiter irritado. Convento en que es hermosa, en que es un prodigio de belleza, en que reúne todos los encantos con que las mujeres listas suelen alucinar á los hombres tontos; pero ¿no ves que es más pobre que las ratas?

— Sí (contestó Rafael); es pobre, tan pobre, que vive de la labor de sus manos; no posee otras rentas.

— ¡Una costurera!—exclamó Esteban.

— No; es florista.

— Llámale *bache*: es un género sospechoso, que abunda mucho. Conquista de estudiante ramplón, de artesano calavera, ó de músico de *murga*: ni como mero pasatiempo, ni como puro capricho es digna de ti.

— Hablas como un libro, alma de mármol, y, no obstante, todavía no has tropezado con la verdadera dificultad.

— ¿Tiene aún más dificultades el caso?

— Tiene una, una sola, en la cual pudiera estrellarse mi propósito de casarme con esa bella criatura. Tu estúpida perspicacia te ha hecho traición en este asunto.

— Veamos esa dificultad que se ha escapado á mi penetración.

— Esta es bien sencilla por cierto: que ella no quiere casarse conmigo.

— ¡Que ella no quiere! (exclamó Esteban, llevándose las manos á la cabeza.) ¡Desdichado! Esa es una cosa que quieren todas las mujeres.

— Me alegro (añadió Rafael), porque así querrá.

— Á tu gusto; y por lo que á mí hace, te abandono á tu suerte, y desde ahora me lavo las manos, vista la imposibilidad de encontrar razones que tengan la especial virtud de convencer á una pared maestra. Y para que veas tú lo que son las cosas: coincidimos precisamente en el punto en que nos hallamos más lejos uno de otro; yo también he pensado casarme.

— ¡Tú! — gritó Rafael lleno de asombro.

— Yo (contestó su amigo). Es un asunto al cual le estoy dando vueltas hace un año.

— Pero ¿te has enamorado?

— No; entonces no pensaría en casarme.

— ¡Oh! Eres absurdo.

— Á ti te lo parece, que tienes el entendimiento del revés. Casarse enamorado, es casarse á ciegas; es casarse con una venda en los ojos. Eso sería estúpido; ya no lo hace nadie. Hace un año que estudio todas las circunstancias de la mujer que pienso elegir, y creo que he llegado ya á

completar mis observaciones; no me falta más que un dato para reunir en un total exacto todo lo que yo necesito. Así es cómo se hacen estas cosas.

—Y dime, Esteban: ¿esa mujer te quiere?

—¡Psh!.... Le acomodo, y basta. Para marido sirve cualquiera. Ella busca uno, y he aquí que se encuentra conmigo. Es demasiado juiciosa para incurrir en esos enamoramientos locos que no tienen pies ni cabeza.

—Esteban: ¿te vas á casar con una vieja?

—No; es joven.

—¿Es fea?

—Regular.... No es tu Venus de Médicis. Fíjate tendría bastante que corregir en ella; pero como yo no la quiero para un museo, me importa muy poco que no merezca la admiración que se tributa á las estatuas de los grandes maestros.

—Por supuesto, ¿será muy rica?

—No pasa en el mundo por tal cosa, y esa circunstancia me es sumamente agradable, pues me ahorra el fastidio de tener rivales.

—¿Es un secreto?

—No.... He puesto, digámoslo así, mis ojos en la sobrina del General ***.

—Esa (dijo Rafael) ha tenido muchos pretendientes.

—Muchos (añadió Esteban), cuando creyeron

que su buen tío era millonario; pero ya se han convencido de que el General no tiene más que su paga, y ya no les ha parecido tan blanca la mano de la sobrina.

—¿Y tú piensas casarte con ella?

—Sí; es la mujer que me conviene. No es conveniente entrar á formar parte de una familia sin conocerla á fondo. Y necesito yo acabar de comprender el carácter del General, viejo solterón, gran calavera en su tiempo, y que es el jefe de la familia; quiere mucho á su hermana, esto es, á mi futura suegra; cosa bien natural, pues la pobre enviudó, y no tiene más amparo que el de su hermano. Pero este hermano es para mí un enigma, y, mientras no lo descifre, no me decido. Yo lo trato con alguna intimidad, y me parece que ya estoy en la pista de su secreto.

—¿Qué secreto?—preguntó Rafael.

—¡Toma!... El secreto de su carácter. ¿Te parece poco? En el fondo es un buen hombre, quiere mucho á su sobrina, que es única....

—¿Y á ti qué te importa el carácter del tío?....

—Eres un pobre diablo (le contestó Esteban). Me importa mucho.

Había terminado el almuerzo, y ambos fumaban, lanzando al aire soberbias bocanadas de humo azul y perfumado.

Esteban llamó al mozo, y le pidió la cuenta,

al mismo tiempo que Rafael echaba mano al bolsillo, decidido á pagarla.

—Espera (le dijo su amigo). Aunque el amor no te ha quitado el apetito, este almuerzo me toca á mí pagarlo; pero te ofrezco el desquite.

—¿Cómo?—preguntó Rafael.

—Los dos vamos á casarnos (contestó Esteban). Pues bien: apostemos un almuerzo.

—¿Á qué?—volvió á preguntar.

—¿Á qué?... En contra de tu matrimonio, y en favor del mío. Ahí tienes la ocasión segura de darme un almuerzo opíparo.

—Convenido; mas si tú pierdes....

—Si pierdo (se apresuró á decir Esteban con la sonrisa en los labios), el almuerzo será espléndido.

—Está hecha la apuesta.

—Está hecha.

Los dos amigos se pusieron de pie, y salieron juntos.

IV.

Muchas veces habréis observado el efecto que produce una piedra al caer sobre la tranquila superficie que presenta el agua sosegada de un estanque, y habréis seguido con atenta mirada y

pueril curiosidad la sucesión de círculos que, partiendo del punto en que la piedra choca con el agua, van extendiéndose sucesivamente hasta quebrarse en las duras y húmedas paredes del estanque.

Es curioso ver cómo cada uno de esos círculos, ensanchándose fantásticamente, pone en movimiento toda la superficie del agua.

El agua es así, comunicativa como las mujeres, como los niños, como los hombres; la impresión que recibe la esparce, la extiende inmediatamente á su alrededor; no hay forma de confiarle ni el grave secreto de una piedra, sin que al momento no se extienda la noticia, siguiendo el movimiento expansivo de los círculos, que anuncian el suceso en todas direcciones.

El aire tiene el mismo sistema de publicidad; lo mismo que el agua, se mueve por círculos que, hablando airosamente, se llaman ondas.

Como el agua, procede por ondulaciones: el efecto que produce la piedra en el agua produce el sonido en el aire.

Un pueblo viene á ser un estanque humano; dejad caer en él una noticia cualquiera, y veréis reproducido el mismo fenómeno; el rumor se extenderá en círculos, que recorrerán más ó menos lentamente toda la superficie de la sociedad, de boca en boca y de oído en oído.

La superficie de Madrid se había puesto en

movimiento por el choque repentino de una especie inesperada que había caído como una bomba. Casualmente ningún suceso extraordinario turbaba á la sazón el reposo de la vida, y las gentes comenzaban á fastidiarse de la tranquilidad del mundo, que parecía muerto.

La piedra cayó en un salón, y su choque se fué sucesivamente repitiendo como un eco en los demás salones. La buena sociedad se hacía lenguas, comentando de diferentes modos el caso que se ofrecía á su encantadora locuacidad. El asunto se hizo inmediatamente de moda, por la sencilla razón de que no había otro de más interés en aquel momento.

¡Buena sociedad! Ante esta combinación de palabras, es preciso bajar la cabeza con amable cortesía, detenerse con respeto, sonreirse, y prorrumpir de nuevo:

¡Buena sociedad!

Ambas palabras, de ese modo unidas, forman una frase, una designación, que viene á ser como un nombre propio, con el que se designa al conjunto de seres que brilla en las altas regiones del género humano, siendo á la multitud lo que es la espuma al agua; lo que hay más ligero, más brillante, más movable y á la vez más inalterable, pues estamos viendo hoy mismo que las más terribles catástrofes y los más pavorosos anuncios apenas la conmueven.

Ella ha visto venírsele encima toda esta horrosa tempestad de pasiones, de vicios y de crímenes que conocemos con el nombre de *revolución*, y ve pasar los más espantosos sucesos con la frente serena; más aún: con semblante risueño, con la sonrisa en los labios, como si la altura de su posición fuera inaccesible al desastre. Semejante al fastuoso Baltasar de Babilonia, se verá sorprendida en medio de las delicias del festín.

No se puede alterar el orden de las dos palabras de que hablamos, sin que la frase pierda el valor de su especial sentido. La lengua castellana, por un capricho que la gramática no explica con excesiva claridad, no quiere, por lo visto, que se confunda la *buenas sociedad* con la *sociedad buena*, de la misma manera que la naturaleza se opone á que se confunda el agua con la espuma, el humo con el fuego, los rayos con la luz, reservándose el secreto de semejante capricho.

De cualquier modo que sea, el mundo de los salones es, en efecto, un gran mundo: sus horizontes son interminables, como el fondo siempre azul de los espejos; su atmósfera es el lujo, su sol la moda, su cielo la tierra.

En él se encuentran sociedad verdaderamente amena, conversaciones vivas, animadas, llenas de gracia; la más fina franqueza, muchos

rostros bellos y algunos corazones hermosos.

En esta capa de la sociedad, que por el orden jerárquico es la primera, todo es lo último, porque su forma absolutamente indispensable es siempre la última moda.

La última manera de saludar que ha venido de Londres.

La última manera de sonreír que ha llegado de París.

El último modo de sentarse.

La última manera de mirar.

Es una sociedad antigua, antiquísima, y, sin embargo, en ella todo es nuevo, porque la novedad es el aire que respira, el aire necesario á su vida.

En estas regiones era Rafael todo un personaje: su noble figura, sus impetuosos arranques, sus locos amores, sus desafíos y sus generosidades, lo habían hecho célebre: era el hombre de moda. La buena sociedad jugaba con él como un domador de fieras con su león favorito.

Era á la vez la esperanza de las jóvenes que, bien avenidas con el mundo, habían resuelto irrevocablemente no ser monjas, y la desesperación de las que, menos jóvenes, no tenían ya mucho tiempo que perder en vanos galanteos.

Las primeras esperaban que sentara la cabeza, casi seguras de que no había de ser un calavera toda su vida, y las segundas se desespera-

ban pensando que no la sentaría nunca, en vista de que no la había sentado ya, ni daba indicios de sentarla.

Unas y otras conocían que en aquel hombre había por lo menos dos terceras partes de niño, circunstancia feliz para cautivar el deseo impaciente de las más impresionables, porque el amor se pasa la vida jugando y riendo, y á las mujeres les gusta mucho reñir con los hombres y jugar con los niños.

Rafael era, por consiguiente, el niño mimado.

Se fijaban en él muchos ojos con esa expresión con que miramos una fruta exquisita que no ha madurado todavía.

El sol de tantas miradas, preciso es decirlo, había sido completamente inútil, porque el fruto apetecido continuaba verde.

Entre las mujeres que se miran demasiado al espejo, es frecuente que el amor propio haga las veces del amor verdadero, y ocurre que muchas de estas mujeres toman la vanidad por cariño; así es que Rafael ejercía una influencia poderosa sobre el corazón, digámoslo así, de muchas mujeres.

Era, en resumen, un objeto de moda, y ¡claro está!, se lo disputaban, como un lazo, como un aderezo, como un coche, como un palco.

Ciertamente nuestro afortunado calavera no ofrecía título alguno para ser considerado como

un gran partido, en atención á que no se le conocía ninguna renta segura y saneada; pero vivía como un príncipe, y esto era bastante para que hiciera concebir la esperanza de que viviría como una princesa la que consiguiera fijar su corazón inconstante.

Él, por su parte, se dejaba traer y llevar; le halagaban los fugitivos triunfos que su celebridad le proporcionaba, y era un *coquetón* que se complacía en infundir esperanzas y en alimentarlas. Visto por este aspecto, era un hombre frívolo, capaz de hacerle el amor á una rueda de molino.

Venía á ser, poco más ó menos, para ellas un dije, una joya, que hubiera podido venderse muy cara, porque muchas mujeres la hubieran adquirido á cualquier precio.

Se le engañaba fácilmente, pero no se le cogía nunca. Se escapaba precisamente en el momento en que parecía que iba á caer, dejándolas con la boca abierta, como los niños á quienes se les escapa un pájaro de entre las manos.

Cualquier comerciante hábil hubiera hecho con él un buen negocio sacándolo á pública subasta.

Su movilidad nacía naturalmente de su buena suerte; contaba siempre con el éxito, y era inconstante, como la fortuna.

Su corazón no tenía tiempo para fijarse; se

agitaba en un círculo de seducciones continuas, que no le dejaban ni un momento de reposo.

Cuando los ojos de Margarita habían penetrado algo en el fondo de su corazón, la sonrisa de Matilde lo encantaba, ó las lágrimas de Julia lo conmovían.

Las alas de su corazón se hallaban siempre en incesante movimiento, como las alas de las mariposas.

Fijarlo era la gran cuestión.

La vanidad más ó menos tierna, más ó menos excitada de muchas mujeres, se hallaba empeñada en esta lucha, cuando estalló como una bomba la siguiente noticia:

« ¡ Rafael se casa ! »

Esta fué la piedra que cayó en el brillante charco del gran mundo.

La noticia era incompleta, y arrancaba de todos los labios una misma pregunta, que para expresarla bien hay que colocarla entre dos admiraciones, porque la ortografía tiene también sus caprichos.

Era á la vez una admiración y una pregunta; la curiosidad y el asombro preguntaban:

« ¡ Con quién ! »

La respuesta la encontraremos más adelante.

Entretanto la noticia, semejante á una moneda corriente, comenzó á circular por las más altas regiones.

El linaje humano, considerado geométricamente, no es más que una ingeniosa combinación de círculos.

Mírese atentamente, y se verá que el círculo es la forma corriente de todas las asociaciones.

Círculos políticos, círculos elegantes, círculos mercantiles, círculos industriales, círculos privados, círculos viciosos.... Sea el que quiera el motivo, la ocasión, el pretexto, allí donde se reúnen unas cuantas personas, allí se forma necesariamente un círculo.

Esta tendencia manifiesta de la especie humana á la línea curva, puede dar á un matemático y á un filósofo materia para venir á parar á una misma conclusión.

Ambos pueden llegar por distintos caminos á un mismo término, igualmente matemático y filosófico.

Los dos se tropezarán, encontrándose al volver, digámoslo así, la misma esquina.

Dirá el matemático: «Los hombres son series de puntos que marchan siempre en direcciones curvas, proyectando círculos».

Y dirá el filósofo: «El hombre es un ser que huye del camino derecho».

Hay círculos cuyo punto céntrico es una mujer brillante por la triple aureola de la belleza, de la juventud y del fausto.

Ó de otra manera:

Toda mujer que brilla, tiene un círculo de adoradores.

De todos los círculos, los que se forman alrededor de las mujeres son los más terribles para los padres, para los maridos, para los hermanos.

Son verdaderos sitios puestos á la honestidad, á la virtud, al buen nombre de una mujer.

Esas mujeres, verdaderos soles de la moda, encerradas dentro del círculo de cortesanos que de continuo las rodea, adulando sus defectos y lisonjeando sus vanidades, resplandecen como joyas dentro del círculo de espejos donde se contemplan, dentro de los aparadores en que se hallan expuestas. Son una especie de anuncios vivos que dan á la industria muy buenos resultados, porque ellas son las que extienden y popularizan las encantadoras extravagancias con que la moda, siempre nueva, especula, principalmente con la bella mitad del género humano.

Si estas celebridades del gran mundo tuvieran algunos momentos de sobra para pensar en la verdadera naturaleza de la admiración que causan, no se mostrarían tan envanecidas de su propio mérito, porque observarían que la doncella que hace el tocado, la modista que corta el vestido, el joyista que dispone los aderezos..., los encajes, la seda, las perlas, los brillantes y el terciopelo, son los que la mayor parte de las veces obtienen el triunfo.

Muchas de estas seductoras criaturas brillan como la luna con la luz que el sol les presta; y si los resplandores del lujo no las iluminaran, ya lo sabemos, vivirían completamente obscuras é ignoradas.

Llenos están los periódicos de *gacetillas* que describen las suntuosas fiestas, ya de un salón, ya de otro; y más bien parece que se hace en ellas el inventario de un almacén de trajes, aderezos y adornos, que la descripción de una fiesta de seres humanos.

El instinto advierte sin duda á los cronistas de los salones que hay mujeres á las que debe justipreciarse más por lo que cuestan que por lo que valen.

Toda mujer que tenga á la mano una buena fortuna que consumir, hallará en Madrid siempre abierta la puerta de esta celebridad, más envidiada que envidiable.

Tributemos aquí un ligero homenaje á esas glorias humanas, abriendo al paso las dos admiraciones que siguen:

¡Qué profunda debe ser la satisfacción de una madre al saber, por la *gacetilla* de cualquier periódico, que su hija posee la virtud de un collar de perlas inmaculadas, ó el mérito de un aderezo encantador, de una falda vaporosa, ó de un prendido del gusto más exquisito!....

¡Con qué tranquilo orgullo averiguará el des-

cuidado marido que la tierna madre de sus hijos está públicamente reconocida como un modelo de elegancia, sol de la moda en el cielo de los salones!....

La Marquesa de...., no importa el nombre, tenía su círculo de cortesanos, y repetida por las diferentes bocas abiertas que rodeaban su fausto, había resonado la inesperada, la repentina noticia:

«Rafael se casa.»

Semejante especie causó una impresión vivísima, y nadie supo responder á la pregunta que se había escapado de muchos labios.

La Marquesa frunció su audaz entrecejo. Margarita rasgó impensadamente la magnífica tela de su abanico, y las mejillas de Matilde palidieron bellamente. Las tres, no obstante, se miraron á la vez, y se sonrieron á un tiempo. Estas tres mujeres eran las que entonces se disputaban en primera línea los locos obsequios del afortunado calavera.

Hubo un momento de silencio, durante el que cada cual buscaba sin duda quién podría ser la hermosa criatura ó la rica heredera que había conseguido fijar la inconstancia de aquel corazón inquieto que se escapaba de entre las manos.

Al fin la Marquesa rompió el silencio, diciendo con seguridad desdeñosa:

—No lo creo.

—Pues es positivo (replicó el atildado joven que había llevado la noticia á los salones de la Marquesa). Lo sé de un modo auténtico; ya saben Vds. que yo bebo en buenas fuentes.

—No sé (añadió la Marquesa) en qué fuentes habrá V. bebido esta noche; pero es el caso que ha bebido V. á medias.

—¿Por qué?—preguntó el joven.

—Es muy sencillo (dijo Matilde); porque averiguar que se casa y no saber con quién, es traer media noticia.

—Señora, yo he traído una noticia completa y verdadera; este es el hecho principal; lo demás es accesorio, accidental, insignificante.

—No tan insignificante, señor mío (replicó Margarita). Y, si V. me apura, le diré que mientras no se sepa con quién se casa, la noticia, á mis ojos por lo menos, es muy dudosa.

—Antes de media hora sabrán Vds. quién es la futura, puesto que le dan tanta importancia á ese pormenor, que en nada altera la realidad evidente del hecho de que se trata.

Y, diciendo y haciendo, salió de la sala tan precipitadamente, que no reparó en Esteban, que entraba al mismo tiempo.

La Marquesa esperó que el amigo de Rafael se le acercara á saludarla; pero Matilde no tuvo paciencia, y al verlo, exclamó:

—Llega V. á tiempo.... Acaban de decirnos que su amigo de V. se casa.

—Pues les han dicho á Vds. la verdad,—contestó Esteban.

—¿Y cómo es eso?—preguntó Margarita.

—He ahí una cosa difícil de explicar; él mismo no acierta á darse cuenta de lo que le sucede. Hay por medio una falda negra y un manto con velo. Debajo de este luto ha descubierto toda una primavera de flores.

—¿Es joven?—preguntó uno.

—Él dice que empieza á serlo.

—¿Bella?

—Él asegura que es un ángel; y, si no lo es, debemos suponer que así le ha parecido. Además, á los diez y ocho años suelen serlo todas las mujeres.

—¿Cómo se llama?—preguntó la Marquesa.

—Se llama María.

—Pero bien: yo pregunto á qué familia pertenece.

—A una gran familia: á la numerosa familia de las gentes desconocidas. Por lo demás, sé que vive con una anciana imposibilitada á quien llama abuela. Esta anciana es viuda de un militar, y disfruta una pequeña pensión. Me parece que no puedo dar más pormenores.

—Con esa pensión podrán vivir apenas (advirtió Margarita). Y, en ese caso, deberá ser una

hermosura de buhardilla, verdadero ángel, puesto que vive de tejas arriba.

Celebróse la gracia con una risa general, y Esteban contestó diciendo:

—No tanto: habita en un cuarto cuarto; tiene su nido, como las golondrinas, bajo el alero del tejado.

La Marquesa dió á su fisonomía una expresión picaresca bastante graciosa, y al mismo tiempo preguntó:

—Y con la corta pensión de la abuela, ¿puede permitirse la nieta el lujo de un cuarto piso?

—Es que no cuentan sólo con la pensión.

—¡Hola!... (exclamó Matilde.) ¿Poseen rentas del Estado?

—No, señora,—contestó Esteban.

—¿Tiene algún tío en Indias?—preguntó á su vez Margarita.

—Tampoco.

—¡Vamos! (añadió la Marquesa.) Si no tiene un tío en Indias, puede haber algún primo que la proteja.

Este equívoco de la Marquesa obtuvo un éxito completo, levantando un murmullo de aprobación. Todos los presentes convinieron en que era el chiste más espiritual que habían oído nunca.

La tertulia empezaba á animarse.

V.

Esteban calculó, y calculó bien, el gran efecto que debía producir en la tertulia habitual de la Marquesa la noticia del casamiento de su amigo, que, como hemos visto, era ya del dominio público; y se complacía viendo que el asunto se había hecho tema obligado de la conversación.

Su propósito era levantar una cruzada contra tan descabellado intento, y contaba para ello con los celos de unas, con la envidia ofendida de otras, y con la natural y espontánea maledicencia de todos.

No entraba en su sistema la difamación ciega ni la calumnia sorda; contaba lo que sabía con cierta puntualidad, dejando á los demás el cuidado de las suposiciones malévolas y de los comentarios equívocos.

Realmente no movía su ánimo ninguna pasión, ningún interés perverso. ¿Qué le importaba á él que Rafael se casara con quien tuviera por conveniente? Pero, ¡ya se ve!, un matrimonio tan desigual repugnaba á su naturaleza fría, calculadora y egoísta.

Si él hubiera explicado el impulso que lo guiaba, habría dicho que era el interés paternal

de un cariño verdadero; pues, como amigo, no debía consentir que cayera en el lazo que indudablemente se le tendía. Para apartarlo del camino que había emprendido, todos los recursos eran buenos; pues, como ya debemos haber sospechado, profesaba el atroz principio de que el fin justifica los medios; por consiguiente, dejaba que María fuera blanco de las más crueles sospechas. Es verdad que él, por su parte, no tenía de ella la opinión más favorable; le pareció desde luego que había de ser una de esas virtudes dudosas, que ocultan, bajo las apariencias del decoro, debilidades más ó menos interesadas para no perder la esperanza de encontrar un marido á propósito, que nunca faltan para esta clase de mujeres.

El corazón impetuoso de Rafael era un peligro, pues si llegaba á enamorarse de veras, lo arrostraría todo antes que renunciar á su presunta dicha. Después descubriría el engaño de que había sido víctima, y entonces la catástrofe sería inevitable.

De esta manera discurría Esteban, empeñado en salvar á su amigo del peligro en que lo veía precipitarse; y pretendió detener el ciego impulso de aquel amor repentino con las carcajadas del mundo, que lo perseguirían por todas partes.

Él fué, pues, el que extendió la noticia, haciéndola correr por los cafés, desde donde se eleva-

ría á los salones, como se elevó en efecto. Así es que Esteban, contestando á las últimas palabras de la Marquesa, dijo:

—No sé si hay tío, ó es simplemente un primo, quien ha tomado á su cargo la protección de la hermosa nieta y de la abuela impedida. Mis noticias no llegan á tanto. Lo que sé positivamente es que la misteriosa ninfa posee la habilidad de hacer flores, según Rafael, de una belleza admirable.

—Yo no puedo convenir (dijo Matilde) en que Rafael piense en eso formalmente.

—Pues es indudable (replicó uno de los circunstantes); y si Vds. conocieran á esa señorita, no lo pondrían en duda. Es de una belleza irreprochable y de una conducta irrepreensible.

—¿V. la conoce?—preguntaron á la vez muchas voces.

—La conozco (contestó); y aseguro que vale la pena.

—En cuanto á la belleza (añadió la Marquesa), será un portento; pero V., amigo mío, no es autoridad en el asunto. Es V. demasiado bondadoso con nosotras, y basta que sea mujer para que vea V. en ella todas las perfecciones imaginables.

—Señoras, no digo yo que es una belleza extraordinaria, que pame ni asombre. Tal vez la nariz carezca de la rectitud estética del perfil

griego; pero hay tal dulzura en su rostro, una expresión tan suave, tal delicadeza en los contornos, que impresiona vivamente luego que se para la atención en ella.

Margarita no pudo contenerse, y dijo:

—¡Vamos! Es una belleza de primera impresión, y cabalmente las primeras impresiones suelen ser engañosas.

—No tal: el efecto que causa no es repentino, sino lento; no es de esas hermosuras que se vienen á los ojos, y todo lo dicen de una vez, sino, por el contrario, su belleza parece velada, y poco á poco se va descubriendo: cuanto más se la ve, más gusta.

—¡Oh! (exclamó la arrogante Marquesa.) Pertenece, por lo visto, á esas mujeres de belleza insignificante y vulgar, á las que hay que acostumbrarse para que no parezcan feas.

Matilde deslizó estas palabras:

—He ahí una mujer que no debía dejarse ver nunca por primera vez.

Toda la tertulia celebró el chiste; y el que sostenía la belleza de la florista contra el torrente de la opinión pública, dirigida por la Marquesa, por Margarita y por Matilde, después de reirse como los demás, dijo:

—Si Vds. me apuran, me veré obligado á emprender la retirada, pues no hay forma de luchar contra tan poderosos enemigos. Si Vds:

se empeñan en ello, será fea, horriblemente fea.

—No, no (se apresuró á decir Margarita); no tenemos empeño en ello.

—Entonces, créanme Vds.: no digo yo que deslumbre, pero les aseguro que cautiva.

—¿Lo sabe V. por experiencia?—preguntó Matilde.

—No,—contestó.

—Esa manera de hablar es sospechosa,—añadió Margarita.

—Aseguro....—empezó á decir; pero la Marquesa le cortó la palabra, añadiendo:

—No debemos insistir en ese punto. Los amantes afortunados son muy discretos.

—Juro (exclamó con vehemencia), que mis pretensiones fueron bizarramente rechazadas.

—Luego....

—Ni luego, ni antes (replicó). Declaro que estuve á punto de perder el juicio por esa bella criatura; pero, en honor de la verdad, ella misma me hizo entrar en razón; porque han de saber Vds. que á su bondad une un talento de primer orden, y me convenció plenamente de que debía renunciar á mis pretensiones. Ella lo quiso, y renuncié.

Esteban puso la mano sobre el hombro del que acababa de hablar, y con sonrisa ligera le dijo:

—Amigo mío, eso es inverosímil.

—¿Por qué?—preguntó.

—Estas señoras lo dirán, si quieren ser ingenuas.

Las señoras permanecieron calladas.

Entonces una voz algo cascada tomó parte en la conversación, diciendo:

—Las señoras no confesarán nunca que les es siempre agradable verse pretendidas, sea quienquiera el hombre que las pretenda. No renuncian fácilmente á sus conquistas. He ahí sin duda lo inverosímil del caso.

—General (exclamó la Marquesa): ¿V. cree en la exactitud de esa observación?

—Creo, señora, que, por regla general, puede admitirse.

—No hay inconveniente en ello (añadió el pretendiente desdeñado). Admito esa regla general; pero, señores, hay excepciones, y la mía es una.

—Respetemos la modestia de este caballero, y concluyamos reconociendo que la nieta de su abuela es un asombro de belleza y un pasmo de virtud; pero aun así me parece que no es un gran partido.

—¡Por supuesto! (exclamaron muchas voces á la vez.) ¡Una florista!...

—Á todo esto (dijo el General), todavía no conocemos su retrato.

—En efecto (añadió Margarita): no basta de.

el es bella; es preciso demostrar en qué consiste su belleza. Vizconde: denos V. una idea de las singulares perfecciones de la ingrata que no ha sabido corresponder á una pasión tan desesperada. Es cosa que V. se la encontrará hecha, pues debe sabérsela de memoria.

—Sí, sí (dijeron varios concurrentes). Venga, venga el retrato.

—Señores, no es tan fácil lo que se me pide. La belleza de María está más en la expresión que en las líneas; más en el conjunto que en los pormenores, y voy á hacer un bosquejo pálido, que no va á satisfacer á nadie.

—Eso (advirtió la Marquesa) es confesarse vencido.

—No (replicó el Vizconde); es declararme insuficiente.

—Sepamos, á lo menos (dijo Margarita), á qué tipo pertenece.

—Tipo.... (repitió el Vizconde, con ademán dudoso,) Tipo.... tipo.... Quizás hay en su semblante algo del tipo hebreo.

—¡Hola! (exclamó la Marquesa.) Aquí tenemos una mujer de la Biblia.

El General añadió, suspirando:

—¡Ah! Es un hermoso tipo.

—Vamos por partes (dijo Margarita). ¿Ojos?

Al hacer esta pregunta abrió los suyos, dejando admirar el azul aterciopelado de sus pupilas.

—Eso no se pregunta (contestó el General).
Deben ser grandes, negros, ardientes y dulces.

—Exacto (añadió el Vizconde): que brillan
bajo dos cejas soberanas.

—¿Pelo?—preguntó á su vez la Marquesa.

—¡Claro está! (se apresuró á decir el General.) Negro, espeso, largo y brillante.

—Eso es (dijo el Vizconde): negro, espeso,
largo y brillante, formando ondas.

Matilde animó sus mejillas sonrosadas con
una amable sonrisa, y pronunció estas palabras:

—Deberá ser bastante morena, un tanto acei-
tunada: creo que es el color correspondiente al
tipo.

Esta vez el Vizconde no dió tiempo á que el
General contestara, pues se adelantó, diciendo:

—Nada de eso: es blanca como la nieve.

—¿Pálida?

—Sí; de una palidez suave y nacarada, como
la de las hojas de la azucena.

—Ahora (añadió el General), el retrato se
completa por sí mismo: rostro ovalado, boca
movible graciosamente acentuada...., alta, fina,
flexible....

—Cualquiera diría, mi General (dijo el Viz-
conde), que V. la conoce.

—No, contestó: no la conozco; pero el tipo
no me es desconocido; y si es como acabamos
de pintarla, y sobre todo como yo la imagino,

comprendo perfectamente que al insigne Rafael se le haya ido el santo al cielo.

—Sí (añadió Esteban); es un tipo original, que puede causar impresión profunda. Y he ahí la mujer extraordinaria que ha conseguido fijar el corazón atrabiliario de ese loco, á quien ninguna ha podido sujetar. Es un triunfo cuyo mérito no podemos desconocer; porque, señores, no se trata de un capricho pasajero: Rafael se casa.

—Pero ¿será capaz de casarse con una florista?

Á esta pregunta de la Marquesa, la concurrencia guardó silencio, y Esteban añadió:

—Todos mis esfuerzos han sido inútiles. Está decidido y resuelto á arrostrar el ridículo.

En aquel momento entró, respirando con violencia, el que media hora antes había salido en busca de nuevas noticias acerca del asunto que era objeto de la conversación. Entró, llevando en el semblante la satisfacción del triunfo, y se adelantó, diciendo:

—Todo lo sé: he recogido los datos más preciosos: es una mujer sin padres, sin familia, sin nombre y sin fortuna: es una aventurera....

—Todo eso (dijo Margarita) lo sabíamos ya. El pobre hombre se detuvo, cortado por aquella salida inesperada, que quitaba á sus averiguaciones toda la gloria de la novedad.

—¡Bah! (exclamó la Marquesa.) Sus amigos

deben disuadirle; la amistad obliga. Yo creo que si lo vieran Vds. al borde de un abismo, todos acudirían á socorrerle. Pues bien: lo que harían Vds. por su vida, bien pueden hacerlo por su felicidad.

Esteban tosió, y contestó á la Marquesa, diciéndole:

—Señora: creo que los amigos no conseguirían nada; las amigas me parece á mí que alcanzarían mejor fortuna.

El General intervino, exclamando:

—¡Oh! Es curioso esto. ¿Con qué derecho van Vds. á erigirse en tutores de su corazón? Me parece que Rafael ha salido ya de la patria potestad, y no necesita curadores que administren sus inclinaciones.

—Caballero (replicó Matilde); tiene V. el corazón duro como una barbacana, y el frío de los años le ha hecho á V. algo egoísta; si no, habría comprendido al golpe que se trata de una obra de misericordia: *dar buen consejo al que lo ha de menester.*

—Eso es precisamente lo que yo hago al aconsejar á Vds. que no se metan en un asunto en el que nada les va ni les viene.

—Me parece muy cruel (dijo Margarita) abandonarlo de ese modo á los peligros de un capricho que llorará después con lágrimas de sangre.

—No le falta razón al General (advirtió Este-

ban). Rafael está ya en edad de saber lo que se hace; y, fuera del derecho que da la compasión que inspiran las gentes que no saben manejarse, no tenemos facultad ninguna que nos autorice á meternos en sus asuntos. Se ha enamorado ciegamente, y va á casarse, claro está, con una venda en los ojos. ¡Qué le hemos de hacer! Compadecerlo. Por lo que hace á mí, en vista de la ineficacia de mis consejos y de la inutilidad de mis advertencias, he decidido abandonarlo á su suerte, con certidumbre de que el mundo le hará pagar bien cara su locura.

—Todavía no está casado,—replicó Margarita.

—Hay un dato para creer (dijo el Vizconde) que este amor le ha cogido de medio á medio.

—¿Cuál?—preguntaron á la vez la Marquesa, Matilde y Margarita.

—¿Cuál? Que hace ya dos meses largos que huye de los amigos, que está taciturno, que no juega, ni monta á caballo, ni ha tenido ningún lance, ni se le ve por ninguna parte.... Vamos, es hombre muerto.

—¡Basta! (exclamó la Marquesa.) Este asunto empieza ya á ser fastidioso. Hablemos de otra cosa.

En efecto: la conversación varió de rumbo; pero no tardó mucho tiempo en volver al tema obligado del casamiento de Rafael.

¡Pobre María! No sabía ella lo que le costaba

su triunfo sobre aquel hombre que la moda había hecho adorable.

VI.

¿Qué no hará una madre para casar á la hija de sus entrañas? En este punto me inclino á presumir que el amor maternal ha de tener que dar mucha cuenta á Dios. No todas las madres saben contenerse dentro de los límites regulares cuando se trata de conquistar un marido, sobre todo si presenta ciertas ventajas materiales; porque si las hijas suelen enamorarse desinteresadamente, las madres se inclinan sin vacilar en favor de aquel que, tuerto ó derecho, joven ó viejo, ofrezca el bolsillo más ancho, más hondo y más lleno.

No es esta ocasión á propósito para bosquejar en un cuadro completo, con todos los detalles necesarios, las coqueterías, las seducciones, las solicitudes, los medios de atracción, en fin, que despliega una madre poco discreta que se empeña en casar á su hija.

Es asunto más vasto de lo que parece, y necesita un estudio y un espacio de que no puedo disponer en este momento, en que el hilo de la narración tira impaciente de la pluma con que escribo.

Ya sabemos que el General es tío de la sobrina en quien Esteban ha fijado su pensamiento, ó, mejor dicho, su cálculo. La madre de esta sobrina es hermana del General, solterón invencible, que ha llegado á los sesenta años defendiéndose heroicamente de las seducciones del matrimonio. Según él mismo asegura, ha hecho la campaña de la vida sin caer prisionero. Se vanagloria de su arrojo en acometer y de la fortuna de sus empresas; pero su orgullo lo funda principalmente en la hábil oportunidad con que siempre supo emprender las retiradas.

Su hermana quedó viuda, y se habría visto reducida á crueles estrecheces, si el General no hubiera tomado á su cargo el bienestar de la madre y de la hija. Ésta había nacido y se había educado en esa falsa opulencia que dan los sueldos de los altos empleos; opulencia que desaparece como el humo al soplo de una cesantía, si el alto funcionario se ha contentado con los cuarenta ó cincuenta mil reales anuales correspondientes al sueldo de su empleo.

Gracias á la influencia del General, que pesaba tanto como la espada de Breno, el marido de su hermana, empleado subalterno, ascendió rápidamente, conservándose á flote, á pesar de los continuos cambios de ministerio que forman el oleaje continuo de este *mare magnum* que llamamos política. Mas si estaba asegurado contra

el golpe mortal de una cesantía, la influencia del General no era bastante para asegurarle el goce perpetuo de la vida.

Quiero decir, que la vacante que no habían podido hacer tantos ministerios, la hizo una sola pulmonía: el alto funcionario cayó herido por esa puñalada con que atrayesa los pulmones el viento sutil de Guadarrama, y la hermana del General quedó viuda. Lloró al difunto con amargas y abundantes lágrimas; pero su hermano la consoló pronto, señalándole una pensión equivalente al sueldo que acababa de perder al quedar viuda.

Ocurrió esto hallándose el General desempeñando un mando importante en América, y á su vuelta á España la sobrina se vió rodeada de pretendientes que aspiraron á su mano, contando con los dedos los millones que forzosamente debía haber traído, no sé si de Cuba ó de Puerto Rico, el ilustre veterano; pero el tío desmintió tan pingües suposiciones, reduciéndose á vivir humildemente en la modesta casa de su hermana, sin coches, sin caballos, sin pompa ni boato alguno.

Por algún tiempo se resistió la opinión pública á creer que el General hubiese vuelto á España con las manos en los bolsillos; mas viendo la modestia con que vivía, aceptaron la posibilidad del caso como una cosa verdaderamente

extraordinaria é inverosímil. Se había echado la cuenta sobre millones imaginarios, y, claro está, al desaparecer la supuesta riqueza del tío, desaparecieron los pretendientes de la sobrina. No cegaba á la madre el cariño maternal hasta el punto de creer que los encantos personales de su hija pudieran por sí solos conquistarle un marido digno de su posición, y luchaba inútilmente con su hermano, empeñada en convencerle de que convendría aparentar cierto desahogo en la manera de vivir. Mejor casa, mejor mesa, y un coche siquiera, eran indispensables para que la niña encontrara el partido que su esmerada educación requería. Pero el tío se encogió de hombros, diciendo:

—Gasta á tu gusto mi sueldo de cuartel; no hay otra cosa.

—Eso (replicaba ella) es condenar á tu sobrina, á la hija única de tu hermana, de tu única hermana, á que no se case nunca; porque no ha de apechugar con el primer *pelagatos* que se presente. ¡Ya ves!; tú no eres eterno, y calcula qué será de nosotras el día en que tú cierres el ojo.

—Por ahora (exclamaba el hermano) no pienso en semejante cosa. En cuanto á mi sobrina, hija única de mi única hermana, prefiero que no se case nunca, á que vengán á buscar en su mano el *gato* del tío. El que la quiera, la ha de querer pobre. ¿Me entiendes?

Y añadía :

—Además : si con mi sueldo no hay bastante para cazar un marido á tu gusto , no sé cómo demonios se ha de arreglar este santo.

—Lo que yo no sé (contestaba la hermana con la mayor naturalidad del mundo) es lo que tú has hecho. Te metes en un pronunciamiento que pudo costarte muy caro , sólo por ir á América; lo consigues , vas , estás allí dos años , y te vuelves lo mismo que te fuiste.... Semejante extravagancia es incomprensible. Durante la juventud has sido un loco de atar , y cuando te haces viejo , te vuelves tonto de remate.

Siempre que el General se veía acometido por esta observación , daba media vuelta , y emprendía la retirada , dejando á la viuda el vano honor de una victoria inútil , pues las cosas continuaban del mismo modo , sin que innovación alguna aumentase en poco ni en mucho el fausto de la casa.

Tal era el tema obligado de las conversaciones de los dos hermanos. La sobrina no tomaba nunca parte en estas controversias ; y si se entablaban en su presencia , huía discretamente , merced á una seña de su madre , que al punto era obedecida.

Un día el General le dijo á su hermana :

—Veo que te domina el deseo inmoderado de casar á tu hija , y es preciso que reflexiones un poco y no violentes las cosas.

La viuda le contestó :

—Eso es: me cruzaré de brazos, y dejaré que el tiempo pase. ¿Te parece á ti que se le presenta á tu sobrina un porvenir muy risueño?... No, no quiero dejarla sola en el mundo.

—Y con esa inquietud, ¿qué consigues? Nada: Además, no es un caso tan desesperado.

—Cada día (replicó la atribulada madre) es más desesperado.... Mercedes (añadió bajando la voz) ha cumplido ya veinticinco años....

—¡ Mire V. qué cosa tan rara! (exclamó el General.) Veinticinco años los tiene cualquiera. Es una edad á la que se llega muy pronto. Pero, en fin, tranquilízate, porque aun cuando tuviera cincuenta, te prometo que se casará.

—No sé cómo has de hacer ese milagro, si no la colocas en una posición brillante, donde luzca la esmerada educación que ha recibido. Á no ser que te propongas casarla de real orden con algún subalterno. Eso únicamente lo aceptaría yo en el último extremo.

—El último extremo no es ese, querida hermana: precisamente es todo lo contrario. Te prometo, para el caso en que Mercedes perdiera toda esperanza, un yerno ilustre, que ocupa una alta posición; que si le ocurre la tontería de morirse, le dejará lo bastante para que no tenga que llorar la viudez más que con un ojo, ó, mejor dicho, con ninguno.

—¿Dónde está ese hombre? (preguntó la madre de Mercedes.) Yo no lo veo por ninguna parte.

—En el mundo se encuentra todavía (contestó el General, guiñándose el ojo); y para que saborees de antemano el triunfo de tu hija, te diré que ese hombre es incasable.

—¿Y por qué guardas tan buen partido para el último extremo?

—Porque ese buen partido soy yo, que me casaré con tu hija luego que hayamos perdido por completo la esperanza de que encuentre un marido á su gusto.

La viuda miró á su hermano con asombro, y estuvo á punto de llorar de agradecimiento y de ternura.

—Pero, Fermín (le dijo), tú que te has resistido siempre al matrimonio; que has rechazado las pretensiones de las mujeres más hermosas; tú que fundas tu gloria en haberte salvado del lazo en que todos caen, ¿será posible?....

—Es un sacrificio que hago por ti.

—¿Hablas formalmente?

—Yo (le contestó el General), hasta los mayores desatinos los hago con toda formalidad. No es lo que te propongo un disparate insigne, sino una sublime tontería. Desde luego el hombre que se casa no da una gran idea de su talento. Tú dirás que la gran mayoría de los hombres se ca-

san: es cierto. *Stultorum infinitus est numerus*: palabras nunca desmentidas, que quieren decir: *Es infinito el número de los necios*.

—Pues sería una gran desgracia que la inmensa mayoría de los hombres tuvieran talento, porque no se casarían, y entonces, adiós mundo.

—Precisamente (replicó el General) para que el mundo no se acabe ha dispuesto la Divina Providencia que el número de los tontos no tenga límites. ¡Ya ves!; á mi edad, la tontería no puede ser más completa.

—¡Á tu edad!.... (exclamó la viuda.) ¡Vaya, no eres tan viejo!

—No me adules, hermana; he cumplido ya sesenta y cuatro años.

—Creo que te añades años; pero aun cuando sea así, te conservas muy bien; eres fuerte, y estás hecho un *pollo*.

—Estoy hecho un *petate*, querida mía; y tú eres muy capaz de encontrarme joven como un *quinto* y hermoso como Marte, porque la idea de casar á tu hija te ciega deplorablemente, y ya no ves en mí más que un yerno que te conviene. Tus piropos, pues, me parecen de un gusto detestable.

—Eres feroz (dijo la hermana). ¿No te atreverías á mandar una batalla?

—Sin duda (contestó el hermano). Me siento con bríos para hacer saltar mi caballo por la

tronera de un cañón; es cierto: pero me tiemblan los huesos ante la idea de caer á los sesenta y cuatro años en el garlito del matrimonio. No es lo mismo ir á buscar noblemente una muerte honrosa, que resignarse á pasar los últimos días de la vida haciendo el cadete. Lo primero es heroico; lo segundo es ridículo. ¡Oh! ¡Y el cadete con la mujer propia! Conozco que hay en mi sangre algo de la sangre de los héroes; mas te juro que no tengo nada de mártir. Á caballo y sable en mano, voy al fin del mundo; pero no tengo valor para estar en berlina ni un cuarto de hora. Mas se trata de mi sobrina, y sobre todo de tí, que reventarás si no casas á tu hija; y ante esto cierro los ojos, porque no quiero que te pongas en ridículo, y te ofrezco mi blanca mano. No debe ser muy agradable tenerte por suegra; no obstante, cuenta conmigo; en el último extremo, me resignaré á morir siendo hijo de mi hermana.

La futura suegra miró á su hermano con ojos maternales, y dando á su voz el tono de la más cariñosa autoridad, dijo:

—Es un enlace que me lisonjea por todos estilos, y mi hija se dará por muy satisfecha con que tú la prefieras entre tantas como todavía se disputan tus obsequios.

Al oír estas palabras, soltó el General una estrepitosa carcajada, exclamando:

—Sí, presunta y querida suegra mía; aún hay mujeres que se disputan los dos entorchados que adornan las mangas de mi uniforme, buscando una viudez cómoda para pasar el resto de sus días.

—Sea como quieras; pero dime: si te consideras en un estado tan deplorable, claro está que no tienes tiempo que perder; y, en tal caso, ¿por qué aplazas tu casamiento con mi hija para el último extremo?

—Por dos razones, que no tienen vuelta de hoja.

—Primera.

—Porque todavía puede encontrar Mercedes un hombre que llene su corazón, cosa mucho más agradable para ella que hacerle cargar con el estafermo de su tío.

—Segunda.

—Porque lo último que se hace en el mundo es morir, y lo penúltimo que yo haré será casarme con mi sobrina. Y..., francamente, me divierte el mundo demasiado para que no desee vivir algunos años más.

—¡Oh! (exclamó la madre de Mercedes.) Has aprendido en los campamentos un lenguaje ininteligible. Expílicate, y di francamente lo que piensas.

—Pienso casarme *in articulo mortis*, ¿comprendes?... Si me resigno á ser tu yerno, es

con la condición de que seas mi suegra el menos tiempo posible.

—Eres atroz, hermano mío; pero, aun así, hay una dificultad que puede hacer imposible *nuestro* proyecto.

—Me admira, querida hermana, tu previsión. ¿Qué dificultad puedes encontrar á un matrimonio tan ventajoso?

—Una.

—Veamos.

—Supón que te mueres de repente.

—¡Demonio! (exclamó el General.) La cosa es posible...., y juro por mi honor que no me había ocurrido. Pero, no te apures: ya precaveremos esa eventualidad, y ten en cuenta que soy muy capaz de sobrevivirme algunos minutos por dejar viuda á mi sobrina.

Tal era el estado de las cosas cuando Esteban se propuso sondear el corazón de la madre, porque el de la hija creyó, y no sin falta de motivo, que estaba completamente de su parte; cosa bien natural, pues Mercedes no debía mirar con indiferencia á un joven de buena figura, de finos modales, que gozaba de creciente reputación en el foro, á quien la política ofrecía una brillante carrera, y que se hallaba admitido y se veía agasajado en los mejores círculos. Es verdad que su aspecto frío y su manera de ser reglamentada no eran á propósito para encender en el

corazón de Mercedes el fuego de una pasión; pero la hija de su madre no había de sacrificar á este pequeño inconveniente la felicidad de su vida, porque, por de pronto, su felicidad era casarse, y el tiempo pasaba rápido como una flecha, llevándose una á una las más risueñas esperanzas.

En una palabra: prefería los cautos y reservados obsequios de Esteban, al propósito, digámoslo así, póstumo de su tío.

Esteban no dudaba de que Mercedes admitía sus pretensiones, dándole de ello testimonio las diversas pruebas que recibía de la discreta sobrina del General, diestra, como todas las mujeres, en dejarse adivinar por los que tienen algún interés en adivinarlas.

Á la madre no se le ocultaban estas mudas inteligencias, favoreciéndolas en cuanto le era dable, porque aun cuando tal vez hubiera preferido á su hermano, era una perspectiva demasiado lejana para su maternal impaciencia. Además, la idea de la muerte repentina la tenía con el alma en un hilo. Es más: habría sido para ella un motivo de satisfacción poder decir á su hermano: «Javier, hay quien solicita la mano de Mercedes».

Y ¿quién sabe?... El corazón del hombre tiene tantas sinuosidades, que acaso el tío sintiera la comezón repentina de los celos, y acabara el

victorioso General convirtiéndose en vencido cadete. Entonces tendría Mercedes donde elegir, y el triunfo sería completo. ¡Oh! ¡Cazar á su propio hermano!... Esto era para la buena señora un golpe maestro.

Por lo que hace al General, veía con gusto las vueltas y revueltas de Esteban, y guiñándose el ojo, se decía á sí mismo:

—Este muchacho, ó es más tonto que un poste, ó es un pillastre que se pierde de vista.

VII.

Imaginémonos ahora la deliciosa sensación que experimentaría la hermana del General al recibir de parte de Esteban la solicitud de una conferencia. Indudablemente el joven iba á presentarle sus pretensiones, desembozando por completo su pensamiento.

Veía la viuda en esta conferencia el doble motivo de dos satisfacciones: por una parte, la satisfacción del triunfo; por otra, la ocasión de una entrevista *tête à tête*, en que desplegaría los poderosos recursos de su astuta diplomacia, remachando el clavo de aquel amor, que estaba segura de haber inspirado á medias con su hija. Esteban debía estar encantado del afectuoso in-

terés que la amable señora le demostraba por medio de las más finas atenciones y de los más particulares obsequios.

La encontramos en los momentos en que uno de los ordenanzas del General, vestido, por disposición de la señora, con frac y corbata blanca, le anunciaba la visita del joven pretendiente.

—Gaspar (dijo la viuda con toda la majestad posible); que pase ese caballero al saloncito verde, y que espere.

Diciendo esto, reparó en la actitud militar del criado que tenía delante, y con mal disimulada impaciencia, añadió:

—Baje V. esa mano. No sé cuándo va V. á olvidar esos saludos militares. Le he dicho á V. muchas veces que mi casa no es un cuartel.

El ordenanza bajó la mano de golpe, permaneciendo *cuadrado* como un recluta, y la señora le indicó la puerta, diciendo:

—¡Ea! Despache V.

Giró Gaspar sobre el talón izquierdo, dió media vuelta, y salió derecho, con la cabeza alta, marchando al paso redoblado, como hubiera podido hacerlo en un *desfile*.

—¡Oh! ¡qué bruto es este hombre!—exclamó la hermana del General.

Probablemente hubiera cambiado de parecer si, en lugar de verlo de espaldas, hubiera sorprendido las grotescas gesticulaciones con que

el recluta acompañaba los movimientos acompasados de su paso marcial. Entonces, quizás le hubiera parecido demasiado listo aquel hombre tan bruto.

Luego que salió el criado, se acercó la viuda al espejo, se echó una mirada lenta y escudriñadora, se hizo á sí misma una señal de aprobación, dirigiéndose con aire majestuoso al saloncito verde.

No se crea que la buena señora conservaba aún pretensiones de agradar por los encantos exteriores de su persona. Nada de eso. Hacía ya algún tiempo que había tenido el discreto acuerdo de renunciar á la gloria de su pasada belleza. No obstante, todavía no rayaba en los sesenta; pero era una señora bastante juiciosa para no retirarse á tiempo. Otra hubiera esperado á cumplir los sesenta años; pero ella no quiso disimular por más tiempo las arrugas y las canas, y se declaró vieja á la tierna edad de cincuenta y seis años. Hasta entonces había sido una niña bulliciosa; mas de repente se hizo grave: hasta entonces había disimulado la edad, ó, por lo menos, había pretendido disimularla, y al transformarse de niña en vieja, pretendía disimular la índole especial de su carácter.

Su coquetería era seria, reflexiva: coquetería trascendental. Por eso, al examinarse en el espejo, no quiso consultar el efecto atractivo de

sus encantos, sino el efecto serio y, digámoslo así, diplomático, mas bien, oficial, de su severa *toilette*. Quería imponerse previamente al hombre que decididamente y con todas las formalidades de costumbre iba á pedirle la mano no extremadamente bonita de Mercedes.

Aquella madre sedienta de casar á su hija, que bebía los vientos por ser suegra, quería, en la presente ocasión crítica y solemne, elevarse á las alturas de una dignidad imponente. Consultó, pues, con el espejo la majestad de su porte y, digámoslo así, la formalidad de su vestido y de sus adornos.

Con el aplomo algo teatral de una gran señora entró en el saloncito verde, donde Esteban la esperaba de pie y con el sombrero en la mano.

La presunta suegra tendió la mano con grave afabilidad al presunto yerno, que él estrechó en la suya casi tiernamente, mientras ella se sentaba, diciendo:

—Amigo mío, es V. puntual.

—Señora (contestó Esteban), lo soy siempre: tengo el vicio de la exactitud, y espero que sea V. indulgente con esta flaqueza.

—¡Oh! No; la exactitud es una buena cualidad, que más bien merece admiración que indulgencia.

—Es V. muy bondadosa conmigo.

Esteban permanecía de pie, esperando que la señora lo invitara á sentarse.

—No hay que fiarse mucho de mi bondad,— contestó ella sonriéndose.

Al mismo tiempo le indicó con la mano una butaca próxima, y Esteban se sentó.

—Tal vez (dijo) he incurrido en una indiscreción provocando esta entrevista confidencial, y, si V. me lo permite, me reservaré el asunto de que deseaba hablarle.

Sospechó la viuda que sus últimas palabras habían despertado en el ánimo de su futuro yerno el recelo de una negativa, y se apresuró á enmendar su falta, diciendo:

—Quiero probarle á V. que no soy tan bondadosa como me supone, y le niego á V., por consiguiente, el permiso que me pide.

—Eso es colocarme en un verdadero apuro, porque yo contaba con su bondad, requisito indispensable, sin el que no me hubiera atrevido á solicitar esta audiencia.

La hermana del General se irguió satisfecha, viendo que entraba en la conferencia con una superioridad indisputable. Sin embargo, no le pareció prudente abusar de su posición, porque con un hombre tan tímido, ó, más bien, tan receloso como su futuro yerno, era expuesto mantenerse en alturas tan inaccesibles. No era cosa tampoco de dejarse caer de golpe. Su es-

trategia le aconsejaba ceder, sí, pero ceder poco á poco.

—Vamos (dijo): V. quiere que le prometa una benevolencia que sea el juicio anticipado y favorable, por supuesto, del asunto que se había propuesto consultarme; y si yo fuera tan condescendiente, formaría V. de mí una opinión poco lisonjera.... Antes de todo, necesito saber de qué se trata.

—¿Querrá V. creer, señora (advirtió Esteban), que la primera dificultad que se me presenta es la exposición del asunto?

—En ese caso (contestó la madre de Mercedes), nuestra entrevista será para entrambos muy agradable, lo cual no quita que sea completamente inútil.

—Hay un medio.

—¿Cuál?

—Tengo del talento de V. la mejor idea.

—¡Oh!

—Sí.

—¿Y bien?

—No le será difícil....

—¿Qué?

—Adivinar.

—¿Qué quiere V. que adivine?

—El objeto que me tiene en su presencia.

—Eso es tentar mi vanidad.

—No lo creo.

- ¿Pues?....
- El enigma está claro.
- ¡Oh!.... No tanto.
- Para V., clarísimo.
- ¿Soy yo adivina?
- En este caso no necesita V. serlo.
- ¿Cómo adivino entonces?
- Lo tiene V. ya adivinado.
- ¿Desde cuándo?
- Por lo menos desde anoche.
- ¿Cómo?
- Anoche, al salir del teatro, tuve el honor de que aceptara V. mi brazo.
- Es verdad.... Vinimos á pie. ¡Hacia una noche tan hermosa!
- Algo fría...., pero magnífica.
- Adelante.
- Desde el momento en que me vió V. en la puerta de su palco, dijo V. para sí: «Esteban tiene algo que decirme».
- Es posible.
- Luego, cuando le indiqué el deseo de consultarle un asunto de suma importancia para mí, no debió quedarle á V. duda ninguna.
- Tal vez.
- En ese caso, ya sabe V. de lo que se trata.
- V. lo supone.
- No...., tengo la certidumbre de ello. Pensar otra cosa, sería agraviar su fina perspicacia.

—Bueno: admitamos esa *hipótesis*,—dijo la viuda, pronunciando con cierto énfasis las sílabas científicas de la última palabra.

—¿Qué debo esperar? (contestó Esteban.) Esta es la cuestión.

—Vamos, déjese V. de circunloquios, y explíquese V. con franqueza.

—Yo aspiro á la mano de Mercedes.

—Así se habla.

—He dicho mal (añadió Estéban); aspiro á su afecto.

—Pagaré franqueza con franqueza. Lo sospechaba.

—Perfectamente; pero repito mi pregunta: ¿Qué debo esperar?

—Ya ve V. (contestó la hermana del General); se trata de los sentimientos de su corazón, y á ella sola pertenecen. Yo no me atrevería á violentar su voluntad.

—Eso está perfectamente dicho. Por mi parte, no pretendo que la autoridad de la madre influya en lo más mínimo en este asunto, y sólo aspiro á saber si V., señora, vería con gusto que el corazón de Mercedes me fuera favorable; porque si V. respeta las tiernas inclinaciones de su hija, yo, á mi vez, respeto mucho las justas aspiraciones de su madre.

Tomóse algunos momentos la viuda para meditar la respuesta, y le dijo:

—Creo á mi hija bastante juiciosa para temer que ponga sus ojos en persona que no sea digna de ella.

—Sin duda alguna; pero eso no resuelve mi dificultad. Yo no me determino á hacerle á Mercedes una declaración en regla mientras V. no me asegure que vería con gusto nuestro mutuo afecto.

—Es decir (exclamó la suegra, con cierta hilaridad), que viene V. á pedirme permiso para pretender á mi hija.

—Justamente.

—No es usual ese proceder.

—Para mí es un paso que juzgo indispensable.

Semejante yerno era para la madre de Mercedes la realización de un bello ideal. Era un yerno á pedir de boca, sobre el cual ejercería una influencia decisiva. Aquella sumisión le parecía encantadora, y resolvió preferirlo á su propio hermano. Decididamente, Esteban sería el marido de su hija. Planteada la cuestión en un terreno tan ventajoso para ella, claro está que no había de desperdiciar la fortuna que se le ofrecía. Se hallaba en el caso de imponer condiciones, y se dispuso á imponerlas.

—No puedo conceder el permiso que V. me pide (contestó), porque acaso sea V. aceptable á los ojos de Mercedes, y sería indiscreto impedir que V. acabe de probar fortuna; pero antes me

parece que debemos fijar algunos puntos, para el amor insignificantes, y que, sin embargo, tienen mucha importancia á los ojos de la experiencia.

—Yo (replicó Esteban) no deseo más que hacerla dichosa.

—Para eso (añadió la madre) es preciso conocer bien todas las circunstancias. Mercedes ha recibido una educación esmerada; lo ilustre de su apellido y la alta posición de su tío la colocan en un rango al que le sería muy doloroso renunciar.

Esteban se inclinó ante estas palabras, como si reconociera en ellas el peso de una razón poderosa, y se mordió los labios, tal vez porque semejante dificultad le pareciera insuperable, tal vez por no sonreirse.

—Reconozco (dijo) el valor de observación tan oportuna y tan justa. Sería un insensato el que aspirara á la mano de la bella Mercedes no disponiendo de un nombre ilustre y de una fortuna correspondiente al rango que ocupa en la sociedad.

Un espíritu suspicaz acaso hubiera creído distinguir un acento irónico en las palabras de Esteban; pero la madre de Mercedes, ni era excesivamente suspicaz, ni se hallaba en situación de apreciar estos pormenores. Semejante al cuervo de la fábula, se olvidó del queso que

llevaba en el pico, y cantó del modo siguiente:

—No dudo que Mercedes acepte la posición que V. le ofrece. Creo más: creo advertir en ella particular predilección por V. Esas cosas no se escapan fácilmente á una madre.

—¡Ay, señora! (exclamó Esteban, levantando los ojos al cielo.) Llena V. con esas palabras la medida de mi desgracia; acerca V. la miel á mis labios, precisamente en el momento en que tengo que apartar la boca para no probarla.

—¿Cómo es eso? (preguntó la viuda.) No comprendo....

Esteban tosió, como si quisiera disimular la inquietud que experimentaba, y contestó á su futura suegra, diciendo:

—Hemos convenido en que la felicidad de nuestro amor necesita la base de una pingüe fortuna, y ante esta verdad inexorable que oprime mi corazón, me revela V. con crueldad inaudita que tal vez Mercedes me ama. ¿Le parece á V. poco dura mi suerte?

—No entiendo,—replicó la madre de Mercedes.

—Señora (dijo Esteban con acento desgarrador y solemne): yo soy pobre, más pobre que las ratas.

—¿Y qué?

—¡Claro está! No puedo, no debo, no quiero aspirar á la mano de la mujer que adoro.

—Pero , señor, es V. abogado....; goza V. de una gran reputación, y eso es una mina.... Yo le veo á V. vivir con lujo.

Echóse Esteban una mirada de compasión, y exclamó, pasándose la mano por su naciente calva :

—¡Ay, señora mía! Todo eso es miseria, pura miseria. Apenas me da mi profesión para vivir muy modestamente á mí solo. Contrayendo las obligaciones que el matrimonio impone, tendríamos que renunciar á los esplendores del gran mundo. Un cuarto piso, una criada para todo, comer para vivir, y vivir para trabajar.... Tal es mi perspectiva.

—No es muy risueña por cierto; pero V. es hombre de carrera, y tiene un porvenir brillante.

—Esta es una cuestión demasiado positiva para dejarse alucinar por las esperanzas. Mi *bufete* es mi única fortuna, y los negocios van peor cada día. Soy pobre, no debo engañarla á V., y la aseguro que tardaré mucho en salir de mi obscura medianía. Ahogaré en el fondo de mi alma este amor, que á V. sola he confiado: amor ciego, que no ha reparado las dificultades de mi posición.

Diciendo esto se puso de pie, dando la conferencia por terminada.

—Esteban (dijo la madre): hace V. una ofensa

á mi hija, creyéndola interesada; y debo advertirle que Mercedes es capaz de cualquier sacrificio.

—Lo creo, señora; pero mi amor hacia ella no es tan egoísta.

Vió claramente la viuda que aquel yerno modelo se le escapaba de entre las manos; y creyó que con un golpe de celos podría traerlo á buen camino. Así es que le dijo:

—Mi hermano ha jurado que se casará su sobrina.

—¿Con quién?—preguntó Esteban.

—Con él mismo (contestó la suegra); pero....

—¿Pero qué?

—Ella no se decide, y V. debe tener la culpa.

—Me envanecería esa preferencia, si el General no hubiera cumplido ya sesenta años. Además, su hermano de V. es también pobre.

Estas últimas palabras las pronunció mirando atentamente á la buena señora.

—Me parece (dijo ella) que juzga V. con demasiada ligereza.

—Perdone V., señora; el amor es muy exigente y muy descontentadizo, y cree que alcanzar la preferencia de una mujer sobre un sexagenario, que además no es rico, es un triunfo poco satisfactorio para un corazón enamorado.

—Es que....—balbuceó la viuda.

—¿Qué?....—preguntó Esteban.

—¿Qué? Es un secreto que me había propuesto guardar.

—¡Un secreto!....

—Sí: primero lo sospeché, y después lo he sorprendido: mi hermano no es lo que parece.

Esteban hizo un movimiento de asombro, y preguntó muy formalmente:

—¿Acaso el General tiene el capricho de esconder la juventud bajo el aspecto de la vejez? Eso sería originalísimo, y enteramente nuevo. En tal caso, la preferencia de Mercedes sería para mí un verdadero triunfo.

—No poseé mi hermano los encantos de la juventud; pero ha de saber V. que, si no es joven, es rico.

—¡Rico!....—exclamó Esteban.

—Sí; inmensamente rico. No hay inconveniente en que V. lo sepa, puesto que ha pensado V. formalmente en Mercedes ignorando esta circunstancia.

Esteban se quedó con la boca abierta, con todo el ademán de una persona realmente sorprendida, y la viuda añadió:

—¿Qué dice V. á esto?

—Señora, lo que acabo de oír llena mi alma de regocijo. Mercedes me ama, puesto que me prefiere á su tío...., á su tío el General...., á su tío, que habrá sido buen mozo...., á un tío incasable....; en una palabra, á un tío millonario,

del cual es sobrina única. Mi dolorosa resolución vacila ante semejante prueba.... Señora, tiene V. mi suerte en sus manos. Creo que al fin la fortuna ha de sonreirme. Si el *Foro* no me abre las puertas de la prosperidad con la urgencia necesaria, en la política se hacen rápidas carreras, y llegan á ser millonarios los más pobres. Seré ministro, y mi adorada Mercedes vivirá en la opulencia correspondiente á su rango.

Desde el día de esta entrevista se entabló entre la futura suegra y el futuro yerno una intimidad tierna y afectuosa.

VIII.

Rafael se paseaba por el no muy espacioso recinto de su habitación, como un león en la jaula.

Había agotado los recursos de su muda¹ desesperación, mordiéndose alternativamente las uñas y los labios.

Había pasado la noche lo mismo; solamente que, en vez de dar vueltas por el cuarto, las había dado en la cama.

No hay cama más dura que aquella en que no podemos dormir.

El sueño es una de esas comodidades que no se venden en ninguna parte, y se observa que los pobres duermen á pierna suelta.

El trabajo del día y la conciencia tranquila forman el lecho de plumas más cómodo que ha podido inventar la industria humana.

Rafael no había tenido hasta entonces ocasión de advertir que no hay cama para el insomnio; que se duerme muy bien cuando se tiene sueño, aunque no se tenga cama; y como no pudo dormir en toda la noche, se levantó furioso contra los criados, porque los colchones estaban duros como la piedra y las sábanas ásperas como guijarros.

El día amaneció en su casa nublado con la tempestad de su enojo.

Juan era un gallego bastante fornido para resistir cómodamente sobre sus robustas espaldas el peso enorme de la cólera de su amo.

Venía á ser como una especie de pararrayos que atraía la electricidad de la ira que tronaba sobre su cabeza.

En su corazón había un pozo muy profundo, donde iban á sepultarse las exhalaciones que se escapaban de la boca de Rafael.

Al buen Juan le entraban por un oído y le salían por otro todos aquellos rayos y aquellas centellas.

Jamás había visto á su amo tan fuera de sí.

Rafael, resumiendo su cólera en una palabra, le dijo:

—Eres un bruto.

Abrió el gallego la boca, asombrado. Su admiración nacía de que su amo no lo hubiera observado hasta entonces.

—Eres un bruto (repitió Rafael). Un bruto, pues no he podido dormir en toda la noche.

La razón era tan concluyente, que Juan no tuvo nada que decir, y su amo le volvió la espalda, diciendo:

—Quiero almorzar.

—Al momento,—contestó el criado.

Y salió de la estancia.

Sucedió con el almuerzo lo mismo que con la cama, y Juan vió reproducirse la tormenta, creyendo más de una vez que iban á llover platos sobre sus espaldas.

Nuestro héroe había perdido el apetito lo mismo que había perdido el sueño.

Al levantarse de la mesa, estaba tan furioso como al levantarse de la cama.

Se encerró en su cuarto, y comenzó á pasearse de un extremo á otro, como ya hemos visto.

Su mirada distraída y ceñuda se fijó en el papel de que estaban vestidas las paredes de su habitación, y lo encontró de un gusto pésimo. Era el fondo de color de violeta, sobre el cual campeaban en repetidas actitudes figuras de chinos. Parecióle que estas figuras le hacían muecas, bailando delante de sus ojos. Los muebles los encontró incómodos, el techo bajo, el espacio

estrecho; al mismo tiempo, las grotescas figuras de los chinos le perseguían por todas partes.

Entre las cortinas encarnadas que pendían delante de los balcones, asomaba un rayo de sol limpio como una hebra de oro, y curioso y risueño como la mirada de un niño. Entraba silencioso y cauto, como si quisiera sorprender algún secreto oculto entre aquellas cuatro paredes, resbalándose por la alfombra con ese descaro con que la luz todo lo mira.

Parecióle á Rafael este atrevimiento de la luz una impertinencia, un espionaje, una falta de educación, una grosería, y, apartando las cortinas, cerró de golpe las maderas del balcón, como quien se pone á cubierto de una mirada indiscreta.

El rayo del sol retrocedió asustado, y se colocó detrás de la puerta, buscando un resquicio por donde introducirse de nuevo.

Rafael continuó paseándose, pues la inquietud que sentía no le dejaba permanecer sentado.

De pronto se detuvo, se dió una palmada en la frente, y se sentó.

Si hubo algún pensamiento en su cabeza, debió escapársele, porque se levantó en seguida, y comenzó á pasearse otra vez, con la vista fija en el suelo, como quien busca algo que se le ha perdido.

Entonces reparó que la alfombra formaba un

tejido de colores insoportable, produciéndole una especie de mareo insufrible el laberinto del dibujo que se desenvolvía bajo sus pies.

Levantó sus ojos huyendo de aquella confusión de colores y de líneas que se enlazaban en fantásticas combinaciones, y vió que se le ponía delante la luna de un espejo, azul y profunda, y se encontró frente á frente de sí mismo.

Se contempló un momento, y quiso sonreírse; pero se volvió la espalda, haciendo un gesto de disgusto, que ningún espejo había visto hasta entonces en él. Se encontró feo, y su propia sonrisa le pareció una burla de la imagen, hecha al original.

Había un periódico sobre una mesa, y lo cogió en sus manos maquinalmente.

Entre la multitud de renglones que, formando columnas, recorrían el papel de arriba abajo, vino á fijarse en uno, que empezaba con letras más grandes y más negras que las demás, y que, entre dos admiraciones, exclamaba de este modo:

—«¡¡LO ATRAPÓ!!»

De este modo anunciaba el periódico en su primera *gacetilla*, sin citar nombres propios, el próximo matrimonio de un joven brillante, muy conocido en los altos círculos de la sociedad madrileña, con una mujer obscura, de padres desconocidos y sumamente bella.

Rafael arrojó lejos de sí el periódico, ocurriéndosele en el acto la idea de pedir una satisfacción á la redacción en masa; mas lo detuvo el temor de que la satisfacción fuera peor que la ofensa que creía ver en la *gacetilla*. Habría sido demostrar una susceptibilidad sospechosa.

Se veía cruelmente perseguido por los hombres y por las cosas desde que se había esparcido por el mundo la noticia de su casamiento con María. El mundo se le venía encima: no se atrevía á salir á la calle, y huía de sus amigos, temeroso de ser blanco de alguna broma imprudente. No ignoraba que su estrella empezaba á eclipsarse en los horizontes del gran mundo; sabía que su amor era objeto de terribles chistes, y su proyectada boda motivo de agudos epigramas.

Ya no era el mismo: no era ya el envidiado favorito de la Marquesa, el predilecto de Margarita, el ojo derecho de Matilde: era pura y simplemente el *novio de la florista*.

En vez de inspirar envidia, inspiraba compasión, y he aquí lo que más le desesperaba.

«¡Pobre Rafael!»

Esta exclamación le llegaba al alma.

El venturoso calavera se había convertido á los ojos de todos en un pobre hombre.

Se encontraba, pues, entre su celebridad y su amor, entre la aguda espada del ridículo que el

mundo asestaba contra su fama, y la pared de aquel cariño que parecía hecho á prueba de bomba.

Al verse blanco de tanta sonrisa equívoca, de tanta pulla, de tanto interés, de tanta compasión....; al verse convertido en platillo de todas las conversaciones, tuvo miedo y pensó retroceder. Pensó arrancar de su alma aquel sentimiento que llenaba su vida de tiernos deseos, arrojarlo en medio de los salones, y mofarse él mismo de su propio corazón. Semejante golpe sería de un efecto maravilloso, y le aseguraría para siempre el primer puesto entre los hombres de mundo. Una inconstancia más completaría su gloria.

Verdaderamente era una caída demasiado estrepitosa. Precipitarse desde las alturas del gran mundo, donde se respira el perfume de tantos placeres y se saborea el deleite de tantas satisfacciones, para sumergirse en las obscuridades de una vida modesta, ignorada.... ¡Desprenderse de golpe de los brazos de la arrogante Marquesa, de los brazos de la espiritual Matilde, de los brazos de la apasionada Margarita, para caer á los pies de una florista...., era hundirse, sepultarse, desaparecer, aniquilarse!

Así discurría su amor propio, ganando terreno sobre su amor á María. Pero el amor, cuando es verdadero, cuando no es la vanidad excitada,

ni un deseo grosero de los sentidos; cuando surge del fondo del alma, no se deja vencer tan fácilmente, y Rafael vaciló antes de adoptar definitivamente la resolución que meditaba.

—Verdaderamente (se dijo á sí mismo), es una triste cosa tener que renunciar á la dicha de mi amor, porque al mundo se le ha puesto en la cabeza que un calavera afortunado no ha de tener juicio en su vida. ¿Qué es lo que me sucede? Que me he enamorado de una criatura pobre, humilde, hija de un padre desconocido, de un...., eso es, de un libertino como yo. Pero he aquí que el público que aplaudía la comedia de mis locuras, no encuentra el desenlace bastante original, bastante nuevo, y cambia los aplausos en silbidos; y de la noche á la mañana me encuentro víctima de la mofa de las mujeres y de la burla de los hombres. Pues bien (añadió): yo desafío al mundo; yo le impondré silencio; en vez de retroceder, avanzo. Nadie se ríe del hombre que sabe enviar una bala á la cabeza de su adversario ó buscarle el corazón con la punta de la espada. Esta noche me presento en el Casino, visitaré todos los teatros, y el primero que se sonría, ese la paga. Hoy mato á uno, mañana á otro, al día siguiente al tercero....

Aquí se detuvo, porque le salió al paso una observación verdaderamente burlesca, que le dijo al oído:

«Después de haber muerto á todos los hombres, todavía no has hecho nada, porque aún te quedan todas las mujeres.»

Tal era la situación de Rafael. Pocos amores han sufrido en el mundo un obstáculo tan terrible. La buena sociedad, teatro especial de sus brillantes hazañas, había tomado la cosa por su cuenta, y se oponía á tan desigual enlace, so pretexto de que iba á ser muy desgraciado. Su celebridad de conquistador indomable le imponía el deber de sacrificar sus sentimientos más vivos de hombre. ¡Oh! Algunas veces es muy cruel la celebridad.

No podía sumergirse en la obscuridad de una vida insignificante y en las dulzuras de un amor tranquilo y casero, sin dejar flotando en la luz un nombre risible.

Este Alejandro, que había conquistado el Asia del gran mundo, había caído prisionero de una astuta florista.

Había caído, como un inocente, en el lazo de una red, tejida sin duda alguna con flores, pero con flores artificiales.

Un ligero ruido que percibió en la puerta de su cuarto, le sacó del abismo de sus reflexiones.

—¿Quién es?—preguntó.

Juan le contestó al otro lado de la puerta:

—Nadie.

—Entonces, ¿qué haces ahí?

—Nada.

—Pues aconséjale á la puerta que no vuelva á distraerme, porque será para tí un mal negocio.

—Es que hay aquí tres cartas que quieren entrar.

—¡ Que entren ! (dijo Rafael); pero ten en cuenta que no quiero verte.

Las tres cartas, una detrás de otra, entraron silbando por debajo de la puerta.

Rafael las cogió, abrió una, y leyó lo siguiente:

«Si yo supiese cómo se puede encerrar una carcajada dentro de un sobre, esta carta iría á su destino desternillándose de risa. No soy rencorosa, y, además, no tengo tiempo para serlo, porque lo necesito todo para reirme. Mis dientes no son feos, y aprovecho esta ocasión para enseñarlos.»

Rafael estrujó la carta entre sus manos, y no quiso continuar leyendo. Conoció la mano que la había escrito; pues, aunque no tenía firma, las armas del sello y la letra le dijeron que era de la Marquesa.

«Rafael: Nos tiene V. muy divertidas; no hablamos más que de V., y V., tan modesto, huye y se esconde en el último rincón de su casa. Cualquiera diría que se avergüenza de su triunfo. En nombre de nuestra tierna amistad, voy á pedirle un favor: dígame cómo podré defender-

le, porque todo el mundo le tiene lástima. ¿Y por qué? Porque ha encontrado V. la eterna primavera de la isla de Calipso. Hijo de Ulises, inocente Telémaco, venga V. á defenderse. La florista será de muy buen efecto en los salones. Por de pronto, nuestros sombreros están de enhorabuena. Ahora sí que nos echará V. flores.»

Antes de concluir la lectura de esta segunda carta, la rasgó en mil pedazos. Era de Matilde.

La tercera estuvo á punto de sufrir la misma suerte sin ser leída; pero ¿quién rompe una carta sin abrirla siquiera?

Dióla muchas vueltas entre sus manos, y al fin la abrió. No se abre una carta para no leerla; así es que, desdoblándola, clavó en ella los ojos.

Lo primero que vió fué un suspiro.

«¡Ay!...» Con estas dos letras empezaba la carta.

«¡Ay, Rafael! Yo oigo todo lo que se dice, pero no lo creo; ¿de dónde has sacado á esa mujer?... ¿Sabes su historia?... ¿Te basta á ti que sea bella?... ¿La conoces?... ¿Estás seguro de que la conoces?... Siempre he creído que eras inocente; pero tanto, no lo hubiera creído nunca. ¡Que te engañen así!...»

»Necesito consolarme de tu inconstancia, y pienso que al fin esa mujer me libra de la debilidad de amarte.... No extraño que te engañen, puesto que yo también me he engañado.... Si

me hubieras dado por rival á una reina, experimentarí el dolor de unos celos horribles....; pero tu hermosa florista no me inspira resentimiento ninguno. Ella me vengará de tu inconstancia. Estoy tan segura de ello, que casi la adoro.

»Que no me quieras á mí...., pase; ¡pero que no te quieras á ti mismo!....»

La firma era de Margarita.

Sin vacilar arrojó Rafael la carta al fuego de la chimenea, para que no quedara ni rastro de ella; porque esta carta llenó el vaso de su ira.

No se trataba ya de un matrimonio ridículo, sino de un matrimonio poco honroso. La murmuración llevaba su mordacidad hasta clavar los dientes en la honra de María. Abandonarla ya era una infamia, y Rafael se sintió arrastrado hacia la florista con más violencia que nunca, por lo mismo que él era la causa de que se cebara en ella la maledicencia.

Se irguió, echó hacia atrás su arrogante cabeza, y con paso majestuoso y ademán decidido, arregló su traje, cogió el sombrero, y se lanzó á la calle.

Había tomado una resolución; lo desafiaba el mundo, y aceptaba el duelo: el mundo no le conocía.

La razón fría, calculadora, egoísta, tomando la voz de Esteban, le decía:

«¡Detente!»

Su corazón, latiendo con ímpetu, lleno de noble orgullo, le gritaba :

«¡Adelante, adelante!»

IX.

Salió precipitadamente de su casa, lanzándose de una en otra calle, con la mirada encendida, el rostro pálido, el sombrero echado hacia atrás, y el ademán resuelto.

La gente lo miraba al paso con esa curiosidad fría é impertinente con que en Madrid se mira todo.

Pero Rafael marchaba tan ciego con la resolución que acababa de tomar, que no veía ni observaba lo que pasaba á su alrededor.

De otro modo, su genio camorrista hubiera encontrado más de una ocasión en que desahogar el disgusto que llevaba en el alma.

Afortunadamente no reparó en las miradas burlonas de los transeuntes, como había reparado en la dureza de la cama, en el mal gusto del papel que tapizaba las paredes de su habitación, en la impertinencia del rayo del sol, en la alfombra, en el espejo y en su propia cara.

Con el aspecto de un hombre profundamente distraído, llegó á la puerta de una casa cuya

calle y cuyo número no es necesario para la buena inteligencia de nuestro relato; y después de saludar á la portera, entró, subió el primer tramo de escalera, y luego el segundo, y después el tercero, y últimamente el cuarto; se detuvo delante de una puerta, asió un cordón que descendía por la pared, y tiró de él suavemente; pero el cordón permaneció mudo, so pretexto de que no tenía campanilla. Sin embargo, esperó un momento, aprovechándolo en componer su semblante agitado y en arreglar el lazo de su corbata.

Primero se abrió suavemente el ventanillo, después se abrió la puerta de par en par, con la franqueza con que una madre abre los brazos para estrechar en ellos á su hijo.

Es preciso que los oídos tengan paladar, sin cuya circunstancia no habría voces dulces.

—¡Tan temprano!....

La voz que prorrumpió en esa exclamación al abrirse la puerta, era más dulce que la miel.

—Tal vez (dijo Rafael) cometo una imprudencia.

—No tal,—contestó la misma voz, si es posible con más dulzura.

Marchaba la voz delante de Rafael por un pasillo bastante obscuro, que desembocaba en una habitación pequeña, iluminada por el golpe de luz de una sola ventana.

Brillaba en este aposento un lujo admirable, pues resplandecía con todo el brillo de la más exquisita limpieza, que es el fausto de los pobres.

Al entrar se padecía cierto deslumbramiento: todos los adornos eran de lana, y, sin embargo, la luz se reflejaba en ellos como si fueran de seda.

Seis sillas, una mesa, un sofá, un espejo, una cómoda, dos butacas, unas cortinas: he aquí el inventario que podía hacerse á primera vista.

La pobreza, como el lujo, tiene también su coquetería. Se echaba de ver un buen gusto y una delicadeza tan natural en todos los pormenores de esta pobre estancia, que hubiera podido tomarse por la residencia de una reina destronada que sabía llevar en su augusta frente la corona de la desgracia. Había una gracia verdaderamente infantil en todos los contornos de tan modesto cuadro.

Dos colores dominaban en los muebles y en las cortinas: el azul y el blanco. Parecía un capricho de la inocencia y de la esperanza.

En el inventario que hemos hecho á la primera ojeada, hemos dejado de incluir dos cosas alegres y dos cosas tristes.

Las dos cosas tristes eran un retrato de mujer, delicada miniatura, que, encerrada en un marco negro, se destacaba sobre la pared, y una anciana, que, hundida en un inmenso sillón de vaqueta, lanzaba sus miradas intelligen-

tes de un punto á otro, al mismo tiempo que extendía sus pies hacia un rayo del sol, que, precipitándose desde la ventana, se derramaba por el pavimento.

Las dos cosas alegres eran una jaula de alambre pintada de verde, dentro de la que se hallaba un canario de color de oro, y en medio del cuarto una mesita redonda, sobre la que, en el más delicioso desorden, se veían delicados ramos de jazmines, rosas á medio abrir, dalias á medio hacer, hojas de todas especies, tallos de todas clases.

Encima de aquella mesa había toda una primavera de flores.

Sobre la cómoda se veía una urna que encerraba la imagen de la Virgen de la Soledad, con su manto negro, su túnica blanca y su diadema de estrellas.

La voz que guiaba á Rafael por el obscuro tránsito del pasillo, era la voz de María, voz armoniosa como los sonidos del arpa.

No hemos visto á la florista más que una vez, muy de paso, en la puerta de Santa María de la Almudena; pero conocemos su retrato, trazado á grandes rasgos por el General y el Vizconde, de la manera que hemos visto, en la casa de la Marquesa. Ahora debemos añadir que el retrato es exacto.

Rafael iba todos los días.

Entró ella delante del desventurado calavera, y se sentó junto á su mesita de labor, entregándose de nuevo á su tarea.

La reducida pensión que disfrutaba la anciana, no era bastante para cubrir las más urgentes necesidades de la vida, pues apenas bastaba para pagar el alquiler del cuarto, y la nieta cubría las obligaciones de la casa haciendo flores con sus manos de princesa, y ambas vivían con el fruto de las flores.

Fijó la abuela sus ojos en Rafael con una mirada semejante á una sonrisa.

Pasaron algunos minutos en silencio triste y embarazoso.

Los ojos de la anciana hacían preguntas inútiles, dirigiéndose alternativamente, ya á uno, ya á otro; pero Rafael parecía distraído, y María muda. Al fin dijo ésta:

—Rafael, está V. pálido.

La anciana movió la cabeza, como atestiguando las palabras de María.

—Sí (añadió Rafael con trágica expresión); debo estar pálido, como el hombre que se encuentra al borde del abismo y siente el vértigo del vacío.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede?— exclamó la florista, dejando caer una azucena que se abría entre sus manos, como si sus dedos sonrosados fueran los dedos de la aurora.

—¡Sucede (dijo Rafael), que voy á caer en

el abismo de la desesperación, si no hay una mano que me sostenga! Si Vds. no acuden en mi socorro, soy hombre al agua.

Abrió la anciana desmesuradamente los ojos, al mismo tiempo que en el semblante de la nieta se pintaba la más viva inquietud.

—¡Virgen Santa! (exclamó.) Si nos amenaza alguna nueva desdicha, dadnos valor para sufrirla.

—¡Soy un imbécil! (prorrumpió Rafael, viendo la aflicción resignada de María.) No hagan Vds. caso de lo que he dicho. Mi lengua inquieta se anticipa siempre á mi pensamiento; parece que tiene un gusto particular en hacer que desatine. No hay nada de abismo ni de desesperación; precisamente es todo lo contrario lo que yo quería decir.

Sonrióse María con aquella misma sonrisa que vió Rafael por primera vez en la puerta de Santa María de la Almudena, y él continuó diciendo:

—Vamos al caso. Vds. no me conocen bien todavía, y esta es mi desgracia. Es verdad que, hasta hace poco tiempo, yo tampoco me conocía; mas ya puedo jurar solemnemente que soy otro. María es el ángel que ha abierto mis ojos á la luz de la felicidad. Sin embargo, aún soy un loco, un botarate, un insensato.—Señora (añadió, dirigiéndose á la anciana): es preciso que siente la cabeza, que repose mi corazón en

las tranquilas dulzuras del amor profundo y verdadero. Ahora bien: ¿quieren Vds. salvarme?

—¿Cómo?—preguntó María.

—De un modo muy sencillo. Imagínese V. que soy un niño que juego sobre el alero de un tejado, que mi cabeza se desvanece, que mis pies se escurren, que voy á caer. ¿Qué haría V.?

—¡Ah! (exclamó María.) ¿Qué había de hacer? Lanzarme en su socorro, y tenderle mi mano.

Y añadiendo el ademán á la palabra, tendió á Rafael su mano. Apoderóse de ella el impetuoso amante, y arrastrando suavemente á María, se acercó á la anciana, y le dijo:

—Esta es la mano que me salva del mundo y de mí mismo; pero yo no puedo retenerla por más tiempo entre las mías, si V. no nos echa su bendición.

La anciana miró á su nieta con tristeza, y dos lágrimas asomaron á sus ojos. La nieta inclinó la cabeza como si se la hiciera doblar el peso de su pensamiento, y dijo:

—¡Oh, es imposible!

—¡Imposible!—exclamó Rafael atónito.

—¡Imposible! (repitió ella.) Justo es que pase por la pena de decirlo, porque este es el castigo de mi debilidad. He consentido sus visitas, he admitido su amistad, sabiendo que nuestro amor es imposible.

Rafael se quedó inmóvil y mudo como una

estatua. No acertaba á comprender lo que le sucedía. Era un golpe terrible, pues contaba con el amor de María. ¿Á qué atribuir aquella negativa tan resuelta como inesperada? ¿Lo habría engañado su corazón? ¿María no lo amaba!

Tal fué la primera idea que agitó su espíritu; pero no prorrumpió en quejas inútiles: guardó un triste silencio, que ella, por su parte, no se atrevió á interrumpir. Después de algunos momentos, dijo:

—No sé si tengo derecho á conocer el motivo que de esta manera disipa mis más risueñas esperanzas; mas si no es un secreto que yo debo ignorar, acaso se mitigue lo acerbo de mi pena sabiéndolo.

María permaneció con la cabeza baja, sin pronunciar ni una palabra, y él añadió:

—Le parece á V. demasiado cruel lo que ha de decirme, y quiere que lo adivine. Sea: V. no me ama; he ahí todo.

—No es eso (exclamó ella, con toda la ingenuidad de su corazón). El día que me falte la cariñosa sombra de mi santa abuela, me encerraré en un convento.

La abuela movió la cabeza, confirmando las palabras de su nieta.

—Sin duda alguna (añadió Rafael), semejante resolución es digna de respeto; pero ¿es una vocación ó un sacrificio?

—Es un deber,—contestó María.

—¡Un deber!.... ¿Y quién lo impone?

Miró María á la anciana, y ésta bajó los ojos en señal afirmativa. Todavía, sin embargo, las palabras que iba á pronunciar no se atrevieron á salir de la boca de la florista. Rafael esperó algunos instantes.

—Caballero (dijo de pronto María): mi resolución es irrevocable.... Es el destino que me ha reservado la divina Providencia, y debo someterme á sus altos designios.... Hay una falta que expiar, y á mí me toca expiarla.... Mi madre...., mi buena madre, fué engañada, cruelmente engañada.... Mi padre.... ¡ah!.... mi padre...., ¡Dios mío!, yo lo perdono con todo mi corazón.

En vano, al hablar de esta manera, luchaba por reprimir el llanto que reventaba en sus ojos. La abuela lloraba lágrimas silenciosas, que descendían por los surcos de sus mejillas como por caminos conocidos. Rafael dijo:

—Lo sé; ó, mejor dicho, lo supe, y no volví á pensar en ello.

Y cayendo de rodillas delante de María, exclamó:

—Yo la amo á V. con toda mi alma. Pongo á Dios por testigo de la sinceridad de mi cariño.

María replicó:

—Si amarnos es la felicidad que Dios nos guarda en la tierra, antes de ponerlo por testigo

de nuestro afecto , es preciso estar seguros de que nos amamos. ¡Ay, Rafael! Yo no sé por qué le tengo miedo á la felicidad. Si soy dichosa aquí , en este valle de lágrimas , donde tantos padecen , donde no hay dicha cumplida , ¿ qué podré ofrecer á Dios por los que me dieron el ser?

—Eso (replicó Rafael) es rebelarse contra los decretos de la Providencia , contra el mismo Dios , que ha puesto en mi alma extraviada el germen del amor que siento.

—No (insistió la joven) ; si V. me ama , los dos debemos hacer el sacrificio de nuestro amor. No debemos arrojarnos en brazos de la dicha que parece sonreirnos, con los ojos cerrados, como si nos arrojáramos á un abismo. Sí; el amor es la felicidad, pero también es el sacrificio y el martirio. Desde hoy debemos separarnos para siempre , porque mi resolución es irrevocable.

Rafael quiso insistir , pero no se atrevió. Aquellas miradas tiernas , aquella voz dulce, aquellas palabras reposadas , le subyugaban ; se sentía vencido en presencia de aquella resolución heroica. Su propósito era anonadar á la tenebrosa maledicencia con la luz de aquel rostro verdaderamente virginal ; pero el mundo desaparecía ante sus ojos bajo los esplendores de aquella resignación y de aquella virtud que sólo Dios podía inspirar.

No se sentía con fuerzas para resistir, y dobló la cabeza resignado.

X.

Inadvertidamente había dejado Rafael abierta la puerta que daba á la escalera, y de pronto resonó una voz bronca y entrecortada por el cansancio, que decía:

—¿Se puede saber si hay alguien en esta casa?

Rafael hizo un movimiento de sorpresa, y María, enjugándose las lágrimas con las puntas de los dedos, acudió á levantar la cortina que cerraba la comunicación entre la sala y el pasillo.

—¡Ajajá! (dijo la voz); ya veo.... Esto es otra cosa. He subido ciento veinticuatro escalones. ¡Friolera! Llego al fin, tiro de un cordón, que calla como un muerto, y sin embargo la puerta se abre de par en par, como si estuviera viva. Entro, y cuando me creía tan alto como el sol, me encuentro á obscuras, ni más ni menos que si hubiera caído en un pozo.

María levantó cuanto le fué posible la cortina que tenía suspendida, y la voz penetró en la sala bajo la forma del General, hermano de la viuda y tío de la sobrina.

Rafael, al ver el personaje que entraba, se puso pálido primero y después encarnado; y el

General, reparando en la mesa cubierta de flores, dijo:

—Aquí está lo que yo busco.

María se inclinó cortésmente, diciéndole:

—Si V. tuviera la bondad de decirme lo que desea....

—¡Hola! (exclamó, fijando su atención en la florista.) ¡Preciosa voz! Es de un timbre celestial. Lo que yo deseo es.... Pero ¡calle! eres una hermosa niña. Cualquiera diría que.... ¡Diablo! Está aquí nuestro amigo Rafael.... ¡Toma, toma!.... ¡Qué indiscretos somos los viejos! Perdón, señorita; voy á despachar al momento.

Al decir esto, se dejó caer en una silla.

—Es el caso (continuó diciendo), que tengo una hermana, que esta hermana tiene una hija, que esta hija tiene novio, que este novio ha pedido formalmente la mano de la niña, y van á casarse. Yo soy el padrino, y no sé quién me ha encaminado aquí, y vengo en busca de una corona de desposada. Creo que este pormenor del vestido de novia no es ya del mejor gusto.

Hablaba sin quitar los ojos de la florista, examinándola con la atención del que examina un retrato.

Comenzó María á escoger flores para formar el bosquejo de una corona, y el General, volviéndose á Rafael, le dijo á media voz:

—Esta señorita es un prodigio de hermosura,

que despierta en mi memoria pasados recuerdos.

Y diciendo esto , volvió á fijar con más afán los ojos en María , diciendo para sí :

— ¡ Es singular esto , muy singular !

Entretanto , la hermosa florista había formado una diadema , y ciñendo con ella su frente pálida , preguntó con natural inocencia :

— ¿ Qué tal ?

Aquel adorno daba á su gentil cabeza un realce encantador. Para que sus flores lucieran bien , irguió su cuello flexible y blanco como el de un cisne , y animó sus ojos con una mirada inmensa , dejando correr por sus labios una sonrisa de triunfo.

El General y Rafael quedaron absortos ante aquel relámpago de hermosura que inundó sus ojos. Aquella diadema , tejida de rosas blancas , formaba singular contraste con el traje negro de María.

— ¡ Señorita ! ¡ Señorita ! (exclamó el General.) Tiene V. el don de despertar en mí profundos recuerdos. No sé por qué , imagino que ha de ser V. el vivo retrato de su madre. Tendría mucho gusto en conocerla.... Supongo que vivirá V. con ella.

— Por ella , sí (contestó María) ; con ella , no.... Mi buena madre murió antes de que yo pudiera conocerla , antes de que yo pudiese estrecharla contra mi corazón y besar su frente. Pero aquí

está mi segunda madre.... Mi santa abuela; ella sola sabe el triste origen de mi vida.

El General se acercó á la anciana, que permaneció muda, levantando los ojos al cielo.

—No habla (dijo Rafael); hace un año que su lengua está paralizada.

—¿Cómo te llamas?....—preguntó el General, dirigiéndose á la florista.

—Me llamo (contestó ella) María de la Soledad.

—¿Tendrás ya quince años?

—No: he cumplido diez y ocho.

En aquel momento fijó el General la mirada en la miniatura que pendía de la pared, y con un movimiento brusco se arrojó sobre ella, la descolgó, y se puso á contemplarla.

—Ese es (dijo María) el retrato de mi madre.

El General miraba el retrato, mejor dicho, le devoraba, golpeándose la frente. Después examinó el marco atentamente, y pasando el dedo por el borde, tropezó con un pequeño botón de metal, lo oprimió con fuerza, y el marco se abrió por la mitad como la caja de un reloj, dejando ver una segunda miniatura.

—¡Esto es!—exclamó.

Rafael no sabía qué pensar de lo que estaba viendo.

—¿Sabes tú la historia de tu madre?

—Sí,—contestó María, bajando los ojos.

—¿Quién te la ha contado?

—Mi abuela.

—¿Cuándo?

—Hace un año.

—¿Qué te ha contado?

—Yo creía que ella era mi madre.... No había conocido otra; pero un día se sintió enferma, muy enferma, me llamó, y me dijo: «María, yo no soy tu madre; yo no soy la que te dió el ser. Te he ocultado esto hasta hoy, y no debo callarlo más tiempo. Le estoy robando tu cariño á mi hija, y eso no es bueno. ¡Ah, pobre hija mía!» Entonces sacó ese retrato, y lo puso en mis manos, diciendo: «Esa es tu madre; esa es mi hija»: y me contó su triste historia.... Aquel día lloré mucho y recé mucho.

—¿No te habló nunca de tu padre?

—Nunca.

—Pues aquí lo tienes,—añadió el General, presentándole la segunda miniatura que contenía el marco.

Esta segunda imagen representaba á un joven oficial.

—Ignoraba (dijo María) que el marco contuviera el retrato de mi padre.

—Yo sí lo sabía.... Pero ¿qué haces?.... No, no lo beses,—añadió, arrebatando el retrato de manos de la joven.

Rafael preguntó:

—¡Es original esto! ¿Cómo es V. dueño del secreto de esta familia?....

—Los viejos (contestó el General) todo lo sabemos. ¡Hemos visto tanto!.... Este caballerito (añadió, señalando con el dedo la miniatura) era entonces comandante, y mandaba un destacamento en el Maestrazgo. Estábamos en lo más crudo de la guerra civil. No había cuartel, y caer prisionero era lo mismo que caer muerto. Entre todos los guerrilleros que nos llevaban á maltraer, se distinguía uno cuya audacia rayaba en lo imposible. Salió de Valencia una columna de nacionales, que, creyendo sin duda que los carlistas huirían al ver sus pomposos uniformes de papagayos, fueron á incorporarse con el ejército hambriento, desnudo y continuamente acosado por innumerables partidas que, ó caían del cielo, ó brotaban de la tierra. El famoso guerrillero necesitaba, por lo visto, fusiles y pertrechos de guerra, y salió al encuentro de la columna, como quien sale á recibir un convoy. Dicho y hecho: se presentó la partida, y allí fué Troya. ¡Ya se ve! aquellos badulaques no iban prevenidos, y todo fué asunto de media hora; se tiraron cuatro tiros, quedó el campo cubierto de fusiles y fornituras, y los menos listos cayeron prisioneros, y allí mismo fueron fusilados. Casualmente este caballerito se hallaba destacado en el pueblo de donde era el

audaz guerrillero, y recibió una orden á *raja tabla*, en la cual se le mandaba que fusilara en el acto al pariente más cercano del cabecilla que encontrara en el pueblo.

—¡Eso es salvaje!—exclamó Rafael, sin poder contenerse.

—Así parece (siguió diciendo el General); pero Noguerras había establecido ya el precedente, haciendo fusilar á la madre de Cabrera. Inmediatamente se hicieron escrupulosas pesquisas, y cayeron en nuestro poder dos parientes del *cabecilla*: su mujer y una hija.

—¿Y fueron fusiladas?—preguntó Rafael indignado.

—Verá V.: el comandante quería cumplir rigurosamente la orden que había recibido; pero se encontraba con una dificultad imprevista: se le decía: «Fusile V. en el acto al pariente más cercano del cabecilla que encuentre en ese pueblo»: y encontró dos igualmente cercanos. ¡Vaya V. á averiguar si el parentesco de la mujer es más cercano que el de la hija, ó viceversa! El comandante no sabía qué hacer, y, aunque con horror, le ocurrió la idea de fusilar á entrambas; pero, á riesgo de su cabeza, decidió al fin no fusilar á ninguna, y eso que las dos le pedían la muerte de rodillas.... La madre, por salvar á la hija; la hija, por salvar á la madre. Las dos mujeres enternecieron su corazón: la

madre con sus lágrimas, la hija con sus lágrimas y con su belleza; pero, en honor de la verdad, decidió el caso la belleza de la hija. El bribón del comandante se enamoró de la muchacha, y el bárbaro puso su brutal amor por precio, y la hija salvó á la madre á costa de su inocencia....

—¡Miserable!—exclamó Rafael, apretando los puños, mientras María luchaba para reprimir los sollozos que hervían en su pecho, y la anciana agitaba sus ojos espantados, como si quisieran saltar de las órbitas, teniendo sobre las rodillas las manos cruzadas.

—¡Sí! (exclamó el General); este, este es el in....

Y alzando el puño, amenazaba al retrato, como si intentara aniquilarlo.

—Ello es (prosiguió diciendo) que el destacamento tuvo que salir á toda prisa á reunirse con los restos dispersos de la división, que había sido destrozada por Cabrera. Sin embargo, la *Gaceta de Madrid* nos atribuyó una victoria completa: el mismo Cabrera se había escapado por el ojo de una aguja. Salió el destacamento, y el comandante dejó en poder de aquella infeliz criatura estos dos retratos encerrados en este mismo marco.

—Caballero (dijo Rafael): ¿vive ese hombre?

—Es posible (contestó el General). Lo bus-

caremos, y no será tan malvado que se niegue á dar un nombre á su hija.

Miró Rafael á María, y María bajó los ojos.

—Y bien (prosiguió diciendo el General): y si le encontramos, ¿qué le decimos?

—Le diremos (contestó Rafael) que aún puede reparar en parte el daño que ha causado.

—No, no (dijo María). Si vive...., sepa únicamente que mi madre espiró perdonándolo; que mi abuela lo perdona todos los días, y que yo lo perdono, como mi madre y como mi abuela.

La anciana agitó la cabeza con ademán afirmativo, y el General puso en manos de María los retratos; cogió del brazo á Rafael, y lo sacó fuera de la habitación.

Cuando bajaban la escalera, preguntaba Rafael:

—¿Dónde vamos?

—Vamos (le contestó el General) á dar un golpe maestro.

Todo esto ocurrió de la misma manera que acabo de referirlo.

XI.

La madre de Mercedes está loca de alegría: su hija se casa; va á ser suegra; mientras que Esteban se golpea la frente lleno de orgullosa satisfacción, exclamando:

—Aquí hay algo...., aquí hay mucho.

El General, por su parte, parece dominado por una impaciencia repentina, que no le deja dormir con tranquilidad ni comer con sosiego.

Su hermana lo ha sorprendido dando largos paseos por su estancia, y lo ha visto restregarse las manos con íntimo regocijo, y le ha oído decir entre dientes:

—¡Qué golpe! ¡Qué golpe!

Y ella se ha guiñado el ojo á sí misma, exclamando en el fondo de su pensamiento:

—¡Golpe.... el mío!

Ya sabemos que el General había sido un calavera. En los tiempos de su juventud estuvieron en moda las más atroces locuras, y no le quedó ninguna por hacer. También sabemos que á su vuelta de América se le creyó rico; pero esta creencia se disipó al cabo de algún tiempo, y los pretendientes de la sobrina, atraídos por la fama de la riqueza del tío, emprendieron la retirada.

El tío había traído de América una buena fortuna, que debía heredar su única sobrina; pero temió que la codicia de la herencia hiciera su desgracia, y, llevado de su genio militar, preparó una emboscada.

Consistía la emboscada en ocultar su fortuna, y la ocultó con tanto empeño, que al poco tiempo se le consideró pobre, y la sobrina se quedó sin pretendientes.

Su idea era que encontrara un marido que la quisiera pobre.

Esteban había sospechado este secreto; averiguando la verdad, buscó el tesoro del tío con la mano de Mercedes.... La pidió, y la obtuvo.

El General no tuvo ya inconveniente en dejar traslucir que podía disponer de algunos millones, y se instaló en una magnífica casa, alhajando la planta baja para que sirviera de habitación á su hermana, que había de vivir, claro está, con su hija y con su yerno. Él se reservó el piso principal, desplegando en el mueblaje un lujo extraordinario.

Semejante transformación despertó hacia Esteban una envidia casi universal. «¡Qué casamiento!... ¡Qué fortuna!...» Estas eran las exclamaciones que lo seguían por todas partes.

Más de un amante antiguo de la sobrina próximamente millonaria debió llamarse á sí mismo tonto muchas veces al día.

Esteban había dado un golpe maestro: su perspicacia estaba, por decirlo así, en boga; su crédito era inmenso, y su celebridad de hombre práctico y positivo subió de punto.

—¡Qué nariz!... (decían.) ¡Qué nariz!... ¡Cómo ha sabido oler los millones del tío!

—¡Lo que es el talento! (añadían otros.) Esteban va á ser millonario, y el tonto de Rafael, metido con la florista, será.... lo que Dios quiera.

La boda estaba anunciada con toda la pompa de una solemne publicidad. La viuda había invitado á medio mundo , ansiosa de que el universo entero fuera testigo de su triunfo. Los periódicos echaron al vuelo las campanas de su regocijo , deseando todas las felicidades imaginables á los futuros cónyuges , celebrando de paso el desinterés de Esteban , la belleza de Mercedes , la elegancia de la viuda y la hábil manobra del General ilustre. Por último , publicaron el inventario del *trousseau* , advirtiéndole que estaba de manifiesto en casa de la novia.

Llegó la noche del fausto día , y los salones del piso principal resplandecieron iluminados. Los coches hacían cola en la calle , y las notabilidades del gran mundo se codeaban bajo aquellos techos resplandecientes.

Delante de tan magnífica concurrencia firmaron los novios su.... felicidad....

De repente circuló entre los convidados el extraño rumor de que había otra boda que presenciar en aquellos mismos salones ; mas la especie , repetida de boca en boca , vino á ser el tema de una broma general , sobre el que se hicieron diversas variaciones.

—Debe ser cierto (decían unos) : el General no había de morir sin hacer esa calaverada ; él es el novio de la segunda boda.

—No , no (replicaban otros) ; la novia es la

viuda: su hermano la ha comprado un marido.

—La sorpresa que nos espera (añadían algunos) es mucho más extraordinaria, y ha de causar gran sensación en el mundo: se casan los dos hermanos.

Esta ocurrencia, repetida de salón en salón en voz baja, producía ruidosas carcajadas, que daban á la fiesta animación y alegría.

—¿Cómo es posible eso?—preguntó una niña que acababa de salir del colegio.

—Muy sencillamente (le contestaron). Se les ha dispensado previamente el parentesco, en razón á la inocencia de los contrayentes. En tan tierna edad todo es dispensable.

Terminada la solemne ceremonia que unió para siempre á Esteban y á Mercedes por la divina virtud del Sacramento, el General alzó la voz, exclamando:

—Señores....

Un ligero murmullo se extendió por la concurrencia; se apiñaron las cabezas, acudieron los convidados que invadían los salones inmediatos, y reinó profundo silencio.

—Señores (repitió el General): me habéis concedido el honor de honrar mi casa, asistiendo á la boda de mi sobrina, que ha sabido inspirar al hombre que la ha elegido para esposa, un amor generoso, desinteresado y tierno: ¡Dios los haga felices!

Un nuevo murmullo resonó en señal de que el concurso unía sus votos á las palabras del orador. Éste continuó diciendo:

—Ahora voy á presentaros otro ejemplo de amor generoso y de noble desinterés, que tendréis la bondad de acoger con el entusiasmo de vuestra natural benevolencia. Vais á otorgarme el honor de asistir á una segunda boda.

Un tercer murmullo estalló, anunciando la sensación que causaba en el auditorio semejante noticia. Los convidados cuchicheaban, formando el rumor del enjambre que vuela alrededor de la colmena.

El General se acercó á un magnífico cortinaje de terciopelo carmesí, detrás del que se ocultaba una puerta. Apartó la pesada cortina, la puerta se abrió, y en el dintel apareció María. Cogióla el General de la mano, y adelantándose hasta la mitad del salón, la presentó, diciendo:

—Esta es la novia.

El concurso quedó mudo de asombro.

Nada más bello que la noble figura de María, modestamente vestida y sencillamente adornada, en medio de tan brillante concurrencia.

Esteban palideció. Mercedes se quedó con la boca abierta, y á la triunfante viuda se le cayó el abanico de las manos.

No había duda: el General se casaba.

María, con los ojos bajos, era el objeto de to-

das las miradas.... ¡Ella tan hermosa y él tan viejo!

El General parecía engreído del efecto que producía, y paseando la mirada victoriosa por el concurso, dejaba ver una sonrisa maliciosa.

Acercó á la novia á la mesa donde el notario había colocado previamente la escritura del contrato, y María tomó la pluma y firmó.

Entonces el General se acercó á la puerta de un gabinete que el tapiz disimulaba: la puerta se abrió, y apareció Rafael, pálido, pero arrogante. El General se apoyó en su brazo, y dijo:

—Señores: este es el novio.

Esteban respiró. Mercedes cerró la boca para sonreirse, y la viuda, más tranquila, dijo por lo bajo:

—¡Bah!.... Mi hermano está loco.

Firmó el novio y firmaron los testigos, de los cuales dos eran personas obscuras; un coronel retirado á quien nadie conocía, y un médico de regimiento: el tercer testigo era el vizconde.

En medio de un gran silencio se celebró la ceremonia religiosa.

—Señores (exclamó el General): os doy gracias con todo mi corazón, pues habéis asistido al casamiento de mi hija.

—¡De su hija!—exclamaron muchas voces.

—Sí (contestó): de mi hija, y, por consiguiente, de mi heredera.

La sorpresa llegó á su colmo.

Poco después la Marquesa pidió su coche, Margarita se retiró con jaqueca, y Matilde fué á saludar á María, la estrechó en sus brazos, y la besó en la frente.

En los corrillos se contaba la historia de la hermosa florista, y Rafael fué el héroe de la fiesta.

XII.

Frente á frente, con una mesa de por medio, en que dos criados con guantes blancos acababan de servir un exquisito almuerzo, se encuentran Rafael y Esteban, taciturnos y pensativos.

Al fin el primero dijo:

—Veas tú por qué singular combinación de las cosas hemos pasado de amigos á primos.

—Es verdad,—contestó Esteban.

—Ahí tienes, calculador estúpido, una circunstancia que tú no habías previsto. ¡Tú, que todo quieres sujetarlo al estrecho compás de la razón! ¡Quién te había de decir, geómetra insignie, que los millones del tío, que tú buscabas en la mano de mi querida prima, los había de encontrar yo en la puerta de Santa María de la Almudena bajo un manto con velo!

Esteban se encogió de hombros, y Rafael prosiguió diciendo:

—Confiesa que hay, sobre los cálculos huma-

nos más hábilmente conducidos, una inteligencia superior, que dirige las cosas por caminos desconocidos para la razón del hombre.

—¡Oh! (exclamó Esteban.) No hablemos de eso. Conténtate con que confiese que he perdido el almuerzo que apostamos. Estoy dispuesto á pagarlo.... ¿Qué más quieres?

—Quiero que veas en lo que te sucede la mano de la Providencia.

—¡Preciosa mano! (replicó Esteban, dejando caer el puño sobre la mesa.) ¡La mano que así me quita la soberbia fortuna con que había soñado!.... Si hubiera sabido tejer bien mi red, ahora me reiría....

—No blasfemes.... Reconoce que sufres el castigo de tu soberbia.

Esteban soltó una carcajada.

—Ríete; pero ¿qué dirías si la misma mano que te arrebatara esos miserables millones, te los devolviera?

—Diría.... que.... ¡vamos!...., que era una mano generosa.

—Pues bien: nuestro tío ha formalizado su testamento, partiendo su fortuna entre la sobrina y la hija. Sé franco. ¿Esperabas tú esto?

—No, —contestó.

—¿Por qué?

—Porque el tío está loco con su hija, y tonto contigo.

—Pues precisamente por eso lo ha hecho.

—¿Cómo?

—Su hija le ha obligado á hacerlo.

—¿Ella misma?

—Ella. Ahí tienes otra cosa que estaba fuera de tu previsión.

Apoyó Esteban ambos codos sobre la mesa, escondió las mejillas en los huecos de las manos, y permaneció largo tiempo pensativo. Entretanto pedía Rafael la cuenta, que con propinas y todo importaba quinientos veinte reales. Habían almorzado como dos príncipes.

—Este almuerzo (dijo Rafael) debes pagarlo. Es nuestra apuesta.

Esteban puso sobre la mesa el valor del almuerzo.

—¡Qué lástima de cabeza!—exclamó Rafael, poniéndose de pie, y pasando la mano por la naciente calva de su amigo.

Esteban permaneció inmóvil, mudo, meditando y sombrío.

En esto el Vizconde los vió, se acercó á ellos, y les dijo:

—He aquí el corazón, y he aquí la cabeza.

FIN.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
La mariposa blanca.....	1
El número 13.....	71
Día aciago.....	135
El Saludador.....	205
El corazón y la cabeza.....	273



ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID
EN CASA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
EL DÍA XXV DE FEBRERO
DEL AÑO DE MDCCCLXXXVII